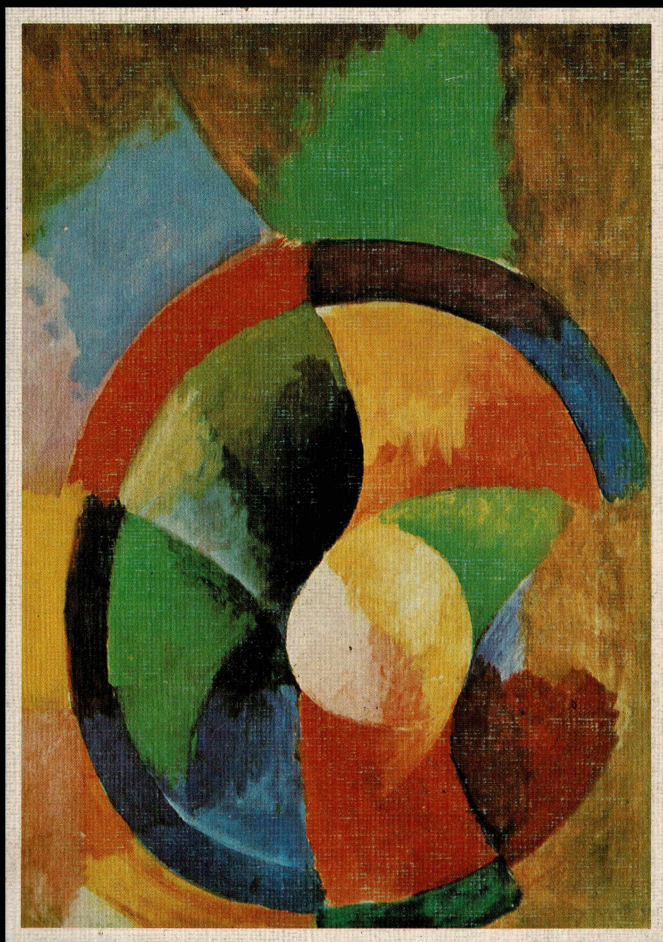


Gaby Weber - David Cámpora

Los espejos rotos

Reflexión conjunta sobre
la actual crisis civilizatoria



EDICIONES
TRILCE

Gaby Weber - David Cámpora

Los espejos rotos

Gaby Weber - David Cámpora

Los espejos rotos

Reflexión conjunta sobre
la actual crisis civilizatoria

EDICIONES
TRILCE

En la realización de este libro, participaron Mario De León (Montevideo), Luis Mattini (Buenos Aires) y Andrés Pascal Allende (México).

Fueron entrevistados Jorge Luis Acanda (La Habana), Aurelio Alonso (La Habana), Elmar Alvater (Berlín), René Dreyfuss (Rio de Janeiro), Eduardo Galeano (Montevideo), Fernando Martínez (La Habana), Esther Pérez (La Habana) y Pedro Vuskovic (Santiago de Chile).

Colaboraron María Escande, Ernesto González Bermejo, Jorge Griego y Valentina Trejo en Montevideo y Fundación "Umverteilen!" de Berlín.

© 1992, Ediciones Trilce
Misiones 1408, of. 13
Tel.Fax. 95 39 50
Casilla de Correos 12203
11300 Montevideo, Uruguay

ISBN: 9974-32-031-3

Ilustración de carátula:
Formas Circulares (Sol Nº 2)
Robert Delauney, 1912 - 1913

Composición:
Cebra Laserdiagramación, Tel.Fax. 40 63 08

Se terminó de imprimir en Pettrossi srl, Adolfo Lapuente 2289,
Montevideo - Uruguay, en el mes de junio de 1992.
Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349. Comisión del Papel
Depósito Legal Nº 256016

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
I. UNA REFLEXIÓN CONJUNTA	9
II. LA COSMOVISIÓN	33
III. LAS CIENCIAS NATURALES EN LAS CONSIDERACIONES POLÍTICAS	65
IV. LOS MODELOS DE CRECIMIENTO	93
V. EL NUEVO ENEMIGO	123
VI. UNA EXPERIENCIA CONCRETA	155
VII. LA UTOPIA	179
NOTAS	199

PRESENTACIÓN

Nuestra iniciativa surgió en 1990, en el marco de una investigación periodística sobre el pasado guerrillero en el Cono Sur.^{1*} En esa oportunidad, conversamos largamente con muchos combatientes de aquella época, algunos de los cuales aceptarían luego aportar sus consideraciones en torno a ciertos temas de esta reflexión. Luis Mattini, único sobreviviente del buró político del PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo) que liderara Roberto Santucho en Argentina, Mario De León del MLN(T) (Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros) de Uruguay y Andrés Pascal Allende, ex secretario general del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) de Chile. Las tres organizaciones político militares integraron, junto al ELN boliviano (Ejército de Liberación Nacional), la Junta de Coordinación Revolucionaria, que operara en el Cono Sur latinoamericano en los años setenta.

A partir de allí, procedimos a entrevistar a varias personas que consideramos sumamente idóneas, para recoger -y discutir- sus opiniones en torno a aspectos esenciales. El escritor uruguayo Eduardo Galeano, autor de *Las Venas Abiertas de América Latina*, el catedrático alemán en Ciencias Políticas, Elmar Altvater, el científico en Ciencias Sociales de la Universidad de Río de Janeiro, René Dreifuss, el ministro de Hacienda de la Unidad Popular de Chile, Pedro Vuskovic y los intelectuales cubanos Esther Pérez, vice presidenta de Casa de las Américas, Aurelio Alonso y Fernando Martínez, investigadores del Centro de Estudios sobre América y el catedrático de Filosofía de la Universidad de la Habana, Jorge Luis Acanda.

Pensamos que sería estéril intentar improvisar respuestas para dilucidar los problemas que hoy nos desconciertan. Y que, en cambio, resultaba imprescindible imponer, previamente, un poco de orden y claridad a la desorientación y confusión reinantes. El objetivo que perseguimos con este esfuerzo es el de ayudar a formular algunas preguntas -de las tantas que existen- sobre la realidad actual, que favorezcan la

* Ver NOTAS en la página 199

posibilidad de iniciar un análisis sistemático de la misma. Nuestro aporte no será, ciertamente, benigno y anodino, sino revulsivo y provocador, adecuándose a una prognosis de la actualidad más cercana al parto que a la digestión.

Estructuramos nuestro trabajo a partir de la exposición suscita, en el primer capítulo, de los temas que más nos inquietaban y que articulamos como fundamentación de la propuesta para una imperiosa reflexión conjunta. Los capítulos segundo y tercero, que pueden ser considerados instrumentales y que exigen una laboriosa masticación, argumentan la apremiante necesidad de perfeccionar la cosmovisión y de utilizar las ciencias naturales en el diseño de un nuevo proyecto para los seres humanos. Los cuatro capítulos siguientes se sumergen en la realidad contemporánea -economía, sociedad, política y propuesta- intentando reunir en un solo haz coherente los acuciantes indicios de nuestra crisis civilizatoria.

Este libro interpela a los intelectuales orgánicos, en su función de «homogeneizadores de conciencia»², que sostienen que el sujeto de una experiencia válida no tiene derecho a transportarla escondida en su maleta. Interpela también a los militantes de izquierda que, por diversos motivos, merodean ocupaciones sucedáneas o se «fueron a sus casas» con los ojos extraviados. Y a los jóvenes de hoy que anhelan militar y no encuentran dónde ni saben cómo, porque las viejas organizaciones políticas no logran descifrar el código de sus modernas inquietudes.

I. UNA REFLEXIÓN CONJUNTA

Luis Mattini. Es muy probable que la historia registre la desaparición de la Unión Soviética, en diciembre de 1991, como la finalización del primer gran ensayo humano para construir una sociedad más justa, guiándose por la doctrina del socialismo científico. Primer gran ensayo o, tal vez, primera gran experiencia que se extendió desde la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista* hasta la última década del siglo XX. Fue mucho más que «jugar con la revolución». Constituyó uno de los grandes movimientos sociales de la historia -quizás sólo comparable con el cristianismo- que comprometió directamente a las formidables energías de masas de un tercio de la humanidad, que impregnó indirectamente el decurso del siglo veinte, que por momentos hizo temblar el reinado de la mercancía, forzando al capitalismo a adecuarse y hacer concesiones frente a sus embates.

Es necesario prepararse para comenzar una nueva experiencia.

Desde luego que no vivo esto con la calma de quien ha perdido una partida de ajedrez, saluda cortésmente a su adversario y se dispone a la revancha. Se ha cerrado el ciclo del esfuerzo de muchas generaciones en este siglo y medio, de muchos sueños y esperanzas. Millones de personas han dejado lo mejor de sí en este nuevo intento de redención social. Y la sangre derramada se ha convertido en un muro de memoria, inderrumbable, que nos aparta del capitalismo.

Se trata de una historia objetiva, cuyos rasgos pueden sistematizarse para el estudio por la metodología científica, pero también y fundamentalmente, de una historia encarnada por hombres y mujeres, valientes y decididos o temerosos y vacilantes, que se jugaron por un proyecto de vida, unidos por la convicción, racional o intuitiva, de que es posible elegir.

Por ello, al «pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad»¹ agregamos hoy un profundo dolor del alma. Dolor personal y dolor colectivo que asumimos, sin enmascararlo tras la ridícula masculinidad de una frágil racionalidad.

Gaby Weber. En los tiempos que vivimos ya nada resulta seguro. No solamente cayeron muros, se derrumbaron también modelos, conceptos e ideas. La única certeza que resta es la de que vivimos tiempos de crisis.

¿Y ello qué implica? El pensador comunista italiano, Antonio Gramsci, describe la crisis como una instancia en que «muere lo viejo, mientras que lo nuevo no puede todavía nacer». ² Lo viejo declina y muestra sus arrugas, pero lo nuevo que puja no tiene aún coherencia y claridad suficientes para expresarse, para ponerse de manifiesto conceptualmente.

¿Qué es lo viejo que está muriendo? ¿Y qué es lo nuevo que está por nacer? Son las dos preguntas que motivan este libro, esta reflexión. Lo viejo y, sobre todo, lo nuevo.

Proponemos la conjetura -intuición a nivel de piel- de que estamos siendo testigos de la culminación de un período histórico y que somos contemporáneos de un momento de ruptura. El desafío de la situación, por la vía de los hechos, nos impone transformarnos en protagonistas. Desafío que podemos declinar, en virtud del privilegio exclusivo que detentamos como especie: el albedrío. No actuar es una de nuestras opciones y, en tanto tal, arribamos a ella a través de una decisión.

No es cierto que la historia haya acabado, como nos quieren hacer creer quienes temen la capacidad de acción de la gente. La historia la continúan haciendo los pueblos. El parto, como siempre, será un proceso difícil, contradictorio y brutal. Ni la derecha, ni la izquierda saben todavía qué es lo que está por ser parido, ni lo sabe el señor George Bush con su «nuevo orden mundial». La dirección del salto aún no se encuentra definida y nada determina que deba implicar necesariamente un progreso cualitativo.

Por el contrario, se acumulan indicios que alertan sobre el riesgo concreto de que «lo muerto devore lo vivo», ³ de regresión a primitivos estados de barbarie y aún de extinción de la especie humana. Perseverar en el intento de buscar la solución a los problemas estructurales de la base material a través de sojuzgamientos, guerras o genocidios conlleva el peligro de cristalizar definitivamente nuestra evolución cultural en un hombre convertido en el lobo de su prójimo. Incluso muchos rasgos de la sociedad actual parecen remedar la fisonomía de un medioevo altamente tecnificado: pillaje, violencia en las calles, peajes que interrumpen las rutas, muros que almenan barrios privados, custodios mercenarios, pestes que diezman las muchedumbres, invasiones de «nuevos bárbaros».

También -y en cambio- se nos brinda la oportunidad de inventar el esfuerzo de un salto hacia adelante, hacia un mundo más fácil, más justo,

feliz. Pero para eso, es imprescindible un cambio de orientación, un audaz e imperioso golpe de timón. Lo nuevo no nace sólo, como si fuera obra divina o fruto de algún determinismo, sino por el ingenio y la mano de los seres humanos, por el accionar preñado de conciencia de los seis mil millones que pronto seremos.

Las sociedades no se movilizan por el sólo hecho de tener a su disposición la información necesaria para el cambio. El «Club de Roma» publicó hace veinticinco años su primera advertencia en la obra *Los límites del crecimiento* y en el año 1991, en su informe *La revolución global*, reiteró en forma extremadamente dramática una alarmante perspectiva para la humanidad. No obstante, ante el abismo inminente, ni los gobiernos cambian sus políticas, ni los grupos ecologistas o de izquierda agitan adecuadamente, ni la población asume una actitud de protesta masiva.

Nos parece obvio que, para que la información suficiente logre articularse como conciencia social -las tan manidas condiciones subjetivas- resulta indispensable, previamente, formular un proyecto alternativo viable, que defina con nitidez qué modelo de desarrollo y qué proyecto de sociedad, realistas y factibles, se propone construir la revolución. Porque es cierto que las correlaciones auténticas de lo nuevo con lo viejo, «sólo se manifiestan a partir de que lo nuevo haya llegado a revestir una forma acabada».⁴

La elaboración de una propuesta política concreta de carácter revolucionario requiere, como presupuestos necesarios, sistematizar el análisis crítico de las experiencias recientes e interpretar con acierto la realidad actual del país y de la región. La izquierda tiene aún pendiente la ejecución de ambas tareas -pegarse a la realidad actual, ajustando cuentas con el pasado- y exhibe, en términos generales, una aguda miopía para concederles la prioridad que les corresponde.

El derrumbe de modelos, conceptos e ideas -instrumentos con los cuales se venía analizando la realidad- vino a demostrar, con la contundencia inapelable de la práctica, el fracaso de las guías para la acción adoptadas anteriormente, fracaso que parece derramarse sobre todos los niveles y en todos los planos. En el plano de la práctica, de la teoría y de la filosofía. A nivel del individuo, de la organización y de la sociedad.

El fracaso -como toda derrota- supone una pérdida, parcial y transitoria, de los puntos de referencia. Es por ello que provoca desorientación y confusión y genera un estado de ánimo depresivo, que conduce al

aislamiento y a la incomunicación. Se pierde la confianza en los individuos, en las organizaciones y en las propuestas. Todo resulta poco fiable. Se reacciona con el equívoco de cuestionar, no sólo las guías para la acción que demostraron su ineficacia, sino también la legitimidad de las metas perseguidas y de la utopía.

David Cámpora. En muchos países de América Latina -y en particular en el Cono Sur- los militantes nos estamos moviendo como gallinas ciegas, tras el impacto de constatar que no éramos dueños de la verdad. Padece el duelo de la derrota con perplejidad similar a la del creyente que descubre, en un instante decisivo, que Dios no existe. Precisamente, cuando intuíamos que la revolución nos aguardaba a la vuelta de cualquier esquina y, a través de nuestro afán cotidiano, crecíamos con la pretensión de tocar el cielo con las manos. Nos angustia perder el protagonismo como sujeto histórico y, en la cerrazón de la nostalgia, nos cuesta encontrar otra razón de ser. Nos alejamos frustrados de la práctica orgánica disciplinada, en la que antes fundábamos nuestras interpretaciones sobre la política, la historia, la vida y la moral.

Las organizaciones políticas de izquierda no logran formular propuestas estimulantes para obtener el concurso de la población. Se aferran insistentes a anacrónicos gestos y voces del pasado: grupos jerárquicos, centralismo democrático, espíritu clandestino, sacrificio militante, austeridad espartana. Muchas de ellas agonizan suavemente y otras perduran como una estructura sin objetivo, como una cáscara vacía.

La población menos politizada, en virtud de su distancia respecto al compromiso militante -ya que se limita a sufrir la realidad, en lugar de actuar sobre ella- y en virtud de la ajenidad respecto de los acontecimientos en Europa oriental, tiene un grado de conciencia más general, menos específica, pero igualmente habitada por la angustia de la incertidumbre y la inseguridad. En lugar de desconcierto padece falta de estímulo, carece de una propuesta que requiera su participación. Permanece abúlica en su casa mirando fútbol o telenovelas, porque no repican como antaño las campanas de la izquierda, inquietando y reclamando el concurso de la gente común. Porque lo que tensa y moviliza al ser humano, no son meramente la miseria material y la injusticia social, sino, a partir de ellas, un proyecto de asociación y de forma de vida que ponga el acento en las apetencias y aspiraciones colectivas.

Gaby Weber. Y los intelectuales «sin compromiso», envanecidos por la estructuración mental característica de su profesión, se niegan a admitir la existencia de la confusión y la desorientación. Incapacitados, por tener las manos vacías, para cumplir con su función social de forjar herramientas teóricas, imprimen su propia vacuidad a la realidad que imaginan. Afirman, por eso, que ya nada puede suceder y que la historia ha llegado a su fin.

Luis Mattini. Ante semejantes hechos se aprecian, por lo menos, cuatro actitudes más o menos diferenciadas.

La primera, la rendición incondicional, la renuncia a las convicciones, la aceptación del tiempo del «fin de la historia y de las utopías», del «reino de la realidad». De la política convertida en administradora, en lugar de transformadora. De la ideología posmodernista de la «no propuesta», alardeando de sentido común, de objetividad y neutralidad social, pretendiendo escamotear la agresividad de su direccionalidad de clase.

La segunda, la negación de la realidad, cerrar los ojos ante los hechos, el refugio en el dogma y en alienadas esperanzas de que, en algún rincón del planeta, aún existan «viejos bolcheviques», suficientemente iluminados y armados para imponer la continuidad por encima de la voluntad de los sujetos sociales.

La tercera, hacerse los desentendidos, como muchos intelectuales latinoamericanos setentistas, con un estrecho espíritu de pequeña provincia y afirmar que nunca tuvieron nada que ver con esta historia, escudándose en haber sido críticos del stalinismo, no haberse incorporado al movimiento comunista o no haber compartido el marxismo.

Y la cuarta, la única que escapa al sentimiento de impotencia o de esterilidad y que mantiene la fidelidad a nuestras convicciones y a nuestra opción de vida: el reconocimiento de los hechos objetivos y el rechazo de las interpretaciones hegemónicas, sea la de la posmodernidad que justifica el «no hacer», sea la del dogma que alimenta fundamentalismos o integristas. Se trata del reconocimiento de la derrota, sin rendición, y de la preparación para el inicio de un nuevo ciclo de lucha. Desafío y llamamiento al trabajo tesonero y militante de toda aquella comunidad pensante del mundo, que se niega a renunciar a la posibilidad del cambio. El pensamiento militante deberá ahincarse en una militancia pensante.

Gaby Weber. Asumimos y exponemos nuestros puntos de partida para esta elaboración: la convicción filosófica de que el ser humano tiene la

posibilidad de arribar a una sociedad racional y solidaria y la adopción metodológica del marxismo como herramienta teórica para comprender los procesos sociales en su complejidad.

Ni la historia ha llegado a su fin, ni la filosofía ha perdido su función de «argumentar una orientación determinada en la vida del género humano».⁵ En cada momento de la evolución del conocimiento, sin excepción, ha estado presente una determinada concepción del mundo, sujeta a futura superación, intentando expresar la unidad fundamental de lo existente. Para ello, estructura en un sistema de pensamiento las interpretaciones teóricas más recibidas acerca del universo, la naturaleza, la sociedad y el individuo. Cuando basa sus conclusiones en los datos científicos contemporáneos y emplea el método discursivo de la ciencia, configura una imagen racional, objetiva y provisoria del cosmos.

La concepción marxista articuló con extremada coherencia sus interpretaciones teóricas acerca del ser, del conocimiento, de la especie humana, de la historia y de la ciencia, apoyando firmemente su elaboración intelectual en los últimos descubrimientos científicos de su tiempo.

Ubicó en la base material del comportamiento humano la estructura económica y, por encima y brotando de ella, la estructura social, sustentadora de la estructura política. Por último, como un manto protector, la estructura ideológica, impenitente falsificadora de la realidad, que, mediante racionalizaciones y ficciones, le disfraza a los individuos la conciencia de determinadas experiencias y relaciones.

La evolución progresiva del conocimiento tiende a develar la lógica objetiva de la evolución económica, con el propósito de adaptar a ella la conciencia social. Solamente cuando y a medida que la conciencia falsa se transforma en verdadera, es decir, en reflejo de la realidad, es posible adquirir también conciencia de las genuinas necesidades humanas.

Cuando un determinado modo de producción ha llegado a los límites de su evolución, comienza a trabar el desarrollo de las fuerzas productivas y su superestructura degenera la función positivamente cobijadora y estorba al cambio renovador.

Evaluamos que no existe otra herramienta teórica que haya logrado explicar más ajustadamente la realidad capitalista de su época y de su medio. Y que, precisamente como un homenaje a sus virtudes, es indispensable someterla sin pena y sin pausa a la crítica, a la actualización y al cuestionamiento de sus inevitables inexactitudes e insuficiencias.

Consideramos al marxismo como el hijo rebelde de la modernidad y del iluminismo de la burguesía del siglo XIX, que lo contaminan con una

fuerte raigambre eurocentrista y, lo que resulta más limitante, con cierto apego a un optimista determinismo histórico. De allí extrae, según nuestra opinión, su énfasis en que «el desarrollo ininterrumpido y cada vez más rápido de las fuerzas productivas, y con ello, el crecimiento prácticamente ilimitado de la producción»⁶ conducirán, ineluctablemente, a mejores civilizaciones y mejores conciencias y culminarán finalmente en la realización de la utopía: el comunismo.

Por otro lado, debe tenerse presente que Karl Marx escribió sus obras hace casi un siglo y medio, período en el cual este modo de producción, pensamos, ha agotado su ciclo después de sufrir enormes transformaciones. En aquella época, resultaba apropiado describir simplificada-mente a la sociedad como compuesta por los explotados -obreros fabriles- y los explotadores -capitalistas- y podía fundarse razonablemente que el trabajador industrial se erigiría en sujeto revolucionario. Pero hoy en día, frente a los cambios registrados en la producción y, por ende, en la sociedad ¿sigue siendo el trabajador industrial el probable sujeto revolucionario?, ¿resulta aún válido aquel modelo de liberación?

En el mundo, la idea socialista -como cualquier otra idea sobre una sociedad más justa- está en crisis. Atribuimos este hecho, entre otros factores, a la desproporción que media, al cabo de ciento cincuenta años, entre una práctica social abigarrada y una paupérrima elaboración teórica. Los aportes teóricos no se han acompasado al ritmo de la evolución de la sociedad humana: la época se ha adelantado al pensamiento. Contemporáneamente nos satisfacemos con las crónicas y las recopilaciones de los hechos, pero carecemos de un análisis suficiente y de una reflexión teórica moderna. Así han quedado huérfanos de explicación, por ejemplo, el inesperado dinamismo de las economías imperialistas, la generalización de la democracia parlamentaria como forma de dominio capitalista y la diversificación de las estructuras sociales en esos países. Se trata, pues, de una crisis en la teoría y, en ese sentido, el marxismo forma parte de la crisis. Como lo afirmara el filósofo francés Jean-Paul Sartre, «el marxismo se ha paralizado».

A nuestro entender, la tarea de actualización de la teoría marxista debe comenzar por reinstalar, en los fundamentos mismos de su discurso, la más moderna descripción de la realidad que las ciencias naturales realizan hoy. Se hace necesario, entonces, sobrellevar una doble pesada tarea, a la que convocamos. Por un lado, hacer el esfuerzo de retornar a la concreta realidad material, para buscar todo el sustento de la reflexión política. Por el otro, incorporar una elemental divulgación científica, que permita llenar

con conceptos el vocabulario que nos hemos habituado a utilizar sin comprenderlo. Pensamos que para poder reflexionar acertadamente sobre un fenómeno complejo, es indispensable integrar al pensamiento las explicaciones científicas complementarias existentes sobre el mismo.

Todos los procesos en la naturaleza -y, por ende, en el individuo y en la sociedad- reconocen una base material y consisten, simplificada, en transformaciones de las formas de energía, o como lo expresara Engels, «el conocimiento de las diferentes formas del movimiento es el conocimiento de los cuerpos».⁷

La clasificación de las ciencias en físicas, biológicas y sociales corresponde, simplemente, a tres niveles de organización de la materia. Las tres tienen un agudo incremento del orden de complejidad respecto a las anteriores y cada una de ellas incluye a las anteriores.⁸

Hemos incursionado, en este trabajo, en algunas consideraciones sobre el individuo, la producción y la sociedad actuales, a partir de ciertas evidencias facilitadas por la biología, la antropología y la física. Somos conscientes de que no hemos sido capaces de agregar estas evidencias a aquellas consideraciones, de tal suerte que el razonamiento final fluyese en un solo discurso integrado. En tanto testigos de nuestro medio y de nuestro tiempo, padecemos en forma personal sus peculiares carencias, entre las que destaca una ancha disociación entre los pilares descriptivos de las ciencias naturales y los ornados capiteles de las ciencias políticas.

David Cãmpera. El pensamiento de derecha argumenta, simulando apoyarse en la ciencia biológica, que es irrealizable la utopía de una posible asociación de seres humanos basada en la solidaridad y la equidad. Argumenta que el individuo humano, en tanto ser viviente, estructura su comportamiento estrictamente en base a pautas de sobrevivencia competitiva. El individualismo, el egoísmo y el afán personal de acumulación -de alimento, de territorio, de cobijo y de afecto- resultarían impuestos a su conducta por una necesidad biológica irrefrenable. Esta sería su «forma de ser», su naturaleza, su esencialidad.

En tiempos históricos recientes, de los que presenciamos hoy preocupantes rebotes, esta prédica abonó con singular éxito proyectos sociales que intentaban consagrar la superioridad racial, el destino manifiesto y el *apartheid*. Contemporáneamente, ese pensamiento de la derecha justifica al capitalismo y a la sociedad de clases, equiparándolos a expresiones evolucionadas de la lucha por la vida y la supremacía de los más aptos, en tanto instrumentos de selección adaptativa. Los costos

sociales que imponen sus modelos económicos pasan a ser considerados como «naturales e inevitables», como el «precio del progreso», en aras de un implacable darwinismo social.

Sostenemos que estas aseveraciones son erróneas y que sus pretendidos fundamentos biológicos han sido falseados. La biología moderna respalda científicamente aquella temprana forma expresiva que encontró Engels, para referirse a la célula, como el «ser-en-sí-mismo» hegeliano.⁹ La primera célula fue el primer «individuo» o etimológicamente, el primer «no divisible». Con la formación de una membrana semipermeable, aislante y comunicante a la vez, alrededor de una agrupación de macromoléculas con capacidad replicativa, se inició, hace cuatro mil millones de años, un proceso ininterrumpido de reproducción, agregamiento y diferenciación de unidades similares «individuos» que van dando lugar al surgimiento de nuevos niveles de organización, que constituyen, a su vez, unidades que se diferencian. A través de la replicación del «igual» es que surge la «solidaridad» celular y las células se agrupan en tejidos, los tejidos en órganos, los órganos en sistemas, los sistemas en organismos, los organismos en poblaciones.

La existencia de seres vivos altamente organizados constituye la premisa biológica del surgimiento de la sociedad. La individuación en el ser humano, que es un proceso que se desenvuelve en el decurso evolutivo de la especie, sólo puede completarse como contracara de su par dialéctico: la socialización, confirmándose como un ser que «se ha convertido y se ha concebido como especie»¹⁰ y que «únicamente en sociedad puede convertirse en individuo».¹¹ El ejercicio libre de la vida y el desarrollo original como individuo dependen y derivan de su reunión, cohesión e identificación con los demás individuos de su misma especie.

Pero no puede disimularse que la historia de la humanidad -y de todas las formas vivas- ha sido siempre violenta. El carácter distintivo de la vida es su tendencia a multiplicarse hasta el infinito, mientras que el medio ambiente propio de la vida es finito. A la expansión natural ilimitada de los organismos, se opone la limitación natural de la cantidad de nutrientes disponibles para ellos. El resultado de la confrontación entre las características naturales de la vida y las características naturales del medio es la competitividad entre los organismos. La violencia no es, por lo tanto, un rasgo inherente a la vida misma, sino la resultante de un condicionamiento que el ser humano, en particular, puede superar.

Como sucede con todos los seres vivos, la capacidad de los seres humanos para producir crías supera a su capacidad para nutrirlas. Y en el

caso del «mamífero dominante» -como acertadamente lo calificara el biólogo australiano F. Macfarlane Burnet¹²- las consecuencias de este elevado rendimiento reproductor se acentúan por la excepcional protección pre y posnatal característica de la especie, así como por la circunstancia de no haber logrado sobrevivir ningún depredador que haya convertido al ser humano en su presa.

No obstante, mediante la regulación de la producción de alimentos y de la reproducción de crías, las poblaciones humanas han sido capaces de aproximarse a situaciones duraderas de relativo equilibrio ecológico. La antropología contemporánea enseña que, durante más del noventa y nueve por ciento de los últimos dos millones de años, los seres humanos lograron optimizar su adaptación al medio ambiente, mediante el recurso de procurarse el sustento con la caza y la recolección. La armonía lograda con la naturaleza por esta forma de vida ha sido la más perfecta y la más prolongada, en toda la historia de la humanidad hasta nuestros días. Recién hace menos de diez mil años, el desequilibrio entre población y recursos culminó en una saturación demográfica, que impulsó al cazador recolector a aumentar artificialmente las existencias de alimentos, comenzando, a regañadientes, la domesticación de plantas y animales.

Gaby Weber. La evolución tecnológica de la especie ha logrado elevar notablemente la producción de subsistencia, pero, en forma simultánea, ha generado efectos perniciosos sobre el medio ambiente. A partir de la revolución científico técnica, la actividad económica tiene una incidencia, cada vez más intensa, sobre la composición química de la atmósfera, sobre el régimen térmico del planeta, sobre el fondo de radiactividad y sobre el océano mundial. Los resultados ya conocidos de esta incidencia son la erosión y el agotamiento del suelo, la contaminación de los depósitos de agua, la disminución de las reservas de agua potable, de materias primas y de recursos energéticos irrecuperables, la evacuación en la biósfera de desechos tóxicos, la extensión perniciosa de zonas urbanizadas, la acción deletérea sobre la salud física y psíquica y sobre el código genético de las poblaciones.

Pero la forma más dramática de percibir la gravedad de la crisis ecológica que nuestra especie ha provocado, es cuantificar la reducción del flujo de energía disponible para la vida en su conjunto. La fotosíntesis forma materias orgánicas a expensas de la luz solar y del dióxido de carbono de la atmósfera y es el único proceso importante que restaura la energía libre de la biósfera. La actividad agrícola del ser humano produce

solamente el cinco por ciento de la fotosíntesis del mundo actual, quedando el noventa y cinco por ciento restante a cargo de bosques y florestas naturales, que, a su vez, son permanentemente destruidos. Al mismo tiempo, la humanidad ocupa y esteriliza, con sus cultivos, ciudades, diques y carreteras el cuarenta por ciento de la superficie terrestre total.

Debemos reclamar que las ciencias naturales, permitiéndonos un grado mayor de objetividad en la visión que nos formamos de nosotros mismos, tengan preponderancia en los razonamientos y las propuestas de orden social y político. Las actuales estructuras se han vuelto incompatibles con la supervivencia de la humanidad. Sabemos que, a lo largo de la historia de la vida, prácticamente la totalidad de las especies que existieron en el pasado se han extinguido. Y la causa de la extinción ha sido, generalmente, la producción de un cambio ambiental que ha requerido una adaptación del organismo, que éste fue incapaz de realizar. El margen disponible para lograr la prosperidad de la especie humana mediante una adaptación cultural no es holgado, pero existe. Máxime teniendo en cuenta que las perturbaciones del medio ambiente son el resultado directo de la conducta económica irracional de la propia especie.

La segunda ley de la termodinámica establece que, en el seno de un recinto energéticamente aislado -por ejemplo, un sistema químico cerrado- es ineluctable la degradación de la energía o, lo que es lo mismo, el aumento del desorden. La entropía es la cantidad termodinámica que mide el nivel de degradación de la energía o de crecimiento del desorden de un sistema. Todo fenómeno o suceso es acompañado necesariamente por un aumento de entropía en el seno del sistema donde acontece. No obstante, se puede observar, en el seno de un sistema aislado energéticamente, en una de sus fases, la formación y crecimiento de estructuras ordenadas. El mantenimiento de una estructura, es decir, de un cierto orden, en un medio menos organizado, menos ordenado, necesita un aporte de energía.

La acción esencial de las formas vivientes es mantener su estructura en medio del contorno inanimado. El mecanismo utilizado es el aprovechamiento de la energía fotónica solar y su transformación en energía química. Así, el mantenimiento de la estructura de la forma vegetal de vida se logra a expensas de la entropía o degradación de la energía solar. Y el mantenimiento de la estructura de la forma animal de vida se logra a expensas de la entropía del reino vegetal. La evolución de la vida se ha producido por retroacciones entre sus estructuras más ordenadas y las menos ordenadas. Cuanto más organizada es una estructura, más lento es el ritmo de degradación de la energía.

Todas las manifestaciones de la vida humana, entonces, deben ser consideradas bajo la forma energética. Extremo que ya fuera adelantado por Engels, hace más de cien años, pese al escaso desarrollo relativo que tenía la ciencia antropológica en su época. En efecto, sostenía que «el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata».¹³ El papel del ser humano consiste en transformar la energía luminosa en cierta forma de trabajo ligada a su propia organización biológica. A imagen y semejanza de una célula primigenia, el ser humano aplica trabajo en un sector propicio del medio ambiente, utilizando energía que extrae del medio, para la descomposición de la materia y la recomposición más adecuada para su consumo energético.

El crecimiento de la población humana impone demandas crecientes de los recursos naturales de la tierra. Entonces, instrumenta procedimientos artificiosos imitando los mecanismos naturales de reproducción, para lo cual es necesario aplicar energía sobre la materia natural. El desarrollo de las fuerzas productivas -ingenios que permiten transformar una forma de energía en otra distinta- posibilita la expansión de la vida humana, que trata de maximizar la ocupación del nicho ecológico correspondiente.

Si se mantiene el actual ritmo de utilización, se estima que las reservas energéticas no renovables -petróleo, carbón, gas y uranio- estarán agotadas dentro de cien años. La tecnología moderna no tiene aún nuevas propuestas prácticas para atender el déficit energético sobreveniente.

En otras palabras, si los modelos económicos de crecimiento siguen tratando de imponer a cualquier costo su lógica absurda, puede anunciarse un agudo agravamiento de la lucha por la apropiación de los recursos limitados, contienda en la que América Latina viene siendo derrotada desde hace quinientos años.

Y si el Tercer Mundo pretendiera ir más allá del eufemismo de estar siempre «en vías de desarrollo» y equiparar su consumo al de los países de la OCDE* -ese once por ciento de la población mundial, que consume casi la mitad de la energía y las materias primas- el grito de guerra del Primer Mundo «¡o ellos o nosotros!», del cual estamos escuchando recién sus primeras estrofas, ceñirá la tierra en un abrazo de muerte y desolación.

Pensamos que los modelos económicos de crecimiento han llegado a sus límites; no existen recursos naturales suficientes para su continuidad.

Lo que murió en Europa oriental no fue solamente el socialismo real

* Organización de Cooperación y Desarrollo Económico. Tiene como objetivo apoyar a los veinticuatro países miembro en la formulación de su política económica y coordinar las posiciones conjuntas de los países capitalistas desarrollados.

y no debemos caer en el engaño de pensar que su crisis es simplemente el resultado de la implementación incorrecta y burocrática de un modelo. Allí también pereció el propio modelo de desarrollo, basado, al igual que el del capitalismo, en el crecimiento industrial, la fabricación de productos escasos, la amplificación de los mercados y la despreocupación por el medio ambiente. Particularmente agravada, esta última similitud, por un equivocado optimismo teórico en la posibilidad del ser humano de llegar a una absoluta emancipación de la naturaleza, a través de la subordinación de las fuerzas naturales y de la explotación ilimitada de sus recursos. Como lo expresara el entusiasmo de Engels al afirmar que «la fertilidad de la tierra se puede elevar infinitamente aplicando capital, trabajo y ciencia».¹⁴

La primera víctima explícita del desastre económico ha sido el socialismo real, que ha resultado mucho más vulnerable debido a la rigidez de su estructura. Han sido también víctimas los países no desarrollados, que evitaron el derrumbe de la superestructura política mediante una represión feroz. También se encuentran malheridos los países industrializados del capitalismo real, siendo el caso más notorio el de Estados Unidos.

Durante poco tiempo ha podido festejar la derecha, la aparente victoria del capitalismo sobre el socialismo. Victoria absurda, ante un enemigo que cae solo y solo se disuelve, por el intenso desenvolvimiento de sus contradicciones internas. Victoria riesgosa, ante la desaparición súbita de los puntos de referencia geopolíticos, de un inmenso territorio ahora caóticamente fragmentado. Victoria amarga, ante el fin del socialismo real que coincide con el fin del «sueño americano». La falta de dinamismo del aparato productivo norteamericano es inocultable. En Europa occidental y en Japón, la decadencia del modelo de crecimiento es menos aparente, en virtud de haber desarrollado una estructura productiva más sana. Sin duda porque, en ambos, el Estado nunca dejó de ejercer un control moderador sobre la producción, incentivando previsoramente la inversión en investigación tecnológica.

David Càmpera. La derecha se ve enfrentada, aunque no lo admita, a un exhaustamiento ideológico, al menos, tan grave como el de la izquierda. «El derrumbe es silencioso, casi furtivo, pero es tan significativo como el colapso del muro de Berlín».¹⁵ Para conservar su dominio, los círculos del poder mundial están improvisando, con urgencia, nuevas ideas y nuevos conceptos. No se trata, ciertamente, de una mera coincidencia que, en mayo de 1991, el Vaticano -tradicional «proveedor de ideología» del sistema- diera a luz la encíclica *Centesimus Annus*, donde

afirma que el capitalismo no puede autoproclamarse como el sistema ideal, por la sola virtud del fracaso estrepitoso del comunismo en el mundo.

Pero para ser capaz de promover una nueva perspectiva autónoma, la izquierda deberá recuperar la perdida hegemonía cultural, a partir de la modernización científica de la lectura que hace de la realidad y de la reorientación de su propuesta de cambio, en consonancia con las genuinas apetencias actuales de la población. Se nos ha demostrado, finalmente, que el sujeto histórico no puede ser suplantado y que sus aspiraciones no deben ser manipuladas, con la pretensión de adaptarlas a la doctrina.

La izquierda supuso, con un optimismo mecanicista, que el desenvolvimiento de las contradicciones internas del capitalismo agudizaría la irracionalidad del modelo al punto de provocar, casi por inercia, su inviabilidad práctica y la posibilidad de su más fácil demolición. Siguiendo a Engels,¹⁶ la contradicción fundamental, «que imprime al modo de producción su carácter capitalista», es la que existe entre la producción cada vez más social y la apropiación capitalista del producto. Esta contradicción se manifiesta, principalmente, en el «antagonismo entre el proletariado y la burguesía» y en el «antagonismo entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y la anarquía de la producción en el seno de toda la sociedad». Contrariamente a lo esperado, el término activo de la contradicción «la fuerza propulsora» ha dejado de agudizarse progresivamente. La producción deja de ser cada vez más social, no se han convertido en proletarios la inmensa mayoría de los seres humanos y la transnacionalización del capital atenúa la anarquía en la producción. En la indudable decrepitud del modo de producción, constatamos que la contradicción fundamental no «estalla en explosiones violentas» y no parece que el «círculo vicioso tiene que llegar necesariamente a un fin».

Gaby Weber. Los límites absolutos del modelo de crecimiento capitalista están en la actualidad claramente impuestos por razones ecológicas. Pero aún dentro de esos límites, existen otros factores que imposibilitan actualmente su eficacia. El desarrollo capitalista siempre ha funcionado bajo dos condiciones: un mercado suficientemente amplio y existencia ilimitada de materias primas.

El mercado se torna progresivamente insuficiente, a partir del efecto devastador que ha producido la deuda externa sobre la capacidad de consumo de enormes masas de población. El pago de esta deuda por los

gobiernos se ha trasmutado, mágicamente, en la clave del moderno ritual para la multiplicación de los recursos financieros. Resulta cada vez más difícil obtener créditos frescos y solamente si el país cumple con sus obligaciones como deudor puede acceder a ellos. El balance del flujo de capital expresa una clara tendencia: el Tercer Mundo paga mucho más al Norte de lo que consigue de éste, como préstamo o donación. Entre 1982 y 1989, esa pérdida neta sufrida por el Tercer Mundo ascendió a la cifra de doscientos treinta y seis mil millones de dólares. Se trata pues de una ayuda al revés, de una ayuda del pobre al rico.

Después de la caída del socialismo real, el mundo económico adquirió el aspecto de un supermercado, donde todo el estoc se encuentra a la vista y cada uno de los concurrentes debe defender su posición. Y allí participan todos, sin excepción. El mercado se ha vuelto planetario y se infiltra a través de todas las barreras. Incluso países como Cuba, China, Vietnam y Corea del Norte deben subordinarse a la lógica de las leyes del mercado y aceptan la regulación del acceso a los recursos limitados a través de la mediación del dinero. Mercancía universal que sólo logra cumplir su función intermediadora en forma saludable, mientras acompase su propia escasez a la escasez natural de los recursos productivos.

Un problema mayor que la escasez de demanda, lo constituye la escasez de recursos productivos y la tensión que ocasiona su agotamiento en un futuro cercano. La dimensión reducida de los yacimientos de metales estratégicos ya no constituye un secreto, pues ha sido relevada en su totalidad mediante la fotografía desde satélites artificiales. Las expectativas sobre las posibilidades económicas de explotación del espacio exterior -como proveedor de materias primas escasas y receptor de los desechos productivos- no se han visto avaladas, hasta el momento, por respuestas tecnológicas viables.

El medio ambiente, con sus recursos limitados, ofrece dos formas alternativas de vida a los seres humanos: una racional, consciente y solidaria y otra irracional, violenta y destructiva. El mundo moderno parece haber elegido definitivamente el segundo camino, ensanchando, cada vez más, la brecha que separa al Norte del Sur. Aquella ilusión de los años cuarenta y cincuenta, de lograr el bienestar general gracias a un crecimiento sostenido, fracasó en el plano político porque era impracticable en el plano económico y, sobre todo, en el ecológico. Hoy, los políticos del Norte han cambiado su discurso humanista tradicional y no mencionan ya la «ayuda para el desarrollo de los sobrinos pobres del Sur», como lo expresara el presidente estadounidense John F. Kennedy, en su fracasado proyecto de «Alianza para el Progreso».

El capitalismo, a pesar de la evidencia de los límites del crecimiento, se resiste a modificar sus principales líneas de producción, sus pautas de distribución y su estilo de vida, en procura de vías alternativas para un insumo menor de la energía. Por ejemplo, mediante la sencilla imposición de racionalidad en la utilización del transporte, forzando a renunciar al *desiderátum* de que cada individuo adulto adquiera su vehículo propio. La regulación capitalista de la escasez obedece a la lógica prepotente de atribuir todos los derechos al contendiente más fuerte. Bajo su imperio, la mayor parte de la población mundial apenas logra sobrevivir en condiciones de miseria, mientras que una minoría de privilegiados disfruta una vida suntuaria.

El capitalismo ha descubierto resquicios, y probablemente descubrirá otros, que le permiten prolongarse como modo de producción, más allá de su decadencia. El sistema busca formas de obtener mayores márgenes de ganancia, a pesar de no ser capaz de expandir su producción. Un buen ejemplo de ello es la industria delgada (*lean production*) japonesa, aplicada en la rama automotriz. En lugar de intentar vender cada día más cosas a más gente, diversifica el abanico de su oferta, elabora modelos cada vez más sofisticados y productos cada vez mejor acabados, utilizando una reducida mano de obra altamente calificada.

Coherentemente, para impedir una mayor industrialización mundial, y al mismo tiempo en contradicción con su necesidad de amplificar el mercado, el capitalismo procura reducir selectivamente la demanda en el Tercer Mundo, mediante el control de la natalidad de una parte de la población. Se ha llegado así al aparente absurdo de que la correcta aplicación de la medicina occidental suscite quejas, ya que provoca la disminución de la tasa de mortalidad en el Tercer Mundo, en tanto que la de natalidad no disminuye.

El crecimiento demográfico es identificado maliciosamente como el principal impedimento para el desarrollo del Tercer Mundo. «En nombre de la humanidad hay que hacer todo lo posible, para disminuir la explosión demográfica en el Tercer Mundo. Quien trabaja seriamente en ese problema, realiza verdadera ayuda para el desarrollo», aconsejan dos especialistas alemanes.¹⁷

Para completar el embaucamiento, sólo falta acusar a las poblaciones del Tercer Mundo de la polución del resto del planeta y afirmar que, si no se logra detener la explosión demográfica, no se podrá evitar el colapso del ecosistema. «El crecimiento rápido de la población en los países pobres ya empezó a cambiar la Tierra», afirma en 1990 un informe del Fondo de las Naciones Unidas para Activides Poblacionales (FNUAP).

De esta manera, se encubre la imposición forzada del control de la natalidad -al que catalogan engañosamente de «planificación familiar»- bajo el ropaje menos agresivo de una altruista política ecológica. Las armas del Norte, para defender «su» clima mundial contra esa «explosión» ajena, son las campañas de esterilización, la implantación de hormonas e inyecciones anticonceptivas trimestrales, en muchos casos impuestas forzosamente y con insuficiente información sobre la irreversibilidad de algunas de estas medidas.

David Càmpera. A pesar de la falta de perspectiva real que impone a los países del Tercer Mundo, el modelo conserva su prestigio en la imaginería popular. La ideología dominante, acompañando a la decadencia del modo de producción, se ha ido vaciando de contenido, pero continúa dominando.

Gaby Weber. El camino capitalista ha adquirido la apariencia de consistir en la única alternativa posible. A esta mistificación ideológica acompañan, en dramático cortejo, un poderoso empuje de la hegemonía cultural de la derecha y una agudización del drama social sin parangón en la historia humana. A través de las seriales televisivas norteamericanas, el *way of life*, el estilo occidental, arrasa con las idiosincrasias, las originalidades y las tradiciones culturales vernáculas. Al mismo tiempo que, por la vía de los hechos, a la mayor parte de la población mundial le es negado el acceso a ese prometido camino de desarrollo y crecimiento. ¿Qué recurso queda, entonces? La emigración hacia el Norte, con la ilusoria esperanza de recoger algunas migajas de la torta que les fuera expropiada.

Simultáneamente, la especialización productiva y la monocultura, inducidas en muchas zonas del Tercer Mundo con el propósito de abastecer al mercado mundial, destruyen la estructura industrial y agrícola que producía para el consumo interno y expulsan violentamente a la población que se tornó excedentaria hacia otros territorios. La Organización Internacional para las Migraciones señala que ochenta millones de personas, provenientes principalmente de los países pobres, están trabajando, legal o ilegalmente, en naciones extranjeras. Por su lado, la Cruz Roja Internacional prevé, para el año 2000, una población migrante de cientos de millones de individuos. Nunca antes la especie humana protagonizó, por razón alguna, desplazamientos masivos tan traumatizantes y de tal envergadura, que evocan los ascensos incoercibles de las mareas.

Los desplazados vuelven a vivir como nómadas, deambulando en

procura de un espacio físico que les permita subsistir y tolere su presencia. Muchos se refugian en las villas miseria de Argentina, en las callampas de Chile, en los cantegriles de Uruguay y en las favelas de Brasil. Ya no se explica esta realidad por la formación de un «ejército industrial de reserva»¹⁸ por parte de un capitalismo previsor en su fase expansiva. La fría lógica del sistema no les da cabida en ninguno de sus ámbitos, ni siquiera para explotarlos.

Los países del Primer Mundo, se declaran invadidos por oleadas de nuevos bárbaros «malolientes» -como los adjetivara recientemente el ex primer ministro francés, Jacques Chirac- que amenazan estropear la estética y el confort del bienestar «nacional». Para protegerse frente al nuevo enemigo, la sociedad blanca y rica aprueba leyes de migración cada vez más restrictivas y se sumerge en un baño purificador de xenofobia y racismo. Estas muchedumbres sin suelo ni techo, pero con hambre y con miedo, simplemente están de más, sobran, no debieran existir. ¿Qué sucederá con esta «ola de pobres»? ¿concurrirán ellos a integrar el futuro sujeto revolucionario?, ¿qué papel jugará en el capitalismo el sector económico informal?

Tanto en la «explosión demográfica» como en la «marea de pobres», los instrumentos opresivos se han ensañado con la mujer, convirtiéndola en sujeto de expiación. Las estadísticas son elocuentes. De los novecientos treinta millones de pobres de los países subdesarrollados, un total de quinientos cincuenta millones son mujeres y esta proporción sigue aumentando. El Instituto Brasileño de Geografía y Estadística reveló que el veinte por ciento de las mujeres brasileñas en edad fértil, siete millones y medio de personas de entre quince y cuarenta y cinco años, fue esterilizado por ligazón de las trompas.

Luis Mattini. En esta primera etapa de la reflexión, quedarán varios temas sin considerar. Entre ellos destaca, por su crucial actualidad, el papel de la mujer. Desde el punto de vista material, en nuestras sociedades, la mujer desempeña la jefatura orgánica del núcleo familiar, aporta gratuitamente la fuerza de trabajo de la mano de obra doméstica, orienta y dirige la crianza integral de la prole y es el principal sostén económico en el expansivo sector informal. Desde el punto de vista intelectual, ha comenzado a adquirir conciencia verdadera de su propia realidad, lo que constituye un avance irreversible, pues el grado de comprensión logrado -como una alfabetización- no puede ya hacerse retroceder. Pensamos que estamos presenciando el desarrollo de un elemento de la contradicción, que augura un radical cambio cultural y civilizatorio.

La consideración del problema de la discriminación de la mujer, vigoroso atavismo de la barbarie, ha sido tradicionalmente postergado por el marxismo, como una contradicción menor que se resolverá sola, una vez que las contradicciones mayores se hayan resuelto. Pensamos, por el contrario, que el tema debe encararse de inmediato en el marco del enriquecimiento moderno de la teoría, aportándose al análisis los resultados de la lucha reivindicativa de las mujeres de los países ricos -en particular en Europa- y de la experiencia concreta realizada por el socialismo real. En este último, los logros alcanzados fueron el reconocimiento sin cortapisas de la igualdad de derechos y la integración efectiva en el proceso de producción. Por el contrario, no pudieron resolver las manifestaciones sociales anacrónicas del machismo y de la opresión sexual, ni instrumentar con éxito una mayor participación femenina en el ejercicio del poder.

Gaby Weber. La decadencia del modelo, que se manifiesta ostensiblemente en la ausencia de crecimiento global, trae aparejado cambios notorios en las funciones del Estado de los países del Tercer Mundo. En efecto, se torna superflua su intervención para promocionar la inversión empresarial, regular las relaciones laborales y proteger los derechos de los consumidores, que fueron históricamente identificados por la sociedad burguesa con los derechos del individuo. El Estado pierde progresivamente su capacidad de intervención en la esfera social, en la industrial y en la militar. Este proceso conduce a una sociedad diferente, que abandona el arraigado concepto de Estado benefactor y, aún más, los principios éticos humanistas.

La creciente inoperancia del aparato estatal es detectable en distintos ámbitos de la sociedad. La fuerza policial resulta impotente e ineficaz para la protección de la propiedad y de los individuos, lo que provoca el florecimiento de numerosas empresas privadas de seguridad y surgen iniciativas populares para la protección colectiva en los barrios. Las leyes laborales pierden toda vigencia en el sector informal, diluyéndose en la nada los logros y conquistas que la clase trabajadora arrancó a la economía capitalista. La justicia deja de ser la reguladora permanente de la convivencia social, llenando ese vacío diversas iniciativas sociales, mientras algunas bandas criminales imponen su orden en los territorios que dominan. La clase media se desdibuja y tiende a desaparecer. La sociedad fracturada se asienta en zonas geográficas distintas dentro de una misma ciudad, aglutinándose, respectivamente, en villas miseria y en barrios privados amurallados.

Además, existe una acelerada tendencia a la reducción de los ejércitos del Tercer Mundo y a la desaparición de su función tutelar de la sociedad. En la actualidad, el Banco Mundial exige la disminución radical del presupuesto militar como condición ineludible para el otorgamiento de nuevos créditos. El «nuevo orden» del señor Bush prevé la intervención directa de EEUU, en otros lugares del mundo, para defender sus intereses. Los intermediarios nacionales resultan prescindibles en la actualidad.

David Càmpera. Tanto en la economía, como en la sociedad y en las instituciones modernas, vemos sumarse una serie de llamativos indicios -de los que mencionamos solamente algunos- que sugieren vigorosamente la inminente inevitabilidad de un cambio profundo. La contradicción que ha madurado debe ser necesariamente resuelta, pero las formas de este proceso pueden ser diversas.

Desde su intuición profunda, el ser humano se angustia y se tensiona, se pregunta y se prepara interiormente, buscando la revelación de los signos de su tiempo. La actividad prospectiva del cerebro humano anticipa las características del mundo de mañana, a los efectos de adaptar la propia acción a esas características y lograr así la eficacia para la supervivencia.

Pero para la mente humana resulta inevitable la indagación finalista, el «para qué» de su conducta, en razón del sentido de trascendencia, cuyo fundamento ancla en la propia naturaleza de la especie. En efecto, la capacidad de autorreflexión, conciencia de la existencia, trae como consecuencia la conciencia de la muerte y la consiguiente predisposición al sentimiento de trascendencia, como atenuador de la angustia paralizante de la existencia misma.

El ser humano condiciona su esfuerzo actual a la convicción de que es posible mejorar su vida y la de su grupo. En este sentido, valoramos el término utopía como una aspiración natural al bienestar, como una lejana luz de referencia, que promueve intelectualmente a la acción sostenida. Si el individuo está convencido de la viabilidad de la meta distante, orienta permanentemente su esfuerzo en esa dirección y puede convertirse en sujeto del cambio inmediato.

La utopía no se alimenta de sueños irrealizables, sino de proyecciones audaces superadoras de las angustias presentes. Es un ente ideal que se materializa a cada instante en la tensión del deseo de cambio. Pensamos que en su seno se integran fecundamente una experiencia, una idea, una crítica y una ética.

Como experiencia, algunas nostalgias de origen indiscernible, registros de prácticas positivas protagonizadas por ancestros lejanísimos, transportadas por las células de un individuo al siguiente y de un milenio al siguiente, revividas siempre con un sentimiento intensísimo de ternura y serenidad. Nostalgias del olor del pan recién horneado, de la hipnosis contemplativa del fuego, del ocio abundante y satisfecho, del trabajo escaso y gozoso, de la intimidad armónica con la naturaleza, de la fraternidad y la solidaridad entre individuos iguales. Se trata propiamente de un almacenamiento del tiempo, memoria histórica que puede atesorar en exclusividad nuestra especie, respecto a un prolongadísimo período en que la felicidad, es decir, el bienestar material, parecía instalada para siempre en el reino de esta tierra, jardín de las delicias, paraíso perdido. Intersección nodal de quimeras y fantasías de todas las religiones que en el mundo han sido.

Como idea, una cosmovisión racional y objetiva, producto de la síntesis armoniosa de los resultados de la investigación científica contemporánea. Como crítica, el rechazo de los defectos y carencias de la sociedad existente y el afán de enmendarlos. Y como ética, la característica peculiar e inherente de la especie humana de no poder eludir la responsabilidad de la elección.

Gaby Weber. La utopía nutre e impulsa la voluntad de seres humanos concretos, situados en un tiempo dado y en un espacio cierto. Cada utopía, más allá de las numerosas coincidencias que muestran todas entre sí, encanta un territorio y una época determinados. En este unido continente latinoamericano de tantos pueblos separados, ¿cómo haremos para hermanar las utopías?, ¿y cómo haremos, enseguida, para no perder lo original de cada una?

No podemos eludir ni posponer la elaboración de nuestra «proyección audaz hacia el futuro», delinear el bosquejo de «lo nuevo que aún no puede nacer». Partimos de la afirmación de un punto de ruptura con la ideología del capitalismo. No aceptamos la identificación del crecimiento económico con la noción de progreso social. Y respaldados por la evidencia física, biológica y ambiental, vaticinamos el advenimiento de la oportunidad del salto, desde la acumulación de las cantidades hacia la superación de la calidad de vida.

El concepto básico de progreso es el de un «cambio sistemático de una característica, presente en todos los elementos de una secuencia direccional, de tal modo que los elementos posteriores de la secuencia

muestran una mejora en dicha característica con respecto a los anteriores.¹⁹ Lo que consideramos una mejora es resultado de un juicio de valor, no necesariamente moral, y puede significar mayor eficacia, mayor abundancia o mayor complejidad.

No corresponde identificar, en todos los casos, el cambio cultural con el progreso. La moderna antropología autoriza a calificar el cambio tecnológico, como una estrategia defensiva del ser humano, destinada a afrontar los requerimientos nutricionales de una población en incesante crecimiento, tratando de acercarse lo más posible a la primitiva eficiencia energética de la especie. En el ámbito de la tecnología, los instrumentos de trabajo no constituyen el multiplicador más intenso en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino el conocimiento, la experiencia y los hábitos de trabajo. En particular, desde el inicio del siglo XX, el cambio tecnológico ha sido traumático para el individuo y la sociedad.

La especie humana, en tanto bioforma, debe definir necesariamente el progreso, en primer término, en el mismo y exclusivo sentido en que es válido para la vida en general. Esto es, la tendencia a ocupar todo el espacio disponible, en los ambientes en que la vida es posible, incluso los creados por su propia expansión. Ningún otro criterio de progreso específico para el ser humano puede contrariar esta tendencia vital de carácter universal.

En segundo lugar, el progreso de la especie debe ser definido según los cánones de una moral basada en la propia naturaleza humana, tal como la caracteriza y describe la ciencia contemporánea. En consecuencia, la propia moral, fundada en el conocimiento, progresa. Pueden formar parte, consensuadamente, de nuestro moderno catálogo ético el aumento de la duración de la vida, el aumento de la inteligencia, el aumento del conocimiento y el aumento de la propagación del conocimiento.

¿Y qué nombre escogeremos para lo nuevo que aún no puede nacer? ¿Lo nombraremos socialismo? Seguimos pensando que se trata de un buen vocablo, pero no nos aferramos al mismo. Los sustantivos navegan la vida y se van cargando de historia, y algunas historias terminan por aplastarlos. No es el sustantivo lo que nos preocupa, es la sustancia.

Creemos que será necesario, que cada esfuerzo de elaboración teórica que se ensaye tenga en cuenta y procese las nutritivas experiencias, sean fracasadas o exitosas, que se han realizado en América Latina intentando la construcción de una nueva sociedad. En procura de lo cual, nos ha parecido acertado indagar las generalizaciones teóricas a que van arribando, entre otros, los analistas cubanos -a quienes la historia ha deparado la

oportunidad de realizar una práctica social insoslayable- respecto a algunos problemas que debe encarar, desde su inicio, cualquier tentativa socialista emergente.

Nos referimos, en particular, a la consideración del ser humano en tanto individuo, es decir, tomando como punto de partida para el análisis uno de los opuestos del par dialéctico que determina al ser social.

Contraponiendo el grupo al individuo, quisimos indagar sobre las posibilidades y las condiciones para el ejercicio de la libertad individual y para la intensificación del proceso de individuación o personalización, la realización de la identidad.

Contraponiendo la organización al individuo, nos inquietó la suplantación de su voluntad y de sus actos, los impedimentos que se interponen a su participación directa, el retaceo de la más amplia información y las dificultades para un control directo de la gestión de sus representantes.

Contraponiendo el trabajo al individuo, inquirimos sobre la posibilidad del reencuentro del productor con su producto, recobrando el sentimiento de mutua pertenencia y de apropiación directa, a través del amor y el respeto por sí mismo en su obra. Y sobre la recuperación de la alegría del consumo placentero.

Contraponiendo, finalmente, la producción social al individuo, preguntamos por los estímulos a la eficiencia y creatividad productivas, por la racionalidad selectiva respecto al consumo y por el sentido de responsabilidad frente a la limitación de los recursos.

Conjeturamos que estamos viviendo una época en la que se producirá, en alguna dirección, un salto cualitativo de la civilización humana.

La humanidad no puede seguir insumiendo al mismo ritmo la energía y las materias primas escasas. La humanidad tampoco puede seguir seleccionando ni distribuyendo los productos con las pautas actuales. La actividad productiva se encuentra embretada, en cada uno de sus extremos, el de los insumos y el de la distribución, en sendas situaciones explosivas. La humanidad debe, por tanto, cambiar su modo de producción, es decir, debe producir su vida de un modo diferente. Lo que implica, necesariamente, cambiar también su modo de distribución y de consumo, su estilo de vida. Es imperioso, además, diseñar un aspecto especial del nuevo modelo, que contemple, como homogeneización previa indispensable, un significativo aumento inmediato del consumo de las muchedumbres hambrientas y el desarrollo acelerado de los países pobres.

Este cambio cualitativo abarcará, sin duda, los cuatro niveles específicos en que se manifiesta la vida humana: el biológico, el psicológico, el económico y el social. Pensamos que, para ser capaces de comprender los cambios en su pletórica y fecunda complejidad, las ciencias de la vida, de la subjetividad, del trabajo y de la convivencia deberán cohesionar e integrar sus interpretaciones en una única expresión articulada. Es decir, que los científicos, los analistas y los dirigentes deberán remontar la corriente, propia de estos tiempos de crisis que vivimos, de visualización fragmentada de la realidad, de dispersión del esfuerzo comprensivo, de yuxtaposición no integral de los campos del conocimiento, de especialización enajenante del observador y de saturación intelectual por la hiperinformación instantánea.

Deberán recuperar una visión global de la realidad en su conjunto, de la realidad natural, para expresarlo de alguna manera. Visión que aún poseían los filósofos prearistotélicos, «dialécticos espontáneos» al decir de Engels.²⁰ Visión que abandonó la ciencia, para penetrar en los detalles e investigarlos por separado y que extremara su división en áreas estancas en el siglo XIX, cuando se absolutizaron los logros del capitalismo moderno como culminación del conocimiento humano, despreciando otras formas -consideradas «no científicas»- de aproximación del ser humano a la realidad.

II. LA COSMOVISIÓN

David Cámpora. Desde el origen de la civilización, el ser humano ha buscado incesantemente el conocimiento del orden subyacente del mundo. La unidad totalizadora, concebida como un sistema, es una exigencia del propio funcionamiento de la mente y de tal suerte se estructura el saber humano.

En tanto entidad biológica y acatando su específica y peculiar manera de conectarse con el medio ambiente, el ser humano se esfuerza por comprender su situación, indagando sin cesar el lugar en que se encuentra. El conocimiento, a partir de la actividad práctica que le asegura la sobrevivencia, es la vía específica del ser humano para vincularse con el universo. El conocimiento sensorial avanza hasta convertirse en conocimiento racional, el que crea «ideas, teorías, planes o proyectos»¹ explicativos de los fenómenos. Y cuando una nueva observación contradice una teoría, entonces se construye otra, que constituye una extensión de la teoría original.

Luego, la ciencia integra un sistema de teorías, cuyos conceptos forman un todo único. El conocimiento científico se desarrolla a través de la acumulación progresiva de respuestas, cada vez más precisas y completas, a la pregunta de por qué determinado objeto se comporta de cierta manera en ciertas condiciones. Generalmente, la respuesta consiste en que ese objeto está constituido por otros más pequeños, a los que se les atribuye unas propiedades que hacen que el objeto estudiado se comporte de la forma observada.²

Gaby Weber. Sin duda, ese procedimiento de investigación ha demostrado históricamente su eficacia práctica, pero produce, al mismo tiempo, un cierto desconsuelo filosófico. El conocimiento científico continúa abriendo «cajas chinas» o «muñecas rusas», que descubren en su interior nuevas cajas y muñecas más pequeñas, que esperan turno, a su vez, para ser abiertas. A la física contemporánea parece que le ha tocado bailar con

la más fea: las partículas elementales, los fotones, electrones, mesones, protones, neutrones e hiperones.

Erwin Schrödinger³ sugiere, sin misericordia, que la partícula debe ser considerada, no como una entidad permanente, sino como un hecho instantáneo, un acontecimiento aislado. A medida que la ciencia penetra «en distancias cada vez menores y en tiempos cada vez más cortos», comprueba que la naturaleza se comporta de modo muy distinto al observado en el mesocosmos, el entorno humano de los cuerpos visibles y palpables. Por su propia naturaleza, no es posible realizar una observación continua de una partícula elemental. Entonces, cuando se ha observado una partícula de un tipo determinado e, inmediatamente después, se observa una partícula similar en un punto muy próximo al primero, no se puede afirmar, inequívocamente, que sea la misma partícula la observada en ambos casos.

Precisamente, cuando parecía que el «ladrillo» elemental constitutivo de la materia se doblegaba bajo la tenacidad de la ciencia, la última muñeca se asoma, nos «saca la lengua» ... y desaparece sin dejar rastros.

David Cámpora. No obstante el desconsuelo filosófico -del cual el siglo XX no ha sido aún capaz de hacerse cargo, desde que Werner Heisenberg formulara en 1927 el «principio de incertidumbre»- de todas formas, en cada etapa de la evolución cultural, el conocimiento científico expresa el grado del dominio alcanzado por el ser humano sobre los procesos existentes.⁴

A medida que los seres humanos conceptualizan, en pensamiento y en discurso, el mundo exterior e interior a ellos mismos, la mente analiza estas percepciones en términos de ciertos esquemas de propiedades o estructuras elementales de análisis. Tanto las estructuras del lenguaje como las estructuras de la lógica están genéticamente determinadas y han sido evolutivamente seleccionadas.⁵

En concordancia, el método científico correspondiente a cada etapa de la evolución cultural -formulado por la lógica, a partir de las relaciones entre el pensamiento y la realidad representada por el pensamiento- expresa el grado del dominio alcanzado por el ser humano sobre el propio conocimiento.⁶

El desarrollo de la actividad práctica de sobrevivencia del ser humano es el que promueve, constantemente pero con diversos ritmos, la necesidad de nuevos conocimientos. Los métodos por los cuales los seres humanos producen sus medios de subsistencia e intercambian los pro-

ductos, constituyen sus «condiciones económicas». ⁷ Es decir, que el desarrollo de la ciencia y el correspondiente progreso de la tecnología están en relación con el desarrollo de la producción material, lo que llevó a Marx a caracterizar los productos de la industria humana como «fuerza científica objetivada». ⁸

La historia registra, en el siglo VI aC, a los primeros seres humanos que empezaron a formular aquel tipo de preguntas. Tales de Mileto, entre otras inquietudes un poco más elevadas, se dedicaba a investigar la sucesión de las estaciones, con el fin de poder monopolizar tempranamente las prensas de aceitunas, arrendándolas luego a buen precio. Este práctico filósofo fue quien primero intentó relacionar distintos fenómenos físicos, explicándolos en función de una sustancia unificadora, que él propuso que fuera el agua. Cien años después, Demócrito de Abdera afirmaba que el mundo era «un conjunto de todos, cada uno de los cuales es un átomo». ⁹ La joven mirada ingenua de estos filósofos griegos era esencialmente exacta y absorbía «el carácter general del cuadro», donde «todo se mueve y cambia», percibiendo el movimiento y el cambio, más que «lo que se mueve y cambia». ¹⁰ Los detalles pasaban desapercibidos mientras percibían la esencia de la realidad.

Pero el estado rudimentario de la tecnología impidió a estos griegos utilizar la investigación experimental, para progresar en el conocimiento de la estructura de la materia. Para penetrar en los detalles de los elementos que formaban ese cuadro total, fue necesario proceder a «desgajarlos» «de su entronque» e investigarlos por separado, comparándolos entre sí y agrupándolos por clases.

Un siglo más tarde, Aristóteles sustituía el atomismo por la idea de una sustancia primaria inalterable y sujeta a transmutación. Afirmaba que el estado natural de los cuerpos era el reposo, que sólo se movían si eran empujados por una fuerza y que el pensamiento puro podía deducir todas las leyes del universo. Descubre, así, las leyes deductivas del razonamiento y la teoría del silogismo, al tiempo que Euclides, en concordancia, descubre el método axiomático y funda la geometría.

A esta altura del proceso de acumulación, el conocimiento científico del ser humano procede a designar a los objetos -los elementos del cuadro total- en función de la conservación cuantitativa de ciertas magnitudes, es decir, realiza un «estudio cualitativo de la cantidad». ¹¹ Durante los dos mil años del necesario dominio intelectual aristotélico, la ciencia estuvo prácticamente estancada.

Recién a partir de la segunda mitad del siglo XV, el naciente capitalismo

y el espíritu de aventuras inherente a la época comienzan a estimular la investigación empírica y, por fin doscientos años después, Galileo Galilei logra establecer los fundamentos del método científico experimental de las ciencias naturales. Con Gottfried Wilhelm Leibniz nacen los cálculos diferencial e integral de la matemática para el análisis de lo infinitamente pequeño, el propio Galileo descubre las leyes del movimiento fundando la mecánica, al tiempo que, en correspondencia con todo esto, Francis Bacon descubre la lógica inductiva como forma de razonamiento, que parte de los enlaces observados entre los hechos particulares hasta llegar a encontrar las relaciones universales.

Se arriba, entonces, a una descripción puramente mecanicista de la naturaleza, considerando a la física como una mecánica molecular, imperando «la inmutabilidad absoluta» y «la congruencia del orden establecido en la naturaleza».¹² En este nuevo estadio del conocimiento científico, el ser humano realiza un «estudio cuantitativo de la cualidad».¹³

La segunda mitad del siglo XIX presencia un empuje sin igual en el desarrollo de la ciencia, de la industria y de la ingeniería que ejercieron enorme influencia en los aspectos materiales de la vida. Se produce la diferenciación de disciplinas que investigan separadamente distintas facetas del conocimiento científico, aunque a veces no resulta fácil delimitar claramente los respectivos campos de investigación. La antigua idea del devenir y el cambio como forma de ser del universo vuelve a imponerse en todas las ramas del saber. Immanuel Kant rompe el fuego desde las desacreditadas tiendas de la filosofía, siendo seguido, en impresionante desfile, por Charles Lyell en la geología, Jacob Prescott Joule en la física, Antoine Lavoisier y John Dalton en la química y Charles Darwin en la biología.

Este colosal y novedoso acervo científico se ve coronado, en concordancia, por el descubrimiento de la lógica dialéctica aportada por Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Karl Marx. En este nuevo estadio del conocimiento científico, el ser humano realiza un estudio de la transformación de la cantidad en cualidad.

Por fin, desde el inicio del siglo XX y a partir del descubrimiento de la relatividad por Albert Einstein y Henri Poincaré, presenciaremos una verdadera revolución científico técnica, que altera y catapulta radicalmente todo el saber acumulado y transforma agudamente la visión occidental de la naturaleza humana.

El conocimiento humano indaga hoy la materia que compone su medio ambiente, desde la estructura interna de las partículas elementales,

pasando por las propias partículas elementales en estado libre, los núcleos atómicos, los átomos, las reacciones entre átomos o procesos químicos, los movimientos entre moléculas o procesos termodinámicos, los procesos mesocósmicos de la física clásica, los procesos macrocósmicos de la física relativista, los procesos biológicos de la reproducción y la evolución, hasta los procesos sociales del trabajo o sea, su propia actividad práctica que le permite sobrevivir.¹⁴

Se alienta la esperanza de que unas mismas ideas básicas sean capaces de dar cuenta, tanto de los procesos que tienen lugar en ínfimas distancias en el interior de un núcleo y que son explicados por la teoría de la mecánica cuántica, como de los que se producen en las enormes distancias del universo entero y que son explicados por la teoría de la relatividad general. Muchos científicos son optimistas y consideran que, en virtud del avance de las ciencias, éste es el momento oportuno para procurar una nueva síntesis integradora -una teoría cuántica de la gravedad- progresando así un paso más hacia el objetivo final de la ciencia, que es «proporcionar una única teoría que describa correctamente todo el universo».¹⁵

Gaby Weber. En sentido contrario, la embestida ideológica del posmodernismo promueve, entre otros desastres, una lectura discontinua, fracturada de la realidad, al decretar caduca la categoría de totalidad. No hay centro y no hay dirección, dicen, y por tanto, en ausencia de puntos de referencia, resulta absurda la idea de progreso. Proclaman la muerte de los rasgos de la modernidad, los relatos totalizadores, los valores superiores y las ideologías políticas, el optimismo científico y tecnológico. Describen una actualidad donde reinan la indiferencia de masa, el desencanto y la monotonía, el sentimiento de reiteración y estancamiento. Postulan el individualismo hedonista en pos de la calidad de vida y la realización personal inmediata, vivir enseguida y tranquilo y conservarse joven, sentir más y volar, consumir la propia existencia regida por el vacío.¹⁶

Se instala así en la postura, contra la que alertaba Engels, de «enfocar las cosas y los procesos de la naturaleza aisladamente, sustraídos a la concatenación del gran todo».¹⁷ Con ello, mutila al conocimiento su potencialidad para comprender la realidad y genera un desamparo explicativo que evoca al reinante en la Edad Media. Resurge el fundamentalismo religioso y proliferan los cultos exóticos, adquiriendo popularidad el ocultismo y las seudociencias.

Con esa lectura desagregada de la realidad, el posmodernismo distingue la soledad individual y deroga las categorías sociales. El capitalismo posindustrial, reaccionando contra la incrustación que hace Marx de lo económico social en la naturaleza, involucrena hacia un vocabulario preindustrial. Antes se expresaba en términos de desarrollo, democracia, Estado benefactor y solidaridad con los pobres; hoy argumenta sobre la tecnología, la concentración y el mercado, haciendo referencia a la polución, el hambre y la ecología. Pretende que la identidad de los individuos no se defina ya por la clase y la formación, sino a partir de atributos connaturales: sexo, raza, religión, nacionalidad. Una trabajadora se caracteriza ahora, primordialmente, por el hecho de ser mujer; entonces, una empresaria pasa a tener mucho más en común con una obrera que con su homólogo masculino.¹⁸

David Cámpora. Basándose en los descubrimientos de la ciencia, la filosofía diseña una concepción intuitiva del universo, un marco conceptual que sustenta e impulsa, a su vez, la prosecución de la investigación científica y que difunde las innovaciones filosóficas a través de una «lucha cultural por transformar la mentalidad popular».¹⁹ La concepción filosófica del mundo, dice Felipe Sánchez Linares²⁰ «más que un conocimiento, es una capacidad, un método y hasta un estilo de pensar la realidad».

La ideología, en tanto interpretación intelectual de la sociedad implícita en todas las manifestaciones de la vida de cada ser humano, asocia una determinada concepción del mundo, es decir una conciencia social, con sus correspondientes normas de conducta, es decir, una  tica. Se trata de una representación autosuficiente de ideas, un conjunto de proposiciones exhaustivamente aclaratorias de todo el proceso social, que funge como «instrumento de presión de clase sobre clases».²¹

Toda ideación socialista, sea ésta antigua o moderna, utópica o científica, coloca en el centro esencial de su propuesta al ser humano y funda la proyección de su esperanza en dos axiomas, la unidad de la especie y la capacidad de mejoramiento del individuo. El objetivo que se impone siempre cualquier proyecto socialista es crear las condiciones para la conquista de la felicidad y el desarrollo pleno del ser humano.

Luis Mattini. Los conceptos utopistas dominaban el socialismo del siglo XIX. El socialismo era considerado la expresión de la verdad absoluta, de la razón y de la justicia. Para los tres grandes utopistas, Saint-Simon, Fourier y Owen, el problema consistía tan sólo en descubrirlo y tomar

conciencia de él, para que, por sus propios méritos, el socialismo conquistase el mundo. Conviene recordar que los utópicos no eran simples soñadores que, sentados a la sombra de un árbol y contemplando los dibujos de las nubes, imaginaban antojadizamente una sociedad futura. Por el contrario, en opinión de Engels²², en Saint-Simon se concentraba una «amplitud genial de conceptos» que le permitía poseer en germen casi todas las ideas de los socialistas posteriores, mientras que Fourier fue el primero en señalar que «por el grado de la emancipación de la mujer en una sociedad»... «se mide la emancipación general».

Gaby Weber. Por supuesto, resultaba sencillo para Engels en 1880 pronunciarse elogiosamente sobre el pensamiento de los utopistas históricos, fallecidos cincuenta años atrás. Menos halagüeño era el juicio que le merecía el producto de sus conceptos, «una especie de socialismo ecléctico y mediocre» y «una mezcolanza extraordinariamente abigarrada».

Una actitud radicalmente distinta adoptaron los fundadores del marxismo para realizar la crítica de los utopistas que eran sus contemporáneos, esto es, los anarquistas. En la lucha por el poder dentro del movimiento obrero, los enfrentaron con tal despliegue de ciega virulencia política, que se vieron impedidos de realizar un análisis teórico sereno, para rescatar los eventuales aciertos parciales del contendiente. La feroz disputa con Pierre Joseph Proudhon y Mikhail Bakunin culminó con la expulsión de los anarquistas de la Internacional Obrera en 1872.

Sin la intención de promover una peregrina relectura del evento histórico, pienso que hoy, ante el derrumbe del socialismo real, algunas de aquellas ideas anarquistas ameritan una nueva instancia de discusión, con el sosiego que la distancia histórica nos facilita. Entre otras, pueden destacarse los rechazos del centralismo en el ejercicio del poder, del papel de vanguardia atribuido al partido y de la dictadura del proletariado, así como la atribución de la categoría de sujetos históricos relevantes a los campesinos y marginados, y el prestigio acordado, como reguladores básicos de la conducta humana, a la idea de justicia social y al sentido de libertad individual.

Luis Mattini. En aquella época, Marx comprendió que había llegado un momento de verdad, es decir, que el saber de su tiempo se había agotado y que era necesario fundar las bases de un nuevo saber. Engels afirmó, entonces, que «para convertir el socialismo en una ciencia, era indispensable, ante todo, situarlo en el terreno de la realidad», lo que fuera

logrado gracias a dos grandes descubrimientos de Marx: la concepción materialista de la historia y la revelación económica de la función de la plusvalía. Sólo faltaba luego, según creía Engels, «desarrollar en todos sus detalles y concatenaciones» esta nueva ciencia, este nuevo saber, que recibió el nombre de «socialismo científico».

Los fundadores del socialismo científico, es decir del marxismo, nos han legado los profundos cimientos de dos conocimientos, que han dirigido, influido o impregnado toda la cultura revolucionaria contemporánea.

Por un lado, aportaron la crítica al capitalismo, que sigue siendo, en esencia, insoslayable y no superada. Su rasgo distintivo fue «cientifizar» la ya demoleadora crítica que hacían al capitalismo los utopistas, principalmente el ala proletaria de Fourier, desnudando la imposibilidad de que ese modo de producción pudiera conducir a la humanidad hacia el reino de la razón y de la justicia universal.

Por otro lado, aportaron las orientaciones teórico prácticas medulares para el proceso de comprensión de la naturaleza humana, indispensable para la elaboración de una teoría de la emancipación. El marxismo busca ser, ante todo, una teoría para la emancipación de la humanidad, pues la sola crítica al capitalismo, por exacta que fuere, carecería de utilidad si de ella no se desprendieran las bases para su alternativa. En este segundo aspecto, sólo llegaron a esbozar algunas directrices e hipótesis de trabajo, para una concepción científica de la sociedad socialista.

Hoy, después de un siglo de experimentación bajo sus presupuestos teóricos, pensamos que el socialismo científico se encuentra frente a un nuevo momento de verdad. El conocimiento ha alcanzado sus límites, su saber se ha agotado -sabemos que ya no sabemos- y será necesario bastante más que «desarrollarlo en todos sus detalles y concatenaciones». Es el momento de generar un nuevo conocimiento.

Para recorrer el nuevo tramo, del socialismo científico al socialismo que queremos, es preciso ubicarse en la misma tesitura que tuvo Marx frente a los utópicos. No se trata de explicar por qué la práctica se «desvió» de la teoría, sino de investigar creativamente por qué la teoría no se verificó en la práctica. Es necesario contrastar el viejo saber con la realidad, para establecer las bases de un nuevo saber. Este surgirá de una continuidad y una ruptura, de un rescate y una crítica de lo viejo y constituirá ardua tarea detectar los contenidos y las formas, tanto de la continuidad como de la ruptura. Pensamos que el aspecto menos desarrollado del marxismo, la teoría de la emancipación, será el sometido a una más incisiva recreación.

Desde hace ya varios años, se viene repitiendo que debemos comprometer nuestro esfuerzo en una revisión de la validez de las afirmaciones teóricas, a la luz de las nuevas realidades, enfatizándose especialmente este propósito desde el momento en que se hicieron evidentes las señales de fisuras en el sistema socialista mundial. Pero, en general, se ha partido de la aceptación de la premisa de que la teoría continúa siendo válida y que la misma ha sido equivocada o incorrectamente llevada a la práctica, desde el momento inicial o en virtud de desviaciones ulteriores. Pienso que, en realidad, nos ha estado faltando el coraje de encararnos con nuestras propias convicciones, para indagar en ellas la posibilidad de incongruencias o limitaciones teóricas, que hayan provocado o facilitado las aplicaciones incorrectas o las posteriores desviaciones.

Sin duda que, abocados a semejante empresa, surgen legítimos temores, ante el riesgo de seccionar inadvertidamente alguna arteria fundamental, durante el avance del afilado bisturí de la crítica. Porque lo que no ha cambiado, en absoluto, es el enfrentamiento de clases y cualquier error en nuestra búsqueda será hábilmente explotado por el activo posmodernismo. Pero, si bien es cierto que avanzar genera riesgos, el no hacerlo equivale a aceptar el pasivo inmovilismo que propone ideológicamente la derecha a la sociedad. El conflicto que debemos resolver está instalado entre la perentoria necesidad de la reflexión y la delicada oportunidad de la política.

La actitud de Marx puede servirnos de guía, si tenemos en cuenta que no vaciló en utilizar intelectualmente el idealismo hegeliano, para arrancar de su esterilidad al materialismo de Feuerbach, pese a la grave connotación política de quien fuera el apologista del Estado prusiano y pese a que muchos de los detalles del «aborto gigantesco» que fue el sistema de Hegel, tuvieran un carácter «amañado, artificioso, construido; falso, en una palabra».²³

Si algo ha sido sin dudas desvirtuado, por el colapso del primer ensayo de socialismo en la época moderna, es el determinismo histórico.

Los marxistas estamos fuertemente condicionados por un modelo lógico, que nos impidió una ruptura radical con el determinismo, afianzado en la concepción, acuñada por la modernidad, de la historia humana como un proceso que transcurre necesariamente desde un punto alfa a un punto omega, en un desenvolvimiento siempre ascendente, hacia un futuro siempre mejor.

Los socialistas utópicos adolecían de determinismo histórico, cuando confiaban en la fuerza de la verdad eterna, la razón y la justicia universal

para la realización de la utopía. El socialismo científico los superó, al instalarse en el territorio de la realidad y convertirse en ciencia. Pero, a su vez, cayó en el determinismo, al poner todo el acento del análisis en las leyes descubiertas sobre el desarrollo social. Y también, al suponer que poseía los resortes esenciales para comprender la dialéctica entre sujeto y objeto, en tanto reconocía al objeto como base material, menospreciando la profundidad de los enigmas implicados, todavía hoy, en el terreno de la subjetividad.

El determinismo que padecemos los marxistas es un fuerte resabio del racionalismo de los utópicos, paradójicamente criticado por Engels, que atribuía racionalidad sólo a aquello que fuera analíticamente previsible. Una expresión extrema del racionalismo es cierta variante positivista -cuya matriz puede rastrearse en la afirmación de Hegel «todo lo real es racional y todo lo racional es real»²⁴- que considera a la ciencia como un compendio de información convenientemente procesada, que permite prever todo, desplazando a un papel totalmente subordinado el caos, el azar y la intencionalidad humana.

Muchos marxistas, en momentos históricos clave, han adoptado una conducta práctica contradictoria con el determinismo implícito en la teoría y en su discurso.

El propio Marx, consciente de la «razón científica» que le permitió prever la derrota y oponerse a la insurrección en el episodio de la Comuna, saluda la gesta de los obreros parisinos y procura obtener de ella todas las enseñanzas posibles.

En la discusión sobre la paz de Brest, Trotsky y casi todo el buró político del Partido Bolchevique se aferraron a la doctrina, interponiendo grandilocuentes apelaciones a la historia y al papel que el modelo teórico asignaba al proletariado alemán. Lenin, en cambio, optó por enfrentarse con la verdad, esto es, con los límites del saber, arriesgándose a crear lo que aún no existía, ni siquiera en teoría. Fue tan poderosa su percepción de la realidad concreta -los millones de campesinos, integrantes de la alianza que posibilitó la revolución, ignorantes de su papel como «agentes de la historia», pero exigentes del cumplimiento de la consigna pan, paz y tierra- que se atrevió a violar la disciplina partidaria, de la que había sido uno de los principales sustentadores.

La mayor parte de las revoluciones de este siglo se llevaron a cabo enfrentando la línea oficial, por lo que, a su modo, los revolucionarios fueron todos herejes. El triunfo, cuando lo hubo, transformó la herejía en genialidad. Luego, canonizamos aquella práctica concreta ante una si-

tuación concreta, otorgándole validez intemporal e inespecial. Y, formalmente, pretendimos eternizar la genialidad en el mármol, descuidando el verdadero homenaje que consistía en mantener vivo, en nosotros mismos, aquel espíritu hereje, la esencia crítica del marxismo. La apología consagratoria del pensamiento de un individuo se sustenta, necesariamente, en el anatema excomulgante de otros individuos que piensan distinto. Por eso, las historias oficiales se redactaron en blanco y negro, denigrando a las personas para argumentar contra las ideas. El abroquelamiento tras posiciones «ideologistas» o prejuicios teóricos apocó dramáticamente el desarrollo del pensamiento revolucionario. Basta evocar las potencialidades de Antonio Gramsci y Rosa Luxemburg, para evaluar en sus justos términos el estólido desperdicio de la riqueza contenida en aquellas polémicas, que fecundaban la teoría con la práctica formidable del momento.

El descubrimiento inapelable de que el modo de producción de la vida material condiciona los procesos social, político y cultural de la vida en general, ha sido extremado hasta hacerlo caer en un determinismo económico estrecho.

Al respecto se lamentaba Engels, explicando que «Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios...» «...un punto que, a decir verdad, Marx y yo nunca subrayamos bastante en nuestros escritos, y respecto del cual somos todos igualmente culpables». ^{25 26}

David Càmpera. El concepto de determinismo deriva de la afirmación filosófica de la existencia de una concatenación universal lógica, que se manifiesta en el condicionamiento causal de todos los fenómenos. La causalidad es la conexión genética necesaria de los fenómenos, en el sentido de que uno de ellos determina al otro.

Frecuentemente se comete el error de identificar la causalidad con la necesidad, esto es, algo que debe suceder obligatoriamente en las condiciones dadas y cuyo término opuesto es la casualidad. El determinismo se convierte, entonces, en fatalismo o predeterminación. En distinto sentido se utiliza el término «necesidad» para expresar el deseo que se siente por algo que no está al alcance inmediato.

Marx califica como «naturales» a aquellas necesidades, en este segundo significado, que el ser humano comparte con toda otra entidad viva y como «genéricas» a las que son exclusivas de su especie. ²⁷ Las «necesidades

naturales" son la alimentación y la vida sexual, esto es, las actividades indispensables para la producción y la reproducción de la existencia.

La disponibilidad de objetos en la naturaleza y sus cualidades particulares regulan cuándo y cómo puede el ser humano utilizar sus capacidades. En este sentido, «la naturaleza determina todo lo que el ser humano es y todo aquello en que puede convertirse».²⁸ La potencialidad del ser humano es una potencialidad «dada». El ser humano es lo que hace y el propósito de su acción es el mantenimiento de su estructura. Si omite la acción, desaparece la estructura: un organismo que no realiza su finalidad, es un cadáver.

Las «necesidades genéricas» son el trabajo y la sociedad. La esencia humana «es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales»,²⁹ por lo que los individuos humanos son individuos sociales, hacedores de historia y productos de la historia, que detentan una forma social de materializar los fines individuales. Se encuentran entonces, también, bajo la determinación y el condicionamiento de las relaciones sociales.

A través de la conciencia de su relación con la naturaleza, es que el ser humano se opone y se distingue de ella, la transforma y la recrea, en una relación práctica ininterrumpida. Ejerce así una relativa independencia con respecto a la naturaleza. Esta autonomía es la indeterminación humana, su grado de libertad.

Los factores biológicos limitan el campo de las posibilidades sociales, pero el mundo social, que es preexistente al individuo, impone a su vez limitaciones a lo que resulta biológicamente posible al organismo. La dialéctica se manifiesta en la limitación mutua del organismo y la sociedad.³⁰ O sea que es lícito afirmar que el ser humano está precisamente determinado a detentar un cierto grado de indeterminación.

Pienso que, para manejar estos conceptos con un poco más de precisión, sería conveniente proceder a una reformulación, científicamente actualizada, de nuestra concepción del ser humano. El poderoso sortilegio de la triunfante Revolución de Octubre estimuló al pensamiento político con feracidad tal, que lo arrastró inapelablemente hacia las concretas disquisiciones sobre estrategia, organización y programa, desarraigándolo de una cabal comprensión de la minuciosa complejidad condicionante, que constituye la materia viviente humana.

No cabe duda que constituirá un duro esfuerzo aplicarnos al siguiente eslabonamiento reflexivo, que se propone, despiadadamente, tratar de arrancarnos del divorcio entre política y naturaleza en el que estamos, desde hace décadas, apoltronados.

Podemos adoptar el mismo punto de partida, o «hilo conductor», del razonamiento de Marx: el concepto básico de que los seres humanos producen socialmente su existencia.³¹ En esta afirmación, se entrelazan dialécticamente tres elementos que configuran su esencialidad. Su carácter primordial de entidad viva, la forma específica de mantener su vida mediante el trabajo y la forma específica de trabajar en el seno de un grupo. Se trata, pues, de un ser vivo, que trabaja para estar vivo y que coopera con otros individuos para trabajar. Cualquier intento de colocar uno de estos elementos esenciales por encima o por separado de los otros, incurre en un reduccionismo, sea biológico, económico o sociológico, y desintegra la unidad conceptual de la definición.

En mi opinión, es necesario completar ese concepto básico del ser humano, con el agregado de un cuarto elemento esencial, la subjetividad. El ser vivo, productor y cooperador, al mismo tiempo, es un sujeto. Al igual que los otros tres, este cuarto elemento, también inseparable, se rige por sus leyes propias e interactúa dialécticamente en la configuración de la unidad.

La obra de Marx no contiene elementos relevantes de psicología, extremo que puede fácilmente comprenderse si se tiene en cuenta que, recién seis años después de su muerte, Jean-Martin Charcot presidía, por primera vez en la historia, un congreso internacional de psicología. Lo que resulta difícil de justificar, en cambio, son las razones que decidieron a sus continuadores a ignorar este nuevo elemento esencial en la definición del objeto central de su análisis.

Para ser capaces de reflexionar atados estrictamente a la realidad que se observa, es necesario referirse al concepto integral que describe esa realidad en toda su riqueza. Desde el punto de vista del método de análisis, no debe confundirse el esfuerzo integrador del conocimiento de un objeto complejo con la reducción de los fenómenos superiores a los inferiores básicos. Obviamente, la complejidad social no puede resolverse totalmente en sus aspectos biológicos, así como éstos no encuentran todas sus respuestas en la física.

Pero, simétricamente, se pierde ecuanimidad y objetividad al pretender desentrañar al ser humano mediante el enfoque puramente económico, sociológico o psicológico de sus manifestaciones. No obstante, esta última actitud parece ser la que ofrece mayor comodidad -y, a veces, impunidad- a algunos analistas políticos. Desprenderse de los lastres de la materia parece autorizar mayor generosidad en la amplitud de vuelo de la abstracción. Pienso, por el contrario, que la única manera de no extraviarse

intelectualmente es asentar, hondo y firme, paso a paso, cada pie en la materia, sin despegarse de ella mientras se avanza en el razonamiento.

La materia es única y continua. Las diferentes formas cualitativas del movimiento son puntos clave en el proceso de diferenciación gradual de la materia. Los estados discretos de la materia, en sus diferentes niveles estructurales, son soluciones de continuidad de ese proceso y las diversas ciencias estudian las formas concretas del salto de un estado al otro.

Si se prescinde de la visión integrada del objeto sometido a estudio, cada retazo de esa unidad natural adquiere una apariencia de totalidad completa y relativamente autónoma. Apariencia falsa, que surge del artificio intelectual simplificador de otorgarle carácter de consistencia real a su frontera cualitativa, respecto a otro retazo de la misma unidad. Las fronteras no son tales, sino sólo zonas que permanecen a oscuras por nuestros defectos de observación.

Este nivel integrado de comprensión de la realidad no nos autoriza, por supuesto, a saltarnos en forma voluntarista esas zonas oscuras y a yuxtaponer y relacionar caprichosamente los distintos retazos de la unidad observada. Pero sí nos compromete a imponer el significado esencial propio de esa unidad, a todos y cada uno de los retazos de nuestra información, en todos y cada uno de los momentos de observación.

Gaby Weber. Entonces, la reformulación actualizada del concepto de ser humano debiera investigar, con una óptica unificadora, los cuatro momentos de observación que definen la cualidad del objeto. Esto es, un ser vivo que es sujeto, productor y cooperador. Las disciplinas conductoras de la investigación serían la biología, la psicología, la economía y la sociología y los «retazos» del objeto sometidos al análisis serían la vida, la subjetividad, el trabajo y la convivencia.

David Cámpora. Esa es la idea general. Y resultaría congruente con el propósito de reflexionar sobre la vigencia de la teoría, contrastar, en cada uno de los «retazos», si existe correspondencia y hasta dónde entre las generalizaciones de la doctrina marxista y la descripción científica actual de cada uno de ellos.

Marx y Engels, en una de sus primeras obras, adelantaron por dónde debía iniciarse este recorrido. «La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza».³²

El ser humano es, primordialmente, una entidad biológica, un ser vivo. Y como tal, le son inherentes todas las características generales de la vida, en tanto fenómeno de la naturaleza. El significado y el destino de la vida humana no pueden diferenciarse del significado y el destino de la vida en general.

Comprender, con toda claridad y hacia dentro de uno mismo, en qué consiste la vida -cómo surge, cómo se estructura, cómo funciona, cómo cambia y cuál es su perspectiva- es el requisito ineludible para comprender qué es aquello que, en definitiva, está produciendo el ser humano, desde el inicio de su existencia. Mientras no se logra internalizar, con la mayor fría ecuanimidad posible, el marco científico que explica nuestra propia existencia, resulta imposible esquivar un estrábico enfoque antropocentrista en la interpretación de la realidad.

Todas las propiedades de los seres vivos reposan sobre un mecanismo fundamental de conservación molecular. Los organismos vivos procuran conservarse y multiplicarse, mediante el metabolismo, la reproducción y la capacidad para responder al medio ambiente.*

En la constitución genética de los organismos se producen cambios graduales, ocasionados por perturbaciones accidentales sufridas por el mecanismo replicativo, que provocan alteraciones de los elementos en las secuencias. Se producen, al azar, errores de transcripción que serán, luego, automáticamente retranscritos por el mecanismo conservador. Sólo el azar da origen a las novedades. Pero el azar es captado, conservado y reproducido por la vida, que lo convierte así en orden, regla y necesidad. Este conservatorio del azar es el instrumento que permite una total libertad creadora en la evolución de la vida.³³

La variación genética de la vida se origina en las mutaciones y se

* El metabolismo procura la asimilación. Es decir, hacer similar, transformar lo distinto en semejante a sí, imponer su propia estructura material incorporando a una porción de materia menos ordenada que la rodea. El entorno o medio ambiente es la materia prima que la vida insume para la fabricación de sí misma.

La reproducción es la duplicación, la repetición de la propia estructura en una unidad independiente, pero idéntica a sí. Los organismos vivos tienden a multiplicarse exponencialmente, hasta el infinito, sin restricciones intrínsecas. De aquí deriva una tendencia a la propagación y a llenar la tierra de vida, cuando y como sea posible.

La adaptación persigue el mantenimiento constante de las características del medio exterior, propicias para el metabolismo y la reproducción. Los mecanismos que utiliza son, por un lado, la reacción de fuga o de lucha, que sustrae al organismo a la variación sobrevenida en el medio circundante y, por otro, la regulación cibernética, que pone bajo control los factores del medio.

multiplica a través de la recombinación genética que se da en la reproducción sexual. La reproducción diferencial de la vida deriva de la mortalidad diferencial y la fertilidad diferencial. La variación genética y la reproducción diferencial constituyen los dos episodios del proceso de la evolución biológica.

La selección natural consiste en la reproducción diferencial de las variantes genéticas adaptativas, que aumentan la probabilidad de sobrevivir y reproducirse de sus portadores. Se consuma la selección cuando los portadores sobreviven en mayor proporción que los portadores de otras variantes o producen más progenie que ellos. En consecuencia, la frecuencia de las variantes adaptativas aumenta al cabo de las generaciones.³⁴

La adaptación es el factor orientador de las tendencias evolutivas y los cambios sólo pueden ocurrir en base al nivel ya logrado por los organismos. Es decir, que el pasado es uno de los determinantes para el futuro y por ello los organismos evolucionan siempre aumentando su complejidad.³⁵

La mutación es un proceso aleatorio y, por ende, esencialmente imprevisible. La selección natural, por el contrario, es un proceso determinístico, direccional. La casualidad y el determinismo, el azar y la necesidad se encuentran intrincados en un proceso natural que ha producido los seres vivos.

La evolución es un proceso continuo de cambio y, en razón del número de acontecimientos independientes del que resulta, es también un proceso irreversible, que define una dirección en el tiempo. Esta dirección es la misma que la de la degradación de la energía en un sistema aislado.

Como los únicos cambios fortuitos que retiene la selección son aquellos que favorecen el enlentecimiento de la entropía, los organismos resultan cada vez más complejos y más eficientes, porque requieren cada vez menores cantidades de energía para ser capaces de enlentecer el ritmo de la degradación energética durante mayor cantidad de tiempo, aumentando así su autonomía respecto al medio.

Gaby Weber. Quiere decir que la evolución biológica de los seres vivos se dirige hacia una creciente economía en la utilización de energía. Por el contrario, la evolución cultural del ser humano, en lo que refiere al avance tecnológico, se ha desarrollado en el sentido opuesto, hacia el incremento de la utilización de energía.

Según Marvin Harris³⁶, las culturas de bandas u hordas empleaban menos de cien mil biocalorías por día; las de aldeas agrícolas de bosque

tropical con cultivo de tierra quemada, cerca de un millón; las de aldeas neolíticas con agricultura de secano, aproximadamente dos millones; las de los primeros estados hidráulicos, unos veinticinco mil millones; y las de los modernos superestados industriales, más de cincuenta trillones. Y en su fase actual, el modo de producción imprime a esta tendencia un carácter absurdo, al promover el incesante aumento del consumo mediante la producción de artefactos prescindibles, deficientes y poco durables.

David C&agrave;mpora. Precisamente, la tendencia divergente entre la evolución cultural y la evolución biológica en la especie humana, es uno de los indicios más claros y alarmantes acerca de la gravedad de la crisis civilizatoria actual.

La evolución es oportunista, ya que aquello que puede ocurrir, generalmente ocurre. Aprovechando todas las oportunidades, la vida se ha hecho más abundante y variada. Los organismos ocupan todas las formas posibles de vida, muchas de las cuales han sido creadas por los mismos organismos por el simple hecho de existir.³⁷

Los organismos que se reproducen más eficazmente terminan dominando la población y los demás organismos estrechamente afines, es decir, competidores, van desapareciendo.

Es en este sentido que F. Macfarlane Burnet³⁸ caracteriza al ser humano -en tanto especie del grupo zoológico de los mamíferos- como el «mamífero dominante de la Tierra cuya conducta tiende a ser dominada por su propio deseo de dominio».

Entre todas las formas de vida, el ser humano detenta el grado máximo de desarrollo de la capacidad para percibir el ambiente y para reaccionar con flexibilidad. Es, en general, el más adaptable de los animales y puede orientar y modificar la dirección de su propia evolución, lo que equivale a decir que está capacitado para «construir» su propia necesidad específica.

George Gaylord Simpson ha enumerado doce características anatómicas exclusivas de la especie humana, pero las tres fundamentales son la posición erecta, la habilidad manual y el desarrollo del cerebro, que son, además, mutuamente interdependientes. Liberadas de su uso para la locomoción, las extremidades anteriores del ser humano se especializaron en órganos para la manipulación precisa de objetos. La evolución del cerebro hizo posible la comunicación simbólica o lenguaje, que en el caso humano adquirió la excepcional capacidad de nombrar las cosas, generalizar, abstraer y razonar. La comunicación de ideas por medio del lenguaje es una adaptación que hace posible la cultura y el desarrollo de tecnologías avanzadas.

El ser humano es, pues, un tipo fundamentalmente nuevo de animal, sujeto a un tipo nuevo de evolución, a través de una nueva forma de herencia. La herencia cultural consiste en la transmisión acumulativa de información mediante un proceso de enseñanza y aprendizaje. La herencia cultural da lugar a una evolución cultural que, al igual que la biológica, se produce a través de cambios oportunistas que incrementan los beneficios y disminuyen los costos para los individuos.

La evolución biológica y la evolución cultural no pueden existir la una sin la otra, pero esta última es incomparablemente más rápida, eficaz y versátil que aquella. Aunque, y solamente, en el caso de que un reiterado mal empleo de la cultura por el ser humano creara situaciones ambientales de tensión extremas, como una superpoblación excesiva, una polución intolerable o un hambre generalizada, podría la evolución biológica volver a ser preeminente en la especie, lo que equivaldría al retroceso hacia estadios de animalidad que suponíamos definitivamente superados.³⁹

La cognición es siempre un proceso cerebral y la actividad mental ha evolucionado en la especie a través del tiempo, desarrollándose, también, en cada individuo durante su crecimiento. Sus procesos se manifiestan, en relación con las necesidades de los individuos, como «estados y procesos conscientes e inconscientes, pudiendo estos procesos tener eficacia causal sólo por ser cambios de estados de cosas concretas».⁴⁰

Luis Mattini. Posibilitada estructuralmente por el desarrollo evolutivo del córtex cerebral y funcionalmente por el mecanismo de la cognición, y al amparo de una convivencia social que genera individualidades, surge la subjetividad, como forma específica de relación del ser humano con el medio ambiente.

David Câmpora. Así es. Marx⁴¹ establece que las capacidades del ser humano sólo pueden manifestarse y realizarse en y a través de los objetos, considerando tales a todo aquello que entra en contacto con el ser humano. La «percepción» es el contacto inmediato con la naturaleza a través de los sentidos. La «orientación» tiene que ver con la forma en que se perciben las cosas y establece un marco de referencia para la acción. La «apropiación» es la interacción entre los sentidos y la naturaleza, en la cual el ser humano se «apropia» de la naturaleza que ha «percibido» y con respecto a la cual se ha «orientado», haciendo de ella una parte de sí mismo.

Caracterizar la «percepción» como el reflejo del mundo real en la mente es correcto, pero incompleto, pues Marx pretendía enfocar la «percepción»

tanto desde el ángulo del observador como desde el ángulo de lo observado.⁴²

El conocimiento se desarrolla en función de la acción que aplica el ser humano sobre los fenómenos objetivos para transformarlos. De esta manera, el sujeto se encuentra en acción recíproca práctica con el objeto. Mediante el conocimiento, el ser humano asimila teóricamente el objeto -lo hace similar a sí, lo subjetiviza- y lo transforma idealmente. Mediante la acción, el ser humano materializa prácticamente la idea -la objetiviza, se imprime a sí mismo en el objeto- y se lo apropia.

Es en este sentido que Marx y Engels establecen que «el primer hecho histórico es la producción de los medios indispensables para la satisfacción de las necesidades básicas; es decir, la producción de la vida material misma». Producir sus medios de vida consiste en reproducir, con mayor abundancia, lo que encuentra en la naturaleza, lo que requiere la aplicación de energía sobre la materia natural.⁴³

Con la finalidad de «apropiar» la sustancia de la naturaleza -transformarla en sí propio- en la forma conveniente para su propia estructura, el ser humano pone en acción las fuerzas naturales pertenecientes a su cuerpo. El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el ser humano, proceso en que éste regula su intercambio de materias con la naturaleza.

El trabajo del ser humano es la creación de productos -él es un productor y su actividad es la producción- y consiste en la transformación del medio ambiente realizada conscientemente, proyectada de antemano, tendente a un fin y aplicando utensilios fabricados previamente.⁴⁴ Es decir, que los seres humanos son capaces de descubrir la conexión existente entre los medios y los fines, entre los instrumentos y las funciones a que sirven, entre las necesidades anticipadas y los objetos que podrían satisfacer tales necesidades.⁴⁵

«La producción es un determinado modo de la actividad, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los individuos», expresaron Marx y Engels, añadiendo que «los seres humanos, que renuevan diariamente su propia vida, comienzan al mismo tiempo a crear a otros seres humanos, a procrear».

Tanto el modo de producción como el modo de reproducción tienen efectos determinantes, en última instancia, sobre la estructura y la superestructura sociales. Ambos modos se desenvuelven en un contexto ambiental específico -las condiciones naturales con que los seres humanos se encuentran- por lo que, al conjunto de las condiciones materiales

de vida, deben añadirse la presión reproductiva y las variables ecológicas, poniéndose entonces el énfasis en la relación producción-reproducción-ecología.⁴⁶

Esta relación fue señalada explícitamente por Engels al establecer que «el elemento determinante de la historia es en última instancia la producción y la reproducción en la vida real»⁴⁷ y que «las condiciones económicas incluyen, además, la base geográfica sobre la cual actúan», «el ambiente externo que circunda a esta forma social».⁴⁸ Y también expresada con meridiana claridad, junto con Marx, afirmando que la multiplicación de la población es «el factor sobre el que descansan» el acrecentamiento de las necesidades y el aumento de la producción.⁴⁹ No obstante, posteriormente, se unilateralizó la consideración de los factores económicos como determinantes exclusivos de la sociedad.

Como todos los seres vivos, los seres humanos consumen energía y otras sustancias que ayudan a sostener y multiplicar la vida. Se enfrentan, también como todo los seres vivos, al problema de la búsqueda de un equilibrio entre la reproducción y la producción y consumo de energía.

En las poblaciones animales, la selección natural se procesa, fundamentalmente, por la competencia interna que provoca la reproducción excesiva. De esta manera, la tendencia a la superpoblación es el elemento peculiar del cambio evolucionista.

Mark Nathan Cohen⁵⁰ y Marvin Harris⁵¹ coinciden en sostener que las poblaciones humanas han tendido a crecer de forma casi continua y este crecimiento las ha obligado a ir definiendo nuevos equilibrios. El aumento de la población provoca el deterioro de la calidad de vida en términos de nutrición, salud y longevidad, por la disminución de la cantidad y la calidad de comida disponible o por el incremento de trabajo. Ante esa situación, el grupo puede optar entre limitar su población, extender su territorio, desplazarse hacia zonas donde los recursos sean más abundantes o menor el esfuerzo requerido, orientar su dieta hacia alimentos menos preferidos o menos nutritivos, o aumentar artificialmente la densidad de las plantas deseables mediante una nueva técnica.

En términos generales y en el largo plazo, sólo es viable la estrategia del crecimiento demográfico y la consiguiente intensificación de los recursos mediante la aplicación de técnicas agrícolas, ya que las otras opciones no brindan más que soluciones provisionales que aplazan el problema o conducen a callejones sin salida en la evolución.

Este es el único razonamiento científico actualmente satisfactorio para explicar la adopción súbita, irreversible y casi universal, hace tan sólo diez

mil años, de la agricultura: la acumulación de un crecimiento demográfico superior a la densidad de población que podía sustentar la actividad de caza y recolección.

Las poblaciones humanas de cada continente se concentraron inicialmente en la explotación de la fauna de grandes mamíferos y después fueron pasando, gradualmente, hacia economías ajustadas a unos recursos más abundantes pero menos sabrosos y que implicaban un mayor costo del trabajo de la comida. Es decir que, «en el principio», junto al verbo, el placer y el ocio eran suficientes y necesarios para sostener la vida.

El cuerpo humano necesita veinte clases diferentes de aminoácidos para fabricar proteínas. Para obtener estos componentes, es indispensable ingerir grandes cantidades de alimentos vegetales, cuidadosamente equilibrados, durante la misma comida, o pequeñas cantidades de carne, huevos u otras proteínas de origen animal naturalmente equilibradas. La preferencia general por esta alimentación -la gente de todo el mundo come carne y diversas frutas cuando puede y no come cereales y tubérculos más que cuando se ve obligada a ello- refleja una estrategia cultural con alto valor adaptativo.

Los cazadores prehistóricos gozaban de dietas suficientes desde el punto de vista calórico y de alta calidad, ricas en variedad de alimentos, vitaminas, minerales y, sobre todo, proteínas. Gozaban de buenos niveles de nutrición, de existencias fiables con buenas reservas de alimentos y de abundante tiempo libre.

Un estudio de Richard Lee⁵² sobre los bosquimanos del desierto de Kalahari mostró que el consumo era de dos mil ciento noventa calorías por persona y por día, siendo la media recomendada normal de mil novecientos setenta y cinco calorías; que el consumo medio diario de proteínas era casi el ciento cincuenta por ciento de la media recomendada; que eran sumamente selectivos -verdaderos *gourmets*- pues sólo ingerían veintitrés de las ochenta y cinco especies de plantas comestibles disponibles y cincuenta y cuatro de las doscientos veintitrés especies locales de animales que conocían; que la biomasa disponible total de las especies preferidas sólo se consumía en parte; que la población estaba sana y saludable; que alcanzaban edades relativamente avanzadas, teniendo más de sesenta años el diez por ciento de la población; que no padecían períodos anuales de hambre; que los adultos activos trabajaban en actividades relacionadas con la subsistencia el equivalente a dos horas diarias; que estaban eximidos de trabajo los mayores de sesenta y los menores de veinticinco años, por lo que la fuerza de trabajo comprendía sólo al sesenta y cinco por ciento de la población de ambos sexos.

El trabajo de caza y recolección es disperso en el tiempo y guarda una correlación muy alta con las compensaciones de consumo -de la mano a la boca- mientras que el trabajo agrícola entraña unas concentraciones muy altas de trabajo en lapsos breves de tiempo, mucho antes de que puedan obtenerse rendimientos.

La agricultura no es más fácil ni más agradable que la caza y la recolección; no ofrece una base alimentaria de mayor calidad o variedad, de mayor preferencia o fiabilidad e implica una cantidad de trabajo mayor por unidad de comida.

Las únicas ventajas que proporciona la agricultura son que puede sustentar a poblaciones más densas, porque proporciona más calorías por unidad de tierra por unidad de tiempo; que facilita la recolección en cantidad, porque permite mayor densidad de alimentos; y que el producto es almacenable. Estas exclusivas cualidades sugieren que esos alimentos se utilizarían por necesidad y no por elección.

Del mismo modo, el sedentarismo implica costos elevados de trabajo en el acopio de alimentos, riesgos de pérdida por putrefacción o roedores, reducción de la variedad de la dieta, aumento de las enfermedades, peligro de expropiación, explotación y esclavización por otros grupos humanos.

Históricamente los grupos que optaron por tolerar el crecimiento, renunciar a la buena mesa y aumentar su trabajo, compitieron eficazmente en procura del espacio y sustituyeron a los grupos más conservadores, que se replegaron a medios ambientales marginales, donde lograron sobrevivir, en reducido número, hasta la actualidad.

A partir de esta base, la cultura occidental ha ido desarrollando una profunda y equivocada convicción ideológica sobre su propio progreso civilizatorio, sobre la superioridad del ser humano occidental, sobre la santidad del trabajo duro, especialmente el de la tierra y sobre las ventajas del sedentarismo, que permite poseer bienes de capital de los que se acostumbró a depender.

En términos globales, la evolución humana se ha caracterizado por la escalada de los presupuestos energéticos, por el incremento de la productividad y por la aceleración del crecimiento demográfico. A pesar del aumento de la eficiencia tecnológica, el número de horas *per cápita* dedicadas a la subsistencia se elevó, alcanzando su cota más alta con el sistema del trabajo asalariado del capitalismo del siglo XIX. Lo que equivale a afirmar que, en términos generales, en la evolución cultural del ser humano, el aumento de la eficiencia tecnológica no ha sido aplicado en el ahorro de trabajo y el mejoramiento del nivel de vida, sino en el

incremento de la producción energética y el aumento de la reproducción de crías. Los nuevos modos de producción produjeron más gente, en lugar de reducir el trabajo o incrementar el consumo *per cápita*.⁵³

La visión moderna que ofrecen la antropología, la arqueología, la paleontología y la demografía impide afirmar que la población humana empezó a crecer en función del progreso tecnológico y de la elevación de los niveles de vida. Por el contrario, parece innegable que son los factores demográficos los que contribuyen a explicar la expansión histórica de las fuerzas productivas.

En el par dialéctico fuerzas productivas-relaciones de producción, las fuerzas productivas constituyen, sin duda, el motor del cambio. Esta contradicción explica la evolución del trabajo o producción. Pero, a su vez, el trabajo es la forma de vida específica del ser humano, que explica su evolución, en tanto entidad, a través de otras contradicciones más abarcativas.

La explicación del crecimiento sin término de las fuerzas productivas por una especie de retroalimentación -ante cada desarrollo de las fuerzas productivas surgirían automáticamente nuevas necesidades en el ser humano- no parece adecuada. En cambio, el surgimiento incesante de nuevas necesidades, sí se explica satisfactoriamente por la característica esencial de la vida, esto es, su tendencia a expandirse infinitamente en el tiempo y en el espacio, siendo finitos ambos términos de su entorno. Los opuestos de la contradicción que caracteriza el desarrollo de la vida son su capacidad de duplicación y su posibilidad de nutrición. Para duplicar y para lo duplicado, se requiere energía, nutrientes, y mientras que la posibilidad de nutrición es limitada, la capacidad de duplicación es, en sí misma, ilimitada.

La fuerza motriz de esta contradicción se localiza en la capacidad duplicativa. La presión demográfica impulsa, a través de la necesidad, el desarrollo de las fuerzas productivas para multiplicar los nutrientes. El desarrollo de las fuerzas productivas soluciona la penuria existente y permite seguir adelante en la expansión de la vida humana. El movimiento, pues, se produce a partir del aumento -sin pausa, en términos globales- de la población.

La energía disponible en el medio ambiente pone el techo final a este movimiento. El avance de las fuerzas productivas «estiran», tendiendo a tocar ese techo, el rendimiento de la energía disponible, mediante transformaciones de una a otras formas de energía, para enlentecer al máximo el ritmo de la entropía o degradación energética. Para ello es

indispensable cuidar la «fábrica», que es la especie, y también cuidar la «cantera», que es el medio ambiente.

El ser humano es un sistema energético vivo, lleno de oposiciones dinámicas. Como cualquier sistema energético, está tratando continuamente de alcanzar, sin conseguirlo, un estado de reposo. Este es el objeto de su energía: su función consiste en restablecer su propio inestable equilibrio. En tanto especie, se aproximará, sin alcanzar nunca, a dicha situación de equilibrio.

En primer lugar, tendiendo a la mayor prolongación posible de la vida de cada individuo en el tiempo y, en segundo lugar, tendiendo a la mayor expansión posible de la cantidad de individuos en el espacio. Pero la vida del ser humano tiene una duración potencial máxima que no ha sido posible extender en un solo minuto, pese a todos los grandes progresos de la medicina, en toda la historia de la humanidad. Asimismo, el nicho ecológico potencial de la humanidad también tiene márgenes espaciales estrictos que tampoco pueden ser alterados.

La evolución de la vida humana tiene, pues, límites rígidos, que condicionan su prolongación en el tiempo y su propagación en el espacio. A medida que la vida humana prospera, se acerca asintóticamente a estos márgenes y se acerca por ende, también asintóticamente, a una situación de equilibrio.

Luis Mattini. ¿Este planteo de aproximación tendencial a una situación de equilibrio, no es nuevamente una forma de «optimismo histórico», otro determinismo?

David Cámpora. De ninguna manera. La vida humana tiene determinaciones naturales y sociales, que la fuerzan a desarrollarse en determinada forma y dentro de determinados límites. Pero nada la determina a realizar o a proseguir ese desarrollo posible. La evolución puede, evidentemente, malograrse. Sería mejor expresar lo anterior en forma condicional: «si» la vida humana prospera, se acercará asintóticamente a una situación de equilibrio energético inestable.

Luis Mattini. Me parece interesante ese enfoque, porque sugiere que la humanidad podría llegar a la misma situación de otras especies, que han detenido su crecimiento numérico cuando algo les indica que es sobreabundante. Algunos episodios de la historia de la humanidad podrían ser atisbos de esto: estadísticas de crecimiento diferencial de hom-

bres y mujeres en distintas secuencias demográficas, efectos circunstanciales que a veces aparejan las calamidades naturales, acciones y omisiones de ciertas sociedades en determinados momentos que provocan, propician o toleran epidemias, guerras y exterminios. Digo esto, tomando una radical distancia respecto a todas las apreciaciones reaccionarias, que argumentan el predominio de la brutalidad del más fuerte como razón natural de selección.

David Cámpora. Medir en términos de «conveniencia» u «oportunidad» el acaecimiento de pestes, guerras y calamidades, es como recurrir contemporáneamente a Homero para razonar sobre la bomba de neutrones. El cólera en Perú o el tifón en Bangladesh son fenómenos, en sí mismos, neutros. Pero sus efectos, en un momento determinado y en un lugar determinado, resultan desastrosos para una población específica. En estos dos ejemplos recientes, y en ambos como manifestación de miseria masiva, se constató una superpoblación local extrema: los individuos, simplemente, no tienen suficiente espacio entre unos y otros, mientras comen, trabajan y duermen. Sólo a Homero, y en aquella época, se le ocurriría «personificar» las culpas de la tragedia multitudinaria, en el vibrión y en la lluvia. La causa inmediata, en realidad, es de índole demográfica y la mediata, social y económica.

El ser humano atenúa la selección biológica -que se instrumenta con dramática masividad en circunstancias ambientales de epidemia, hambruna, indigencia, superpoblación y contaminación- en la medida en que aprende a prevenir y reparar las consecuencias de las tensiones del medio y de los defectos genéticos, mediante la evolución cultural.⁵⁴

La vida en su conjunto se expande en forma continua, pero parece que existen grupos de organismos que limitan su reproducción, cuando la población es demasiado numerosa. Se produciría en esos casos una «selección entre poblaciones», en lugar de entre individuos.⁵⁵ Por otro lado, se comprueba que el aglomeramiento, derivado de la excesiva densidad de población, ocasiona la disminución radical de la fertilidad en ciertas poblaciones animales, mediante el bloqueo de la preñez.⁵⁶ El control de la natalidad, de una u otra peculiar manera, es ejercido por todas las formas vivas.

En la historia de la humanidad, se ha registrado frecuentemente la aplicación de técnicas malignas para la regulación demográfica, como el infanticidio, especialmente el femenino, la agresión contra la madre y el feto con abortivos traumáticos, el sistemático y selectivo descuido

nutricional que afectaba a las niñas y muchachas adolescentes. Y también, de otras técnicas, como la homosexualidad, la masturbación, el coito interrumpido, el coito anal, el retraso matrimonial, la continencia sexual puerperal y la lactancia prolongada que interrumpe la ovulación.⁵⁷

Para el ser humano, la cuestión central ha radicado siempre en el conflicto entre el impulso biológico de la reproducción y las limitaciones de sus modos de producción y reproducción en cada época. El desarrollo tecnológico se ha orientado, como no podía ser de otra manera, hacia el incremento de la producción y hacia el decremento de la reproducción, procurando acercarse a un estado de equilibrio entre población y recursos.

La producción de la vida, «tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación», se manifiesta como una «relación social», en el sentido de «cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin», expresaban Marx y Engels.⁵⁸

La razón de esto estriba en el hecho de que sus necesidades y la manera de satisfacerlas crean, necesariamente, entre ellos nexos recíprocos en las relaciones sexuales, en el intercambio y en la división del trabajo. Esta cooperación abarca todas las formas en que el ser humano se relaciona con sus semejantes. Puede ser «activa, consciente e intencional», como en el caso de la producción, o bien, «pasiva, inconsciente y sin intención aparente», como en el uso de un lenguaje que los demás entienden.⁵⁹

Determinados individuos, que como productores y reproductores actúan de un determinado modo, «contraen entre sí relaciones sociales y políticas determinadas» y «la organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida».

Marx realizó un aporte sustancial para la comprensión profunda de la naturaleza humana, al establecer que «el modo de producción de la vida material determina el carácter general de los procesos de la vida social, política y espiritual»⁶⁰, correspondiendo asentar también la aclaración que realiza Engels respecto a que la determinación es «en última instancia».⁶¹ Es decir, que el ser social determina, en última instancia, la conciencia social.

Por otro lado, descubrió que «los seres humanos adquieren conciencia de la base económica en determinadas formas ideológicas, que corresponden a determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas».⁶²

Entonces, los hechos básicos de las fuerzas productivas y sus relaciones sólo se ven al trasluz de las reflexiones que los seres humanos hacen sobre lo que aparenta ser la sociedad. Las ideologías son formas de la conciencia social, es decir, interpretaciones intelectuales de la sociedad.

Jesús Caño-Guiral ⁶³ clasifica las formas ideológicas, según la distancia que media entre «el ser social o estructura real de la sociedad y la explicación» que da del proceso social cada una de esas formas. De la distancia depende el grado de ocultamiento de la estructura.

Las formas ideológicas inmediatas son las formas política y jurídica; las intermedias, las formas ética y estética y las mediatas, las formas metafísica y religiosa. Las formas inmediatas de la conciencia social son las que, cronológicamente, se organizan primero como poderes sociales, institucionalizándose.

Marx afirmaba que se debían explicar las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material.

Luis Mattini. Considero que la subjetividad brinda a la conciencia un grado de independencia de su base material. A la afirmación de Robert Owen⁶⁴ que el ser humano es un producto del medio y de las circunstancias, Marx respondía que «las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias».⁶⁵ El ser humano es fundamentalmente libre y, en forma dialéctica, inevitablemente responsable de sus actos.

Desde un punto de vista filosófico, el ser humano no depende de la necesidad, sino que se rinde ante la necesidad. Pero puede no rendirse, y de hecho, en situaciones límite no se rinde. El ser humano acompaña al movimiento de la naturaleza, pero también es capaz de oponerse. En tanto ser biológico, puja por la vida, pero en tanto sujeto puede pujar por su propia muerte. Pues es sujeto de necesidades, pero también de voluntad y deseo. Tiene posibilidad de opción, facultad de elección. Puede hacer o puede no hacer. Su esencia está caracterizada por ese pequeñísimo margen de elección, por encima de todos los condicionamientos externos, que orienta su decisión.

Pero el ser humano es también, radicalmente, necesidad. Necesidad y libertad, son los dos términos inseparables de una contradicción que, según Baruch Spinoza y luego Georg Hegel, se resuelve interpretando a la libertad como la necesidad hecha conciencia. Esta formulación ubica a la libertad al final del camino, transformando un acto esencial en un estado de permanente futuro. Si la vía del progreso humano consistiera en la permanente e ilimitada creación de nuevas necesidades, el postulado de Hegel se enfrentaría a una paradoja, pues resulta imposible tener conciencia de las necesidades futuras. La libertad quedaría entonces relegada al papel de la zanahoria delante del burro, el premio prometido inalcanzable.

Pienso que aquí se asienta la concepción determinista de la historia. Incluso la justificación hegeliana de la opresión de unos seres humanos por otros, como el precio que es necesario pagar por el proceso de pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Pienso que la libertad no es un fin, sino un medio. No es lograda al final del camino, sino que constituye parte del camino. No es un estado, sino un acto, una opción que se plasma en la acción consciente. Al postulado hegeliano «seré libre cuando tenga conciencia de mi necesidad» es necesario completarlo con el de «superaré mis necesidades cuando tenga conciencia de mi libertad».

Entiendo por actos necesarios los que responden a las motivaciones biológicas y a las motivaciones culturales integradas coherentemente con aquéllas. El acto de libertad sería el que, de un modo u otro, altera, se aparta o viola esa lógica, siendo el responsable de la creación. Esos actos libertarios, una vez institucionalizados e incorporados a la tradición, se transforman en necesarios. Del mismo modo que la ruptura revolucionaria se consolida y procura conservarse.

El desarrollo de la cultura se explica por una serie infinita y cotidiana de actos de libertad, de rebeldía contra el imperio de la necesidad. Aún en la satisfacción de las necesidades básicas, como la nutrición, se verifica este proceso. El sentido del gusto, explicado biológicamente como el regulador de la calidad de los alimentos, en el ser humano frecuentemente se aparta de las recomendaciones de las ciencias naturales y se consolida como tradición culinaria, constituyendo uno de los rasgos que identifica a una comunidad y de muy difícil modificación.

Una concepción social o política que acentúe el término de la necesidad no distingue al ser humano dentro del reino animal; en cambio, una concepción que acentúe la libertad se estará apoyando en el rasgo distintivo de la especie. La historia contemporánea abunda en ejemplos de enajenación de la libertad del sujeto por sus «representantes» -vanguardia, gobierno elegido o mercado- amparados en la presunta dificultad para identificar por el propio sujeto, cuáles son sus verdaderas necesidades y para establecer su número y el orden y las cotas de su satisfacción.

Si la historia la hacen los seres humanos y éstos se distinguen por su capacidad de decisión, no es posible que exista un sentido determinado de la historia. Registra un grado de impredecibilidad, derivado de la propia naturaleza de su agente. La historia se ha ido escribiendo de una manera -bastante más compleja que la sistematización que hicieron Marx y Engels- pero pudo haber tenido evoluciones alternativas. Las idas y retornos, las excepciones, los larguísimos períodos de transición, las influencias exter-

nas y las interinfluencias ocultas, la desaparición relativamente súbita de prósperas civilizaciones, la pérdida de memoria histórica respecto a momentos de esplendor exuberante, alertan contra cierto facilismo para identificar regularidades -entronizadas a veces como leyes- que sean utilizables prácticamente en períodos alcanzables por proyectos humanos.

De la misma manera, el futuro es un proyecto abierto a la posibilidad de distintas realizaciones, que pendula entre la fraterna y solidaria cooperación comunista y el anclaje de la especie en un moderno estadio de barbarie o aún en autodestrucción. La sociedad mejorará, revolucionándose, en dependencia de la voluntad de cambio de la población y de la capacidad para conocer y dominar los elementos que controlan esos cambios.

Marx supuso que el proletariado podría ser el sujeto de la revolución socialista y que, al emanciparse, emanciparía a toda la humanidad. El proletariado se movió, en gran medida, en la dirección prevista por Marx, pero no se constituyó en sujeto revolucionario y hoy nadie puede asegurar que llegará a hacerlo. La metáfora⁶⁶ que determinaba al proletariado como el sepulturero de la burguesía, ha sido una de las bases de la lineal trayectoria determinista, que guió a la mayoría de las estrategias revolucionarias. Otras expresiones similares, que cumplieron un magnífico papel como proyecciones agitativas, nos apoltronaron en el credo de una inevitable revolución socialista -casi -como una fatalidad- y en la tranquilidad de que el proceso sería irreversible, una vez instaurado el poder proletario.

Posiblemente, la contradicción entre la imposibilidad de predeterminar al sujeto revolucionario y el convencimiento de que existe tal determinación, pueda explicar la regularidad con que los dirigentes, los movimientos y los partidos revolucionarios terminaron siempre actuando en nombre del supuesto sujeto histórico y, en definitiva, susituyéndolo.

Aventuramos la idea de que el sujeto histórico será tal, en la medida que opte, elija y decida serlo. Que el sujeto histórico se autoconstruye, a partir de un proyecto de vida y de asociación humana, para, desde allí, enfrentar la necesidad. Es la idea de un sujeto erigido, no sólo por su existencia material objetiva, sino principalmente por la materialidad de su práctica social, expresión del ejercicio de su libertad.

Si así fuera, deberíamos enfocar el problema al revés. En lugar de empezar centrando nuestra atención en los factores económicos, en tanto base material de la sociedad, encajonando *a priori* a los factores subjetivos bajo sus leyes, sería necesario comenzar por el inventario genuino de las aspiraciones de los individuos, la proyección de las mismas hasta la plenitud de su satisfacción, el desarrollo audaz de la imaginación creativa y su conducción práctica hasta el límite impuesto por las condiciones materiales.

Pensamos que el error del enfoque economicista con que se llevó adelante el proyecto revolucionario, fue uno de los responsables de la infructuosidad que tuvieron cien años de prédica y práctica socialistas -basados en análisis científicos de los procesos sociales- en la preparación de una nueva mentalidad hacia una nueva sociedad. Los intentos de superar el economicismo -Lenin, Mao, Guevara- tendieron, en general y más allá de la intención de sus gestores, a extremarse en el polo opuesto, el voluntarismo. El reflejo intelectual de esta controversia impuesta por la práctica, se expresó en ácidas y prolongadas polémicas sobre los respectivos papeles de las condiciones objetivas y subjetivas.

La no rendición ante el imperio de los factores determinantes, la persecución de la utopía fundadora y la aceptación del desafío de crear lo que no existe, impelen la voluntad de los individuos -intelectuales, científicos, artistas, militantes- que han desarrollado un «espíritu crítico», en el sentido gramsciano de la subjetividad.

El «sentido común» son los anteojos teóricos con que cada ser humano observa la realidad, ya que la conciencia no se agota en el mero «reflejo subjetivo de la realidad», como asegura Lenin⁶⁷ sino que está configurada, también, con el presupuesto teórico a partir del cual se la observa. Esta «fotografía invertida» de la realidad objetiva está fuertemente impregnada de las vivencias personales y de la acumulación histórico cultural que el individuo haya incorporado. Por ello, los individuos apetecen mayormente aquello que el «sentido común» les marca como catálogo, el cual se ha ido conformando en la *praxis* social, condicionado tan estrechamente por la superestructura ideológica que, con frecuencia, conduce al ser humano a actuar contra las exigencias naturales bio-ecológicas.

El «espíritu crítico» es el polo opuesto del «sentido común». Este es la necesidad, aquél, la libertad. La necesidad es la parte determinada del ser humano, mientras que la libertad es su indeterminación. El «espíritu crítico» se aloja, potencialmente, en todo ser humano. Cuando el «espíritu crítico» comienza a surtir su efecto sobre el «sentido común», es decir, cuando la necesidad va deviniendo en libertad, se integran «núcleos de buen sentido» en la sociedad.

Ese momento de la acción social adquiere, entonces, carácter político, en forma de conciencia y, luego, de organización. Como la necesidad continúa actuando, lo social se recrea nuevamente con toda su independencia. Ese momento -que en realidad son miles de momentos- es la ocasión de construir la alternativa política. La acción política estará dirigida a actualizar aquella potencialidad: el ejercicio de la libertad, la capacidad

de elección. La lucha por la hegemonía consiste esencialmente en encontrar las leyes y las formas para transformar el «sentido común» en «buen sentido». Los «núcleos de buen sentido» ya conformados tienden a multiplicarse por difusión, hasta que el «sentido común» prevaleciente se transforma en «buen sentido». La institucionalización de los «núcleos de buen sentido», como detentadores de la nueva verdad, los convierte en el nuevo «sentido común», cuya transformación prosigue sin cesar. El nuevo «sentido común» será, entonces, el nuevo saber, la nueva teoría.

Pensamos que este nuevo saber, sin abandonar las bases de la teoría de la lucha de clases, debe ser despojado del contenido economicista-determinista, que pudo ser válido en términos prácticos para la sociedad industrial, pero que actualmente muestra su agotamiento. El concepto de libertad debe ser rescatado de los primeros trabajos del joven Marx, superando el olvido en que ha sido sepultado hace ya demasiado tiempo. Es necesario invertir el orden, colocando la libertad-conciencia, opción de vida, decisión- al inicio de la marcha emancipadora y no al final de ella.

Una sociedad de seres humanos libres implica, obviamente, una sociedad sin explotados ni explotadores. Pero nada obsta para que, sin ser explotados, no sean libres. Sin duda, la explotación es, en última instancia, la base de toda injusticia, opresión, desigualdad y prepotencia. Pero, al igual que en la economía, lo es en última instancia. El sufrimiento concreto deriva, con mayor frecuencia, de la opresión que de la explotación. La historia demuestra que la opresión ha ocasionado muchísimas más reacciones que la explotación. Lo que no quiere decir que la opresión tenga siempre como resultante la rebelión, ni que ésta conduzca a la superación de aquélla. Por lo general, los oprimidos han luchado para convertirse, a su vez, en opresores.

Esto es resultado de haber guiado la búsqueda del sujeto histórico -los hombres y mujeres que están dispuestos, potencial o actualmente, a recorrer la aventura humana de una sociedad mejor- en forma excesivamente acentuada, por su ubicación material en el modo de producción, consecuencia de una interpretación materialista estrecha de la sociedad y de la conciencia del individuo. La militancia política de intención revolucionaria no puede dirigirse a la faz necesidad, sino a la faz decisión. Poner el acento en la necesidad no es ni siquiera reformista. Directamente, no es político.

Durante la Edad Media, a ningún campesino le ocurría de ponerse a fantasear sobre la posibilidad de transformarse en señor. En cambio, la modernidad impulsó la idea de que el trabajo todo lo puede y puso la

necesidad delante del hocico de la humanidad, la saga del lavacopas convertido en millonario. Aherrojado a esta matriz ideológica de la necesidad, el pensamiento marxista facilitó e incentivó la competencia, predestinada a la derrota, del socialismo real con el capitalismo, en su propio terreno.

De allí derivó, creo, la dificultad que fue común a toda la izquierda, desde el reformismo hasta la lucha armada, para ligar lo social a lo político a través de lo reivindicativo. La acción reivindicativa se dirige a mejor administrar la situación existente, mientras que la acción política se dirige a crear una situación aún inexistente. La acción reivindicativa tiene un invaluable, indispensable e ineludible carácter solidario y quien la desarrolla actúa como un participante de la sociedad que lo implica. La acción política se propone, en cambio, transformar radicalmente la sociedad misma.

El futuro socialismo -o cualquier proyecto legítimo de sociedad solidaria- no debe ser pensado solamente en función de la necesidad, pues la necesidad puede engendrar monstruos. El militante, en ejercicio de su libertad, es capaz de optar por una forma de vida que subordina su necesidad, poniéndola bajo control. Al mismo tiempo, impulsa a la población a luchar por la necesidad, colocando al final del camino la libertad. La necesidad, que no lo sujeta a él, sujetaría al resto de los humanos.

El principio de distribución en proporción al trabajo rendido, previsto para la fase inferior del socialismo, implica una sociedad no igualitaria, como lo adelantaron Marx⁶⁸ y Lenin.⁶⁹ Luego, el principio de distribución de acuerdo a las necesidades individuales, postulado para la fase superior del comunismo, entrará en colisión con la imposibilidad práctica de definir y acotar objetivamente las necesidades.

Estamos convencidos de que el socialismo debe ser pensado en función de la libertad, como ideal de la subjetividad que, reconociendo las condiciones existentes, no se deja esclavizar por ellas. Este era el centro de atención y de angustia de Ernesto Guevara. Es posible concebir que, en la madurez del ser humano, la necesidad pueda ser definida y acotada - ya que no determinada - por la libertad. No se trata, solamente, que en la lucha por la necesidad se vaya ganando la libertad, sino, además, que en la lucha por la libertad se vaya dominando - o poniendo bajo control - la necesidad.

III. LAS CIENCIAS NATURALES EN LAS CONSIDERACIONES POLITICAS

Luis Mattini. Para diseñar el futuro desde un punto de vista político, es imprescindible instalarse en el marco de libertad, que las determinaciones de la naturaleza y de la sociedad imponen al ser humano. Esta afirmación se respalda en la formulación científicamente actualizada, que acabamos de esbozar, sobre cómo funciona esta entidad biológica.

Ese diseño debe ser trazado con audacia creativa, a partir del inventario de las aspiraciones del ser humano, proyectadas hacia su plenitud. Aspiraciones cuya identificación debemos respaldar, a su vez, en la formulación científicamente actualizada sobre cómo es la estructura de esta entidad biológica, cómo llegó a ser lo que es y qué puede llegar a ser, desde su perspectiva actual.

Gaby Weber. «Estoy estudiando algo de fisiología y la combinaré con anatomía comparada...»¹, «el libro de Darwin es muy importante y en ciencias naturales me sirve de base ...»², «la teoría científica moderna sobre la interacción de las fuerzas de la naturaleza -pienso en Grove, cuyo libro *Correlación de fuerzas...*»³, «he leído a Hoffmann. La teoría química más reciente...»⁴ Y así, a lo largo de treinta años, Marx y Engels intercambiaron estimulantes novedades científicas sobre el átomo, la molécula y la célula, sobre la evolución de la tierra, de las especies, del ser humano y de sus poblaciones, procurando apegarse sistemáticamente a la comprensión de la realidad natural concreta, antes de autorizarse a opinar desde un punto de vista social sobre la materia humana.

Las ciencias sociales, en virtud de los niveles de flexibilidad y permeabilidad que les son inherentes, facilitan la posibilidad de la manipulación ideológica de sus aseveraciones. El mejor antídoto contra los desvaríos especulativos, que suelen ser extremadamente sugerentes, es facilitado por las afirmaciones contundentes de las ciencias naturales.

Por lo general, los individuos esencialmente políticos padecen una fóbica inhibición para esgrimir, como fundamento de sus argumentaciones, la información científica natural. Pienso que esta actitud refleja un temor de profano supersticioso, apocado ante un eventual manejo impropio de un volumen extraordinariamente complejo, abundante y dinámico de datos concretos sobre la realidad material.

No nos cabe duda de que es imprescindible asumir responsablemente ese riesgo político -derrumbar las iglesias- y de que los frutos de atreverse a razonar serán nutricios, a pesar de los límites impuestos por nuestra ignorancia. El incomparable ejemplo de Engels, esforzándose al nivel de su época en temas como el origen de la familia, la transformación del mono en hombre y la dialéctica de la naturaleza, demuestra que, haber arriesgado los gruesos errores en que inevitablemente incurrió, ayudó a avanzar pasos de gigante al pensamiento social de su época.

Valgan estas disquisiciones como preanuncio, con intenciones balsámicas, de lo que sigue, que amenaza con seguir siendo una divulgación científica literariamente bastante espesa.

David Cámpora. La materia manifiesta sus fenómenos en el espacio y en el tiempo. En el marco del espacio, la estructura de la vida está construida a escala atómica. *

Cuando los átomos se acercan, sus nubes electrónicas se deforman y, en muchas ocasiones, la deformación es tal que los átomos se atraen fuertemente unos a otros y se combinan para formar moléculas. **

La estructura espacial de las moléculas, junto con las reacciones entre ellas, son el fundamento de toda la química y la biología. La sustancia

*Un átomo consta de un núcleo central cargado positivamente, rodeado de una nube de electrones, cuyas órbitas se agrupan en niveles sucesivos, cargados negativamente y en número suficiente para neutralizar la carga positiva del núcleo, por lo que el átomo resulta eléctricamente neutro³. No obstante, bajo ciertas condiciones un átomo puede ganar o perder electrones, produciéndose iones cargados negativa o positivamente. El átomo más simple, el de hidrógeno, posee un solo electrón, mientras que el más complejo, el de uranio, posee noventa y dos electrones⁶.

**Las moléculas son, entonces, conjuntos de átomos unidos por electrones, en órbitas que giran alrededor de más de un núcleo. Las reglas químicas de la valencia especifican el número de uniones que se pueden formar por cada tipo de átomo y las reglas estereoquímicas especifican la manera en que se disponen en el espacio las uniones formadas por un átomo. La molécula más sencilla de todas es la del hidrógeno, formada por dos unidades atómicas de esa sustancia, mientras que una molécula proteica puede estar formada por varios miles de átomos distintos.

biológica se organiza alrededor de la molécula de carbono y la energía biológica se organiza alrededor de la molécula de hidrógeno. La molécula de hidrógeno constituye el depósito donde se almacena la energía fotónica solar y los alimentos son los medios de transporte de las moléculas de hidrógeno, hasta el lugar de su utilización energética.⁷

Desde el punto de vista temporal, la función de la vida consiste en el mantenimiento y la multiplicación de su estructura espacial, en un medio menos estructurado.

En virtud del mero transcurso del tiempo, en un sistema cerrado, es decir, energéticamente aislado, aumenta espontáneamente el desorden o la entropía. El desorden o caos se caracteriza por lo impredecible y desarticulado del movimiento de los elementos. Como consecuencia del movimiento y de las colisiones al azar, las moléculas rápidas o «calientes» y las lentas o «frías» se mezclan -pasan de un recinto al otro, aumentando el desorden- y las diferencias de temperatura en los recintos tienden a anularse espontáneamente, repartiéndose entre todas las moléculas la energía total del sistema. Los recintos discernibles se tornan equivalentes, la temperatura se torna uniforme, hay equilibrio y se hace imposible un trabajo entre los recintos. El sistema es inerte.⁸

La segunda ley de la termodinámica resulta del hecho de que hay siempre muchos más estados desordenados que ordenados. Por ejemplo, hay un orden, y sólo uno, en el cual las piezas de un rompecabezas forman una imagen completa, mientras que hay un número muy grande de disposiciones en las que las piezas están desordenadas y no forman una imagen. Si las piezas del rompecabezas estuvieran inicialmente en una caja en la disposición ordenada y luego se agitará la caja, las piezas adquirirían una disposición desordenada. De este modo, si el sistema estaba sujeto a una condición inicial de orden, con el tiempo -que agita la caja- tenderá a aumentar el desorden.⁹

El que con el tiempo aumente el desorden o la entropía es un ejemplo de lo que se llama una flecha en el tiempo, algo que distingue el pasado del futuro dando una dirección al tiempo. Hay al menos tres flechas del tiempo diferentes. Primeramente está la flecha termodinámica, que es la dirección del tiempo en la que el desorden o la entropía aumentan. Luego está la flecha psicológica, que es la dirección en la que nosotros sentimos que pasa el tiempo. Finalmente, está la flecha cosmológica, que es la dirección del tiempo en la que el universo está expandiéndose. La flecha psicológica está determinada por la flecha termodinámica y ambas flechas apuntan siempre necesariamente en la misma dirección. Porque antes de

que un dato sea grabado en la memoria, la memoria está en un estado desordenado. Cuando la memoria interactúa con el sistema a recordar, pasa de un estado desordenado a uno ordenado, gastando una cierta cantidad de energía que se disipa en forma de calor y aumenta la cantidad de desorden en el sistema.

O sea que, dentro de un sistema cerrado, que globalmente evoluciona en el sentido de la degradación de su energía, se forman y crecen estructuras ordenadas. El orden se configura a través del establecimiento de relaciones entre moléculas, cuyo «ensamblaje» es «pagado», por la estructura al sistema, con una transferencia de energía térmica. El crecimiento local de orden solamente puede aparecer en función del crecimiento global de desorden. El desorden o entropía total del sistema aumenta en un grado mayor que el aumento de orden registrado en la estructura.

Cuanto más organizada es la estructura, más lento es el ritmo de degradación de la energía en su seno y menores son las diferencias energéticas entre el orden logrado en la estructura y el desorden -siempre mayor- provocado, como consecuencia de ello, en el sistema.

Gaby Weber. Los seres humanos, como toda otra forma de vida, realizan su actividad individual, económica y social en un sistema abierto, desequilibrado, un lugar de tránsito de la energía, que mantiene provisoriamente un orden estructurado, procurando enlentecer el ritmo de la degradación termodinámica.

Y aún antes de toda vida, antes de su aparición, la cadena evolutiva tuvo que estar precedida, necesariamente, por un período de «evolución química» de las cosas sin vida.

David Cámpora. Sin duda, la radiación solar intervino en el origen de la materia viva, a partir de estructuras duplicativas inorgánicas, capaces de realizar un proceso genético de copia, es decir, capaces de reproducir y transmitir sin variación la información correspondiente a su propia estructura. Esta propiedad es exclusiva de los seres vivos y de los cristales, aunque la estructura cristalina es de un grado de orden incomparablemente inferior al de aquellos. *

*Si a una solución hervida de cristales de hiposulfito se la deja enfriar, no se produce ninguna reacción espontánea, pero basta agregar un trocito de cristal para que el mismo crezca en forma vertiginosa y, al romperse, los distintos trozos también crecerán. La sobresaturación y el sembrado son indispensables para que un cristal crezca a partir de

A escala máxima, toda la tierra es un cristalizador continuo de silicatos laminares de arcilla, mediante dos grandes ciclos. El primero es el de la evaporación del agua de mar y su posterior precipitación en lluvias, que lavan las rocas duras y producen soluciones de arcillas sobre el suelo. Y el segundo es el de los movimientos de los fondos oceánicos, empujados por el calor de la desintegración radiactiva de la tierra, que producen colisiones en los bordes de los continentes, transformando radicalmente los depósitos compactados de arcilla.

Las láminas de arcilla -caolinita- tienen el grosor de tres átomos de oxígeno, unidos firmemente por medio de dos planos intermedios de átomos de aluminio y de silicio. Estas láminas son estructuras que tienen «cara de arriba» y «cara de abajo» diferentes, como si fuesen alfombras. El cristal consiste en una pila de muchos miles de esas «alfombras», colocadas unas sobre otras, siempre del mismo modo, con los dibujos de las alfombras también orientados en el mismo sentido. Las estructuras de la arcilla se forman realmente a sí mismas, en un proceso de agregación, una verdadera cristalización.

Los primeros genes fueron, con toda probabilidad, microcristalinos, inorgánicos y minerales, y cristalizaban continuamente a partir de soluciones acuosas, que se mantenían ligeramente sobresaturadas durante largos períodos de tiempo. Diferentes tipos de cristales minerales de la arcilla

una solución. Resultan sorprendentes la facilidad, rapidez y precisión del crecimiento de la estructura cristalina, siendo éste un proceso eminentemente reversible. El crecimiento y la disolución se producen simultáneamente, en un equilibrio dinámico: la disolución local de un trozo de cristal mal hecho es más rápida que el ritmo general de formación del nuevo cristal, constituyendo una suerte de siembra espontánea, de «reproducción» a partir de una «exfoliación» que produce nuevas «semillas».¹⁰

Cuando determinados átomos en solución se juntan para formar un cristal, son guiados únicamente por sus propiedades físicas, que les inducen a acercarse a grupos de átomos que se encuentran en la superficie del cristal en formación y a unirse a ellos mediante fuerzas eléctricas y de cohesión. La movilidad constante de las moléculas, derivada de la agitación térmica, les permite intentar muchas ordenaciones alternativas y pueden llegar a una ordenación particular que tenga la mayor cohesión posible. Una vez encontrada esta ordenación, tiende, por supuesto, a mantenerse. Así crece el cristal: la forma surge directamente de la estructura molecular.

Si este fenómeno se desarrollara en un recinto en el cual una solución, adecuadamente sobresaturada, fluyese continuamente y de la cual se retiraran continuamente los cristales en suspensión, constituiría un sistema abierto, un cristalizador cíclico continuo. En él se registrarían «crecimiento», «reproducción» y «mortalidad» de cristales, en una analogía microcósmica de la vida, siempre que hubiese un suministro constante de sustancias y energía.

pueden crecer en colaboración, influyendo cada tipo en las condiciones de los otros.

Se piensa que, de este modo, moléculas prebióticas de ácido nucleico ayudaron a sintetizar, mediante catálisis y con el concurso de la arcilla, a otras moléculas similares. Pero el auténtico avance creador -que en realidad acaso sucediera una sola vez- fue cuando una molécula de ácido nucleico -aprendió- a dirigir la integración de una proteína, que a su vez ayudó a la copia del propio ácido nucleico. Es decir, el primer mecanismo de retroacción biológica. ¹¹

Los organismos primarios, que no poseían moléculas orgánicas, crearon dentro de sí las condiciones bajo las cuales pudieron aparecer organismos secundarios, que habrían sido totalmente incapaces de originarse espontáneamente, pero que sí fueron capaces de tomar el control replicativo en base a una mayor eficiencia genética. ¹²

La selección natural perfecciona las formas moleculares favoreciendo aquellas que funcionan, aunque sea levemente, mejor que otras. Las moléculas orgánicas, cuya estructura está basada en el carbono, pueden mantener su complejidad indefinidamente, mientras que las estructuras cristalinas se disgregan con facilidad. Los cristales del mundo inorgánico surgen de las operaciones de fuerzas físicas de atracción inmutables, que actúan sobre una variedad limitada de átomos y moléculas, mientras que los organismos vivientes son creados por las mismas fuerzas físicas, pero actuando sobre las innumerables especies moleculares que los genes ponen a su disposición.

Una vez que se formaron los dos bloques bioquímicos^o -ácidos nucleicos y proteínas- cuya interacción configura la vida, la lentísima evolución química, progresando de lo simple a lo complejo, dejó paso a la evolución biológica. La prácticamente infinita variedad de posibles ordenaciones y reordenaciones de las treinta y ocho subestructuras fundamentales de ambos bloques -un azúcar, cinco bases nitrogenadas, un fosfato y treinta y dos aminoácidos- hace posible una amplísima diversidad de formas vivas, a través de un proceso de selección natural. ¹³

En una primera etapa, debieron formarse moléculas que se duplicaron a expensas de la materia que ya se hallaba presente en el caldo prebiótico. La siguiente etapa, debe haber sido la selección y captura de pequeñas moléculas del entorno que pudiesen ayudarles a duplicarse más rápidamente. Posteriormente, debieron retener a esas pequeñas moléculas y a los productos, formando familias enteras de macromoléculas. Gradualmente, los ácidos nucleicos llegaron a asumir el papel de dictadores,

controlando la química de su medio ambiente en su propio beneficio. Por último, comenzaron a sintetizar compuestos bioquímicos micromoleculares por sí mismos. ¹⁴

Gaby Weber. El entorno inanimado del que brota la vida asemeja a un ambiente líquido que fluye en torrentes, caótico e inestable, donde cada unidad accidentalmente constituida es arrebatada y sometida al arbitrio de miles de influencias divergentes. Hasta que, en determinado mágico momento, algo o alguien parece comenzar a imponer un orden, a enlentecer o domeñar los flujos, a rechazar lo fortuito intentando evitar alteraciones.

¿A quién atribuir el mérito coagulador, la relación vinculante, la vocación de parentesco, el amor a la permanencia? ¿Fue el dictador nucleico prevaleciéndose de su habilidad para la codificación matemática? ¿O acaso el volumen y el peso de las macromoléculas les proporcionaron estabilidad y anclaje? ¿O tal vez la exquisita sutileza de las micromoléculas excitó la vocación protectora de otras asociaciones menos astutas?

David Cámpora. Fue indispensable que una membrana impermeable mantuviera agrupados los componentes del aparato genético, las enzimas biosintéticas y las moléculas elaboradas durante el crecimiento y la división. Y, al mismo tiempo, que esa membrana resultara selectivamente permeable a las materias primas del medio. Esto es, una membrana semipermeable que mantuviera el equilibrio correcto entre ambos recintos. *

*La membrana tiene un armazón constituido por moléculas -fosfolípidos- que poseen una «cabeza» ionizada con una fuerte afinidad por el agua y una «cola» de tipo graso incompatible con el agua. Una emulsión de estas moléculas forma burbujas, llenas de agua, rodeadas por dos capas de moléculas, una con las «cabezas» hacia afuera y otra con las «cabezas» hacia adentro, de manera que todas las «colas» se juntan en un perfecto aislamiento del agua. Si una burbuja se rompe, vuelve a cerrarse, porque el borde del agujero tiende a reconstituir el estado en el cual todas las «colas» se encuentran al resguardo del agua.

Sobre este «esqueleto», se instalan proteínas operativas que intervienen en la actividad de la membrana. Por ejemplo, una proteína transportadora recoge una sustancia determinada del exterior, da media vuelta para entregarla al interior y vuelve a su posición original. La membrana, entonces, no es ni una pared sólida ni un tamiz, sino un órgano activo y selectivo, capaz de reconocer las sustancias particulares y controlar sus entradas y salidas del recinto, en base al tamaño, la forma y la carga eléctrica de cada una. Es capaz de «bombear» una sustancia, absorbiéndola o expeliéndola, logrando que la misma llegue a estar mil veces más concentrada en el recinto interior que en el exterior adyacente. ¹⁵

La membrana se erige en barrera que impide el alejamiento y extravío de la materia propia y de la apropiada. De hecho, circunscribe un ámbito, aísla un medio acuoso nutritivo que resulta propicio, separándolo del resto. Aquello que estaba próximo se transforma en propio y el resto deviene ajeno y extraño. La sola formación de la membrana define y configura, simultáneamente, un recinto «interior» y un medio «exterior». Allí encerrada, la vida fabricará químicamente más vida, idéntica a sí misma. Fronteras adentro, crece y se diferencia, se reconoce y se duplica, se retrae y se ensimisma. La barrera impide que los elementos foráneos, distintos, residentes del exterior modifiquen nocivamente las características óptimas y estables de su recinto interno. Y, al mismo tiempo, se comunica con el exterior, lo analiza y se lo apropia de a «trozos», lo asemeja y asimila, nutriéndose de él para crecer y multiplicarse. Es la célula, una entidad independiente, una unidad diferenciada, una identidad que perdura: el primer individuo.

La evolución precelular debió ser extremadamente lenta, hasta que la célula aportó la eficiencia de un organizado laboratorio químico, con un elevado grado de estructura y organización interna, con unidades funcionales especializadas, contenidas en compartimentos separados. Una vez que medró uno de estos linajes de materia viviente, debió extenderse con una rapidez tal, que tuvo asegurada la prioridad sobre el espacio vital en que pudiera desarrollarse cualquier otro linaje.¹⁶

La evolución celular debe entenderse como una progresión del aumento de la comunicación interna, con un incremento del contenido de información genética. Información y comunicación: es decir, novedades e interlocutores a quienes transmitírselas.

Una célula se comunica con otra -que es sí misma, replicada- mediante el contacto entre sus membranas. Si se colocan células vivas en una solución nutritiva sobre una superficie plana de cristal, se multiplican hasta haber producido una capa completa de células y luego dejan de crecer. La inhibición acontece cuando las células están en contacto en un área suficiente de sus membranas, de tal modo que, si continuaran multiplicándose, se amontonarían unas sobre otras.¹⁷ Por contacto, las células «saben» cuando arriesgan sobrepoblarse y «resuelven» controlar su natalidad.

Al principio, dos o más células idénticas permanecerían juntas, para aumentar la eficiencia en el desempeño de las respectivas funciones vitales. Luego, algunas de ellas comenzarían a diferenciarse de las demás, en un proceso de integración pluricelular, que interpondría niveles de organización, cada vez más complejos, ante el medio circundante. Las

ventajas adaptativas son claras. La diferenciación de las células permite la especialización para servir funciones diversas, la repetición modular de la organización permite el aumento de tamaño, el mayor aislamiento facilita el mantenimiento constante del ambiente interno y el remplazo individual de las células permite el aumento de la longevidad.¹⁸

Cada uno de esos niveles mantiene bajo su dependencia al nivel inmediato subyacente, del mismo modo que estará también bajo la dependencia del nivel de organización inmediatamente superior. El ingenio social, tomándose su tiempo, llegaría finalmente a imitar a la vida natural, pergeñando un «centralismo democrático» que, lamentablemente y en mi opinión, fue incapaz de lograr una funcionalidad similar a la biológica, por no asentarse como ésta en un igualitarismo verdaderamente asumido.

La comunicación por el contacto de sus membranas entre células vecinas, una vez integradas en un cuerpo común, se estrecha y perfecciona al extremo de permitir la transferencia de sustancias de una a otra, sin atravesar el líquido circundante. Aquellos «individuos» independientes se abrazan con tal intensidad, en el cumplimiento de la tarea compartida, que logran cuasi fusionarse en uno solo, sin perder sus respectivas identidades.

Gaby Weber. Me pregunto qué se hizo de aquel egoísmo «natural», de aquella «naturaleza» agresiva y voraz que la argumentación de derecha utiliza, falseando descaradamente la realidad biológica. Me pregunto en qué se apoya, materialmente, el imperio del individualismo y la ausencia sustantiva de significado grupal que nos quiere endosar la estrategia emocional posmodernista.

Por el contrario, la actitud natural, en toda cosa viva, es la asociación, la participación y la cooperación. Estamos todos asociados, formamos parte y cooperamos siempre y en ello nos va, literalmente, la vida. A quién puede sorprender, entonces, la capacidad de altruismo, la entrega «sin sacrificio» de la vida propia, la felicidad lograda en la sonrisa prójima. Aquello que «emociona» al animal humano, que lo motiva y lo mueve, que lo afecta y lo transcurre, es inevitablemente la gratitud anónima por haber sido originado y la generosidad plural engendradora. Esta maravilla natural de estar condenados a ser uno y muchos al mismo tiempo y de estar en otros sin ser devorado, ha cimentado el argumento de cada utopía que mereció ese nombre.

David Cámpora. La evolución procede mediante amenazas y no mediante promesas. Acumula una memoria continua y vinculada de los pocos éxitos del pasado, que destacan entre la inmensidad de los fracasos reproductivos. Una y otra vez, a lo largo del proceso de la vida, se tornaron difíciles las condiciones para la extracción de energía del medio ambiente y la clave de la supervivencia consistió en la sofisticación constante del mecanismo de captación y en el mejoramiento constante de su eficacia funcional. La vida animal salió del mar para arrastrarse en la tierra, trepó a los árboles y conquistó el aire, no precisamente para disfrutar de mejores condiciones, sino desarrollando penosamente difíciles «tecnologías» para un control creciente del ambiente. Los organismos, gradualmente, van ocupando nichos cada vez más exigentes, adquiriendo medios para sobrevivir donde otros no pueden, limitados por su especialización adaptativa.

Cuando estos nuevos individuos, los organismos, evolucionan hasta la reproducción sexual, se asocian en grupos discretos, llamados poblaciones que son comunidades de procreación. Los individuos que componen una población son, también, miembros interdependientes de un todo orgánico -un organismo social- al extremo de que un individuo aislado carece, biológicamente, de sentido.

Finalmente, los conjuntos de poblaciones que pueden cruzarse entre sí y que están reproductivamente aislados de otros grupos semejantes, constituyen distintas especies, cada una de ellas adaptada a su medio ambiente particular. Se trata de unidades de evolución independientes, caracterizadas por el conjunto de los genes de todos sus miembros.¹⁹

Se hace evidente, entonces, que desde el átomo hasta la especie, se constata una interrelación entre procesos severamente determinísticos y circunstancias esencialmente casuales, cuyas regularidades sólo pueden ponerse de manifiesto mediante los grandes números probabilísticos. El resultado es una secuencia zigzagueante, que tiende a la complejización estructural y a la mayor eficacia funcional energética de la materia.

En particular, en la materia viviente, en cada uno de sus escalones organizativos, se comprueba un proceso permanente y unificado de diferenciación progresiva entre los individuos -la individuación- y de agregación estrecha de los mismos en unidades funcionales cada vez mayores -la socialización- de tal modo, que ambas fases del proceso se desarrollan conjuntamente y se condicionan y estimulan recíprocamente.

La expansión de la vida, a lo largo del tiempo, ha sido progresiva en el número de tipos de organismos, en el número total de individuos, en la

cantidad total de materia viva -biomasa- y en la tasa total del flujo de energía.

El número de especies biológicas existentes es, con toda certeza, superior a los dos millones y puede ser que llegue hasta los seis millones. Cuanto mayor es el número de especies, mayor es el número de ambientes creados por ellas que pueden ser explotados por otras nuevas. La evolución de las especies se caracteriza por el remplazo de los grupos antiguos por otros más recientes, de tal manera que el 99,9 por ciento de las especies que existieron en el pasado se han extinguido sin dejar descendientes. Ha existido gran variedad de duraciones en las vidas de las especies, desde aquellas que surgieron hace cientos de millones de años y aún son prósperas, hasta las de existencia geológicamente breve, de no más de cien mil años.²⁰

La zarigüeya, la ostra y un gusano marino bivalvo llamado língula nos asombran con su envidiable perennidad, evaluada en más de cien, doscientos y cuatrocientos millones de años, respectivamente. Desde el punto de vista de la especie, merecen ser distinguidos como «inmortales». Esta capacidad para sobrevivir sólo puede explicarse en base a una compleja interacción material entre las poblaciones y su medio, formulándose una ecuación óptima en base a la amplitud de la capacidad adaptativa de la población y la estabilidad sin cambios excesivos del medio.

Gaby Weber. El ser humano, mediante el equipamiento tecnológico, se ha especializado en su capacidad de adaptación a prácticamente cualquier ambiente terrestre. Hasta ahora, ha podido afrontar algunos cambios ambientales locales, de origen natural y de relativa importancia, como los ocasionados últimamente por las erupciones volcánicas del Hudson y del Pinatubo.

Pero su misma evolución cultural, que le ha procurado esa flexibilidad adaptativa, lo ha convertido, paradójicamente, en el principal factor de alteración, aguda y vertiginosa, de su propio medio ambiente. En esta carrera esquizoide, en la que no puede haber ganadores, la especie pareciera estarse poniendo a prueba, para determinar, casi deportivamente, cuál es el rasgo dominante: su capacidad para contaminar o su capacidad para sobrevivir contaminado. La contienda verdadera, la pelea de fondo en la que el premio es la vida, tiene lugar entre el empuje cultural de la tecnología productiva y la resistencia biológica de los organismos vivos.

David Cámpora. Las grandes articulaciones de la evolución han sido debidas a la invasión de nuevos espacios ecológicos. Desde hace cuatrocientos millones de años no ha aparecido ningún tipo básico nuevo de animal -el ser humano pertenece al tipo de los vertebrados. Parecería que ya entonces se hubieran desarrollado todas las posibilidades fundamentales de la estructura animal. Ninguno de los tipos básicos se ha extinguido. También las clases tendieron a persistir -el ser humano pertenece a la clase de los mamíferos. La categoría taxonómica inferior a la clase es el orden -el ser humano pertenece al orden de los primates.

El orden de los primates es tan primitivo en muchos aspectos que es difícil caracterizarlo, pero aún sus miembros menos avanzados muestran la tendencia a utilizar las manos para manipular objetos, en coordinación con el sentido de la vista, que es muy agudo. Son seres de la luz del día, altamente sociales, con inclinación a la exploración y al juego. Las líneas más progresistas de los primates presentan una tendencia hacia una mayor inteligencia y se encuentran organismos con mayor desarrollo cerebral que en cualquier otra forma de vida. Las monas antropoides tienen ciclo menstrual y son sexualmente receptivas en forma permanente, sin época de celo. E incluso, procuran regularmente su placer con independencia del macho, mediante la masturbación. Los nacimientos suelen ser simples y la cría tiene un largo período de inmadurez.²¹

Los australopitécinos -los primeros seres que pueden ser llamados humanos- aparecen hace cuatro o cinco millones de años. Desarrollaron la tendencia a la caza, lo que tuvo sustanciales repercusiones sociales en virtud de la natural repartición del producto, especialmente importante para las hembras lactantes y los jóvenes dependientes. Asimismo, el hábito de la caza desarrolla caracteres de moderación, de atenuación del sistema de dominio, de planificación del futuro, de construcción de utensilios, de fabricación de vestidos y de utilización del fuego.

Nuestra especie, *Homo sapiens*, no aparece hasta hace unos trescientos mil años.

La duración de la vida humana individual y el ritmo de sucesión generacional condicionan de tal manera la percepción del tiempo por el ser humano, que no le resulta posible abarcar períodos extensos en su imaginación concreta, estructurada en función de experiencias prácticas. Para lograr percibirlos debe materializarlos mediante comparación con otros conjuntos que le son familiares. Es el mismo procedimiento por el cual el ser humano inventó la suma, el mecanismo de contar, esto es, comparando conjuntos entre sí, elemento por elemento. De tal suerte que

uno de los conjuntos esté constituido por elementos manipulables, como piedras pequeñas, para extraerlos, uno por uno, del conjunto, a medida que cambian de lugar, uno por uno, los elementos del otro conjunto, por ejemplo animales cautivos en un corral.

Para percibir concretamente las duraciones prolongadas, se ha confeccionado una comparación de conjuntos apropiados en un reloj biológico. Supongamos que el día de hoy es el 31 de diciembre a la medianoche, el final del año; el origen de la vida sucedió el 1 de enero pasado; los organismos multicelulares aparecieron el 15 de setiembre; los vertebrados el 10 de noviembre; los mamíferos el 24 de diciembre; los australopitecinos el 31 de diciembre a las 14:00 horas; el *Homo sapiens* el 31 de diciembre a las 23:15 y la revolución industrial sucedió hace dos segundos.²² Es de sabios hacer conciencia, pues, sobre la modestia de nuestra antigüedad en el cargo, que se remonta a un minúsculo cuarto de hora...

La especie humana posee una enorme variabilidad genética. Todas las personas que viven en este momento, las que han vivido en el pasado y las que vivirán en el futuro, con la excepción trivial de los gemelos univitelinos, son genéticamente diferentes entre sí. Y una nueva variabilidad surge continuamente, pues se estima que cada cigoto humano contiene un promedio entre 0,6 y dos mutaciones genéticas inexistentes en sus padres.

La especie humana es una de las más numerosas entre los organismos de gran tamaño y es también una de las especies con mayor biomasa entre todas las que existen. Ha ocupado todas las regiones de la Tierra, con la excepción de la Antártida, cubriendo el cuarenta por ciento de la superficie terrestre total.

Ningún animal, capaz de competir con el ser humano en inteligencia y organización social, podrá surgir mientras éste exista, pues mantiene con firmeza su zona adaptativa y es capaz de defenderla.

Gaby Weber. La reacción extremadamente agresiva, que la ciencia ficción atribuye hipotética y críticamente al individuo humano, ante una imaginaria aproximación de vida extraterrestre al planeta, tiene, en realidad, hondas raíces biológicas de carácter adaptativo. El rechazo cultural de dicha agresividad, basado también en caracteres adaptativos, no tiene aún la coherencia de postular una tolerancia similar hacia otras formas de vida terrestre, parcial e inocuamente competitivas, como la proliferación de flores y yuyos silvestres interfiriendo en la estética de un jardín cultivado.

David Cámpora. El proceso de expansión de la vida humana ha afectado directamente el curso de la evolución orgánica, por medio de la selección artificial de plantas y animales y ha ocasionado la extinción de muchas especies, mientras que otras -hierbas, moscas y ratones- se han multiplicado con él. Ocasionalmente, en las nuevas circunstancias ambientales creadas por el ser humano, han surgido especies nuevas, como la mosca del petróleo -*Psilopa petrolet*- cuyas larvas viven en charcos de petróleo en California y, al parecer, en ningún otro sitio.

En la caracterización del *Homo sapiens*, los rasgos más importantes son la inteligencia, la flexibilidad, la individuación y la socialización. Estos cuatro factores interrelacionados alcanzaron en el ser humano un grado de desarrollo incomparablemente mayor que en cualquier otro tipo de animal. Todos ellos tienen como base común un progreso evolutivo, que actúa en la dirección de un aumento de amplitud y de variedad de la adaptación del organismo a su ambiente. Ello implica el incremento de los medios de percepción del ambiente y de los medios de integración, coordinación y reacción apropiados a esas percepciones.²³

En la expresión del bioquímico George Wald²⁴ es «una criatura que sabe, un animal científico, que retrocede en el camino que lo ha generado e intenta comprenderlo».

Es el único organismo que sabe que evoluciona y posee un cierto grado de control consciente sobre su porvenir. Pero no puede tener seguridad de que la evolución se producirá efectivamente en una dirección y velocidad dadas, ni puede elegir entre todas las direcciones y velocidades posibles.

Es el único ser vivo que ha desarrollado la suficiente inteligencia para construir una sociedad tecnológica, con la finalidad de transformar la energía solar en formas energéticas cada vez más eficientes y complejas. Y también el único que, quizás, sea perfectamente capaz de eliminarse a sí mismo, ejerciendo la prerrogativa exclusiva de la autoextinción de la especie.

Tiene la capacidad de autorreflexión, o sea, la percepción del sujeto pensante, en sí mismo, como objeto de pensamiento. Tal percepción es una realidad individual inmediata e innegable. Cada ser humano, primitivo o cultivado, frente a sí mismo, es algo que persiste evidentemente invariable, desde los primeros recuerdos hasta la muerte. Para cada ser humano, de todas las épocas, ésta es la única realidad inequívoca y acepta automáticamente que cualquier otro ser humano posee una unidad similar, su propia persona.

Una consecuencia de la autoconciencia es la conciencia de la muerte, que predispone hacia las creencias religiosas, aliviando el desasosiego con la proyección fantástica del sujeto fuera de los márgenes de la vida.

Adopta necesariamente un comportamiento ético, en tanto que su naturaleza biológica determina la presencia de tres condiciones necesarias y suficientes para el mismo. La capacidad de prever las consecuencias de las acciones propias, la capacidad de formular juicios de valor y la capacidad de elegir entre modos alternativos de acción. Prever, juzgar y elegir.

La primera está estrechamente relacionada con la capacidad de establecer la conexión entre medios y fines, mediante la imaginación del futuro y la formación de imágenes mentales de realidades no presentes o todavía inexistentes. La segunda depende de la capacidad de abstracción, de considerar objetos o acciones determinados como miembros de clases generales, lo cual hace posible la comparación entre objetos y acciones diversos y percibir unos como más deseables que otros. La tercera consiste en la exploración de alternativas diversas y la elección de unas u otras en función de las consecuencias anticipadas. De tal manera, que no puede eludir la responsabilidad de la elección, no puede decidir si la acepta o la rechaza. Es, por consiguiente, el animal responsable.

Se ha dicho también, con armonía estética, que el ser humano es el animal que, por pensar el futuro y temer la muerte, actúa siempre entre el motivo y la finalidad.²⁵

El sentido de pertenencia a un grupo es la segunda constancia evidente en la conciencia de un ser humano, después de sus sensaciones inmediatas. Le resulta inevitable referirse al grupo como si se tratara de un individuo y sentir que, de algún modo inexpresable, uno mismo y el grupo son idénticos.

Al igual que en otras especies cercanas, la condición de inmadurez biológica al nacer -la calidad de prematuro- y la incapacidad de autosuficiencia durante varios años, predisponen adaptativamente a la aceptación de la autoridad y a la disposición al ejercicio de la misma una vez alcanzada la madurez.

El afecto por la cría y en el vínculo sexual, expresado por alguna forma de contacto corporal, satisface funciones biológicas adaptativas, como el amamantamiento, el apareamiento, la protección y el abrigo.

Cada pareja de adolescentes sanos podría engendrar de catorce a veinte crías, pero en todos los grupos civilizados actuales el promedio oscila entre dos y cuatro.

Gaby Weber. La humanidad recién está estrenando una nueva conciencia progresista de aceptación de la planificación familiar voluntaria. La misma debería evolucionar en el sentido de lograr la estabilización de la población, esto es, que cada generación produjera una descendencia igual a la fallecida. Para ello, el número medio de nacimientos por mujer debiera ser de dos, más una fracción de entre 0,3 y 0,9, para compensar el efecto de las parejas sin hijos y de la mortalidad infantil.

Pero, si esto se generalizara en todo el mundo, llegaría un momento -quizás en mil generaciones- en que surgirían dificultades genéticas, por la acumulación aleatoria de pequeños defectos, tal cual ha sucedido en períodos brevísimos en el caso de linajes puros, como en el de los faraones egipcios. Este mecanismo genético acumulativo se vería potenciado y acelerado, por la protección médica que la sociedad proporciona a los individuos que portan enfermedades humanas degenerativas de origen intrínseco, aminorando la efectividad de la selección natural.

Si se desarrollara un proceso de este tipo, no habría ningún método practicable para salir de ese callejón evolutivo sin salida. Por eso resulta imperioso, desde ya, buscar los medios culturales que impidan a la especie humana desembocar en dicho callejón.

Existen solamente dos mecanismos posibles, que son complementarios y operan en el largo plazo. El primero es la investigación extensa y prolongada -mediante el estudio de poblaciones enteras- de los aspectos médicos de la herencia humana, para aprender a minimizar la deterioración genética intrínseca. El segundo, mucho más divertido y estimulante, es el incremento inmediato y sostenido de los cruzamientos interraciales -*urbi et orbi*- para aumentar la variedad de los genes humanos disponibles, enriqueciendo el genoma de la especie.

Desde un punto de vista estrictamente biológico, convergente con el más elemental sentido común cultural y en contradicción flagrante con el renovado bestialismo que se presencia actualmente en varios países desarrollados, el principal enemigo de la vida y de la especie humana es el racismo.

David Cámpora. Los detalles del comportamiento requieren un aprendizaje, que es socialmente inducido mediante premios y castigos, que fijan la habitualidad de respuestas correctas.

El método disuasivo más extendido es el apartamiento del individuo de los contactos sociales normales, incluidos los sexuales.

En tanto carnívoro capacitado para matar a un congénere, desarrolla

rituales de sumisión y dominio que hacen cesar, en forma automática, el ataque del vencedor.

El comportamiento territorial adopta la actitud de defensa del espacio ecológico ante individuos de la misma especie y se expresa socialmente como el derecho sobre la tierra.

Una vez que el grupo ha sido personificado -a través de la identificación que realiza cada individuo- el colectivo sentirá la necesidad de actuar, respecto a otros grupos personificados, de la misma manera que los individuos proceden, unos frente a otros, en el seno del grupo.

El antagonismo entre grupos deriva directamente de la estructura jerárquica dentro del grupo, pues todo miembro de un grupo extraño que se aproxime es, potencialmente, un rival, cuyo poder sólo puede medirse mediante confrontación. El tipo de confrontación varía de una especie a otra. Por ejemplo, las ratas luchan con intención de matar, los monos aulladores entrecruzan chillidos y los papiones evitan cuidadosamente los encuentros.

Ahora bien, pienso que, si lo que estamos procurando es dimensionar y comprender el proceso de acumulación de experiencias que condujo a la actual sabiduría de la especie, resulta prudente que volvamos respetuosamente la mirada hacia atrás, intentando reconstruir la memoria de los éxitos logrados en un pasado brillante, aunque ya superado e irreversible.

El ser humano formó parte de un ecosistema natural exclusivamente durante los dos millones de años en que obtuvo su alimento a través de una vida nómada. Una vez que se convirtió en agricultor sedentario, decisión que postergó hasta los últimos diez mil años, se vió en la necesidad de someter a su dominio la evolución del ecosistema del que forma parte.

Nadie podrá averiguar nunca cómo el *Australopithecus* llegó a hacerse cazador, convirtiéndose en el «primer matador»²⁶ de la especie. Definir al ser humano como el animal constructor de herramientas no deja de ser un cosmético eufemismo, pues las armas de caza fueron anteriores a las herramientas y la principal aplicación de las herramientas ha sido, precisamente, la fabricación de armas.²⁷

Según Marvin Harris²⁸, el carácter móvil de la existencia de los cazadores-recolectores deriva de su dependencia de una flora y fauna silvestres dispersas. Le son inherentes una baja densidad demográfica y la adopción de asentamientos pequeños y móviles, del tipo de los campamentos. La organización política en bandas u hordas es una consecuencia de esta infraestructura de los pueblos paleolíticos.

Como el mantenimiento de los niveles nutricionales requiere la disper-

sión y reunión diarias, así como la agregación y disgregación estacionales -cuando maduran las semillas, se secan los pozos de agua y aparecen o desaparecen las especies animales- al grupo le resulta útil poseer una estructura flexible, que se logra mediante el intercambio matrimonial entre bandas vecinas.

Los intercambios recíprocos y diarios entre compañeros de campamento disminuyen los costos de trabajo. Los que salen de caza o de recolección pueden permitirse el lujo de volver con las manos vacías, en la expectativa de que otros compañeros tendrán más suerte. Y como la balanza entre donador y donatario se altera de un día para otro, los infortunios individuales se ven compensados de un modo rutinario por el producto colectivo del grupo.

La intensificación productiva implica un peligro para el ecosistema cazador-recolector. Un esfuerzo extra, en lugar de incrementar la oferta general de proteínas animales, puede destruir permanentemente su disponibilidad para todos. Por ello, su ideología se suele caracterizar por el acento en la modestia y discreción de que debe hacer gala el cazador afortunado y la ostentación se convierte en signo de mala educación.

El igualitarismo se halla firmemente arraigado por la transparencia de los recursos, la simplicidad de las herramientas de producción, la ausencia de bienes inmuebles y la estructura flexible de la banda. Las formas extremas de dominio y subordinación son desconocidas.

Bajo condiciones ecológicas óptimas, el grado relativamente pequeño de dimorfismo sexual de la especie humana no entorpecerá mayormente la tendencia altamente igualitaria de la vida social cazadora y recolectora. Cuanto más abundante sea la caza y mayor la efectividad de la lactancia prolongada como método de control de la fecundidad, menos comunes serán las vías alternativas como el aborto traumático y el infanticidio. Asimismo, la abundancia amortiguará la hostilidad intergrupala y la guerra será menos frecuente, lo que, a su vez, amenguará la tendencia a sobrevalorar a los hombres, en tanto guerreros, e infravalorar a las mujeres, en tanto recompensas pasivas para machos agresivos. La proporción de sexos estará equilibrada y prevalecerá la monogamia para ambos sexos.

Y ahora, sin duda un poco más sabios por la mejor comprensión de nuestro propio pasado, y simétricamente, para evitar que la voluntad actual de la especie se anegue en el ensueño nostálgico de aquel equilibrio irrecuperable -porque el pasado nunca vuelve- resulta imperioso que agucemos hoy la mirada hacia los estridentes indicios de nuestra actual crisis civilizatoria.

Gaby Weber. Si el futuro de la especie nos preocupa, ante todo debemos revisar nuestro comportamiento respecto al cuidado y la protección de la cría.

El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México publicó el resultado de los análisis realizados en cuatro localidades distintas, detectando un alto índice -entre cinco y 10,5 veces sobre el límite de tolerancia- de pesticidas organoclorados en la leche materna de ciento y cincuenta y nueve madres. Los análisis identificaron el dicloro-difenil-tricloroetano (DDT), productor de cáncer y desórdenes nerviosos, el hexacloro-benceno (HCB), productor de cáncer y esterilidad masculina, y el heptacloro, productor de cáncer, todos ellos proscritos en los países ricos. Los plaguicidas organoclorados atraviesan la barrera placentaria, de manera que, cuando nace, el niño posee una carga inicial de plaguicidas en su organismo.²⁹

En Brasil hay un millón y medio de «niñas-madres» y otro medio millón, entre diez y doce años, que ejercen la prostitución, en la mayoría de los casos porque el padre así lo quiere. El veinte por ciento de los niños nativos del Brasil son hijos de madres adolescentes. El treinta y dos por ciento de las «niñas-madres» no sabían que una relación sexual podría provocar un embarazo. En la zona del Sertão, está difundida la venta de las niñas por la propia familia. En los prostíbulos de Belem, una quinceañera es ya vieja.³⁰

De acuerdo a las cifras y observaciones del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, siete mil niños mueren diariamente por deshidratación, seis mil de neumonía y ocho mil por tétanos, tos ferina y sarampión. Son veintiún mil por día, siete millones y medio por año. Por cada uno que muere, varios más siguen viviendo en condiciones de desnutrición y mala salud, imposibilitados de desarrollo a plenitud. La desnutrición infantil afecta a ciento cincuenta millones de niños. Las cinco enfermedades comunes que más niños matan actualmente son susceptibles de prevención y tratamiento con medidas sencillas y baratas. La vacunación completa de un niño cuesta un dólar cincuenta, una bolsa de sales de rehidratación oral cuesta diez centavos de dólar y un tratamiento con antibióticos cuesta un dólar. En términos globales, incluyendo gastos adicionales, un programa de prevención costaría dos mil quinientos millones de dólares anuales. Esta cifra equivale al dos por ciento del gasto en armamentos de los países del Tercer Mundo; equivale a cuatro bombarderos modernos; equivale a la inversión diaria mundial en gastos militares; equivale al servicio de deuda externa semanal de los países deudores;

equivale al diez por ciento de los subsidios agrícolas de la Comunidad Económica Europea.³¹

En Brasil, cuarenta y cuatro millones de niños viven en la pobreza. Provenientes de favelas o de zonas periféricas, los niños sin techo han sido arrojados a la calle por sus propias familias, que no tienen cómo alimentarlos. Duermen bajo las marquesinas o en los porches, se esconden en galerías comerciales o simplemente pasan las noches acurrucados en las veredas. Durante el día andan en grupos; son limpiabotas, mendigos, ladrones o prostitutas. Sucios y harapientos, vocingleros y agresivos, suscitan la ira de los hoteleros y de los comerciantes que trabajan con turistas. Las mafias de la cocaína suelen utilizar a los niños sin techo como vigías o como instrumentos para el transporte de la droga. Cuando llegan a saber demasiado, matarlos es fácil y seguro, pues no habrá nadie para pedir cuentas.³²

Las autoridades brasileñas vienen investigando las denuncias sobre un comercio de exportación de niños del nordeste brasileño, que incluye su raptos o la compra a hogares de extrema pobreza. La comercialización para adopción dejó de ser económicamente ventajosa, ante las cifras que estarían pagando en el mercado negro de órganos.³³

Son antiguas las denuncias que se registran en los departamentos andinos de Cuzco, Apurímac y Puno, en Perú, sobre bandas que raptan niños, para venderlos a los buscadores de oro como mano de obra esclava.³⁴

El Instituto Brasileño de Geografía y Estadística reveló que en 1989 el sesenta y tres por ciento de los niños de nueve a doce años que murieron en el país, fueron asesinados.³⁵

La Secretaría Estadual del Menor de Brasil realizó un relevamiento que permitió constatar un verdadero genocidio de niños y adolescentes. Entre mayo de 1989 y mayo de 1990 fueron denunciados seis mil casos de violencia física contra niños e investigadas setenta muertes de menores de seis años, ocasionadas por apremios físicos.³⁶

El obispo del Municipio de Duque de Caxias, a treinta kilómetros de Rio de Janeiro, denunció que la matanza de niños y adolescentes en Brasil es orquestada y subsidiada, lo que significa planificación y recursos para la actuación de grupos de exterminio. Según la propia policía, entre 1981 y 1989, cuarenta y cinco mil menores y adolescentes murieron en forma violenta en el Estado de Rio de Janeiro, la gran mayoría con un tiro de revólver en la cabeza.³⁷

El presidente del Club de Dirigentes de Casas Comerciales de Rio de

Janeiro, Silvio Cunha, declaró a un programa radial que -cuando se mata a un 'pivete' -menor abandonado- se está haciendo un beneficio a la sociedad, eliminando a un futuro delincuente; lo que se está matando no son niñitos, son delincuentitos, que incomodan, obstaculizan las actividades comerciales y espantan a los turistas.³⁸

En segundo término, debemos evaluar nuestra eficacia para la nutrición de la especie y nuestra racionalidad respecto a los consumos que realiza.

La FAO, Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, en 1974 produjo la primera información sobre la alimentación mundial, indicando que cuatrocientos sesenta millones de personas sufren inanición y, de ellas, cuatrocientos treinta y cinco millones viven en los países pobres. Ha estimado que en la década del ochenta la producción media de alimentos era de mil millones de toneladas diarias, las que divididas equitativamente en la especie atribuiría más de dos quilos de alimentos por día por persona en todo el mundo.

Según datos estadísticos presentados en el Congreso Mundial sobre Humo y Salud, el tabaquismo es una epidemia que en los próximos veinticinco años causará la muerte de más de quinientos millones de personas si no disminuye el consumo actual.³⁹

El sesenta por ciento de los crímenes que se registran en Ciudad de México son cometidos por individuos en estado de ebriedad, según un documento de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal. La cirrosis hepática, consecuencia del alcoholismo, constituye la primera causa de muerte de la población comprendida entre los treinta y cincuenta años de edad.

Más de diez millones de cocainómanos en Estados Unidos gastan de veinte a veinticinco mil millones de dólares al año en la droga, dice un informe del Instituto Panos. La cifra equivale al producto nacional bruto de los tres principales países latinoamericanos productores de coca: Colombia, Perú y Bolivia. En estos, las muchedumbres pobres fuman en «pitillos» los sobrantes de la elaboración de cocaína, con altos contenidos de querosene, ácido sulfúrico, metanol y plomo. Y en toda América Latina, los niños de la calle acostumbran a drogarse con cola de zapatero, que llevan en bolsas de plástico e inhalan con fruición, «para no sentir hambre».

Finalmente, corresponde apreciar el cuidado que nos merece el medio ambiente del que se nutre la especie.

Cada año desaparecen en el mundo entre cuarenta mil y ciento cincuenta mil especies de animales, plantas y microorganismos, según los

expertos de casi un centenar de países pertenecientes al Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, PNUMA.

La «revolución verde» de los años sesenta mejoró el rendimiento de las cosechas, hasta lograr que países como India fueran autosuficientes en la producción de cereales. A cambio de ello, el país sufre ahora la contaminación por fertilizantes y plaguicidas y la pérdida de especies en sus ecosistemas.⁴⁰

La búsqueda de mayor productividad llevó al ser humano a llenar los sembradíos con unas pocas especies de plantas, más productivas y que facilitan la aplicación de métodos industrializados de siembra, pero que, al mismo tiempo, son mucho más propensas a enfermar por su semejanza y parentesco genético. Las viejas especies son más baratas y menos sensibles a las plagas endémicas o a los extremos de temperaturas, aunque son menos productivas. Se desecharon así muchas otras especies que ya desaparecieron o están en vías de extinción. Entre 1903 y 1983, en Estados Unidos se extinguió alrededor del noventa y siete por ciento de las especies vegetales. La totalidad de la población mundial cubre, hoy en día, el setenta y cinco por ciento de sus necesidades alimentarias, con nueve tipos de vegetales.⁴¹

Un ejemplo concreto del desastre que ocasiona la monocultura, tan elogiada por la ideología capitalista en función de su productividad, es la catástrofe que, a mediados del siglo pasado, provocó un hongo de las algas, ocasionando la pérdida de toda la cosecha de papas en los campos de Irlanda. Entre uno y dos millones de irlandeses murieron de hambre y muchísimos otros se vieron obligados a emigrar hacia Estados Unidos y Canadá. Una especie de papa de los Andes aportó, finalmente, el gen necesario para hacer a la especie irlandesa resistente contra los hongos.⁴²

Alrededor del veintinueve por ciento de la superficie terrestre sufre de algún grado de desertificación y otro seis por ciento está gravemente desertificada. Anualmente hay otras veintiún millones de hectáreas de tierra que no producen ningún rendimiento debido al progreso de la desertificación. En América del Sur, Asia y África se han desertificado gravemente ochocientos setenta millones de hectáreas de tierras productivas.⁴³

El campesino sin tierra, que busca su supervivencia desforestando la selva y la ganadería extensiva asociada a esos procesos de colonización, provocaron la reducción, en la década del setenta, en ciento veintitrés millones de hectáreas de la superficie de bosques en América Latina y el Caribe, de la cual tres cuartos corresponden a la región amazónica. La

pérdida relativa más acentuada afecta los bosques de América Central y México, los cuales perdieron el treinta y uno y el veintidós por ciento, respectivamente. En América Central, con el índice más alto de deforestación del mundo, se talan y queman treinta hectáreas de árboles por minuto. El Instituto Forestal Latinoamericano, asegura que, a este ritmo, es probable que la selva tropical desaparezca casi enteramente del planeta a mediados del siglo XXI.⁴⁴

David Cámpora. Esta suscinta recopilación de alarmantes desastres, que día a día son informados por la prensa no especializada, en cualquier parte del mundo al común de los seres humanos, completa por sí sola la última de aquellas tres preguntas que nos planteábamos respecto a la vida del ser humano: cómo es, cómo llegó a ser lo que es y qué puede llegar a ser, desde su perspectiva actual.

El comportamiento uniforme y permanente de la materia viva en el seno del entorno inanimado, desde su origen remoto hasta su inevitable futura extinción y desde la bacteria hasta el ser humano, persigue como única finalidad mantener su estructura en el tiempo y propagar su estructura en el espacio, sin límites. Pretende ser «para siempre» y «en todo sitio», eternidad e infinitud que procura a través de la autorreplicación idéntica a sí misma. Para ello se nutre, se multiplica y se adapta. Así como el orden sin futuro nace empecinadamente del inexorable desorden, la vida se reconstruye sin pausa a partir de la muerte energética que comanda al universo.

También -y tan sólo- el ser humano.

El filósofo y el poeta, la inteligencia y la sensibilidad, burilados con infinita perseverancia y minuciosa complejidad, en un envión que insumió cuatro mil millones de años, no hacen más que narrar el drama de aquella fragilísima y solitaria primera célula, que continúa siendo, hoy, nuestro propio exclusivo y verdadero drama. Comprenderlo, internalizarlo y aceptarlo es tan estremecedor como indispensable.

Pienso que de ninguna otra cantera podrá extraer el ser humano su autenticidad, de tal modo que quede habilitado para enumerar sin yerro el esquivo inventario de sus genuinas aspiraciones.

Gaby Weber. ¿Será ése, en definitiva, el significado esencial de la vida humana: prolongarse en el tiempo y expansionarse en el espacio? Observando la conducta de clase o, lo que es equivalente, de posición económica, la historia nunca ha registrado el caso de que un ser humano

dominante o pudiente, actuando sin presiones, con entera libertad, distribuyera su poder o sus bienes entre los dominados o los desposeídos, en procura de contribuir a la prosperidad de la especie. Más bien, a ese ser humano siempre le ha incomodado profundamente que los «demás», los sobrantes, los pobres, ocupen y ensucien parte de «su» nicho ecológico.

David Cámpora. La conducta de clase, tan provisoria como las clases mismas y como el propio sistema de clases, después de cumplido su papel histórico progresivo en la producción, genera mecanismos sociales perversos, que contradicen y perturban en su ámbito la tendencia general de la vida. Para decirlo claro: el propósito de ocupar plenamente el nicho ecológico de la especie exclusivamente con «los ricos y famosos» es impracticable; siempre fueron, son y seguirán siendo, por imperio de su propia condición, una minoría cuantitativamente trivial y cualitativamente improductiva y perniciosa. Los pocos obesos satisfechos representan una biomasa muchísimo menor y peor adaptada que los innumerables enjutos hambrientos.

El diseño general de la materia viva, que procura vanamente eternidad e infinitud, consiste en la «producción» y el «agregamiento» de unidades similares. Estos «productos gregarios» «ladrillos igualitarios» se solidarizan y consolidan en la integración de unidades superiores en tamaño, complejidad y eficiencia. Las que, a su vez y en el mismo sentido, producirán y agregarán otros niveles de organización viviente y así sucesivamente.

La unidad y continuidad de la vida es un hecho objetivo incontestable. La prodigiosa diversidad de las estructuras macroscópicas de los seres vivos reposa sobre una no menos prodigiosa unidad de composición y de estructura microscópicas.

Cada unidad, desde la más elemental a la más sofisticada, en cuanto se individualiza como identidad diferenciada, perfeccionándose en una especialización, se envuelve a sí misma en una activa membrana protectora y comunicante, nutridora y aislante. Una membrana «frontera, filtro, intermediario» que aísla, protegiendo, lo que queda dentro «ensimismamiento, identidad, individuación» al mismo tiempo que lo pone en contacto, selectiva y utilitariamente, con lo que queda fuera «extrañamiento, ajenidad, entorno». Esta «invención» de aquella solitaria célula primigenia continúa funcionando de maravillas, abarcando, de variadas maneras, unidades cada vez mayores y poniendo a su disposición, a guisa de banco de carpintero y huerta de agricultor, una aquietada extensión de mundo, homogénea y nutritiva, de dimensiones relativas

mayores que las distancias astronómicas, mantenida a una temperatura óptima estable y registrando una disipación mínima de energía.

El ser humano, cúspide alcanzada por la alta organización de la materia viva, es, en sustancia, el agregamiento más reciente y más sofisticado, construido con los mismos viejos ladrillos, en el extremo de un eslabonamiento evolutivo sin fractura. Sus niveles subordinados de organización -células, tejidos, órganos y sistemas- y el individuo mismo son admitidos sin dificultad como unidades o identidades diferenciadas de esa cadena evolutiva.

A partir de esta nueva unidad integrada -el biograma común que caracteriza y ampara a todos los miembros de la especie humana- la materia viva, evolucionando pausadamente, se organiza en unidades superiores: la familia reproductora, el grupo conviviente, la sociedad productora y la especie evolutiva.

Estamos habituados a tratar como unidades o identidades diferenciadas a dos de esos niveles sociales de organización de la vida: la familia y el grupo, en virtud de que, a lo largo de la historia, la familia primero y el grupo después alcanzaron ese grado de maduración práctica orgánica.

El siguiente nivel de organización social, la sociedad, aún se encuentra «desagregado», en fragmentos, en clases, inmaturo, conflictuado. El proceso de su unidad o identidad diferenciada constituye el postulado que proponen unánimemente las utopías contemporáneas.

Trato, entonces, de imaginar los nombres que puede tener una membrana semipermeable, capaz de aislar y comunicar simultáneamente, intermediando armoniosamente en los distintos niveles de estructuración del ser humano, esto es, el biológico, el psicológico, el económico y el social.

Así como la membrana biológica, tanto en la célula elemental como en el organismo complejo, intermediando protectoramente, aísla y comunica a la unidad biológica con el entorno, pienso que, a su manera, la idea intermedia protectoramente, aislando y comunicando al sujeto con el objeto; que el trabajo intermedia protectoramente, aislando y comunicando al productor con la materia bruta y que la ideología intermedia protectoramente, aislando y comunicando al individuo con la sociedad.

En el nivel biológico, por ejemplo, las proteínas, empotradas entre las moléculas lipoides de la membrana, actúan como agentes moleculares que se interponen entre la célula y las sustancias nutritivas. Cada enzima puede «apropiarse» de un determinado substrato, integrando con él un complejo estereoespecífico -previamente a la acción catalizadora- en

virtud de poseer un área exactamente complementaria de la forma de la molécula del substrato, que lo fuerza a adoptar una posición extremadamente rigurosa y precisa en el complejo. La función intermediadora está dirigida a la culminación del metabolismo, esto es, la asimilación de la sustancia nutritiva del entorno, su transformación en algo similar al organismo. De tal manera, las enzimas ejercen, a escala microscópica una función creadora de orden, a expensas de un consumo de potencial químico. Ponen al servicio de la célula sus peculiares y exclusivas propiedades estereoespecíficas, que las capacitan para identificar discriminativamente a otras moléculas. Son, entonces, las proteínas, no la propia célula, quienes reconocen la verdadera naturaleza del exterior.

Y en el nivel económico, forzando un poco las simetrías con el ejemplo anterior, el productor al realizar un trabajo -indispensable para la incorporación en el organismo de la energía contenida en la materia bruta- interpone un instrumento y una habilidad -que son trabajo pasado, materializado o incorporado- entre el organismo y la materia bruta. Instrumento y habilidad, en cada caso, amoldan, acoplan y reproducen las formas y las funciones del cuerpo y de la materia, creando un grado de orden en el producto a expensas de un consumo energético. El productor se aleja -se distancia- del producto y el producto se aliena -se enajena- del productor. La materia bruta deja de ser apropiada en forma directa, de la mano a la boca, y empieza a ser transformada mediante la intermediación tecnológica. En la evolución histórica del trabajo, la alienación se intensifica al extremo que el producto llega a imperar sobre el productor, el consumo de la energía por el organismo deja de motivar y orientar la actividad productiva.

Sin duda, la función «enmascaradora» de la realidad exterior que cumplen los elementos intermediadores resulta provisoriamente adaptativa, pero con el transcurso del tiempo y a partir de cierto grado de evolución del organismo y de perfeccionamiento de las membranas mismas, la distorsión protectora tiende a atenuarse y, quizás, a desaparecer.

Es de toda evidencia que, así como ha evolucionado la membrana biológica a través del tiempo, también evolucionaron los demás intermediarios: la idea, el trabajo y la ideología. El progresivo perfeccionamiento de la membrana biológica tiende a maximizar la conservación -en el tiempo y en el espacio- de la estructura viva, con un aprovechamiento óptimo de la energía que capta del exterior.

Asimismo, a medida que el ser humano madura en cuanto especie, los progresivos perfeccionamientos psíquico, tecnológico e ideológico, tien-

den a «apropiar» y «asimilar» con la máxima eficiencia energética, respectivamente, a los objetos mediante el conocimiento, a la materia bruta mediante el consumo y a la sociedad mediante la solidaridad. Podría decirse, que el ser humano integral se «apropia» del entorno y lo «asimila», utilizando al medio objetivo al transformarlo en instrumento, comiendo al medio natural al transformarlo en producto y amando al medio social al transformarlo en sí mismo.

La aspiración específica, es decir, la utopía, debe estar referida al perfeccionamiento perpetuo del intermediario, a la eficacia máxima de las cuatro membranas del ser humano.

Certero pronóstico utópico del reencuentro del productor con el producto, a través de la superación de la alienación, de la desideologización del conocimiento y de la comprensión esencial de que el trabajo es, simplemente y tan sólo, su forma peculiar de comer, esto es, su forma peculiar de ser. Su naturaleza, en fin. Nos serían «re integrados», entonces, el regocijo y la plenitud del trabajo como banquete -posibilidad humana accesible, como lo demuestra la prolongadísima práctica exitosa de nuestros sobrios antepasados cazadores- mediante la suficiencia productiva, la regulación reproductiva y el reconocimiento del límite ambiental, pero ahora en una rama más alta y más ancha de la espiral evolutiva.

No avizoramos aún el desarrollo maduro de esa membrana mayor, que debería posibilitar el cese de la lucha por la existencia individual y la superación de las condiciones animales de vida. Si la forma humana de vida prospera -lo que no está, de ninguna manera, garantizado -el extremo de la cadena deberá perfeccionarse, algún día, con la integración de la mayor unidad posible, la especie.

Nuestra especie debe poseer algo, cuyo nombre todavía desconocemos, que la reúne, la cohesiona y la identifica, la alberga y protege, la distingue y separa de lo demás, de la naturaleza que nos queda del lado de afuera. También este nivel de organización de la vida, como unidad o identidad diferenciada, estará protegido y comunicado con el entorno, a través de una membrana común, de características tan excepcionales que no nos atrevemos, aún, a soñar con ella políticamente.

IV. LOS MODELOS DE CRECIMIENTO

Gaby Weber. Los conceptos de suficiencia productiva, regulación reproductiva y reconocimiento del límite ambiental son netamente antagónicos con los de un consumo irracionalmente copioso y una exacción ilimitada de materias primas y energía, requisitos insoslayables para el permanente crecimiento postulado por el capitalismo. Simétricamente, son coherentes con aquel pronóstico que arriesgábamos, en el caso de alcanzarse una hipotética prosperidad por la especie, de lograr aproximarse a una situación prolongada de relativo equilibrio bioenergético.

Interesa destacar que, desde un frío punto de vista científico, ese equilibrio sería inestable y provisorio, pues por el solo transcurso del tiempo las estructuras de cualquier índole tienden a desagregarse. Pero, considerado desde una óptica humana, el período de tiempo necesario para la culminación de esa disolución irremediable es tan dilatado, que no provoca una angustiada tensión subjetiva ni llega a integrar la problemática cotidiana del individuo. Podemos acoplar emocionalmente esa predestinación a la del inevitable agotamiento energético solar, sin que nuestra racionalidad existencial práctica se vea mayormente afectada.

En cambio, tengo la impresión de que instalar la actividad humana puramente en los marcos de la segunda ley de la termodinámica, como hemos hecho hasta ahora, puede generar una reacción subjetiva negativa, de desaliento y desmotivación. Como si la vida entera hubiera emprendido, ciegamente, un esfuerzo vano y gratuito, contra toda lógica y sin destino, contrariando las leyes físicas. Lo que de ninguna manera es así.

Pienso, entonces, que es conveniente, reincidiendo brevemente en la densidad literaria, completar la formulación con los conceptos integradores de la primera y la tercera leyes termodinámicas. En primer término, estas leyes actúan dentro de un sistema cerrado, esto es, una colección identificable de materia que puede ser separada de todo el resto. En segundo lugar, la energía no es una «cosa» agotable o consumible, sino una propiedad de la materia, que se basa en el concepto de trabajo,

entendiendo por tal una interacción entre dos partes o recintos del sistema. Y en tercer lugar, el potencial que gobierna el flujo de energía es la temperatura.

La primera ley de la termodinámica tiene como corolario que, dentro de un sistema cerrado, la energía no puede ser creada ni destruida, sino tan sólo transformada, mediante la estructuración provisoria de subsistemas más o menos ordenados que interactúan. Como ya se ha dicho, la segunda ley estipula que, por el mero transcurso del tiempo, la entropía o desorden global del sistema aumenta inexorablemente. Y la tercera ley establece que existe un momento en el que la entropía necesariamente llega a su valor máximo posible, en el cero absoluto de la escala Kelvin o los 273,1 grados Celsius bajo cero, encontrándose entonces todas las moléculas en estado de reposo absoluto y produciéndose un equilibrio estable.

La vida es, precisamente, un subsistema altamente ordenado que interactúa con el medio, «reteniendo» al tiempo dentro suyo para enlentecer el proceso natural de degradación energética, es decir, aminorar el ritmo de la disipación calorífica. Se trata, pues, de un fenómeno pleno de significado, que acompaña armónicamente al desenvolvimiento natural de la materia. La especie humana es un subsistema vivo que capta y transforma la energía, mediante la estructuración de diversos subsistemas tecnológicos, cuya evolución se procesa acompasadamente con la profundización de su conocimiento respecto a la materia y cuyos diversos estadios reciben el nombre de modos de producción.

Elmar Altvater. La Tierra es un sistema abierto hacia el que fluye continuamente energía fotónica solar de onda corta, parte de la cual es transformada en trabajo y en crecimiento, siendo el resto emitido a la galaxia como onda corta y larga. La Tierra recibe 342 wattios por metro cuadrado, lo que representa quince mil veces más energía que la que gasta actualmente. Si no se produjeran la reflexión directa de 102 wattios por metro cuadrado y la reflexión térmica indirecta de 240 wattios, la Tierra se calentaría excesivamente, imposibilitando la existencia y la evolución de la vida.

El sol constituye la única fuente energética para la estructuración de las formas vivas, la que se realiza a través de un único proceso constructivo, el de la fotosíntesis. También consiste en la única fuente energética para el mantenimiento de esas estructuras una vez creadas.

En el transcurso de cuatro mil millones de años, la vida se reprodujo de forma variadísima en un proceso evolutivo de carácter irreversible. La

acumulación geológica de organismos vegetales y animales muertos, depositados en condiciones particularísimas durante millones de años, tuvieron como resultado la formación de yacimientos de materiales combustibles -petróleo, carbón y gas-. Para la utilización de estas fuentes energéticas secundarias, que no son otra cosa que estructuras orgánicas, es necesario proceder a su desestructuración definitiva. En consecuencia, se trata de reservas de energía no renovables y sujetas a agotamiento.

El ser humano -como cualquier otra forma viva- es incapaz de producir energía. Lo único que puede hacer es cambiarla de una forma a otra, «transformarla», aprovechando una pequeña parte del calor generado durante el cambio para realizar trabajos, convirtiéndolo en fuerza productiva. En tanto ser vivo racional y previsor, su utilización de las reservas energéticas para la supervivencia de la especie debe consistir en una «administración» inteligente de las mismas.

Marx, por un lado, esperaba que el desarrollo de las fuerzas productivas provocara, casi automáticamente, la emancipación del ser humano de los estrechos márgenes impuestos por el modo de producción capitalista. Pero, por otro lado, no dejaba de advertir las consecuencias que acarrearía ese desarrollo y previó certeramente el impacto destructor que tendría sobre la ecología el factor económico. Recién en aproximaciones marxistas posteriores, el desarrollo de las fuerzas productivas fue «fetichizado» como un factor esencialmente dinamizador del progreso.

La producción capitalista, escribía Marx, «perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra», que constituye la condición natural sobre la que descansa la fecundidad permanente del suelo. Cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad es, al mismo tiempo, «un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad». Este proceso de aniquilación es tanto más rápido, cuanto más se apoya sobre la gran industria como base de su desarrollo. «Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre».¹

Los procesos económicos son, simultáneamente, actos ejecutados por individuos, resultados de la interacción entre sujetos económicos y transformaciones de materia y energía. Por ende, es relevante la introducción de las ciencias modernas, en particular, de la física con sus leyes de la termodinámica, en las consideraciones económicas, sociales y políticas e integrarlas al sistema teórico. En la teoría marxista del valor de uso, la entropía juega un papel primordial.

Marx descubrió el doble carácter del trabajo humano. La utilidad de un objeto, esto es, su capacidad para satisfacer las necesidades elementales de la vida humana, lo convierte en valor de uso. El trabajo humano, al combinarse con la materia de la naturaleza para cambiar su forma, crea valor, pero no es de por sí valor; se convierte -cristaliza- en valor al cobrar forma corpórea. El producto del trabajo es objeto de uso en todos los tipos de sociedad. Pero los valores de uso son, además, el soporte material del valor de cambio, valor éste que surge sólo en una época históricamente dada de progreso, en que el producto del trabajo se convierte en mercancía. Finalmente, la propia fuerza de trabajo se convierte, también, en mercancía.²

Los valores de uso, además de ser capaces de satisfacer una necesidad humana, se caracterizan, en terminología termodinámica, por ser estructuras de la materia con baja entropía o con un alto grado de orden. Se obtiene materia ordenada separándola de otro material que, en sí mismo, no tiene valor de uso, por no ser apto para la satisfacción de una necesidad humana.

Un auto o una computadora son conjuntos estructurados de materia altamente organizada y ordenada. En su fabricación fue preciso aplicar mucha inteligencia, energía y material, disipándose en torno suyo, durante el proceso, grandes cantidades de calor, lo que incrementó la entropía del medio ambiente, en un grado superior al del orden creado en el producto.

En el proceso del consumo del valor de uso, que puede insumir determinado período, el producto se «gasta». Es decir, que después de un tiempo el auto o la computadora dejarán de funcionar, porque en su estructura ciertos elementos ya no son capaces de cumplir sus funciones, como consecuencia de la desestructuración de su grado específico de orden, en consonancia con la segunda ley de la termodinámica. El orden del propio conjunto se derrumba, porque el montón de piezas yuxtapuestas no es ya capaz de procurar la satisfacción de una necesidad humana. La entropía del medio ambiente crece también durante este proceso de consumo, pues los mecanismos utilizan energía para su funcionamiento.

Constituyen un agravante serio, contra la utilización provechosa del flujo energético, los desechos inservibles de la producción y del consumo, que se depositan como basura en la litósfera, la hidrósfera y la atmósfera, provocando un impacto acumulativo que afecta el complejo intercambio sistemático con los niveles abióticos.

El crecimiento de la entropía en el medio ambiente significa una progresiva nivelación térmica, es decir, menor contraste de temperaturas

en distintos recintos y menor capacidad de trabajo, desde un punto de vista físico. Lo que puede también expresarse como un aumento global del desorden, que disminuye la posibilidad de creación local de orden.

Cuando una forma de vida resulta incapaz de crear estructuras ordenadas, a partir del nivel de entropía del medio ambiente, cesa su vida misma. La nivelación termodinámica, la ausencia de diferencias térmicas suficientes, equivale a la muerte. La vida es, precisamente, diferencia vivida.

La velocidad y la circunstancia del incremento de la entropía están incididos por factores humanos de índole técnica y de índole social, cuya orientación consciente puede conducir a una optimización, en cantidad y calidad y en beneficio de la especie, del aprovechamiento de aquella degradación energética. Se trata de procurar nuevos procesos de transformación de la materia y de aprovechamiento de la energía y nuevas regulaciones sociales y políticas para la producción y el consumo.

Por ello, un «administrador» responsable -quien evidentemente nunca puede ser un individuo, sino, de alguna manera, el conjunto de todos los individuos- tiene el deber inexcusable de determinar el tipo y el grado de orden necesarios a producir, para lograr la satisfacción de las necesidades humanas específicas. No es posible seleccionar racionalmente los valores de uso sin atender a las características del ambiente social, biotópico y abiotópico. O sea que las leyes de la termodinámica tienen una dimensión social que debe ser sometida a la regulación política.

La actividad económica del ser humano implica, sustancialmente, la transformación productiva de la materia, mediante la organización social del trabajo y del consumo. En la fase actual del modo de producción capitalista, existe un agudo desajuste -que nosotros pensamos que es irreversible- entre el orden social para la utilización del capital y las condiciones para la producción de valores de uso, mediante la transformación de la materia.

Gaby Weber. «Fuimos arrojados del paraíso. No poseemos ni vida eterna ni recursos ilimitados que garanticen nuestro bienestar. Cada vez que elegimos algo, debemos renunciar al mismo tiempo a otra cosa, que hubiéramos elegido con placer, en otras circunstancias. La escasez de los recursos, con los cuales podemos satisfacer una necesidad, es una condición que caracteriza al comportamiento humano». ³

El objeto de la ciencia económica es el manejo de la escasez natural -que no es lo mismo que pobreza o carencia- mediante la elaboración de

una lógica de decisiones, individuales y colectivas, respecto a las posibilidades de uso alternativo de los recursos limitados y cuyo resultado es una situación dinámica de equilibrio económico.

La lógica que orienta al modo de producción capitalista se centra en el afán de ganancia y no en procurar satisfacer las necesidades de los seres humanos. Al valerse del mercado como vehículo y de la mercancía como instrumento para la realización de la ganancia, sustituye en ellos la natural racionalidad selectiva que imprime la demanda, de acuerdo a la necesidad de consumo de los individuos, por la artificial imposición de la oferta -a través de muy variados mecanismos, desde los más sutiles hasta los más brutales- de acuerdo a la voluntad de producción del capitalista.

Un panadero no fabrica ya su pan guiado por la racionalidad natural de que existen individuos con necesidad de alimentarse y que ese producto resulta apreciado como alimento, sino tan sólo porque su precio en el mercado sube a raíz de una cantidad insuficiente del producto y de la exasperación de la necesidad insatisfecha. A partir de esta lógica capitalista, es absurdo suponer que este modo de producción pretenda la satisfacción de las necesidades de los seres humanos, cuando precisamente de su insatisfacción es que fluye la ganancia.

Elmar Altvater. La lógica inflexible de la economía capitalista reclama un superávit dinerario permanente para evitar su detenimiento y las tasas altas de acumulación suponen elevados insumos de materia y energía. La irracionalidad inherente al modo de producción está alojada en su centro vital: el mecanismo de desarrollo.

Por su naturaleza, la expansión capitalista de la producción y del consumo debe despegarse de la limitada medida humana y dibujar una espiral crestomática de crecimiento, en el espacio y en el tiempo. El ser humano resulta, entonces, «pasado de moda», pues no son sus necesidades las que califican su accionar, sino los imperativos de acumulación y expansión que, ignorando los límites de la naturaleza y arrebatándole al individuo su carácter de sujeto histórico, objetivizan al ser humano, lo «cosifican». La producción y el consumo masivos subordinaron a la tierra y al hombre, a la materia y al trabajo, con tal intensidad que quebrantaron el equilibrio del sistema, que relaciona proporcionadamente la energía que fluye hacia el planeta y la que retorna al espacio.

El mercado mundial -el reino sin fronteras de la mercancía- ha transformado a la tierra, desde el punto de vista económico, en un sistema cerrado. Ningún recinto, dentro de este sistema, escapa a la lógica del

modo de producción. La consecuencia es que, la disminución excesiva e irracional de las reservas energéticas y la acumulación excesiva y desaprensiva de los desechos configuran problemas existenciales de un solo mundo. Nadie sostiene ya que la posibilidad de explotación de la naturaleza y de expansión de la economía sea ilimitada.

En los últimos cincuenta años, la tierra perdió una quinta parte de la superficie apropiada para la agricultura y, cada segundo que pasa, el agua le gana mil toneladas de suelo. Los bosques tropicales están a punto de desaparecer y, cada año, se pierden entre cien y doscientos mil kilómetros cuadrados de estos bosques, impacto brutal que favorece la producción de lluvia ácida. La capa de ozono disminuyó desde los años setenta en un dos por ciento. El dióxido de carbono aumentó un trece por ciento en los últimos cien años, provocando una suba de la temperatura mundial. Las consecuencias: cambio del clima, desertificación, inundaciones, migraciones derivadas de la destrucción ecológica.

Una contienda, por el momento desigual, se libra entre una incipiente moral ecológica, que predica la prudencia y la austeridad inteligente, y una insensata lógica monetaria del mercado capitalista, que provoca el recalentamiento de las economías y la miseria de las muchedumbres. La «racionalidad» empresarial se contrapone poderosamente a la necesidad ecológica de la especie. Pensar que la atenuación de los problemas ecológicos pueda provenir de iniciativas generadas en el seno del modo de producción capitalista, es ingenuo o es oportunista. En Europa se habla mucho de la posibilidad de la emergencia de un «eco-capitalismo» -incluso configura una tendencia significativa dentro del Partido de los Verdes alemán- que, supuestamente, explotaría la rentabilidad de la producción de filtros y aparatos para la protección del medio ambiente. Nada cuesta imaginar el tipo de incentivos al consumo, que los fabricantes norteamericanos de cabinas callejeras para respiración de oxígeno, impondrían a los peatones mexicanos. Sugerir que estos pujantes empresarios estropearían su negocio, para colaborar en el esfuerzo por purificar el aire libre y gratuito, especialmente en beneficio de sus rotos vecinos del Sur, es descarnadamente cínico.

Recientemente, la televisión berlinesa nos impactó con el descaro de una propaganda de la Mercedes Benz: «¡Observen, hemos construido el auto ecológico! ¡Todos sus componentes se pueden reciclar: carrocería, paneles y tapizado! ¡Consume menos combustible y posee catalizador para reducir las emisiones de plomo! ¡Así contribuimos a la protección del medio ambiente!». La pantalla exhibía simultáneamente un reluciente

Daimler en el garaje, mientras su feliz propietario, un sonriente *yuppi*, incontaminado y resplandeciente, iniciaba un antojadizo paseo en bicicleta. Por supuesto, en los países del Tercer Mundo no resulta tan divertido sobrellevar la polución ambiental, cuando no sólo los autos sino aún las bicicletas y, frecuentemente, hasta los zapatos son artículos de confort inaccesible.

Gaby Weber. Algunas organizaciones financieras internacionales empiezan a admitir que muchos de los proyectos que han financiado ocasionaron desastres ecológicos, cuando no también económicos, como en el caso de las represas. Presentan hoy al Tercer Mundo un discurso aparentemente preocupado por la ecología y la paz. El Banco Mundial, por ejemplo, impone ahora a los países en desarrollo, como condición para otorgar nuevos créditos, la disminución de sus presupuestos militares. También apoya diversos proyectos que afectan directamente al desarrollo industrial y se oponen a algunos intereses de la oligarquía local. Concretamente, en Bolivia, el Banco Mundial, por primera vez en su historia, aceptó como interlocutor a una asociación indígena que procura impedir la destrucción de los bosques por empresas madereras de la zona. Pero no hay que olvidar que el Banco Mundial es, en definitiva, un banco y lo que concede son créditos que tienen su costo en intereses, por lo que difícilmente puedan las argumentaciones ecologistas ser más eficaces que las cifras de una rentabilidad «racional» para un banquero.

En Latinoamérica, tanto en ámbitos gubernamentales como de la izquierda política, se reprocha a los europeos que, una vez sacrificado su medio ambiente en aras de la industrialización, se exhiben tardíamente alarmados y, con suficiencia paternalista, se permiten «aconsejar» al Sur que renuncie a su propia industrialización. Nuevamente la desvergüenza discriminatoria, respecto a los derechos nuestros y los deberes de los demás, muestra su cara fea sin pudor. Lo cierto es que el modelo de desarrollo debe ser sustituido por otro verdaderamente racional, pero en todo el mundo y para todas las personas, con equidad e igualitarismo. Para lograr lo cual, unos pocos tendrán que descender para que muchos puedan equipararseles.

Elmar Altvater. Algunos de los problemas que afectan a América Latina deben ser resueltos en las metrópolis, como por ejemplo la estabilización, a un nivel justo, de los precios de las materias primas. Pero muchos otros problemas deben ser resueltos en América Latina misma, por los propios

latinoamericanos. Es imperioso eliminar las injusticias sociales, repartir la tierra y redistribuir las riquezas y los ingresos. Lo que debe ser encarado es un cambio radical de las estructuras, poniendo finalmente al servicio de la vida, es decir de la especie, los logros de la alta tecnología moderna. La estrategia para lograr estos cambios no puede ya reducirse a los postulados de una revolución nacional.

Pedro Vuskovic. Creo que deben cubrirse tres requisitos para que la izquierda latinoamericana asuma, con eficacia, la responsabilidad que le corresponde en esta fase histórica. En primer término, es imprescindible que comprenda y asuma la representación de las demandas populares inmediatas, haciéndose cargo del problema de los campesinos, de los pobladores, de los jubilados y de los pobres. En segundo lugar y simultáneamente, tiene que ser capaz de ofrecer un proyecto de futuro viable, que ha sido, hasta el momento, el gran ausente en todos lados. Y, por último, debe estar dispuesta, en cada país, a formar parte activa y efectiva de una izquierda latinoamericana, de un partido latinoamericano.

En Chile, estamos en el inicio del proceso de redefinición y reconstrucción de la izquierda, superando además problemas entre pequeños grupos que sufren recíproca desconfianza. Soy uno de los promotores de la idea de integrar una organización única de la izquierda socialista, con un Partido Comunista diluido, que renuncie a su nombre y a sus símbolos, para sumarse en una nueva fuerza socialista. Estamos avanzando, pero, según yo lo veo, todavía con ritmo, imaginación y audacia insuficientes.

Por supuesto, no se puede olvidar que la izquierda fue perseguida a lo largo de diecisiete años, que fueron asesinados miles de sus cuadros políticos, que fueron destruidas las estructuras organizativas políticas y sindicales y que decenas de miles de ciudadanos fueron forzados al exilio. Después de todo eso, no puede existir otra cosa que crisis en la izquierda. Es necesario, entonces, empezar por reconstruirla, por formar nuevos cuadros políticos y por reunir a los sobrevivientes.

Además, durante los años de dictadura, los sectores populares, por sí solos, definieron una estrategia de sobrevivencia. Fueron capaces de desarrollar, exitosamente, una impresionante cantidad de iniciativas desde la propia base social, como los comedores populares, las cooperativas de consumidores y los huertos familiares, entre otras muchas. Esto los predispuso a suponer que era posible resolver los problemas, contando sólo con su propia movilización y en su propio ámbito, tornándose escépticos respecto a los grandes planteamientos y las grandes orientacio-

nes políticas. Actitudes que, siendo extremadamente afirmativas, no logran satisfacer la exigencia de transformación del conjunto de la sociedad, entrando, sin percibirlo, en un esquema de confrontación fragmentada que resulta conveniente para el modelo.

Por otro lado, las direcciones políticas de izquierda y los individuos que las integramos fuimos responsables de conducir procesos, como el que representó el Gobierno Popular de Salvador Allende, que terminaron en una derrota. Mucha gente percibe, con toda razón, que esa derrota no fue fruto de una fatalidad, sino responsabilidad de direcciones políticas que no han acabado de dar cuenta de lo sucedido y generan, con su omisión, una reacción de escepticismo.

Estamos viviendo un momento político muy especial, caracterizado por una contradicción apenas perceptible como tal. Por un lado, se registra la frustración generalizada por las derrotadas experiencias anteriores, que favorece una actitud de «ahora tenemos que encarar las cosas de otra manera, hay que poner los pies sobre la tierra, ser realistas y definir en qué consiste lo posible». Esto ha conducido hacia un estado subjetivo proclive al pragmatismo, en el cual se condena la utopía, como un concepto anticuado, propio de quienes no han aprendido las lecciones de la historia.

Y por otro lado, casi inadvertida, se registra una realidad social, económica y política que está mostrando, para el mundo subdesarrollado y para América Latina en particular, una total inexistencia de horizontes hacia el futuro. Lo posible propuesto para nuestros pueblos, es la nada. Apreciada desde este enfoque, la idea de cambio radical y de transformación profunda reasume plenas legitimidad y oportunidad.

América Latina está sumida en una crisis profunda puesta de manifiesto al comienzo de los años ochenta y que ha significado retrocesos enormes en los niveles de desarrollo y en las condiciones de vida de la mayor parte de la población. Crisis que mereció como respuesta, en el plano económico, las políticas llamadas «de ajuste», que lo único que han conseguido fue profundizar aún más la crisis, sin abrir ninguna perspectiva de superación.

Todas las políticas que se han puesto en práctica responden a una sola estrategia global. En América Latina, se ha venido definiendo muy claramente un patrón de desarrollo, basado en la impracticabilidad de lograr un bienestar material para todos, que se caracteriza por plantear una perspectiva de abierta segregación social. Como los recursos financieros resultan insuficientes, se resuelve concentrar los mismos en un sector de la economía, en un sector de la sociedad y hasta en un sector del territorio,

para crear en ellos y con ellos un mundo local moderno, muy integrado, con economía internacional y altísimos niveles de ingreso y consumo. Ese mundo exhibe, como en una vitrina, «avances» hacia una «modernización» chilena. Pero a su lado, se disimula al envejecido Santiago, más empobrecido, más sucio y salpicado por una extendida miseria. El precio social de aquel mundo lujoso asciende, no sólo a la postergación de la mayor parte de la población, sino aún a su más extrema y notoria segregación. Ha sido difundida una imagen exitosa del llamado modelo económico chileno, pero lo que no se advierte suficientemente son los costos sociales tremendos que ese modelo conlleva. Nunca la sociedad chilena había mostrado los grados de desigualdad, de brutal contraste entre uno y otro sectores de la sociedad.

Algunos ideólogos latinoamericanos han buscado una justificación a este extremo y, quizás, el caso más ilustrativo sea el de Mario Vargas Llosa en su prólogo al libro de Hernando de Soto, *El otro sendero. La revolución informal*, sobre la economía informal en el Perú. En él, se intenta una idealización de la economía informal, catalogando a quienes se sustentan de ese modo como personas que aprendieron a resolver sus problemas por sí mismas, que logran disfrutar la felicidad por no depender de nadie, alcanzando por primera vez la verdadera libertad, sin subordinarse a ningún aparato estatal. Esta idealización del mundo segregado se repite, en uno y otro país, con distintas modalidades. En la televisión mexicana exhibían anuncios que promovían «¡empléate a ti mismo!», es decir, no reclames a la sociedad o al Estado un puesto de trabajo, resuélvelo por ti mismo y, en ello, encontrarás la felicidad. En plena armonía ideológica, como es usual, las organizaciones internacionales, entre ellas el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, consideran a los integrantes del sector informal como empresarios, los transforman en «microempresas» y les otorgan pequeños créditos.

Con cambios bruscos en las relaciones de trabajo se intenta pulverizar a la clase obrera, se dismantelan grandes instalaciones industriales, se retorna al sistema del trabajo a domicilio, grandes corporaciones transnacionales reorganizan su estructura laboral para emplear a mujeres y niños, bajo condiciones inicuas de explotación y sin beneficios de seguridad social.

Estas medidas no constituyen una manifestación de voluntad de las capas dirigentes de los intereses predominantes, sino que consisten en la condición absolutamente indispensable para preservar al capitalismo. Este modo de producción sólo puede sostenerse y avanzar, en nuestros

países, sobre la base de esa estrategia, porque la posibilidad de brindar una condición de vida similar al conjunto de la población resulta inviable dentro de los marcos del sistema.

Esto ha quedado demostrado históricamente, después de toda la experiencia populista y desarrollista, con la gran expansión de los servicios sociales y la participación estatal procurando modificar las relaciones de distribución del ingreso. Todos los proyectos y las promesas esperanzadas se desmoronaron sin dejar huella. Se trata, ahora, de un capitalismo que no puede «humanizarse» cosméticamente, al estar «encajado» en el esquema referido y sometido a una orientación exclusivamente exportadora, que favorece al sector, desmantelando la industria destinada al abastecimiento del consumo interno.

A partir de aquel pragmatismo y a través de esta realidad sin horizontes, se argumenta la resignación de «aunque no nos guste, no existe otra opción». Esto es, la condena de la utopía. Nuestro esfuerzo debe orientarse hacia la subjetividad social, para reencantar la voluntad popular con el diseño de un proyecto veraz de futuro viable, a partir de la objetividad económica de la situación concreta.

La sociedad chilena se sitúa hoy en un nivel de ingresos promediales ligeramente superior a los dos mil dólares anuales *per cápita*. El país posee estructuras económicas y un grado de desarrollo de las fuerzas productivas aptas y suficientes, para resolver los problemas esenciales del conjunto de la población: alimentación, vestimenta, educación, salud y vivienda.

Los cinco millones y medio de pobres, esto es, el cuarenta y cinco por ciento de la población, no reflejan la falta de riqueza del sistema, sino la impresionante desigualdad en la distribución. Aún no se ha cobrado conciencia de que América Latina registra hoy los grados de desigualdad social históricamente más agudos, respecto a otros períodos y respecto a otras realidades. La relación entre el veinte por ciento más pobre y el veinte por ciento más rico de la población, en un país como España, es de uno a siete, mientras en México y en Chile es de uno a veinte y en Brasil es de uno a treinta y tres.

Es perfectamente posible delinear técnicamente un modelo económico que revierta esta situación, orientándose esencialmente a la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Se trata de construir un sistema económico que jerarquice la prioridad de sus actividades, orientado hacia el beneficio de la mayoría, a partir de la nivelación de las desigualdades.

El esquema vigente procura aumentar la exportación frutícola a Estados Unidos, para utilizar esos recursos en adquisición de bienes

suntuarios por parte de los exportadores y para el pago de la deuda externa. Las tierras que se están dedicando a producir los melones para el postre de las familias norteamericanas, dejaron de producir las papas y los porotos para la alimentación del pueblo chileno. El resultado es el descenso en un veinte por ciento, respecto al nivel alcanzado en la época de Allende, del consumo de proteínas por la población.

Para nivelar la desigualdad social y eliminar la pobreza, es necesario, no sólo redistribuir los ingresos, sino además adecuar la estructura productiva a esa nueva norma distributiva. La redistribución del ingreso puede realizarse rápidamente. El gobierno de Allende, en poco más de un año, logró aumentar la participación de los salarios en el producto nacional del cincuenta al sesenta y cuatro por ciento. Pero al cambiar la distribución del ingreso, se modifica el perfil del consumo: más alimentos, más viviendas, menos automóviles y menos consumos suntuarios. Entonces es indispensable acompañar la redistribución del ingreso con una readecuación de la estructura productiva, de lo contrario el proyecto se desmorona.

El análisis de las matrices de insumos permite observar que, en muchas ramas del sistema económico, entre un ochenta y un noventa y cinco por ciento de la producción está destinada al consumo del diez o veinte por ciento de la población. La actividad de estas ramas se caracteriza, en general, por la utilización de insumos importados, por el empleo relativo de poca fuerza de trabajo y por requerir inversiones importantes de capital. En consecuencia, acentúan la dependencia del exterior por los requerimientos de importación. La readecuación de la estructura productiva hacia una actividad económica orientada hacia el consumo interno, requerirá menos importaciones, menos inversiones y más fuerza de trabajo. Un proyecto de esta naturaleza es económicamente viable y sólo reconoce dificultades de índole política y de correlación de fuerzas sociales.

En la actualidad, se invierte todo el esfuerzo del avance técnico en la estructura que ya está tecnificada, para poder tener presencia en los mercados internacionales y para satisfacer demandas más o menos superfluas de los grupos de altos ingresos. Por lo tanto, los productores ricos producen para los consumidores ricos, mientras los productores pobres producen para los consumidores pobres. En México, por ejemplo, funcionan dos estructuras agrícolas. La agricultura exportadora, con índices de tecnificación mayores que los de California en Estados Unidos y la agricultura campesina, con niveles bajísimos de productividad.

Mientras tanto, el capitalismo desarrollado avanza aceleradamente en una revolución tecnológica sin precedentes. La microelectrónica se orien-

ta hacia la automatización de los procesos productivos, de tal manera, que las diferencias de salario inciden cada vez menos en el costo. La ingeniería genética y la biotecnología preparan el remplazo de productos primarios por otros manipulados, como el cobre por las fibras ópticas o los sustitutos del café y el cacao. Una estrategia exportadora, para poder competir frente a estas enormes desventajas, está forzada a recurrir a salarios cada vez más bajos en peores condiciones de trabajo y al agotamiento por sobreexplotación de los recursos naturales del medio. Estos mecanismos son inherentes a la estrategia y resulta imposible mantener una política ecológica dentro de su esquema. Con el agravante de que el mundo capitalista desarrollado, para preservar su ambiente, traslada al Tercer Mundo su propio deterioro, convirtiéndonos en basurero de los residuos atómicos o industriales.

En el nuevo proyecto, debemos aspirar a un cierto crecimiento, pero redefiniendo la dirección y el propósito con que se crece, distinguiendo entre un crecimiento cualitativo y un crecimiento cuantitativo. A esos efectos, la izquierda debe retornar a las preguntas elementales de la economía: ¿para quién producir?, ¿qué producir?, y ¿cómo producir?

Y esta tarea política de gigantes, en un momento social tan debilitado, debe, además, soportar el peso aplastante de una campaña ideológica, difundida masivamente por todos los medios, que se complace en describir con minuciosidad y alevosía el derrumbe del mundo socialista. El fundamento de esta propaganda se basa en el aserto de que las causas que originaron un previsible fracaso en los países del Este europeo, son las mismas y tendrán idénticos efectos en América Latina. Pero se trata, en verdad, de realidades completamente distintas.

Es comprensible, por ejemplo, que los pueblos de los socialismos llamados reales, que fueron privados de una comunicación normal con el mundo capitalista, deseen abrir paso a esa comunicación e integrarse al mundo exterior. Nuestros problemas, en cambio, no se desarrollaron a partir del aislamiento, sino precisamente a partir de la excesiva comunicación con ese mundo exterior, que se nos metió dentro para expropiar nuestros recursos y nos convirtió, como por arte de magia, en deudores suyos.

También es comprensible, que sociedades que han soportado un sistema de planificación totalizador, burocratizado y asfixiante aspiren a una liberalización del mercado. En nuestro caso, los problemas no derivan de ningún sistema de planificación, sino directamente del mercado.

Elmar Altvater. El incoercible desarrollo del mercado mundial empujó el espacio territorial del mundo y eliminó de los mapas el color de aquellas naciones que se diferenciaban de su modelo de civilización. La lógica del mercado subordinó también a los países socialistas y a los más distantes en los continentes pobres. Los modos de subsistencia, que perduran todavía en algunos rincones perdidos, no revisten interés para el mercado mundial y parecen llenar el papel de testimonios anacrónicos del pasado, a semejanza de los pueblos primitivos marginales de la actualidad. Dentro de este ordenamiento mundial, cada nación trata de conservar o mejorar su posición relativa, como comprador, vendedor o poseedor de estoc, a través de la competencia.

La principal debilidad del socialismo real fue haberse integrado al mercado mundial y haber actuado, estructuradamente, con la misma racionalidad productivista e instrumental de las sociedades capitalistas.

El socialismo real nació en un acto revolucionario y propagó una filosofía y una ideología iluministas, libertarias e igualitarias: el marxismo. También la versión mutilada, el marxismo-leninismo, es una extraña mezcla de pensamiento afirmativo, que intenta justificar la dominación de un partido y de un Estado, con una teoría -un poco cruda- de liberación. Pero en la práctica concreta, instituyó una economía de comando no democrático, que, por falta de expresión de la opinión pública interna o por su manipulación, nunca resultó cuestionada y desafiada por opiniones críticas o por la gente marginada.

Esta imposición sólo podía justificar su existencia y disimular sus perversidades a través de éxitos económicos, como el crecimiento global y un mejor nivel de vida individual. Pero la imagen del progreso económico, los niveles del consumo y la caracterización del bienestar individual habrían de ser, sin falta, elaborados y difundidos por las sociedades desarrolladas capitalistas, precisamente por haber llegado antes al estadio de desarrollo.

El socialismo real aceptó emprender la carrera entre los sistemas, destinada desde el inicio -lo comprendemos ahora- a una irremediable derrota. La planificación no llegó a ser otra cosa que una mala copia de la aparente racionalidad del mercado. Faltando la otra mitad de la regulación fordista -la producción masiva para satisfacer la demanda de productos de consumo- llevó a que se menospreciara la mitad lograda: la racionalización y planificación del trabajo industrial.

El *scientific management* de Frederick Winslow Taylor y la organización científica de la fábrica de Henry Ford provocaron en los países

capitalistas grandes críticas obreras y resistencia social, huelgas y proyectos alternativos, que cumplieron una función imprescindible para la evolución institucional y la racionalización productiva del trabajo. En cambio, en el socialismo real y en nombre de los superiores intereses colectivos y las razones de Estado, a los trabajadores que oponían críticas y resistencia organizada se les denigraba, aislaba, encarcelaba y asesinaba.

Otra ventaja del modelo capitalista frente al modelo de planificación central, en la economía de mercado, consiste en que, en aquél, las relaciones sociales se desenvuelven pareciendo acatar deberes, implantados por la fuerza de los hechos de la economía, como si fueran reglas de un juego que todos los participantes respetaran voluntariamente. Las leyes económicas parecen objetivas y quien las rechaza resulta castigado con su fracaso individual. El mercado parece ofrecer oportunidades de realización, que cada individuo aprovecha o desperdicia, a su propia elección y según la capacidad personal. Cada uno parece manejar su suerte, cual «arquitecto de su propio destino», con exclusiva responsabilidad individual.

En un mundo donde rige la escasez objetiva de los recursos naturales, cada individuo debe actuar de una forma determinada para conseguir la satisfacción de sus necesidades personales. El riesgo del fracaso amenaza y tensiona al ser humano consumidor y lo estimula para el trabajo, configurándose socialmente una genuina ética laboral. El modelo capitalista abandona socialmente a cada individuo a sus propios insuficientes medios, prohijando la transformación de aquella sana tensión en miedo y angustia, sustituyendo la cooperación y la solidaridad por la competencia y el individualismo, y organizando la sociedad en función de la desigualdad y la jerarquía en lugar de la asociación igualitaria.

El socialismo real no fracasó, principalmente, por la falta de bienestar, sino por la falta de flexibilidad para la adaptación de sus instituciones sociales a las tendencias de crisis, que fueron prolijamente ocultadas. Ello engendró un complejo de inferioridad permanente y condujo a la represión social. La consiguiente pérdida de la capacidad evolutiva hacia la modernización, provocó la frustración individual y el letargo social.

Gaby Weber. El socialismo se derrumbó en un súbito colapso, mientras que el capitalismo se sostiene, presentándose con la imagen de triunfador en la carrera de los sistemas. En consecuencia, alega constituir el único modelo viable.

La falacia contenida en tal afirmación es doble. Por un lado, los dos

sistemas económicos no eran más que dos diferentes modelos de un mismo sistema, que está estructurado alrededor de la idea capitalista del crecimiento industrial, con más chimeneas, más electrificación y más consumo de energía, y de la monocultura agrícola, con la nefasta utilización, masiva y permanente, de inmensas cantidades de pesticidas y fertilizantes artificiales. Por lo tanto, la promocionada carrera entre sistemas era solamente una competencia entre modelos.

En segundo lugar, no hay un triunfador ni un modelo consagrado. El modelo capitalista sufre una profunda crisis estructural, sin salida aparente, que se manifiesta agudamente en la cesantía masiva, las deudas interna y externa y la limitación energética. «La actual crisis del sistema capitalista mundial, así como la forma en que se procure su superación, son tan decisivas, que condicionan la vida y aún la posibilidad de sobrevivencia de la humanidad, en una dimensión como nunca antes había sucedido». ⁴

El proyectado paraíso capitalista del siglo XX estaba basado en la transformación de la población mundial -pobres incluidos- en ávidos consumidores, de quienes los capitalistas obtendrían jugosas ganancias al surtirlos de productos industriales, en una ilimitada espiral de crecimiento. El economista estadounidense, John K. Galbraith, expresó en 1958, en su libro *Sociedad en abundancia*, la convicción en la instauración de un capitalismo próspero, eterno y para todos los lugares del mundo, que superaría en poco tiempo el problema de la pobreza y la convertiría en un recuerdo del pasado. El elemento clave del modo de producción es, entonces, la permanente expansión, el crecimiento sostenido.

Elmar Altvater Exactamente. El capitalismo debe crecer. Capitalismo significa producción de ganancia y la ganancia no consumida se transforma en capital, por lo que el capital, por definición, debe crecer o perecer. Las reivindicaciones de un crecimiento cero son fantasiosas en una sociedad capitalista.

Gaby Weber. La falta de realismo en que se fundaban sus proyectos, ideológicamente rebosantes de *good news* para los *good fellows* del Sur, resulta hoy de una evidencia axiomática. Si todos los habitantes del mundo consumieran tanta agua potable como un francés, si comieran tanta proteína animal como un norteamericano, si utilizaran tanta energía como un japonés y si produjeran tanta basura como un inglés, en un tiempo brevísimo, la Tierra, agotada y sepultada, se volvería inhabitable y la especie dejaría de existir. La prometida extensión a toda la humanidad, del

estilo de vida de los pocos privilegiados por el modelo de crecimiento capitalista, se traduciría en tres mil millones más de autos emitiendo diariamente su contaminación atmosférica, debiendo incrementarse la producción en cuatrocientos millones de toneladas anuales de carne, cuarenta millones de gigawattios hora de energía eléctrica y doce mil millones de toneladas de petróleo.⁵

Para los pobres, que estaban auspiciosamente incluidos en el proyectado paraíso capitalista, el resultado de aquellas eufóricas recetas fue desastroso. En todo el Tercer Mundo, menguó agudamente la economía de subsistencia, sin haber logrado el desarrollo de la industrialización nacional. Países de la envergadura de México, Brasil, India y Corea del Sur siguen siendo enteramente dependientes de factores externos, de mercados foráneos, de la presión monetaria internacional y de la deuda externa. En 1981, treinta y un países fueron clasificados como «muy pobres» y nueve años más tarde ascienden a cuarenta y dos. Los ingresos de América Latina retrocedieron a los niveles de treinta años atrás y el cuarenta y siete por ciento de la creciente población vive por debajo de la línea de pobreza.

La eficacia de este modelo de crecimiento permanente dependía, y sigue dependiendo, de una libre e irrestricta disponibilidad de materias primas y energía. Se consideraba sobrentendidas, por naturaleza, la indefinida ampliación de la capacidad de consumo y la indefinida resistencia de la capacidad ambiental, para soportar, ambas, los siempre crecientes volúmenes productivos. La situación parece haber llegado a sus límites materiales. La capacidad de absorción del mercado mundial está obturada, la producción industrial ha dejado de crecer o crece muy poco, las reservas energéticas del planeta colapsarán en plazos relativamente breves y la contaminación industrial del ambiente amenaza con provocar estados irreversibles.

Elmar Altvater. Precisamente en situaciones de calamidad mundial, como la desencadenada actualmente por el modo de producción capitalista, es importante desalentar pronósticos políticos triunfalistas. En la izquierda, durante mucho tiempo, se ha subestimado la flexibilidad y la capacidad de adaptación del capitalismo, abonando esperanzas en una suerte de prometida quiebra automática y desatendiendo la sabia advertencia de Rosa Luxemburg que afirmaba que esperar que caiga el capitalismo, es como esperar que la Tierra caiga en el sol. Durante sus crisis, sobre todo cuando son profundas, estructurales y globales, el capitalismo ha probado que, como el ave fénix o como drácula, rejuvenece

y se recicla, fenómeno del que somos testigos desde mediados de los años setenta. Si bien dentro del capitalismo, no existen las soluciones que puedan remediar las consecuencias de su inherente irracionalidad, no debe ponerse en duda que es perfectamente capaz de improvisar, sobre la marcha, salidas provisionarias pero prolongadas, de reciclamiento y autorregulación.

Andrés Pascal. Obviamente, ha quedado demostrado que el capitalismo tiene más vitalidad que la que nosotros le concedíamos. Debemos modificar el concepto de crisis, descartando nuestra inadecuada visión apocalíptica. El capitalismo ha sido capaz de ir sobrellevando esas crisis, logrando dinamizar nuevos ciclos productivos a partir del desarrollo tecnológico, de la transnacionalización de los procesos, de la integración de macromercados y de la reocupación del ámbito económico en los países del Este europeo.

Pero este reavance del capitalismo, en su fase superior a la del imperialismo, no prevista por la teoría, a la vez que recicla sus crisis las arrastra consigo, empujando hacia mayores contrastes y antagonismos más agudos, transformando a los pobres en cada vez más pobres y a los ricos en cada vez más ricos. Y ya no solamente dentro del recinto de las sociedades nacionales, sino ahora también en el ámbito global de la sociedad mundial, convertida en una gran aldea.

Gaby Weber. Es importante no confundir los procesos de concentración con procesos de crecimiento. La experiencia norteamericana demostró, en definitiva, que la absorción de las empresas chicas por las más grandes no derivó en un aumento de la producción industrial, consumiéndose, en cambio, una enorme masa de capital que después estuvo ausente a la hora de la modernización y la investigación. E incluso, los distintos esfuerzos de regionalización para formar bloques económicos de intercambio, parecen consistir en una medida de carácter más defensivo que expansivo. La Comunidad Europea, Estados Unidos con Canadá y México y Japón en el Pacífico intentan proteger de este modo sus mercados ya existentes contra la competencia externa. Tampoco el Mercosur propone verdaderamente como meta el crecimiento industrial, proyectando planes adecuados de inversión y de fomento, sino que procura la protección del mercado, a través de la concentración de capitales, del establecimiento de un arancel común y de la prohibición de la entrada de productos subsidiados por terceros. Se trata de una puja entre

los diferentes consorcios por la dominación de lo ya desarrollado. Es un proceso de concentración, no de crecimiento.

Mario De León. En particular para Uruguay, la integración al Mercosur apareja la inmediata destrucción del aparato industrial. Este pudo desarrollarse, a partir de la década del cuarenta, gracias a un riguroso proteccionismo apoyado en coyunturas excepcionalmente favorables para el país, como la segunda guerra mundial. Actualmente, el parque industrial nacional es obsoleto, ya que nunca fue renovado y resulta más rentable satisfacer las demandas del pequeñísimo mercado interno desde Argentina o Brasil.

Pero el proceso que hoy contemplamos no consiste en una mera concentración, sino que detenta características hasta ahora nunca vistas. Apunta directamente a la destrucción física de la capacidad productiva instalada.

Tiempo atrás, en la ejecución de un desmantelamiento industrial previo a su sustitución, la racionalidad empresaria procuraría disminuir sus costos de renovación y absorción, mediante la venta de la maquinaria inadecuada o, al menos, mediante su transferencia a la casa matriz. En estos momentos y para citar un ejemplo concreto del que fui testigo presencial, la fábrica química Duperial, de la multinacional Dupont, en oportunidad del desmontaje de su planta de cartuchos, dispuso que las prensas y balancines fueran destruidos, cortados a soplete en cuatro partes, para ofrecerlos luego a precio de chatarra. La racionalidad actual de la empresa impone que la maquinaria útil no pueda ser nuevamente usada por nadie. Resultó una experiencia personal sobrecogedora, la de contemplar los semblantes crispados de los obreros, que hasta entonces habían utilizado esa maquinaria, forzados a destruir la fuente de riqueza con sus propias manos.

Gaby Weber. La reconversión productiva de la economía mundial, aunque aún hoy no se perciba claramente, se está ejecutando a plena marcha. Su consigna, despidiéndose del discurso desarrollista de décadas anteriores, propone desindustrializar a los países pobres y achicar selectivamente los mercados.

Los países del Tercer Mundo han dejado de ser significativos como mercados consumidores, como productores de demanda. Ahora se pone el énfasis en la estabilidad inflacionaria y en la reducción del déficit interno de estos países, condicionando el otorgamiento de créditos frescos al

cumplimiento de programas de ajuste financiero. Un buen ejemplo de ello lo brinda Brasil, cuyo gobierno, en diciembre de 1991, debió prometer, en una carta intención dirigida al FMI, un crecimiento cero de su producto bruto interno para el año 1992. De esta manera, sus economías centradas en la producción para la exportación, resultan superavitarias y pueden afrontar el pago regular de su inagotable deuda externa, convirtiéndose en proveedoras de recursos financieros. La nueva receta capitalista recomienda someter, entonces, al hambriento a una dieta absoluta, a efectos de poder reservar los alimentos que él mismo produce, para el consumo suntuario de los países ricos.

La progresiva e indeclinable pauperización del Tercer Mundo no proviene de su mala suerte o de su incompetencia para lograr mayor productividad en la organización del trabajo, de su mala administración de los recursos o de la exuberante corrupción de sus funcionarios. Es el resultado preciso de una intencionalidad: la prolongación artificial, reciclada, de la menguante vitalidad del modo de producción capitalista, que sólo logra sobrevivir respirando nuevamente el aire ya respirado.

La brecha entre los países pobres y los países ricos se amplía cada vez más. Un quince por ciento de la humanidad, que habita en los países industrializados, dispone de más del ochenta por ciento del ingreso mundial. Un campesino de las Filipinas debe trabajar durante dos años para ganar el equivalente de lo que percibe un abogado neoyorkino por hora. Los norteamericanos gastan, cada año, treinta mil millones de dólares en Coca Cola y Pepsi Cola, el doble del producto bruto interno de todo Bangladesh, con sus ciento diez millones de habitantes. Si los norteamericanos redujeran el consumo de sus automóviles particulares a un nivel similar al europeo, se podría ahorrar una cantidad de petróleo equivalente a la que actualmente consumen Africa, India y China juntos.

La desindustrialización es vehiculizada, con pasmosa eficacia, por la especulación financiera que, predominando sobre el sector productivo, absorbe y esteriliza el capital indispensable para la modernización tecnológica. La especulación, en tanto instrumento de autorregulación capitalista, bloquea la inversión reproductiva. La industria nacional queda así condenada, pues debe competir contra los productos subsidiados del exterior, para abastecer una demanda local cada vez menor debido al menor poder adquisitivo de los consumidores.

La lógica interna del mercado financiero y bursátil se asienta -del mismo modo que los juegos de azar fraudulentos- en la disposición de información certera sobre la evolución de la cotización de valores nomi-

nales, cuyos movimientos son, por naturaleza, erráticos y poco previsibles. Esta capacidad de razonamiento especulativo, propio de tahúres, ha venido a sustituir la imagen tradicional del empresario progresista, que sustentaba el crecimiento de su riqueza en la habilidad productiva, el conocimiento del mercado y el cálculo económico. La corrupción y la inmoralidad pasan a ser inherentes al modo de producción en su actual fase de su desarrollo.

La multinacional Bunge & Born, la mayor empresa de América Latina, exportadora y procesadora de granos, impulsora y protagonista, desde hace décadas, de una verdadera integración regional privada a través de sus filiales, es una muestra paradigmática de aquel cambio de actitud.

En el sector económico hegemónico por Bunge & Born, la estrategia empresarial tradicional, vigente durante muchos años, orientaba todo su esfuerzo competitivo en procura de lograr la dependencia absoluta de los productores agrícolas, mediante el forzamiento a la utilización de sus créditos, cuyo eventual pero frecuente incumplimiento lo transformaba en propietario de la empresa productora.

Hoy, la estrategia ha cambiado. Abrumadoramente, la mayor parte de la ganancia de Bunge & Born deriva de la especulación y ya no de los cereales y la industria. El consorcio no invierte en la producción, ni para modernizar ni para racionalizar. Aprovechando la ola privatizadora del gobierno argentino, adquirió silos e infraestructura ya existentes, pero sin hacer ningún intento de abrir un nuevo mercado dirigido a nuevos consumidores. No realizó ninguna inversión en la nueva tecnología de ingeniería genética y manipulación bioquímica de las semillas, que constituirá, sin duda, el negocio del futuro, abandonando sin lucha ese territorio a los competidores del Norte.

En los tiempos que corren, las publicaciones más provocativamente subversivas resultan ser las series estadísticas.

El Estudio Económico Mundial de las Naciones Unidas para 1991 concluyó que el ritmo de crecimiento económico mundial disminuyó, por segundo año consecutivo, en 1990, ascendiendo sólo a un uno por ciento, lo que resulta inferior al crecimiento de la población. Para 1991 se pronostica un crecimiento cero. Este fenómeno de enlentecimiento progresivo del crecimiento productivo mundial se viene registrando desde mediados de la década del setenta.

Entre 1980 y 1988, los países altamente industrializados crecieron en su producto bruto interno un 2,9 por ciento.

Para los países de América Latina, ese mismo período fue designado,

en los foros internacionales, como «la década perdida». El crecimiento del área fue un 1,6 por ciento y nueve países registraron disminución de su producto bruto interno, en guarismos que oscilan entre un menos 0,3 por ciento para Panamá y un menos 3,3 por ciento para Trinidad Tobago, ordenándose en esta escala descendente Uruguay, El Salvador, Haití, Argentina, Bolivia, Nicaragua y Guayana.

La producción industrial de los países de la OCDE, entre 1965 y 1970, creció un 3,9 por ciento y, entre 1980 y 1988, sólo un 2,7 por ciento.

En América Latina, para ambos períodos, las cifras respectivas fueron un 7,1 por ciento y un 1,1 por ciento.

El ejemplo quizá más dramático lo brinda Argentina, país que había logrado un potente desarrollo industrial, escapando a la configuración tradicional tercermundista. En 1975 fabricó doscientos setenta mil automóviles y en 1990 sólo setenta y cinco mil, ocupando una octava parte de los trabajadores anteriores. En ese período, el producto bruto por habitante descendió un veinticinco por ciento, la producción textil un cincuenta por ciento y la producción de cemento un sesenta por ciento.

Para la comprensión cabal de la gravedad del enlentecimiento del crecimiento productivo, y en particular del industrial, debe considerarse, al mismo tiempo, las respectivas tendencias en el crecimiento de la población. En el período comprendido entre 1983 y 1988, en los países altamente desarrollados, la población creció un 0,7 por ciento, mientras que en América Latina, un 2,1 por ciento. En otras palabras, la disminución del crecimiento económico se ve agravado, en el Sur, en el promedio *per cápita*.⁶

La reconversión productiva ha modificado radicalmente, también, las formas de la producción, desechando el símbolo tradicional del capitalismo en auge -la cinta automática de montaje- que inmortalizara en inolvidable estereotipo Charlie Chaplin. En virtud de que el producto industrial no está ya destinado a una inmensa cantidad de consumidores -como en la época de Henry Ford- sino a un mercado selecto y limitado, con gustos cada vez más exquisitos y exigencias más sofisticadas, los precios de venta altísimos -y ya no los costos bajísimos- son los que regulan la escasez de los recursos y el ritmo de la ganancia.

En Japón, por ejemplo, están introduciendo procedimientos de manufactura en uno de los sectores más dinámicos de la producción capitalista, la industria automotriz, que constituye la mayor actividad industrial en el mundo, con una fabricación anual de casi cincuenta millones de vehículos. Según una investigación del Massachusetts Institute of Technology

(MIT)⁷ en la meca de la producción robotizada, no se utiliza la producción masiva .

Ya en los años sesenta, las desventajas del sistema masivo quedaron claras. Para los mercados europeo y japonés, los automóviles Ford resultaban demasiado grandes en sus calles angostas y consumían demasiada gasolina, de un costo elevado en estos países. Además, los consumidores de gran poder adquisitivo exigían mayor sofisticación y variación en los modelos, lo que resultaba de muy difícil realización, pues las inversiones necesarias para el nuevo diseño y para la adaptación de las instalaciones de la fábrica eran muy elevadas.

Debido a las particulares condiciones que existían en Japón, a finales de la década del cuarenta, la producción masiva no podía prosperar y nunca fue instalada. El mercado interno era muy chico y requería gran variedad de modelos, no existía mano de obra barata de inmigrantes ni capitales suficientes para financiar una inversión millonaria en maquinarias. Después de trece años de esfuerzo, la Toyota Motor Company construyó dos mil seiscientos ochenta y cinco unidades durante el año 1950, mientras que la fábrica Ford, en Detroit, fabricaba siete mil unidades en un día.

La nueva forma se denomina *lean production*, producción delgada, y es adoptada mundialmente como modelo, contrastando con la crisis de las industrias automotrices norteamericana y europea.* La producción delga-

*Al inicio de la industria automotriz, en 1890, se construían unos pocos cientos de vehículos cada año, en forma artesanal. Los trabajadores debían conocer profundamente todos y cada uno de los pasos de la producción, desde la funcionalidad del diseño hasta las características del material. Las herramientas de la época no eran adecuadas para cortar acero duro, por lo que ningún vehículo resultaba igual al otro, ya que cada pieza era ajustada trabajosamente, hasta que calzaba con la siguiente. Se abastecía un mercado reducido, utilizando los propietarios del auto los servicios permanentes de chofer y mecánico particulares.

Cuando se desarrolló la tecnología adecuada para trabajar y cortar el acero duro, se hizo posible la fabricación de piezas simples iguales, con un mismo estándar, que calzaban fácilmente y sin mayores ajustes. El montaje se simplificó y ya no se requirieron obreros con una gran capacitación profesional.

A partir de 1903, Henry Ford inició la fabricación masiva, esto es, muchas unidades del mismo modelo, aunque todavía con métodos muy artesanales; cinco años después, aún se necesitaba nueve horas para cubrir el ciclo completo de armado. Con la progresiva racionalización del trabajo, en el año 1913, el proceso de armado insumía 2,3 minutos por trabajador.

Con la innovación de la cinta automática de montaje, cada obrero se especializó en una única tarea específica. En el mismo año de 1913, se instaló en Detroit la primera cinta

da requiere la mitad de la mano de obra, la mitad de la inversión, la mitad del tiempo de investigación y menos de la mitad del costo de mantenimiento de estoc. Al mismo tiempo, se obtienen productos de mayor variedad y mejor calidad. Aúna las ventajas de la manufactura, flexibilidad y calidad, y las ventajas de la moderna empresa, rapidez y bajo costo por pieza. Toda la producción es muy variada. Se fabrican pocas piezas de cada serie y cada serie es permanentemente mejorada por los ingenieros, por los trabajadores y por los propios consumidores. Se ha maximizado la cooperación en el trabajo de equipo.

Por convenio con los sindicatos resulta prácticamente imposible echar a un trabajador y los empleos son casi vitalicios. Por consiguiente, es conveniente brindarle capacitación profesional y aprovechar al máximo sus conocimientos. Los sueldos se estipulan en consonancia con los años trabajados en la empresa y no existen diferencias muy grandes entre distintas categorías de trabajadores, por lo que un obrero con treinta años de antigüedad puede ganar más que un gerente recientemente contratado. Este sistema garantizó una ética laboral y un menor riesgo de captación del personal altamente especializado por los competidores.

La competencia entre los fabricantes se atenúa mucho, debido al enorme capital que debieron invertir para brindar una mayor seguridad social a los obreros, conquista lograda por la presión de los sindicatos. Además, para resaltar la alta calidad de su producto, los empresarios renuncian a ocultar el origen de sus excelencias como secreto comercial y lo publicitan.

Los vehículos japoneses son casi perfectos, mientras que las otras fábricas deben invertir mucho tiempo y dinero en las rectificaciones y ajustes posteriores al montaje. En éstas, entre el veinticinco y el cincuenta por ciento del tiempo invertido en la fabricación, es aplicado en la localización de las fallas cometidas en la cadena de producción. En cambio, en Toyota, las reparaciones finales han sido prácticamente erradicadas.

automática, reduciendo el proceso a 1,1 minutos, para mano de obra sin ninguna especialización, principalmente inmigrantes europeos de sexo masculino. En 1920, Ford fabricó dos millones de vehículos iguales, bajando el costo de producción en un sesenta y seis por ciento. Sus autos no eran perfectos, estaban ideados para campesinos, que eran capaces de realizar algunas reparaciones por sí mismos y todo lo que era necesario para el montaje se producía en la propia fábrica. Después de la segunda guerra mundial, todas las fábricas automotrices se volcaron a la producción masiva.

Los japoneses no forman grandes estoc de piezas, costosos de mantener y que congelan el diseño y, confiando en la regularidad de los mecanismos del mercado, compran las piezas que les son necesarias en lo inmediato, modalidad denominada *production just in time*.

Tampoco producen las distintas partes necesarias para el montaje en la misma fábrica, sino que buscan la cooperación de subcontratistas, brindándoles la información necesaria conducente a una mejor integración del producto final. Una vez seleccionados, conservan por largo tiempo la relación con los subcontratistas, disminuyendo la competencia entre ellos y evitando el burocratismo. De hecho, se socializa la alta tecnología con la empresa subcontratista.

De este modo, Toyota ofrece al consumidor un producto de calidad superior, en una variedad de modelos equiparable a la de la General Motors, que la duplica en volumen empresarial, permitiéndose además el lujo de renovar sus diseños cada cuatro años, mientras la GM lo hace cada diez. Cada año, los japoneses fabrican ciento veinticinco mil unidades de cada modelo, mientras que las fábricas occidentales construyen doce veces más unidades de cada tipo. Se produce con una flexibilidad excepcional, capaz de satisfacer el rápido cambio de los gustos y necesidades de los consumidores. Por otro lado, se fabrican modelos casi exclusivos, en cantidades muy limitadas -como los *jeeps*, en un total de veinte mil- lo que posibilita la realización de ganancias muy superiores a las brindadas por la producción masiva.

Elmar Altvater. Si bien el modo de producción capitalista consigue, con gran esfuerzo propio y mayor penuria ajena, reciclar su astucia en pos de nuevos márgenes de maniobra en el consumo y en la producción, se encuentra, en cambio, incapacitado para poner bajo su control los otros dos problemas, de gravedad estratégica, el de la escasez de energía y el de la abundancia de desechos.

Gaby Weber. Promedialmente, con el actual modelo de civilización, las reservas energéticas estarán agotadas dentro de cien años. El carbón, del que se obtiene el veintiocho por ciento de la energía mundial, alcanzará para trescientos años, mientras que el petróleo, que constituye la fuente principal, con el cuarenta y cuatro por ciento, sólo durará cuarenta años, como lo admiten abiertamente las empresas energéticas en los países industrializados.⁹

Para conservar el privilegio -arrebato históricamente mediante infa-

me violencia- de los insumos de energía y materias primas estratégicas, los países ricos utilizan nuevamente las armas, cada día en forma más abierta. Y son secundados en el pillaje por el Banco Mundial y el FMI, que condicionan el otorgamiento de préstamos a la privatización, por los gobiernos dependientes, del petróleo y del gas. Ofrecen, también, la aplicación del mecanismo *debt to nature swap*, que consiste en canjear parte del territorio nacional por la deuda externa. El área negociada es declarada como «reserva natural» y las autoridades y empresarios nacionales pierden soberanía sobre ella. Sólo se han acogido a este sistema de expropiación Bolivia, Costa Rica y Argentina. Brasil es presionado actualmente para que renuncie a parte de la Amazonia, que fue declarada «herencia común de la humanidad». Sectores nacionalistas y militares brasileños temen que la «protección ecológica» de la zona quiera implementarse mediante la intervención de fuerzas armadas extranjeras.

La esperanza depositada en que nuevas tecnologías logren extremar el rendimiento de la energía y de las materias primas, no es fantasiosa. Por ejemplo, en el siglo XVIII eran necesarias ocho toneladas de carbón de piedra para la producción de una tonelada de hierro, mientras que en la actualidad, basta media tonelada.⁹ Pero esto no significa que, manteniendo el estilo de vida y de saqueo a la naturaleza, los nuevos rendimientos prolonguen la duración de las reservas. Por el contrario, cada aumento de la productividad procurado por la vía del desarrollo tecnológico, en toda la historia de la humanidad, ha generado siempre un mayor consumo energético global en lugar de un ahorro. Y esto es así, no sólo para la industria, sino también para la agricultura. Para producir una tonelada de fertilizantes se precisa una tonelada de petróleo. En 1965 el consumo anual de fertilizantes *per cápita* era de cinco quilogramos, mientras que hoy es de veintiséis.

Pero aún esta limitada expectativa es privilegio exclusivo del Norte rico, pues el Tercer Mundo encuentra cada día más restringido su acceso a la tecnología moderna. El gobierno de Estados Unidos, en su imprecisa formulación del «nuevo orden mundial», anunció que la utilización de la tecnología moderna será regulada como un elemento estratégico, pues capacita a quien la detenta para la fabricación de armas y para el consiguiente ataque a la paz mundial. Obsecuentemente, el COCOM, Comité de Control de Exportaciones Occidentales, que durante la guerra fría impidió la venta de alta tecnología a Europa oriental, durante el conflicto del golfo impidió la venta de super computadoras a los países del Tercer Mundo.

Sólo las empresas multinacionales disponen de recursos suficientes

para desarrollar la investigación tecnológica y, además, reciben subvenciones de sus respectivos gobiernos. En Estados Unidos hay veintitrés mil especialistas en biotécnica y en América Latina, mil novecientos. La Comisión de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo, presidida por la noruega Gro Harlem Brundtland, puso de relieve el peligro de que la agricultura de los países pobres, por su incapacidad para la investigación, pase a depender estrictamente de los bancos genéticos privados y de las firmas semilleras.

Los gerentes de la industria energética¹⁰ explican que «las fuentes renovables de energía -eólica, solar, hidráulica y biomasa- no pueden sustituir a largo plazo a las tradicionales, por razones de rentabilidad», en virtud de sus altos costos y escasos rendimientos.

La energía eólica reconoce como obstáculos específicos los requerimientos, por un lado, de grandes espacios, pues la distancia mínima entre los molinos debe ser de doscientos cincuenta metros, y por otro, de zonas con especiales características de persistencia y velocidad de vientos, requerimientos que no se encuentran fácilmente en los sobrepoblados países europeos. Además, el sistema es allí socialmente rechazado por ser ruidoso y destruir el paisaje.

Respecto a la energía solar, su aprovechamiento en forma redituable económicamente es todavía un proyecto remoto y no se puede asegurar si logrará, algún día, arribar a esa meta. La ausencia de una presión social importante ha permitido que el gobierno estadounidense, entre 1980 y 1990, redujera en un noventa por ciento los gastos para el desarrollo de la energía solar, a pesar de que, en el mismo período, sus costos de producción bajaron un setenta y tres por ciento.

La acumulación de los desechos del modo de producción capitalista ha alterado gravemente el aspecto, la composición y el funcionamiento natural de la atmósfera, de las aguas y de la superficie de la tierra, es decir, de la integridad del medio ambiente de la especie humana.

El ochenta y ocho por ciento de la producción energética mundial emite dióxido de carbono, el que, junto con otros gases industriales de desecho, crean el «efecto invernadero», con alteraciones violentas del clima y del sistema de lluvias en toda el planeta. A su vez, las emisiones de las plantas termoeléctricas provocan el efecto de la «lluvia ácida».

Los desechos clorofluorocarbonados, los halones, el tetracloruro de carbono y el metilcloroformo destruyeron gran parte de la capa de ozono que protege la tierra de las radiaciones del sol, capaces de provocar cáncer de piel y afecciones oculares, como las cataratas. Durante la última

primavera antártida, en el sur de Chile, la población debió cubrirse la piel, protegerse con filtros solares de factor treinta y cinco y usar lentes oscuros.

La ciudad de México, con dieciocho millones de habitantes, es una de las más contaminadas del mundo, debido a su situación geográfica, al tránsito cotidiano de más de dos millones y medio de vehículos y a la existencia en el valle de más de treinta mil industrias, gran parte de las cuales son altamente contaminantes. Recientemente, fueron exhibidas a la población las cabinas, de fabricación norteamericana, para suministrar oxígeno a seres humanos afectados por la contaminación, que se instalarán en la vía pública. Por treinta segundos de suministro de oxígeno se cobrará el equivalente a un dólar sesenta y cinco. ¹¹

La vida marina se encuentra amenazada por la destrucción de los arrecifes de coral -equivalentes oceánicos de las selvas tropicales y hábitat de un tercio de todas las especies de peces- por la contaminación y la explotación excesiva. Otro tanto ocurre con los manglares, que constituyen un importante entorno vital para la vida silvestre.

El agua potable sufre un proceso de contaminación y es explotada en demasía. Cada día mueren veinticinco mil personas por la mala administración del agua, ya que dos tercios de la población mundial no dispone de agua limpia. ¹²

Los plásticos, el polietileno y el PVC permanecen inalterables durante siglos y en los enterramientos, contaminan. El cloruro de vinilo utilizado en el proceso de producción es altamente cancerígeno. La degradación de los desechos radiactivos de la producción de energía atómica demora millones de años en completarse.

Estados Unidos es el mayor productor mundial de basura doméstica, con un total de ciento setenta y ocho millones de toneladas anuales y setecientos cuarenta y cuatro quilos por habitante por año. Lo siguen Australia con seiscientos ochenta y uno y Canadá con seiscientos treinta y cinco. Los países ricos del Norte europeo y Japón producen cuatrocientos quilos. Calcuta tiene un promedio anual por habitante de ciento ochenta y dos quilos. La tendencia, sin considerar ningún incremento poblacional, es la duplicación cada cincuenta años.

En Nueva York, la basura está compuesta de veintiséis por ciento de residuos orgánicos, trece por ciento de metal y diez por ciento de plástico. En Calcuta, setenta y ocho por ciento de residuos orgánicos, uno por ciento de metal y uno por ciento de plástico. ¹³

Para terminar de precisar el tamaño y la índole de la brecha que distancia a los países pobres de los ricos, resulta esclarecedor el pensa-

miento de Lawrence Summer, uno de los principales economistas del Banco Mundial. ¹⁴ «Creo que la lógica económica de colocar los excedentes tóxicos en los países con menores ingresos es impecable y debemos enfrentar esto», escribió en un *memorándum*, citado por la revista británica *New Scientist*. Según su autorizada opinión, las industrias sucias deben emigrar rápidamente hacia los países pobres, donde «la calidad del aire es probablemente muy ineficientemente baja comparada con la de Los Angeles». La revista explica que el aire limpio es valorable para «enterrar» aire contaminado y que, por ello, es una lástima que los países pobres no puedan vender su aire limpio para este propósito.

Se procesa una redistribución geográfica de la producción limpia y nueva y de la producción vieja y sucia. Japón, por ejemplo, ha dejado de producir aluminio, pues su fabricación requiere un gran consumo de energía y es, al mismo tiempo, altamente contaminante. El Norte brasileño se ha transformado, en consecuencia, en uno de los mayores consumidores de electricidad del mundo, para la producción transnacional de aluminio, que se asentó en su territorio.

El dilatado Sur de los muchedumbres pobres es concebido como basural por el Norte pletórico. Su discriminada preterición en el consumo y en el ingreso, en el desarrollo industrial y en el agrícola, en el acceso a la energía y a la tecnología, lo condenan, mediante la expoliación sistemática, al hambre, a la enfermedad y a la muerte. Pero como a pesar de todo aún, y solamente, le resta dignidad, procura el Norte extender su lógica económica a la discriminación en la calidad de los aires, las aguas y las tierras.

No obstante, como los territorios no pueden ser exportados físicamente -en una reedición de antiguas criminalidades de la colonia y del imperio- se los destina a almacenar la basura doméstica y el desecho industrial, el excremento francés y los neumáticos usados, la leche contaminada y los subproductos radiactivos. Y no sólo. También lo que consideran la «basura humana» que los contamina, «resaca» que el reflujo de la economía deposita en la otra orilla: los pobres sobrantes, los inmigrantes de piel oscura y los viejos improductivos.

V. EL NUEVO ENEMIGO

Gaby Weber. Por el momento, todo se reduce a escuetos desmentidos que realizan con moderación los gobiernos y sus embajadas. No obstante, muchos municipios argentinos reaccionaron con insólita rapidez, para inscribirse en la fila de interesados en el negocio de «importar» jubilados japoneses. Las gestiones de intermediación son cumplidas por una fundación «Vida en la Naturaleza», que anuncia el inicio de los estudios pertinentes en Argentina, por parte de la directora del norteamericano Instituto de Estudios Psicológicos para la Radicación de Adultos Mayores en Latinoamérica.¹

Asimismo, el canciller argentino, recogiendo una iniciativa del presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, propuso a la Comunidad Económica Europea la recepción de cien mil inmigrantes provenientes de los países del Este, a cambio de ayuda financiera y un mayor acceso a sus mercados altamente protegidos. También Uruguay, Chile, Paraguay y Venezuela se candidatean para ser países receptores.² La propuesta fue ampliada a trescientos mil por el propio presidente Carlos Menem, en oportunidad de su entrevista en París con la máxima autoridad de la CEE, Jacques Delors, lo que constituiría para Argentina la ola inmigratoria más importante del siglo. El ex jefe de Estado francés, Valéry Giscard d'Estaing, al escuchar la cifra, durante la entrevista, comentó especulativamente: «Tenemos que colocar a diez millones».³

El secretario de Población de la cartera de Interior aseguró que el gobierno argentino está pensando en rusos o ucranianos, pero de ninguna manera en marroquíes o argelinos.⁴ Ante el giro que tomaban las precisiones públicas de las autoridades argentinas, respecto a las características genéticas del producto a importar, un representante de la Comunidad protestó ante la prensa: «Vamos a terminar dando la imagen de una operación diabólica para deportar hombres del Este a la América del Sur».⁵

Lo cierto es que difícilmente pueda concretarse esta moderna forma de intercambio mercantil, pese a la excelente disposición demostrada por los

noveles mercaderes de seres humanos, para cooperar en la depuración ambiental del Primer Mundo, mediante la recepción -por un precio a convenir- de sus «desechos contaminantes».

En primer lugar, los costos serían excesivos, pues los volúmenes a «enterrar», de basura y de gente, conformarían «montañas», en caso de que se los apilara. En segundo término, se trata de desechos no reciclables y difícilmente biodegradables -en especial los seres humanos, según experiencias ya realizadas- lo que significa que, allí donde los «entierren», seguirán enfermando el aire y ensuciando la tierra y el agua. Por otro lado, los poderosos, gracias al mercado -vehículo que los desaharrara como mala hierba- ya no disfrutan, como antaño, de desahogo en remotos territorios, donde el aire a respirar sea ancho y ajeno. Por último, la naturaleza está enseñando a estos mercaderes algunos principios básicos de biología: la vida busca su vida y, en ese quehacer, es incontenible e inabarcable.

En Francia hay cinco millones de inmigrantes. Sólo durante 1990, seiscientos mil personas pidieron asilo en Alemania. Se teme -ellos temen- que entre cinco y cincuenta millones de rusos emigren hacia Occidente, en cuanto les entreguen sus pasaportes, mientras dos millones y medio de turcos, un millón de yugoslavos y multitudes búlgaras y rumanas han manifestado idéntica intención.

En enero de 1991, en Viena, tuvo lugar una conferencia internacional sobre migración, en la que se estimó que la mitad de los jóvenes de los países del Este, de entre quince y veinticinco años, no tendrán ninguna oportunidad de obtener un trabajo estable en su país. Se pronostica la acumulación de cinco millones de cesantes para Polonia y no menos de cuarenta millones para la ex Unión Soviética.

En los países ricos del Norte empieza a cundir el pánico al constatar, todavía incrédulos, que las muchedumbres pobres del Sur están también ahí a su lado, en el Este, y que han empezado a moverse. El Tercer Mundo comenzó a desplazarse, masivamente y sin orden, al igual que en otras épocas históricas en que las tribus se dispersaron, en procura de vida. Una microscópica peregrinación diaria de hormigas que se agrega, indetenible, en un imponente y manso balanceo de marea, respiración planetaria que no alega ni escucha razones. No forman en desfile ni manifiestan perentorios ni marchan marciales. Sólo caminan y caminan. Donde se estacionan, comen. Son el nuevo enemigo.

Una enorme masa de humanidad que no puede participar ya en la producción, que casi no tiene acceso al consumo y que vive en la pobreza

extrema. Gana afanosamente, día tras día, su supervivencia en el sector informal como cuentapropista y ha perdido toda esperanza de conseguir un patrón que la explote. Provocando el desconcierto de la teoría, no constituye una reserva, no mantiene ningún vínculo con la industria y, ciertamente, en nada se parece a un ejército. Simplemente, está demás, sobra.

Luis Mattini. En Argentina, durante los años sesenta, la sustitución de la economía tradicional -basada en la carne, la construcción y los servicios- por las industrias siderúrgica, metalúrgica y automotriz produjo en aquel sector una desocupación masiva. Pero la misma fue absorbida, progresivamente, por el nuevo desarrollo. En la fase recesiva actual del capitalismo, al cesante no le queda más camino que integrarse al sector informal, sometiénndose a un estilo de precaria sobrevivencia en los barrios marginales. Se produce una tendencia a la desurbanización, pero no en el sentido de un retorno a la naturaleza o de una «campesinización», sino a través de un proceso disolvente de degradación social y cultural.

Gaby Weber. Este «desecho humano», sobrante del modo de producción, busca su comida a cualquier precio y en cualquier espacio, pues ha perdido, y hasta olvidado, las esencias de su pertenencia y su tradición, de su patria y sus modales. La devastación de la monocultura exportadora lo empujó al nomadismo campesino, extrañándolo de la tradicional economía de subsistencia. La ciudad, ya saturada de desocupados brazos con oficio, alevosamente lo amontona en villas y favelas, cantegriles y callampas. Allí se sueña, cada noche, comiendo basura y mirando televisión, durmiendo apiñados, promiscuos y sucios, en llegar al Norte y transformarse en gente. La felicidad parece ser de plástico y hablar en inglés.

El Norte rico tiene miedo y hace bien en tenerlo. Por primera vez en toda la larga historia de la humanidad, la costa sur del Mediterráneo está más poblada que la del benigno Norte.

Con esta amenaza como argumento, la emisora BBC de Londres realizó una película titulada *La Marcha*. A lo largo de varias semanas, cientos de miles de africanos pobres atravesaron el desierto del Sahara. Al llegar a la ciudad de Tánger, su destino -Gibraltar- ya se divisaba. A pesar de todo el esfuerzo militar opuesto por los países del Norte, la oscura gente logró alcanzar la costa española, atravesando el mar en pequeños botes. Allí, sobre su propio suelo invadido, los blancos civilizados abandonaron

toda moderación y los enfrentaron con un poderoso «ejército europeo», formado días antes.

Las escenas de la realidad superaron largamente a la ficción, cuando quince mil albaneses, en busca de refugio y esperanza, llegaron al puerto de Bari. Fueron interceptados por los destructores de la armada italiana, encerrados en corrales estrechos, hambreados, humillados, golpeados y expulsados a su país de origen, por un brutal cuerpo policial que utilizó tapabocas para protegerse de los «infectos» albaneses.

Y no se trata de un caso aislado. Apenas derrumbado el muro de Berlín, señalado por el «mundo libre» como emblema de afrentoso sojuzgamiento, por atentar contra el irrestricto desplazamiento de los individuos, los países industrializados se apresuraron a construir muros de todo tipo, para atajar a los pobres, que los invaden como «nuevos bárbaros».

Las maniobras de la OTAN ya no se proyectan según el modelo probable de un «enemigo rojo», sino para enfrentar eventuales desplazamientos masivos de «enemigos pobres», sin fijarse mayormente en su color. Recientemente, bajo el nombre de «Limes», el ejército helvético realizó una maniobra para coordinar la lucha militar contra los refugiados. La tosquedad militar, que no sabe de eufemismos, adoptó el mismo nombre que dieron los soldados romanos, comandados por el emperador Marco Aurelio, a la muralla construida para detener el avance de los bárbaros orientales. Desde setiembre de 1990, cuatro mil soldados austríacos, combatiendo activamente por primera vez desde el fin de la segunda guerra mundial, patrullan armados la frontera con Hungría, para impedir el cruce de inmigrantes pobres. Y los norteamericanos, siempre sutiles al mejor estilo de Theodore Roosevelt, han levantado «El Muro» -lo llaman así, usando la lengua hispana, para que todos entiendan- en los lugares más frecuentados para el cruce ilegal de su frontera con México. De tres metros de altura, construido con chapas de acero de la chatarra de guerra y profusamente iluminado, constituye la principal infraestructura de la operación «Deténganlos», organizada por las tres ramas de las fuerzas armadas en forma conjunta.

El cambio de discurso internacional de los países desarrollados, ha sido abrupto y radical. Mientras duró la guerra fría, la propaganda capitalista prometía, a cada individuo, un mejoramiento sustancial en su calidad de vida, particularmente en el consumo, y a cada nación, la ayuda que la solidaridad internacional brindaría a los países «en vías de desarrollo», en procura de su industrialización. Ahora, cuando el capitalismo ha logrado encerrar planetariamente en un único modelo al mercado mundial, es la

hora del realismo económico y de la decepción de los ingenuos. Perfectamente conscientes de que el modelo no puede proporcionar una vida digna para todos los seres humanos, es llegado el momento de proscribir la bandera de la solidaridad.

La doctrina de la Ayuda para el Desarrollo tuvo una vida breve pero intensa, que utilizó para alimentar con engaños a las expectativas de dos generaciones del Tercer Mundo, exactamente durante treinta años. En marzo de 1947, el presidente norteamericano, Harry S. Truman, inauguraba esta expresión doctrinaria en el escenario internacional, al requerir de Estados Unidos su participación en la asistencia a otros países: «Debemos ayudar a los pueblos libres, financiera y económicamente, para asegurarles la estabilidad económica y un desarrollo político ordenado». ⁶ Con estas palabras, Truman separaba al Primer Mundo del Segundo, localizándolos respectivamente, en Occidente y Oriente y los enfrentaba ideológicamente entre la libertad y la dictadura. Pero, al mismo tiempo, caracterizaba como un Tercer Mundo a los países subdesarrollados, que ocupaban la mayor parte del globo, hasta entonces considerados sólo como colonias y reservorios de materia prima y aún no como posibles mercados consumidores.

La Ayuda para el Desarrollo le permitió a Washington mantener activo su aparato productivo, mediante la transformación de la industria de guerra en una industria para tiempos de paz. Durante la segunda guerra mundial, la productividad norteamericana había crecido enormemente, gracias a los procesos de racionalización y modernización, lo que permitió que, entre 1941 y 1945, se duplicara el producto bruto interno. Terminada la guerra, la Casa Blanca, temerosa de una recesión con su consabida ola de cesantías, promovió la expansión hacia afuera de la economía estadounidense, consiéndole su primer paso en el Plan Marshall para Alemania occidental. Al mismo tiempo, puso énfasis en el desarrollo de un mercado libre mundial, que transformaría en consumidores, sobre todo, a América Latina y Asia.

Después del triunfo de la Revolución cubana, en 1959, poderosas razones ideológicas vinieron a sumarse al razonamiento económico precedente, para amortiguar, en su propio «patio trasero», la creciente influencia de la otra super potencia mundial, guía del Segundo Mundo. Así, en marzo de 1961, John F. Kennedy anunció el inicio de una nueva relación con los países pobres al sur del Río Grande -Río Bravo, para los mexicanos- que fue bautizada como «Alianza para el Progreso». Mediante reformas sociales en América Latina, prometía «hacer estallar las cadenas

de la pobreza y sofocar las ideas revolucionarias antes de su nacimiento y, sin mencionarlo, con mayor eficacia que la demostrada, hasta entonces, por la cruda represión. Cinco meses más tarde, se realizó en Punta del Este una conferencia de la Organización de los Estados Americanos, OEA, que fue cobijada por Kennedy bajo la consigna: «Nos reunimos para formar, con esta revolución, nuestro futuro». La Carta de Punta del Este, firmada por veinte países del continente, resultó tan inusualmente prometedora, que ni siquiera el representante cubano, Ernesto *Che* Guevara -a pesar de su denuncia de «la contradicción entre la insignificancia de los objetivos y la grandeza de las proclamas» de la denominada «revolución de las letrinas»- consideró conveniente oponerse, limitándose a la abstención. La prensa de la época titulaba, alucinada, que en América coexistían dos gobiernos revolucionarios: uno en La Habana y otro en Washington.

Estados Unidos se comprometió, en Punta del Este, a multiplicar por cuatro el volumen de su apoyo económico, para efectivizar la realización inmediata de esta «revolución». Surgieron súbitamente programas de apoyo técnico y becas universitarias y en los tres años de la administración Kennedy se volcó tres veces más dinero hacia América Latina, que en los dieciséis años anteriores. Conjuntamente con su modelo de crecimiento y sus instituciones democráticas, exportaron sus productos culturales: filmes, música, danzas, modas, hábitos y valores. El *american way of life* desembarcó estruendosamente, devaluando a las demás culturas «subdesarrolladas», con un paternalismo un tanto despectivo, pero en apariencia tolerante, hacia esas concepciones *demodée*.

Con el asesinato de Kennedy, en noviembre de 1963, terminó también de morir la Alianza para el Progreso. Había estallado ya la guerra contra Vietnam, que insumía cifras abultadas, el peligro de la expansión ideológica del comunismo parecía neutralizado y ningún otro Fidel Castro conmocionó nuevamente al continente.

Pero la concepción de la Ayuda para el Desarrollo seguía vigente y pujante, orientada hacia el crecimiento de la producción industrial de los países desarrollados -a los que se sumaron Japón y Alemania, después de su reconstrucción económica- mediante la expansión de los mercados importadores de la periferia. Así, en 1975, las Naciones Unidas aseguraron que, a fines de siglo, los países pobres fabricarían el veinticinco por ciento de la producción industrial mundial y habrían avanzado hacia un bienestar similar al de los países del Norte.

Hasta que, en 1977, el presidente James Carter se atrevió a mirar de frente a la realidad, pidiendo a sus mejores expertos una investigación

proyectiva, hasta el año 2000, de la evolución de la población, de los recursos naturales y del medio ambiente mundiales. La prognosis, en un informe de mil quinientas páginas, fue titulada *Global 2000* y dada a conocer al mundo, provocando intensísima conmoción, recién en 1980.

Desde entonces, descorriendo con crudeza el telón y abandonando las máscaras inútiles, la verdad viene procediendo a asesinar, con esmero, las fantasías inducidas por el «sueño americano». El proclamado objetivo de homogeneizar el nivel de vida para toda la humanidad, sólo es viable a través del cambio sustancial del estilo de vida y del nivel de consumo de los centros industriales. En un mundo con recursos limitados y con gravísimos problemas ecológicos, las reservas deben ser austeramente administradas. Una forma sensata de hacerlo, sería a través de un nuevo modelo de regulación que resultare biológica y económicamente racional y, al mismo tiempo, socialmente moral. La otra forma, es la regulación actualmente vigente, a través de la lógica perversa del capital, que condena necesariamente a la mayor parte de la humanidad a la miseria, para que un minúsculo grupo de privilegiados disfruten de un consumo suntuario y decadente.

A partir de 1980, los dirigentes políticos de la nación norteamericana han hecho abandono, groseramente, del estudiado gesto solícito hacia la miseria y la injusticia. El carisma social de John F. Kennedy y James Carter es desplazado, sin transición, por el brutal pragmatismo de Ronald Reagan y George Bush. Las propuestas de alianzas fraternas con pueblos vecinos, para su desarrollo, son sustituidas por impuestas alianzas militares con países poderosos, para compartir la responsabilidad y el costo financiero de fulminantes genocidios, como el de los iraquíes. La atrayente vitrina, que exponía el oropel capitalista en competencia con el Segundo Mundo, ha estallado en astillas ante el impaciente golpe de puño sobre la mesa, que pone término a la controversia sobre quién tiene mejor cultivados los músculos.

El informe *Global 2000* tuvo el mérito de exponer claramente las razones objetivas por las que las indóciles mareas humanas no podrán ser controladas ni contenidas, sea con argumentos o mediante la fuerza. El imperio norteamericano, entonces, se ha puesto a estudiar la forma de retrasar sus pleamares, ganando tiempo mediante la manipulación de sus dos caracteres primordiales: la movilidad y el volumen. Hasta el momento, ha combinado dos instrumentos complementarios y de distinta índole, uno militar y el otro social.

Durante los últimos diez años, Estados Unidos ha estado tratando de

implementar en América Latina una doctrina sobre Conflictos de Baja Intensidad, que viene a sustituir a la ya obsoleta doctrina de Seguridad Nacional. El enemigo previsible no consiste más en un ejército extranjero o en el limitado aparato de una ideologizada guerrilla, del tipo de las que conmovieron al Cono Sur, durante las dos décadas anteriores. El nuevo enemigo está conformado por millones de pobres, desorganizados y sin conciencia de su peso potencial, reunidos espontáneamente en territorios marginales de la ciudad y del campo, aplastados por una resignada mansedumbre ante la penuria ilimitada. Son plantadores de coca en Bolivia y en Perú, campesinos sin tierras en Brasil y Paraguay, pobladores en Santiago, hurgadores en Montevideo y Buenos Aires, favelados en Rio de Janeiro, miserables en todas partes y en todo tiempo.

El peligro radica en que hagan conciencia de que ellos también pueden comer e intenten hacerlo y se acostumbren, poniéndose luego en movimiento, masivo y macizo como el de las olas, para comer un poco más y para seguir comiendo, decisión que se manifestaría en costosísimos saqueos, ocupaciones, rebeldías y violencias extremadas. No es posible cercar o contener dentro de un perímetro al enemigo, debido a su infinita pluralidad y a la necesidad de mantener cierta permeabilidad en la sociedad, para sacar provecho de su condición de mano de obra barata en el sector de servicios. Tampoco es posible neutralizarlo, mediante la anulación de las causas que originan su conflictividad, pues ello implicaría renunciar a la lógica capitalista.

Se trata, entonces, de mantener al enemigo desactivado, en un estado latente de baja conflictividad, maniobrando militarmente en su medio con unidades de despliegue rápido -norteamericanas, regionales o locales- para reforzar el temor y el desaliento anticipados, ante un eventual estallido social que debe suponerse sin futuro. Y, al mismo tiempo, extremar la protección intramuros de la poco numerosa clase dominante, lo que implica presupuestos comparativamente reducidos, destinados a dotar de mayor eficacia a la organización militar. El nuevo enmascaramiento de la próxima represión encuentra sus disfraces en la lucha contra el narcotráfico y en la prevención de estallidos insurreccionales, sean organizados o espontáneos.

David Cámpora. En el Cono Sur, la evolución del papel jugado por las fuerzas armadas constituye un libreto de simplificada lectura.

En la década del sesenta, en toda América Latina se sucedieron, uno tras otro, inúmeros pujos revolucionarios, a través de levantamientos

campesinos y de movimientos nacionalistas. Intentaban completar los logros de las anteriores gestas independentistas, adoptando el método de lucha de la guerra de guerrillas, prestigiado por la reciente y exitosa experiencia cubana. Transcurridos treinta años y a pesar de que todavía sigue faltando la desapasionada elaboración histórica de los sucesos, las memorias populares de los diversos países atesoran una larga lista de audacias organizativas, valentías personales y fracasos sangrientos.

En Guatemala, Marcos Yon Sosa y Turcios Lima. En Nicaragua, Carlos Fonseca Amador. En Venezuela, Douglas Bravo y Luben Petkoff. En Colombia, Manuel Marulanda, Fabio Vázquez y Camilo Torres. En Perú, Hugo Blanco, Guillermo Lobatón, Luis de la Puente Uceda y Héctor Bejar. En Bolivia, *Coco*, *Inti* y *Chato* Peredo. En Paraguay, Wilfrido Alvarez, Juan José Rotela y Agapito Valiente. En Argentina, Carlos Díaz, Jorge Masetti, Envar El Kadre, Mario Roberto Santucho y Mario Firmenich. En Brasil, Francisco Julião, Carlos Marighella y Carlos Lamarca. En Uruguay, Raúl Sendic.

La categórica derrota de este «enemigo interno», según lo definió entonces la doctrina de Seguridad Nacional, promovió en las triunfantes figuras castrenses el propósito de «hacerse cargo» de los demás problemas nacionales. En la década del setenta, los golpes militares también se sucedieron, uno tras otro, en el Cono Sur.

Adelantándose a la época, el general Alfredo Stroessner, en Paraguay, se había aposentado en el poder ya en 1954. En Brasil, circunstancialmente, también hubo un adelantamiento, en 1964, protagonizado por el general Humberto de Alençar Castello Branco, pero la mayor virulencia autocrática floreció, en 1969, con el también general Emilio Garrastazú Médici. En 1971, el coronel Hugo Bánzer se apodera de Bolivia. En 1973, Uruguay y Chile, caen en manos de los generales Gregorio Alvarez -en representación de la Junta de Comandantes- y Augusto Pinochet. En 1976, Argentina completa el panorama, con el general Jorge Videla.

La peculiar manera que tuvieron de «hacerse cargo» de la situación de los países, consistió en aprovechar la cruenta y prolongada represión que implantaron, para imponer un nuevo modelo económico de sobreexplotación. Cumplida la tarea, uno tras otro -con la única excepción del dinosaurio Pinochet- se fueron eclipsando del poder, de la administración y hasta de la política. Retornaron a sus cuarteles y a sus lujosas viviendas, a contar a los nietos sus prodigios de bravura, honestidad y desinterés.

Parte de la izquierda -quizás debido a una desviada concepción

una racionalización de la estrategia, dirigida a colmar las aparentes expectativas de Estados Unidos respecto a la lucha contra el narcotráfico. En este sentido, se propone transformar a las Fuerzas Armadas de los países latinoamericanos en estructuras de control fronterizo, de prevención y de punición. Existen evidentes dificultades, no sólo por la falta de equipamiento y entrenamiento adecuados, sino sobre todo por la falta de interés de estas estructuras militares por ese tipo de función.

Esta tentativa de subordinar a los ejércitos latinoamericanos a una nueva función dentro del panorama hemisférico, ciertamente puede conducir a conflictos y al surgimiento de corrientes nacionalistas y corporativas. No creo que un ultranacionalismo, del tipo Aldo Rico, pueda surgir en Brasil, pues no existe una matriz socio cultural fundamentalista, pero sí se expresan con consistencia diversos nacionalismos, tanto en el campo de la derecha como en el de la izquierda.

Gaby Weber. Junto con la presencia militar, dirigida a disminuir la movilidad de la ola de pobres, el imperio se propone enfrentar a este fenómeno nuevo con otro instrumento, de carácter social, orientado a la reducción de su volumen: el control de la natalidad.

Luis Mattini. Dentro del esquema de Marx, adecuado para explicar la fase del capitalismo de su época, la burguesía no podía tener interés en la disminución numérica del proletariado, ya que su riqueza provenía de la aplicación directa de la fuerza de trabajo en la producción material. Entonces, resultaba coherente postular, en una proyección lineal de esa situación, que la lucha de clases culminaría, necesariamente, con el proletariado convertido, por la propia burguesía, en su sepulturero.

Pero en este siglo, la revolución científico tecnológica, concomitante con el ocaso de la fase expansiva del modo de producción, exagera la falta de funcionalidad de la superestructura, que perturbando el crecimiento de las fuerzas productivas, no logra absorber los crecidos contingentes de desocupados. Entonces, como fruto de un cálculo estrictamente económico, la racionalidad empresaria concluye, con espantable naturalidad, que resulta peligroso permitir el «amontonamiento» en estoc de individuos, que ya no configuran una reserva industrial productiva. De ahí deriva su determinación, que debe disfrazar ideológicamente, de eliminar físicamente a los «amontonados», por la vía más eficaz y menos costosa. Aplica, en consecuencia, el procedimiento aconsejado por la ciencia para exterminar radicalmente a los insectos dañinos: la esterilización de los

procreadores. Impedir que nazcan nuevos, resulta más económico que matar a los que están vivos.

Gaby Weber. El problema de la presión demográfica es artificialmente insuflado hasta convertirlo, ideológicamente, en un «conflicto de alta intensidad». Cuando se analiza la sobrepoblación de los países industrializados, el tema se desliza con decoro sugiriendo que la «densidad excesiva» proviene de un amable *baby boom*. Pero para el animalizado Tercer Mundo, corresponde el vocabulario de la «explosión demográfica», el «alud humano», la «amenaza ecológica».

Cuando el peligro es tan inminente y el conflicto tan intenso, que trepa hasta un nivel casi subversivo, corresponde proponer soluciones enérgicas -de tipo quirúrgico- que secundarizan los detalles sobre derechos humanos. «La experiencia muestra que los seres humanos no son influenciables por un razonamiento de buena voluntad. Cuando en el mundo se redujo la tasa de natalidad, el factor decisivo no fue la información», explica la revista alemana *GEO*, calificada como «liberal». «Salvar la vida de los niños del Tercer Mundo, es considerado todavía por cada médico como un propósito terapéutico, pero no puede convertirse en norma de la política de salud en los países subdesarrollados. Medidas tales como las vacunaciones, aumentan, en definitiva, la miseria, porque solamente postergan el momento de la muerte por hambre», opina Maurice King, director del Departamento de Salud de la Universidad de Leeds, en Inglaterra. ⁹

Súbitamente, los pobres excedentarios han pasado a ser, además, los responsables de la polución del medio ambiente mundial. Un informe del Fondo de las Naciones Unidas para Actividades Poblacionales, FNUAP, ha dictaminado que el rápido crecimiento demográfico de los países pobres «desarrolla paralelamente la existencia de grandes cantidades de ganado y de áreas cultivadas, que multiplican las emisiones de gas metano». Esto ocasionaría, en los próximos cien años, el aumento de la temperatura del globo en unos 2,9 grados, el ascenso del mar en unos dieciséis centímetros y el cambio radical del clima, creando catástrofes terribles que afectarían a mil millones de personas. Propone que «al inicio de los años noventa, debemos tomar medidas consecuentes para parar el crecimiento demográfico, combatir la pobreza y proteger el medio ambiente». Y comenta, transparentando sin querer una suave decepción, que «el Sida representa una nueva amenaza, pero, hasta ahora, no ha sido de efecto significativo para la mortalidad global».

Complementando el esfuerzo desinteresado que realizan los países desarrollados -para salvar el clima mundial de la procreación desaprensiva de los pobres- mediante campañas de esterilización masiva e inyecciones anti conceptivas trimestrales, una empresa finlandesa fabricó recientemente el Norplant, un anticonceptivo especialmente ideado para las mujeres del Tercer Mundo. Consiste en una implantación de hormonas que permanece en el cuerpo durante cinco años. Por sus numerosas contraindicaciones ha sido prohibido en muchos países europeos. Se alerta contra su implantación en mujeres que padezcan afecciones cardíacas, circulatorias o hepáticas, que registren alta presión, diabetes, anemia, cáncer de mama, menstruaciones irregulares o que sean fumadoras. Además, en las mujeres sanas provoca diversas reacciones como cefaleas, vómitos, diarreas, excitación nerviosa, irritación de la piel, miomas ováricos, infecciones y alergias.

No obstante, es recomendado por los organismos internacionales -entre ellos, la OMS, Organización Mundial de la Salud- para su aplicación en el Tercer Mundo. Sin previa autorización gubernamental, fue probado en miles de mujeres brasileñas. Cuando estalló el escándalo, el responsable, un cierto profesor Eslimar Courinho de la Universidad de Bahía, se defendió argumentando que la aprobación de la OMS transformaba en superflua la opinión de las autoridades nacionales.

Pero es necesario ser ecuanímes y exorcizar, aunque sea levemente, la imagen satanizada que hemos ido dibujando de los países desarrollados. Poco tiempo atrás, la implantación de Norplant fue autorizada por Estados Unidos en su propio territorio, para aventar resquemores por la discriminación entre poblaciones de distintos países. No obstante, como nadie es perfecto, fue recomendado como la «solución para la pobreza de la población negra».¹⁰ «Norplant tiene una duración muy larga y puede ser controlado por cualquier funcionario de la justicia, que lo único que debe hacer es mirar el brazo de la mujer», festejaba el doctor George Annas, director del Programa sobre Jurisdicción, Medicina y Ética, de la Facultad de Medicina en la Universidad de Boston. En enero de 1991, un juez condenó a una mujer de veintisiete años -acusada de haber golpeado a sus hijos- con una pena consistente en «tres años de Norplant». Seguramente, resultó enteramente casual el hecho de que la condenada, además de mujer, era negra y pobre.

Pero no dejemos lugar a los malos entendidos. No somos contrarios a la planificación familiar, calificamos de regresivo el planteo de los fundamentalistas del Vaticano y de equivocado al pensamiento supuesta-

mente tercermundista, que equipara crecimiento demográfico con desarrollo. Al mismo tiempo, afirmamos que cualquier política que promueva el control de la natalidad, debe basarse, sin excepción alguna, en la más amplia difusión de la información científica sobre el tema, para facilitar la formación de una opinión fundada, y en el más estricto respeto de la libre decisión individual de los implicados.

David Cámpora. La presión demográfica que la población excesiva ejerce respecto a los recursos nutricionales limitados, constituye un factor selectivo natural y, como tal, motoriza la expansión y el crecimiento productivos, a través del incremento del trabajo y de las demás fuerzas productivas. Estas, al desarrollarse, perfeccionan progresivamente su eficacia para el mejor aprovechamiento energético de los nutrientes. Las dos «variables» -para expresarlo en términos de función matemática- población y capacidad de nutrición deben tender, en una hipótesis de eventual prosperidad biológica, a equilibrarse en una «ecuación» dinámica cuyos «términos» tiendan, a su vez, a alcanzar sus «valores» máximos posibles.

El argumento biológico que fundamenta esta «ecuación», partiendo de la aceptación moral intuitiva de que todo lo que tiende a incrementar la vida es positivo, fue formulado en forma insuperable por C. D. Leake:¹¹ «La probabilidad de supervivencia individual o de grupos de seres vivientes se incrementa con el grado en que se adaptan armónicamente entre sí y el ambiente». Por lo tanto, la tendencia a que debe aspirarse es hacia una población máxima y una subsistencia mínima, con provisiones exactamente suficientes para todos.

El hecho de que la humanidad, en toda su historia, no haya nunca dejado de incrementar sus números, no debe apresurar la conclusión de que este proceso no pueda tener un límite. La humanidad, si prospera, debe tender hacia un relativo equilibrio biológico, a través de la evolución cultural que promueva un relativo equilibrio energético con el medio. En ese proyecto global, el control de la natalidad, de acuerdo a una planificación familiar, desempeña un papel importante, aunque no exclusivo.

La regulación de la capacidad procreativa se constata en los niveles de la vida celular, de la vida de los organismos y de la vida de las poblaciones animales. En particular, en la especie humana ha sido sistemáticamente practicada desde nuestros ancestros más primitivos. De todo ello, parece inferirse que dicha regulación obedece a mandatos biológicos de carácter general, que aminoran la reproducción cuando ella reduce excesivamente el espacio vital o la posibilidad de nutrición de los individuos.

En las poblaciones humanas, la regulación se procesa, fundamentalmente, a través de la evolución cultural. Las modificaciones de la conducta sexual procreativa de una sociedad son demasiado rápidas y agudas, como para suponer que haya mediado un nuevo factor biológico en su desarrollo. Por el contrario, es notoria la enorme influencia inmediata que ejercen las variaciones económicas, materializadas en el trabajo y en el consumo, y las innovaciones sociales, reflejadas en la convivencia y en la gratificación personal. El grupo social, por sí mismo, en tanto organismo favorecido por las circunstancias concretas y liberado de regimentaciones tutelares estrictas, pareciera adquirir una plasticidad procreativa extremadamente eficaz y adecuada.

Gaby Weber. Quizá, el mejor ejemplo sea el de Cuba, cuya sociedad protagonizó una genuina explosión demográfica, después de la revolución, que elevó rápidamente su población de seis a diez millones, registrándose entre 1965 y 1970 una tasa de natalidad de 4,3 por ciento. Una vez que el gobierno dejó de estimular este crecimiento, inducido mediante la carencia de mecanismos anticonceptivos y la prohibición del aborto, la tasa de natalidad descendió bruscamente al 1,7 por ciento, en el período comprendido entre 1985 y 1990, constituyendo la tasa más baja de América Latina y similar a la de países con elevada calidad de vida como Japón, Noruega y España.

Y sin duda, el peor ejemplo contemporáneo es el de China, que mediante una planificación instrumentada durante décadas, a través de un monstruoso terrorismo de Estado, aplicado sobre las mujeres y los niños -infanticidios y abortos forzados hasta el octavo mes de embarazo- ha demostrado la imposibilidad de coartar autoritariamente el crecimiento poblacional de una sociedad. Al extremo de que existen hoy cien millones de campesinos excedentarios sobre los campos, aumentando su número a un ritmo de diez millones de personas anualmente, hasta el año 2000.

David Cámpora. La presión demográfica ha impulsado al ser humano a obtener mayor cantidad de nutrientes del entorno, mediante la intensificación artificial de la producción natural, a través de la aplicación de mayor cantidad de trabajo. Entonces, el intercambio recíproco cotidiano entre compañeros de caza y recolección, debió ser sustituido por la redistribución de los excedentes agrícolas obtenidos en las aldeas de cultivo. En ambos modos de producción, originalmente, se trataba tan sólo del reparto de todos los nutrientes producidos, entre todos los productores

de nutrientes, sobre la base inmovible de la más estricta igualdad de derechos. En el ejercicio de la indispensable función administradora -la «re distribución» de un excedente- derivada de las características propias del nuevo modo de producción de la vida, surgen los «grandes hombres» aldeanos¹² primer paso que conducirá progresivamente a formas cada vez más pronunciadas de desigualdad entre iguales.

Estos «grandes hombres» pasan a desempeñar un papel central en tres actividades sociales vinculadas con la regulación energética del grupo, que paulatinamente se institucionalizan: la intensificación de la producción, la redistribución de los excedentes y la organización de expediciones comerciales y militares contra otras aldeas, lo que deriva, a su vez, en el surgimiento de la «jefatura» intensificadora, redistribuidora y guerrera.

Cuanto más se intensifica la producción, más productos hay para redistribuir, mayor tamaño alcanza la población, mayor intensidad cobra la guerra, mayor es la complejidad y el poderío de los «jefes», que adoptan formas asimétricas de redistribución, reteniendo porciones cada vez mayores del producto social. Esta acumulación brinda los medios materiales para obligar a los productores -mediante la mistificación de los campesinos, que siguen siendo los exclusivos productores de nutrientes- a intensificar aún más la producción. La contribución excedentaria cesa gradualmente de ser voluntaria y empieza a tener el carácter de tributo, momento en que la «jefatura» pasa a adquirir el carácter de Estado.

A medida que el rango social -multiplicado en parientes y burócratas- pasa a tener importancia económica, se exacerban las relaciones competitivas en el seno del grupo y los privilegios suntuarios pasan a ser cada vez más pronunciados, creciendo simétricamente la pobreza como una consecuencia «natural».

Gaby Weber. En las sociedades primitivas que no utilizaban aún el dinero, los bienes no circulaban con la finalidad de la acumulación de capital, sino para el abastecimiento y, subsidiariamente, para demostrar un estatus. El don o regalo contribuía a conservar la paz entre grupos vecinos, de los cuales unos eran ricos y otros pobres, al atenuar la desigualdad y tender a equiparar sensatamente los consumos.

En las sociedades preindustriales, que vivían principalmente de la agricultura, con características similares a una pequeña organización estatal, surgió la institución de la limosna. Se dio, por ejemplo, entre los egipcios, los judíos, los griegos y los romanos. En Europa central, durante el feudalismo medieval, la pobreza adquirió carácter de rango social, de la

misma manera que los albañiles, maestros, nobles y reyes. El excedente de la cosecha era distribuido entre los pobres, personalmente por el señor o a través de los monasterios, que funcionaban como instituciones sociales con sus hospitales, hogares de pobres y ollas populares. Los pobres vivían en el campo, pues allí se encontraban los monasterios, donde acudían a solicitar ayuda, alimento y alojamiento, en especial durante las festividades. Del mismo modo, las herencias eran parcialmente redistribuidas entre los pobres, en carácter de limosna.

Este mecanismo social fue utilizado regularmente, salvo durante las guerras y las epidemias de lepra y peste, hasta el siglo XIV. Con la aparición del dinero como medio de cambio, en la Florencia de los Médici, los teólogos comenzaron a cuestionar la institución de la limosna, en tanto prestación obligatoria, del mismo modo que se cuestionaban la rígida jerarquía feudal, la prohibición católica de cobrar intereses y la expropiación de las herencias a la familia. Se abrían, ahora, las puertas al desarrollo profesional personal, a la acumulación del dinero como ahorro y a la inversión del capital en procura de ganancia monetaria.

A partir del surgimiento del capitalismo, a inicios del siglo XV, empezó lentamente a abolirse el sistema de la limosna. Los luteranos y los humanistas aliviaron a la Iglesia de esa responsabilidad, que pusieron a cargo de la ciudad y del Estado. La burguesía de las ciudades forzó a los pobres a registrarse en listas, para autorizarlos a recibir ayuda, lo que equivalía a prohibir la mendicidad. Como no podía ser de otra manera, este creciente despojo del derecho a la alimentación, culminó con la expulsión de los mendicantes de las ciudades, considerándolos criminales. A partir del siglo XVI, se fundaron los reformatorios y las cárceles, donde se encerró a los mendigos, forzándolos a trabajar. Los pobres, que en la teología medieval encarnaban la «cara de Cristo»¹³ se vieron convertidos en criminales, pecadores y haraganes.

Luis Mattini. El capitalismo nació en Barcelona, Génova y Siena, que constituían las más ricas bases culturales de la época, heredadas de griegos y latinos. La lógica del materialismo histórico habría hecho suponer que España e Italia deberían ser hoy los países capitalistas más avanzados. Sin embargo, el desarrollo del modo de producción buscó su cauce a través de regiones más atrasadas, ya que Inglaterra, Alemania y el Norte de Europa eran considerados «bárbaros» por el esplendor greco-latino.

Se ha alegado que el capitalismo anidó en las favorables condiciones temperamentales de esos pueblos «bárbaros», lo cual es verdad, pero no

debe olvidarse que esas condiciones no se producen a partir de una «innata» laboriosidad y un carácter inclinado «naturalmente» a la disciplina, así como no es tampoco verdad, que exista una «natural» predilección por la vagancia en los pueblos latinos, derivada de su tradición esclavista que desvalorizó socialmente el trabajo manual.

La condición cultural que hizo posible el nacimiento del capitalismo fue resultado de las elaboraciones ideológicas del alemán Martin Luther y del francés Jean Calvin. El protestantismo vino a satisfacer las necesidades psicológicas del individuo atemorizado, desarraigado y aislado, que se vio forzado a relacionarse y orientarse en un desconcertante nuevo mundo. Los rasgos desarrollados como reacción ante la amenaza de las nuevas circunstancias económicas, lentamente fueron siendo transformados en valores positivos, que potenciaron al nuevo desarrollo económico. Según Erich Fromm¹⁴ la nueva estructura del carácter que derivaba de los cambios sociales y económicos –tendencia compulsiva hacia el trabajo, pasión por el ahorro, disposición para hacer de la propia vida un simple instrumento para los fines de un poder extrapersonal, ascetismo, sentido compulsivo del deber– llegaron a ser fuerzas eficientes en la sociedad capitalista.

Engels explicó que «la imposibilidad de exterminar a la herejía protestante correspondía a la invencibilidad de la burguesía en ascenso».¹⁵ El primer gran empuje lo dio la Reforma de Luther, en Alemania. Pero allí, la burguesía no tenía fuerza suficiente para unir bajo su bandera a los demás estamentos rebeldes, plebeyos de las ciudades, nobleza baja rural y campesinos. Derrotada por el ejército feudal, Alemania desapareció, durante tres siglos, de la tribuna política internacional. Pero, Calvin puso en primer plano el carácter burgués de la Reforma y republicano y democratizó a la Iglesia, suministrando «el ropaje ideológico para el segundo acto de la revolución burguesa, que se desarrolló en Inglaterra».

Por cierto, Marx y Engels señalaron la importancia ideológica que tuvieron el luteranismo y el calvinismo, pero la tradición marxista, en general, ha recogido sólo los aspectos intrínsecamente políticos. De ellos, ha derivado cierta euforia en la consideración de las gestas de ambos, que ha dejado una imagen revolucionaria superadora del cristianismo católico. De hecho, frecuentemente se considera al protestantismo como un progreso frente al catolicismo, no sólo en términos políticos, lo que es indudablemente cierto, sino también como aporte al desarrollo del espíritu humano, lo que considero que es profundamente erróneo.

Una reflexión insuficiente, respecto a la influencia de la acción luterana y calvinista en el espíritu del ser humano, pasa por alto la negatividad

social implícita en esas doctrinas. Desde los puntos de vista de la filosofía y de la psicología, constituyen una severa regresión frente al catolicismo, aun al de la Inquisición. Quizás por ello, a los marxistas nos ha resultado difícil explicarnos cómo, en los años sesenta, pudieron surgir corrientes revolucionarias cristianas del catolicismo «retrógrado» y no del «progresista» protestantismo.

Mientras que el catolicismo predicaba que los sufrimientos terrenales serían compensados en la vida eterna, que la gracia de Dios se obtenía mediante la bondad y la fé y que la absolución purificaba al confeso, el protestantismo aseguraba que la salvación -y, por ende, la condenación- estaba predeterminada arbitrariamente por Dios, sin existir manera de conocer o favorecer su voluntad, pero que el esfuerzo moral y la vida virtuosa podrían ser señales de quiénes eran los elegidos. De este modo, el éxito llegó a ser signo de gracia divina y el fracaso, el de condenación. Los pobres, que, desde hacía diez mil años, se «amontonaban» cada vez más y continuaban caminando en procura de nutrición, pudieron finalmente ser convencidos de que su situación no tenía remedio y de que el único responsable de sus penurias era nada menos que Dios.

David Cámpora. En definitiva, las grandes religiones mundiales -confucionismo, taoísmo, budismo, cristianismo e islamismo- prosperaron porque las clases dominantes se beneficiaban materialmente de ellas. Al espiritualizar el drama de los pobres, desembarazaban a los ricos de la obligación -natural- de proporcionar los remedios materiales a la pobreza. La redistribución se espiritualiz , procurando soluciones de tipo contemplativo y asc tico, y los «grandes hombres» redistribuidores se convirtieron, por unanimidad, en grandes creyentes.¹⁶

Mario De León. En la actualidad, los pobres del Tercer Mundo no tienen ninguna posibilidad de participación económica para aliviar su condición, en virtud del estancamiento característico de esta fase del modo de producción capitalista. Entonces, aquel «ropaje ideológico» del capitalismo expansivo, basado en Luther y Calvin, no se escucha más. Se ha esfumado en el aire aquel mensaje estimulante, que el capitalismo inyectaba a los trabajadores cincuenta años atrás, cuando un obrero calificado podía vivir cómodamente de su sueldo y culminar su trayectoria laboral disfrutando de cierto bienestar.

Las ciudades más europeizadas de América Latina, Buenos Aires, Montevideo y Santiago, se contagian aceleradamente de las características

comunes a las ciudades brasileñas, venezolanas y peruanas. En las villas miseria habitan, no sólo el desocupado permanente y el *lumpen*, como antes, sino también obreros fabriles y de la construcción, empleados públicos, policías y maestros.

El permanente estrés individual, generado por la angustiada búsqueda de salidas a un problema que carece de solución, y la desesperación provocada por la reiteración sin límites de los fracasos sucesivos, conduce a estados de aguda disolución personal y social. Muchos niños -en Brasil son veinticinco millones- son abandonados por sus padres y viven en las calles de las ciudades. Todos los niños pobres -que en Uruguay llegan al cuarenta y seis por ciento- deben trabajar hasta catorce horas por día. Un gran porcentaje de las mujeres, que generalmente son jefas de hogar, resultan víctimas de la violencia sexual y el incesto es frecuente en el grupo familiar. Muchas niñas de entre diez y once años son violadas regularmente por su padrastro, con la tolerancia de la madre, transformándose en prostitutas profesionales, tan pronto como comprenden que aquel abuso puede generar una compensación económica y convertirse en un servicio. La prostitución infantil del varón, siendo menos frecuente por la estructura machista de la sociedad, tampoco es inusual. Además, la difusión de la drogadicción en estos sectores, actuando como un verdadero solvente, ha deshecho hasta las mínimas pautas sociales de convivencia y de respeto mutuo.

Toda agrupación de seres humanos, de la índole que fuera, siempre ha elaborado determinados códigos normativos de la conducta individual, que resultan indispensables para la funcionalidad del grupo, aunque más no sea para asegurar la inmediata supervivencia.

Los grupos marginales de la sociedad son aquellos que están integrados por individuos, que viven en condiciones de penuria existencial, desde tiempo atrás, frecuentemente a raíz de su traslado laboral del campo a la ciudad. Procuran el sustento diario a través de ocupaciones ocasionales, pequeños trabajos y servicios y recolección de desperdicios para su clasificación y reventa. Sus códigos están fuertemente cimentados por la tradición colectiva de la villa y todo el grupo se caracteriza por una resignación que ha olvidado la tristeza.

Los grupo marginados, en cambio, se integran con individuos recientemente expulsados, en forma súbita y traumática, del sistema productivo, que no han perdido aún el hábito y el deseo de trabajar. Generalmente, se dedican al comercio informal en las calles céntricas de la ciudad. Sus códigos, poco funcionales en la villa, conservan las características gene-

rales de la vida ciudadana regular y los individuos se esfuerzan por superar de alguna manera su actual situación. Sus hijos pequeños, al crecer en la villa miseria, reproducen las características culturales de los habitantes marginales.

Se hace así notorio, el acierto marxista al describir la cultura proletaria, esto es, el hábito del trabajo industrial, que da lugar a una cultura obrera original -distinta de la cultura campesina- y que es difundida a todo un barrio. La decadencia del modo de producción induce, naturalmente, a una pérdida de ética en toda la sociedad, pues la moral proletaria es producto del capitalismo y se sostiene a partir de la sustancial dignidad de vivir de su trabajo, de producir su vida. El obrero desocupado, ante la pérdida de su tradicional puesto permanente de trabajo, sufre una doble conmoción emocional, profundamente desestabilizadora y desintegradora de la personalidad, consistente en la falta de seguridad respecto a la diaria nutrición y en la falta de las relaciones de cooperación con su grupo laboral. El individuo, en forma similar a lo sucedido a las muchedumbres errabundas medievales, se encuentra nuevamente atemorizado, desarraigado y aislado.

El desarrollo de su actividad económica de emergencia en el sector informal implica la pérdida cultural, en tanto elementos connaturales del trabajo asalariado, de todos los beneficios conquistados por la clase obrera, a lo largo de quinientos años de lucha sindical. En efecto, la economía informal se torna competitiva, dentro de los márgenes cualitativos y cuantitativos del estrecho resquicio que logra abrir en el mercado, en base a sus menores costos en la utilización de la fuerza de trabajo. No se pagan salarios o licencias, seguros de enfermedad, de accidentes o de paro, ni aportes jubilatorios, no hay días de descanso, la mano de obra carece de calificación y, en enormes proporciones, es infantil, no existen gastos de instalación, exhibición, publicidad, seguridad o higiene y no se pagan tributos.

Gaby Weber. En Bolivia, se ha formado una nueva burguesía chola. Las vendedoras callejeras han capitalizado sus ganancias -provenientes de la penuria de un trabajoso contrabando hormiga desde Chile y de la increíble capacidad de estas mujeres para administrar su esforzado negocio- estableciendo costosos puestos fijos en los mercados. No alteran en absoluto su apariencia personal ni su actividad social, ni cambian su peculiar forma de comerciar. Pero, en el barrio humilde de La Paz donde han adquirido su propia vivienda, el precio actual del metro cuadrado de los predios es

superior al de los barrios tradicionales de la burguesía blanca, como Sopocachi y Obrajes.

Esta burguesía chola interviene activamente en política y los candidatos indígenas de cutis oscuro han comenzado a arrasarse en las elecciones. Muchos militantes de la izquierda buscan su cercanía, suponiendo que, por su raza maltratada y su esfuerzo laboral, representan los genuinos intereses del pueblo. Para su sorpresa y frustración, estos nuevos agentes políticos no expresan todavía la tendencia de sus ideas, salvo algunos que expusieron planteos con elementos del fascismo.

Mario De León. La economía informal constituye, en realidad, un reciclamiento marginal de la competitividad económica y es una manifestación característica de la etapa decadente del capitalismo. En Uruguay hay empresas, como algunas del ramo del plástico, que ocupaban a ciento cincuenta obreros y cuyos dueños, para eliminar de sus costos de producción las cargas sociales, procedieron a cerrar la fábrica, «prestando» las máquinas a los trabajadores. El capitalista reserva para sí la tarea administrativa y el manejo de la cartera de clientes. El fabricante industrial se ha convertido, de la noche a la mañana, en intermediador comercial, desapareciendo para él los gastos empresariales y los riesgos de la producción.

En la actividad industrial, se registra un importante retroceso tanto en la calidad como en la tecnología, lo que conduce hacia un progresivo deterioro de la capacidad técnica media del obrero, quien deja de recibir formación, a través de su trabajo, mediante la transmisión de conocimientos. E incluso, se diluyen progresivamente la responsabilidad y la honestidad laboral, que fueron características del trabajador asalariado durante la etapa ascendente del modo de producción.

El resto de la población también sufre las consecuencias negativas de la economía informal. Los pequeños y medianos comerciantes, instalados en locales y pagando salarios e impuestos, no pueden sostener su presupuesto ante una competencia que consideran desleal. Los consumidores se perjudican por la pérdida del control estatal respecto a la calidad, fiabilidad e higiene de los productos que adquieren. Las zonas céntricas de las ciudades adquieren rasgos caóticos de «mercado persa», con los inevitables inconvenientes de suciedad, bullicio, incomodidad e inseguridad para los ciudadanos.

Luis Mattini. Ha perdido vigencia el modelo teórico de la construcción del socialismo, sobre la base de la expropiación de los medios de producción de una sociedad industrial, de la «cultura chimenea». Si ese proletariado tenía la misión histórica de emancipar a la humanidad, ha desperdiciado su oportunidad, porque ya transcurrió la época de la sociedad industrial. La sociedad «posindustrial» no parece ser otra cosa que el resultado de la revolución científico técnica, que impregna a toda la realidad contemporánea.

El desafío consiste, entonces, en recrear al sujeto histórico, a partir de la comprensión profunda de la nueva realidad. Pero, aprendiendo de los errores conceptuales incurridos, es menester no «predeterminar» a otro sujeto, encandilados por la inexorabilidad de «leyes objetivas». En diversos medios políticos, algunos un tanto impacientes y otros sobre todo frívolos, se ha improvisado una apresurada postulación de improbables candidatos: las capas medias, las mujeres, las etnias oprimidas, los marginados.

Andrés Pascal. El anterior sujeto histórico social popular, revolucionario o no, entró en crisis, debido a los cambios registrados en la economía y en la estructura social, y a las falencias de los grupos políticos y de las propuestas ideológicas. Pero en el seno de esta crisis, asoman algunos rasgos positivos que pueden estar anunciando, a través de indicios, los fermentos y las simientes de un nuevo sujeto histórico.

Recuperando el sentido original del término proletario, que es el que no tiene propiedad, el que no es vecino de un lugar y que sólo tiene a su prole como único bien, podemos apreciar las diferencias que median, entre quienes antaño eran los desposeídos y los actuales integrantes de la clase obrera industrial, en la etapa final del modo de producción.

Antes, el obrero fabril vivía en las proximidades de la fábrica, integrando su propio barrio obrero organizado y concurría regular y frecuentemente a su sindicato, que fungía como club social, seguro laboral, escuela primaria e institución cultural. Este mundo propio, funcional y acogedor, digno y activo, pleno de participación grupal y racionalidad organizativa, se derrumbó sorpresivamente, convirtiendo a un pueblo trabajador en un confundido montón de escombros: en cesantes.

Las formas de desposesión de la sociedad actual son totalmente distintas de las anteriores. Tienden a desposeer a una gran masa de población, que incluye al trabajador en general, en sus distintas expresiones, lo que aporta una variedad, una heterogeneidad cultural. A las poblaciones va afluyendo, también, la clase media empobrecida que aún conserva su televisor, su video y su trabajo.

Se trata, cada vez más agudamente, de una ciudad dividida entre el barrio alto y el resto popular. El barrio alto se va rodeando de policías privados, se organiza en condominios amurallados, con escuelas exclusivas y servicios propios, cerrándose sobre sí mismo y configurando, al mismo tiempo, la periferia exterior, donde habita y labora el resto de la población de escasos recursos.

Una creciente violencia generalizada empieza a instalarse en la sociedad, por distintas vías y con diversas formas, problematizando al extremo la convivencia social. El retroceso en la legislación laboral pone a disposición del capital instrumentos para una mayor explotación y dominio. La economía informal se desenvuelve en un clima de competencia salvaje, rozando frecuentemente a la economía delincinencial, a través del contrabando, la adulteración, la apropiación y el narcotráfico. Como cada día resulta más difícil y riesgoso robar a los ricos, las víctimas pasan a ser, transgrediendo el código ético del hampa, aquellos de entre los pobres que son un poco menos pobres. El incremento de la delincuencia conlleva el aumento de la inseguridad. En los escasos desahogos de la vida cotidiana, en los estadios, en los bailes y en los festivales de música, también se manifiesta la violencia entre las personas. La pérdida de legitimidad y eficacia de los aparatos de la policía, de la ley y de la justicia, prestigio y promueve la aplicación del castigo por la propia mano.

El modernismo aportó a la humanidad una serie de beneficios, garantías y valores que los individuos contemporáneos adoptan con entera naturalidad cultural, como si fueran elementos presupuestos en cualquier sistema convivencial. La disminución, ineficacia o desaparición de la seguridad en la calle y en la propia vivienda, de la salubridad pública y de la regulación estatal de la normativa social, aparejan un desconcierto ciudadano que empuja hacia la disociación, el individualismo y el aprovechamiento oportunista de cada situación.

La relación del Estado con los ciudadanos se deteriora, al punto de adquirir gestos de brutalidad. Abandona la función protectora de los miembros más débiles de la sociedad, como la mujer, los menores, los ancianos, los enfermos, los discapacitados y los inadaptados. Se reducen los presupuestos para los juzgados de familia, para la salud y la enseñanza, se rebajan las jubilaciones y las pensiones, se abandonan los hospitales, las escuelas y los albergues. Las cárceles se transforman en campos de concentración para pobres.

La relación del Estado con la actividad económica se vuelve distante, al punto de renunciar a la función reguladora. El proyecto neoliberal, en

consonancia con las presiones de los organismos internacionales desaconseja toda intervención estatal, a través de promociones, subsidios y restricciones, que sí son bienvenidas y profusamente aplicadas en los ordenados países industrializados.

Durante la fase expansiva del modo de producción, el Estado fuerte cumplía funciones reguladoras en la economía, para orientar el crecimiento mediante la promoción, para absorber coyunturalmente la mano de obra sobrante y para atenuar racionalmente la explotación excesiva. El Estado protector daba materialidad a la idea, sustantiva del trabajo asalariado, de que todos los seres humanos son iguales ante la ley, ante la justicia y ante la represión. Y el Estado benefactor resultaba un producto natural secundario de la lucha de clases, graduando la redistribución del producto para regular el mantenimiento de la tranquilidad social.

La actual reconversión del Estado acompaña con coherencia a la reconversión del capitalismo. El concepto de soberanía, por ejemplo, es sustituido por el de autonomía, que resulta más adecuado para la transnacionalización del proceso productivo. La dependencia económica de los países periféricos se transforma en una especie de administración provincial del imperio.

El Estado, mediante el apocamiento de su estructura, busca la forma más adecuada de funcionalizar la nueva fase decadente del capitalismo. Así como el modo de producción abandona a su suerte, excretándola de la economía, a una gran masa de población empobrecida, del mismo modo, el Estado se desentiende de las necesidades sociales de esa misma masa. De tal forma, el nuevo Estado resulta funcional al modo de producción. No es que haya dejado de funcionar, sino que funciona de una distinta manera para lograr distintos fines.

Gaby Weber. El parlamento y la justicia, pilares de la democracia clásica en tanto conserven su independencia respecto al poder político, no sólo han perdido toda eficacia, sino que desaparecen del escenario institucional. En Argentina, país *trucho* por excelencia, donde la corrupción oficial parece constituir la más acendrada tradición nacional, a la escandalosa connivencia de la judicatura con el Ejecutivo ha sumado últimamente la falsificación de diputados, que sustituyen a los verdaderamente electos cuando éstos no hacen *quórum* para aprobar determinadas leyes.

La investigación y la denuncia periodísticas, como las realizadas por el diario de izquierda *Página 12* y otros medios, intentan remplazar la

función omisa de los poderes del Estado y ocupan parcialmente el vacío de control provocado en la sociedad. Los escándalos del Swiftgate, del Yomagate, de la leche contaminada, de los autos para lisiados y de los billetes de curso legal sin numerar, parecen ir resbalando, sin mayores consecuencias, sobre la dura epidermis de la ciudadanía argentina. El horror recientemente desnudado en el hogar para oligofrénicos «Montes de Oca», donde la comercialización de córneas, sangre, órganos y bebés se reitera desde hace quince años, brutalizando a los miembros más desprotegidos de la sociedad hasta inconcebibles límites de crueldad, tampoco ha logrado arrancar un grito de indignación, de vergüenza o de responsabilidad a la comunidad. Así, cada escándalo cumple su ciclo de notoriedad, hasta ser desplazado por el siguiente, extinguiéndose entonces lentamente, impune y sin memoria.

Mario De León. Por su lado, esa masa socialmente expulsada y abandonada, se ingenia para sobrevivir. En las viviendas cooperativas por ayuda mutua y en los barrios humildes, los pobladores se organizan en guardias rotativas armadas, a veces tan sólo con garrotes, que constituyen verdaderas y eficaces policías internas. Y levantan alambradas protectoras alrededor de sus predios, para distinguirse, distanciarse y defenderse del elemento *lumpen*, que merodea siempre en las cercanías, tolerado y utilizado -en la economía delincencial y en el proselitismo electoral- por la policía y los políticos, mezcladamente.

La auto organización popular también se manifiesta en la protección de los menores, mediante la formación y el mantenimiento de comedores infantiles, que se nutren del esfuerzo cotidiano no remunerado de los vecinos y de las donaciones, un poco compulsivas, de alimentos por parte de los pequeños comerciantes de la zona. Se construyen y atienden policlínicas barriales y locales escolares, que sufren metódicos atentados por parte de los *lumpen*.

Un aspecto menos edificante, pero gratamente productivo, está constituido por la colaboración ocasional con el narcotráfico. Una empleada doméstica brasileña, por ejemplo, que es el sostén de su familia, cobra veinte dólares por mes por su trabajo. Para procurarse un ingreso extra, distribuye cocaína en la casa donde trabaja, vendiéndosela a los hijos de sus patrones. A ello se debe que la policía obtenga tan escasa colaboración de los habitantes de las favelas, cuando rastrear allí a los narcotraficantes. Y resulta habitual que los traficantes de narcóticos abatidos en enfrentamientos con la represión sean canonizados como santos populares.

Andrés Pascal. Los desposeídos tienden a confluír naturalmente en territorios comunes y en condiciones de vida similares, aportando en la convivencia el contraste de sus heterogeneidades cultural y de composición social. Es posible que, a partir de idénticas vicisitudes, se procese una nueva cultura proletaria, que les otorgue una visión de vida, una afirmación de identidad y una escala de valores comunes. De tal manera y superando grandes dificultades, pienso que es posible que se conforme primero y se establezca después el nuevo sujeto social, que deberá cristalizar sus aspiraciones en una nueva forma organizativa política, para ser capaz de potenciar la lucha revolucionaria.

Mario De León. Parte de la izquierda radical reedita actualmente un error de apreciación, padecido durante los intensos años sesenta, que atribuía a la población marginal -desocupados permanentes y *lumpen*- una conciencia revolucionaria «natural», que se originaría en la condición de extrema miseria, en la imposibilidad de salir de ella y en la habitualidad de recurrir a la violencia armada para procurarse el sustento. Todo lo cual, pensamos ahora, constituía una arriesgada improvisación teórica, acerca de supuestos efectos impulsores que se atribuían a las situaciones irreversibles de miseria y a la desesperación por «no tener nada que perder más que las cadenas».¹⁷ Atreverse a definir la identidad del nuevo sujeto revolucionario a partir de consideraciones similares, desconociendo el efecto aceleradamente embrutecedor y envilecedor que provoca la miseria continuada, sólo puede calificarse de aventurado voluntarismo. La izquierda encuentra muchas dificultades para orientar, en forma auténtica y sistemática, el indispensable trabajo político de sus militantes hacia las masas desposeídas. Por un lado, carece de herramientas teóricas adecuadas -porque aún no han sido elaboradas- para instrumentar con eficacia su proyecto y su discurso dirigidos a esa masa. La excelente experiencia acumulada en el trabajo anterior, que estaba dirigido a los trabajadores, los estudiantes, las capas medias y los intelectuales, parece totalmente inadecuada para el nuevo destinatario. Este se muestra agresivamente reacio a llenar sus oídos con palabras como «lucha de clases», «plusvalía», «explotación» y «sindicatos», reclamando como *leit motiv* algo para comer y cuando no se les da, lo roban. Tampoco pueden permitirse el lujo de una conciencia ecologista y no se conmueven por los derechos humanos, salvo que sean los propios e inmediatos.

Una expresión concreta de ese desajuste puede apreciarse en la forma de encarar, por la cultura política de masas anterior y por la actual, el

problema crucial de la falta de vivienda. La concepción clásica del sindicalismo afirmaba que, dedicar esfuerzos organizados para encarar la solución del problema de la vivienda para el obrero, era reformismo. Con la difusión del mecanismo de las viviendas cooperativas se logró superar aquella limitada concepción. El esfuerzo comenzaba por organizar a la gente necesitada, creando una cooperativa y dando cumplimiento a una serie de requisitos legales. Luego se iniciaba la construcción del salón comunal, símbolo del fruto de la cooperación grupal. Pero la realidad actual tiene exigencias más pronunciadas para aplacar una necesidad impostergable. Hoy, el desalojado no se complica con esquemas organizativos ni con trámites y formularios. Simplemente ocupa el predio, con efracción, nocturnidad y alevosía, levanta una vivienda precaria de inmediato y trata de ir mejorando a la medida de sus posibilidades. Defiende su «propiedad» con uñas y dientes, ante cualquier tipo de amenazas y, enfrentado a situaciones de hecho sobrevinientes, recién entonces se preocupa por buscarles alguna solución organizativa.

Gaby Weber. La izquierda pendula entre una ingenua idealización y un rechazo despectivo de las características que exhibe actualmente la masa de los pobres. Por ejemplo, gran parte de la izquierda alemana manifiesta abiertamente su desprecio por los polacos y rumanos miserables, que han inundado «sus» calles y «sus» tiendas, imponiéndoles un aspecto caótico de bazar, olfateando la posibilidad de negocios o contrabandos. Les molesta que formen largas filas delante de las puertas de los almacenes más baratos, que sólo ingieran *fast food* y se vistan con telas sintéticas. Y que procuren y disfruten algunas ofertas del capitalismo que la izquierda ha rechazado hace ya mucho tiempo. Son consumistas empedernidos, entusiastas del pornovideo, impermeables al ecologismo, machistas ellos y ellas ajenas al feminismo. Y sordos todos como tapias al reclamo de la «lucha de clases» y el «esfuerzo sindical», que consideran «verborrea del socialismo real» del que vienen, precisamente, renegando.

En todas partes del mundo, la izquierda militante, aún la radical, se ha nutrido fundamentalmente de las capas medias. Y con ellas comparte, sin admitirlo, la necesidad del respaldo de una ordenada convivencia que los pobres destruyen, el prurito de una moral que los pobres ignoran y el afán de una seguridad personal contra la que los pobres atentan. Con una desleída ambigüedad que le es peculiar, organiza su comodidad doméstica, en Alemania, mediante el empleo un día a la semana de una limpiadora polaca, mientras que en el Tercer Mundo -sin lavarropas

automáticos- requiere, para los mismos fines, una sirvienta mensual de -puerta adentro-.

Una muestra de las características socio económicas de la militancia de izquierda, es brindada por la estadística de los participantes en la convención del Partido de los Trabajadores, realizada en São Paulo, en noviembre de 1991. El sesenta y ocho por ciento de los convencionales tenían la piel blanca, el setenta y uno por ciento habían cursado la enseñanza secundaria y el ochenta y cinco por ciento percibían más de cuatro salarios mínimos. La realidad, es decir, el resto de Brasil, tiene una estructura diferente. El cuarenta y siete por ciento de la población tiene la piel oscura, el noventa y tres por ciento no cursó la secundaria y el setenta por ciento percibe menos de tres salarios mínimos. Este contraste, proporcionalmente tan pronunciado, entre los militantes políticos y los trabajadores -cuyos intereses de clase aquéllos aspiran a representar genuinamente- perturba el eficaz desarrollo de la función concientizadora y organizativa del partido respecto a la masa.

David Cámpora. Cuando la sobrevivencia del individuo se encuentra tan comprometida, que se resuelve directamente mediante una urgente mejora nutricional y de cobijo, el reclamo de la vida adquiere un ritmo distinto, una estridencia particular y una imperiosidad biológica inmediata -quiero decir, que no tolera ningún otro elemento, de la índole que fuera, interpuesto entre la necesidad y su satisfacción- que no llegan a ser percibidos por los militantes de la izquierda. A tal grado que, cualquier proyecto o iniciativa de índole política que funde su argumento en la necesidad perentoria de paliar esa penuria, es de inmediato catalogado como una preocupación social benefactora paralela o como una desviación de la actividad política hacia el reformismo.

Si prestamos atención a la afirmación de Marx, de que ningún modo de producción puede ser sustituido por otro, hasta que se desarrollen totalmente las fuerzas productivas que caben dentro suyo.¹⁸ Si observamos, como señalaba Pedro Vuskovic, que el padecimiento popular en América Latina no es causado por la falta de riqueza del sistema, sino por la impresionante desigualdad en la distribución de esa riqueza. Si compartimos la idea de que, aun dentro del modo de producción, es factible obtener resultados favorables parciales en la modificación de la selección y de la distribución de los productos, mediante la aplicación organizada de radicales presiones multitudinarias. Y si reconocemos, en forma autocrítica, que el nuevo proyecto político revolucionario debe poner el

acento en las genuinas apetencias y aspiraciones colectivas de la población.

Podremos entonces imaginar, desde un punto de vista estratégico, que las manifestaciones más radicales en el comportamiento de la población y las conductas más explosivas en la reacción de los individuos, lograrán ser formuladas en expresiones organizativas revolucionarias, en tanto se fijan como primera meta inmediata la satisfacción de la necesidad básica de subsistencia. A partir de esa cristalización, las masas organizadas y activas concederán razón a los temores del imperio, pues serán capaces de constituirse en el implacable nuevo enemigo. Un enemigo que no pretenderá suplantarlo, encaramándose en el pedestal de sus privilegios, sino derribar definitivamente el pedestal mismo, derogando toda posibilidad de futuros privilegiados.

«Quedamos cara a cara con el problema más dramático del país, tal vez el mayor de toda su historia: la pobreza a la que ha sido relegada la mayoría de su población y el hambre -un hambre como nunca existió aquí- para vastos sectores de ella. No podemos decir que es imposible hacer nada más que protestar, frente a esto. Una poderosa unión se ha dado en los uruguayos para sacar adelante medidas radicales y dramáticas, tanto como dramática es la situación. Pueden salir varias leyes que ataquen las fuentes mismas de la pobreza, como el latifundio, como la especulación de los bancos, a la vez que de socorro inmediato, que lleven una solución de emergencia para la desocupación, los bajos salarios, las bajas jubilaciones y pensiones. Riqueza en el país hay para eso, riqueza hay ya hoy, sin necesidad de crecimiento previo, como para distribuirla entre los sectores más empobrecidos. Sólo se necesita una gran lucha popular para sacar esto adelante.» Así se expresaba, por escrito, dada su incapacidad para hablar, Raúl Sendic, tupamaro, el 14 de marzo de 1985, día en que salió de su última prisión.¹⁹

VI. UNA EXPERIENCIA CONCRETA

René Dreifuss. En la misma línea de pensamiento, resulta afirmativo ponerse a reflexionar, en la hipótesis fantasiosa de que un gobierno popular tuviera cierto margen de acción, cómo se las ingeniaría para encarrilar un modelo de desarrollo. Esto es, si estuviésemos en situación de poder empezar a hacer, por dónde y qué empezaríamos a hacer, de tal manera que, mediante nuestra práctica concreta, ganásemos la oportunidad de poder seguir haciendo.

El primer condicionante que debe ser evaluado consiste en el tiempo disponible. Supongamos que es de cinco años, como el que establece la Constitución brasileña para el período gubernativo. Insumirá un año conocer la situación y otro más, preparar el trabajo. Restarán sólo tres años de gobierno efectivo. En tres años no se puede realizar la reconversión de una estructura productiva y de una estructura social, ni procesar la transformación de las mentalidades, de las prácticas administrativas, de las costumbres sociales y de la conciencia colectiva.

En consecuencia, la oportunidad debe ser aprovechada por el gobierno, no para preparar la reelección, sino para hacer medir su capacidad y su eficiencia por la población, creando mecanismos fiscalizadores de total transparencia y autonomía. Debe jugarse enteramente a la posibilidad de construir algo muy nítidamente positivo, contando tan sólo con los esmirriados recursos y el escasísimo tiempo que la realidad le conceda. Y, de ninguna manera, escamotear la responsabilidad por su eventual incapacidad, disimulándola tras los inconvenientes que, sin falta, la oposición le creará.

Sólo podrá demostrar capacidad y eficiencia, si ataca ciertas áreas que constituyan básicamente los puntos de inflexión posibles, los *turning points*, dentro del tiempo limitado de que dispone para desarrollar sus directrices. Pero no se trata de establecer solamente las bases, en uno u otro sector, sino que debe ser capaz de obtener resultados concretos, que la población incorpore en su práctica cotidiana, en su día a día, como

mejoras sensibles de su calidad de vida. Y esto es verdaderamente difícil.

¿Cuáles podrían ser esos puntos decisivos? Podría establecer experiencias piloto en la estructura rural, con diferentes y variadas formas de organización de la producción, de distribución, de propiedad, de tecnología y de trabajo. Experiencias que no provoquen la caída de la producción del nivel en que se encuentra en ese momento. Sin afectar la estructura vigente, establecer polos diferentes, que sean capaces de mostrar eficacia y eficiencia, mediante un sentido de uso, de producción, de consumo y de vida diferentes.

El problema agrario es un paquete económico, social, tecnológico, político y cultural que es autocontenido. Pero, al mismo tiempo, no está disociado de una serie de otros paquetes: el industrial, el urbano, el científico universitario, el institucional administrativo nacional y el institucional administrativo local. Estos movimientos en la estructura agraria tienen que ser acompañados de otras medidas y en la estructura urbana hay, ciertamente, cosas que se pueden hacer en esos tres años.

Hay espacio para una reorganización industrial, una renovación no solamente de lo que se produce, sino de cómo se produce, de qué tipo de producto se obtiene, su calidad, la forma en que se realiza, el tipo de maquinaria que entra en juego, la relación del individuo con el proceso productivo, con la máquina, con los sistemas de operaciones. Reorganización industrial que significa una reforma de la organización de la producción, de la organización de la distribución del producto y de la distribución de las ganancias. También de la participación de diversos productores directos en el proceso, sea a través de sistemas de gestión, de participación administrativa o de participación accionaria.

Hay espacio para una reforma urbana, que significa no sólo la construcción de viviendas, sino también la recuperación de lo ya existente, el mejor aprovechamiento del territorio y su reordenamiento. Hay espacio para una reforma administrativa de la estructura estatal, una reorganización del Estado consistente en su miniaturización y, al mismo tiempo, una ampliación de su actividad. También una reforma política, como práctica de ciudadanía. Pero creo que, a pesar de la tolerante benevolencia de ustedes, a esta altura ya se me acabaron los tres años.

Se trataría, creo, de atender los requerimientos más urgentes de las condiciones de miseria e ir aportando un poco de orden, de racionalidad política administrativa y de innovaciones. Tratando de que las realizaciones tengan aceptación y formen conciencia, favoreciendo la reelección, no del equipo, sino de la línea de gobierno, las líneas de trabajo, las ideas fuerza que tengan condiciones para subsistir y alimentar a otros gobiernos.

Gaby Weber. Una experiencia de ese tipo -un gobierno popular con cierto margen de acción- supone la oferta de una magnífica oportunidad, tal como lo señala hipotéticamente René, pero al mismo tiempo entraña riesgos concretos, como lo ponen de manifiesto las prácticas que simultáneamente están llevando a cabo las intendencias en Asunción, Montevideo, Porto Alegre y São Pablo.

En el ejercicio del gobierno municipal, las izquierdas han coincidido en una actitud de autolimitación, con la finalidad de no resultar provocadoras o irritativas, subestimando sus posibilidades reales y desaprovechando los márgenes disponibles. Por un lado, el gobierno popular se ha visto constreñido por la objetiva escasez de los recursos financieros y por las presiones del gobierno nacional y de la clase dominante, para concretar un mejoramiento notorio de las condiciones de vida en los barrios humildes. Pero además, ha sufrido condicionantes de índole subjetiva. Se ha argumentado la conveniencia política de «entibiar» los procedimientos, para ir atenuando el temor y la desconfianza de la población hacia la nueva forma de gobierno. Pero una apreciación menos implicada y más rigurosa, concluye que ha faltado el atrevimiento para innovar con fantasía y audacia, prefiriéndose transitar por los viejos carriles habituales.

Se descartó la posibilidad de implementar iniciativas -algunas de las cuales, incluso, fueron sugeridas por los propios usuarios- que no requerían grandes inversiones, aunque sí imaginación y creatividad, y que serían festejadas por un amplio consenso de toda la opinión. Por ejemplo, el mejoramiento del tránsito en la ciudad -caótico, ineficiente y malsano- podría obtener resultados inmediatos con relativamente poco esfuerzo, mediante la prohibición de vehículos privados en determinadas zonas de actividad y vivienda, la imposición severa de velocidades máximas en otras, la instalación de sendas seguras para bicicletas en toda la ciudad, la promoción financiera para el abaratamiento del precio de estos vehículos, los controles estrictos con sanciones inmediatas a las compañías de transporte colectivo respecto al horario, la seguridad, la higiene y el trato a los pasajeros, la instalación de avisos en las paradas con los trayectos y horarios de las distintas líneas, etcétera.

David Cámpora. Sin lugar a dudas, resulta imprescindible contar de antemano con el diseño general del modelo alternativo. Una vez en el gobierno, sin una orientación general bien definida, la administración empieza a saltar de una iniciativa a otra y de una a otra parcela de actividad,

extraviando el todo en una acumulación amorfa y fragmentaria. Pienso que lo que realmente incide en la modelación de una nueva conciencia popular, es la comprensión de los grandes trazos generales del proyecto global, exhibidos cotidianamente a través de las medidas concretas, que sugieran fuertemente la cosmovisión que lo inspira.

Pero en la materialización del diseño, parece que se impusiera una visión arcaica de las necesidades ciudadanas y de las formas de satisfacerlas. Como si se estuviese aún en la década del cincuenta, con un capitalismo vernáculo todavía impetuoso arrastrando tras de sí las apetenencias generalizadas por el autito propio y la casita en la playa. E incluso, pretendiendo un despistado derecho a postergar las medidas ecológicas -que, naturalmente, implican un costo cierto- hasta haber alcanzado un cierto crecimiento económico, tal como lo hicieron los países industrializados.

Gaby Weber. En general, las gestiones de estos gobiernos populares no han logrado, hasta ahora, la transparencia en su administración y la superación del clientelismo. Las endémicas incapacidad e ineficiencia del servicio público se ven acentuadas, en la comparación con anteriores administraciones de derecha, por la inexistencia de tecnócratas bien entrenados en la izquierda. Por lo común, sigue vigente la cuota política, culturalmente implantada por los partidos tradicionales, que reparte puestos y puestitos entre militantes y amigos políticos, sin modernizar la administración con los criterios de formación y responsabilidad. La ambiciosa innovación de los Centros Comunales de Montevideo ha visto reducida su eficacia participativa y organizadora, por el acendrado paternalismo que siguen padeciendo, tanto quienes dirigen como quienes son dirigidos.

A pesar de las promesas, la izquierda no ha concretado todavía la reforma administrativa de la estructura municipal ni la confluyente e imprescindible miniaturización burocrática. Se arredra, obviamente, ante el riesgo político electoral de obtener un voto castigo en los próximos comicios, que estropee la posibilidad cierta de una reelección. Y aún, bastante más acá de las prometidas reformas, la anónima y monolítica estructura burocrática sabotea con descaro todo lo nuevo y ajeno. Por momentos, pareciera que el burócrata va ganando la batalla con tan holgada comodidad, que ha empezado a infiltrar su rampante estulticia en el proceder del militante político.

David Cámpora. Para dotar de materialidad histórica a tales parámetros hipotéticos, nada mejor que contrastar esas proyecciones aproximativas con los puntos de vista, de carácter general, de quienes han esforzado, mediante una práctica prolongada, la realización concreta de una oportunidad revolucionaria.

Cuba constituye hoy, sin duda, el único territorio social y político donde es posible cosechar aún los frutos teóricos del intento de edificación de un diseño socialista. El pueblo cubano tiene acumulada una intensa experiencia revolucionaria de treinta y tres años, que se manifiesta diferenciadamente a través de tres generaciones convivientes. Consiste, así, en una inapreciable cantera de opinión donde la reflexión política latinoamericana no puede dejar de abreviar.

Para nuestros propósitos, pensamos que es necesario sustraerse al poderoso magnetismo del «aquí y ahora», que dramáticamente impone hoy cualquier consideración sobre el proceso cubano, así como evitar -dentro de lo posible- la referencia estricta de las consideraciones teóricas a los márgenes particularısimos de esta experiencia. Pero, aunque pretendemos obtener afirmaciones de índole general, válidas para otros espacios y circunstancias, no olvidamos que no resulta posible desarrollar el pensamiento sin una apoyatura firme sobre la propia realidad.

En los diversos intentos de construcción de un sistema socialista, ha surgido siempre una problemática que gira alrededor de ciertos puntos, que consideramos clave, en los que notoriamente se ha fracasado y en los que se ha puesto de manifiesto un abandono o una adulteración de las afirmaciones filosóficas básicas de esta corriente de pensamiento.

Nos referimos a la consideración del ser humano en tanto individuo.

Los argumentos que postulan esta consideración no son de índole psicológica, económica o social, todos los cuales pueden ser catalogados como niveles supervinientes o derivados de otro nivel fundante, que es el biológico. Esto es, la primera premisa de la que debe partir todo razonamiento respecto al ser humano.

La tendencia de la evolución biológica humana se orientó definitivamente hacia una elevada individuación, característica esencial que se correlaciona con la del ejercicio de la responsabilidad.¹ El grupo social forma parte del ambiente en el que existe el individuo. La flexibilidad de reacción ante el medio es, precisamente, otra característica fundamental de la especie y constituye la esencia de su individuación. El aumento de la variedad de reacciones del individuo lo hace más independiente como unidad y torna más precisas sus relaciones con otros indivi-

duos. De la interrelación entre la individuación y la responsabilidad, surge el principio ético del reconocimiento de la integridad y de la dignidad del individuo y de la estimulación del logro y el desarrollo de las capacidades personales.

El aumento de la versatilidad en el individuo y el de la individuación en la especie han sido requisitos previos, en la evolución de los organismos, para arribar a la socialización del tipo humano y encuentran en ella la oportunidad para su más completo desarrollo. No existe, pues, en realidad conflicto entre la socialización y la individuación, y sugerir que es necesario elegir entre ambas es plantear alternativas irreales. La individuación es un medio de socialización, y ésta, a su vez, aumenta las oportunidades de la individuación.

A partir de esta premisa biológica, que define las esencialidades del ser humano, podemos después abarcar con mayor amplitud la problemática de índole psicológica, económica y social del individuo en el seno de la sociedad.

En primer lugar, quisiéramos plantear, en el nivel de la subjetividad y en el marco de la relación entre el sujeto y los demás individuos -objetivados- del grupo social, la saludable valorización de los elementos que refieren a la persona, en tanto ser único e irrepetible. Y la necesaria superación de aquel olvido del individuo, en el que todos voluntariamente nos sumergimos, en aras de lo colectivo y en circunstancias de militante emergencia. En instancias de organización político militar y de disciplina de orden cerrado, a las que el individuo ingresa y acata en forma consciente y voluntaria, la aceptada renuncia a sí mismo es la sola justificación que el grupo puede moralmente esgrimir, para el indispensable y provisorio anonadamiento de su personalidad.

Pero la emergencia o la disciplina, en tanto ocasión, son sustituidas por un gesto ideológico que se convierte en estereotipo y que transforma la condición negativa de aquella renuncia, en valor positivo desde el punto de vista social y moral. Pareciera, entonces, que la generosidad revolucionaria quedase condicionada, para ser auténtica, al requisito indispensable de la anulación de los individuos. Austeridad espartana, capacidad de sacrificio y obediencia vertical se fetichizan al extremo de condenar el placer, la alegría y la iniciativa personales, en un enfermo romanticismo que se enamora del sufrimiento. El progreso de la individuación, a través del enriquecimiento de la subjetividad, pasa a ser denostado como individualismo. Se quiebra así la armonía dialéctica entre el sujeto y el grupo, supeditando a aquél, sin motivos, como si fuera pernicioso ser sí

mismo y experimentar deseos de realización personal, de intensificación del proceso de personalización, de ejercicio de la libertad individual y de la facultad de elección.

En segundo término, la estructura organizativa, a través de la cual necesariamente los individuos desarrollan su acción grupal, atribuyendo los recursos y dividiendo el trabajo, adquiere una dinámica propia autojustificativa y autorreproductora, que expansiona sus funciones más allá del acuerdo colectivo que le dio origen. El aparato construido alega razones ajenas, y muchas veces opuestas, al objetivo final de su existencia, que no es otra cosa que el bienestar y la felicidad de los individuos, a los que él debe servir y subordinarse.

Comienza a elaborar los fundamentos de su pervivencia, que consisten en volverse complejo y misterioso, restringiendo la difusión de la información sobre la común actividad, por razones -nunca fundadas- de un mejor funcionamiento de la propia estructura. Ya no es solamente el grupo el que impera sobre el individuo, sino también la estructura impersonal, la burocracia, que adquiere «personalidad» y ocupa el lugar de los individuos para adoptar resoluciones que los afectan.

Por el contrario, sostenemos que la estructura organizativa debe «pasar» por la carne y la sangre del individuo, debe ser suya, pertenecerle y obedecerlo dócilmente. Y permitir, sin duda, el ejercicio del control directo por el individuo de la gestión de sus mandatarios y la participación directa del individuo en la gestión y en la toma de decisiones.

En el tercer nivel, el de la relación del individuo con el trabajo, el problema cuyo análisis sugerimos es el de la ética laboral, en el sentido de la vinculación entre el productor y el producto. El individuo, al producir su vida, debe respetar y amar aquello que hace, recuperando la alegría que obtenía el cazador recolector en el circuito económico «de la mano a la boca», cuando era inmediato el placer del logro. Porque es imposible que un ser humano trabaje eficientemente si no se reencuentra con su producto.

El individuo productor percibe en forma inmediata su derecho al consumo, pero esta percepción debe ser ampliada con la del derecho al consumo placentero, de donde deriva la del derecho al placer y a la alegría. El sentido último del esfuerzo laboral radica en la posibilidad de acrecentar el ocio, la fiesta de la vida.

Por último, el individuo en el seno de la sociedad debería adquirir una natural eficiencia productiva y reguladora de vida, en función de la desaparición de los elementos de irracionalidad del capitalismo. Era dable

esperar el surgimiento, casi espontáneo, de una racionalidad económica inherente al colectivismo productivo, como derivado natural del sentido de responsabilidad individual, que debiera ser estimulado sin mayores dificultades por una sociedad transparente y benigna.

La conciencia social de una existencia mundial limitada de recursos y de energía debiera facilitar el surgimiento de una nueva concepción de desarrollo económico, que postulase un criterioso crecimiento cualitativo en sustitución del cuantitativo tradicional.

En el curso de esta reflexión conjunta, nos ha parecido prematuro pretender la obtención de respuestas y más sensato tratar de formular las preguntas, capaces de describir o caracterizar la conflictuada realidad actual. Suponemos que a partir de ellas será posible buscar un rumbo, una ancha orientación global que, como un tiro de mortero, permita elevarse sobre la urgencia de la práctica inmediata, sobre la asfixia del acoso imperialista, sobre la desorientación por las derrotas sufridas, y enseñe a treparse sobre los propios hombros para atreverse a mirar más allá.

Gaby Weber. Pero no se trata de una observación sencilla. Por primera vez en la historia de la humanidad, se hace imprescindible, para comprender la realidad, forjar un pensamiento de carácter planetario, pues la globalización impera en todos los niveles.

Los modelos de crecimiento económico, tanto el capitalista como el socialista, basados en la libre disponibilidad de los recursos y de la energía, así como en un desaprensivo abandono de los desechos productivos, han provocado un peligroso acercamiento a los límites de tolerancia ambiental para toda la vida humana.

La destrucción sistemática de la diversidad biológica, a través de la imposición mundial de la monocultura y de la manipulación genética, ha simplificado y disminuido el capital natural que sustenta la nutrición de la especie entera.

También se encuentra amenazada de extinción la diversidad cultural. En los siglos coloniales, los diez mil pueblos que existían fueron reducidos a dos mil y existe una tendencia actual a intensificar la muerte de las etnias. Todavía se hablan cinco mil lenguas en el mundo, pero dentro de cien años se estima que sólo quedarán cien.

El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro afirma que la población mundial se transforma gradualmente en una «macro etnia»² a través de la comunicación instantánea procurada por televisión, radio y prensa, de los traslados vertiginosos que facilitan los medios de transporte, de la difusión

homogeneizadora de la moda y los estilos, del *on line* permanente del mundo entero conectado por los bancos de datos y los satélites artificiales. Un volumen humano de dilatadas proporciones está permanentemente movilizándose de un lugar a otro del planeta, sin cesar, como nunca antes ocurrió en la historia humana.

En toda la superficie terrestre se derrama una masa sobrante de humanidad, que no logra ocupar su actividad en ningún trabajo productivo, pues el sistema económico la excreta continuada y crecientemente de su esfera y la fuerza a un retorno al nomadismo, por el que se disuelven y nivelan las costumbres.

El sistema occidental de democracia representativa se impone en todo el mundo, caracterizado por los elementos formales de una democracia aparente, acompañada por una activa corrupción en todas las instituciones de la sociedad y por el desinterés cívico -y hasta el rechazo- de cada vez mayores sectores de la población. La abstención electoral en Estados Unidos es quizá el ejemplo extremo y mucho más notorio que en países de América Latina, donde la obligatoriedad de la votación disimula aquel desinterés. Polonia y otros países del Este europeo exhiben una tendencia similar.

Por último, las propias ideologías y la capacidad para la ideación creativa globalizan su enorme vaciamiento de contenido en todas las sociedades contemporáneas.

La elaboración de nuevos modelos económicos y políticos que abran una perspectiva civilizatoria alternativa, deberán tener, sin duda, una envergadura planetaria similar a la de la situación crítica que pretenden superar, pero renunciando al arrasamiento nivelatorio de las diversidades culturales características de cada región.

Fernando Martínez. Los problemas que ustedes están exponiendo son los que me han atormentado durante más de la mitad de mi vida. En nuestro medio y en nuestra época, las vivencias han sido extremadamente fuertes e incisivas, modeladoras del temperamento y de la convicción. Se han vivido muchas cosas, durante mucho tiempo. A ellas, se agregaron después -en mi caso personal- las incorporaciones intelectuales. Por último, correspondió la instancia de la reflexión, que ustedes con tanto énfasis reclaman hoy.

Doce o catorce años después del triunfo de la revolución, la herejía original, que se había enfrentado a todo el movimiento comunista internacional, se nos empezó a poner estrecha y entramos en un carril. Pero antes,

ya desde el tercer año en el poder, tuvimos un encuentro masivo con la corriente soviética del marxismo, que intentó ocupar todo el espacio cultural, abarcando desde la explicación de la sociedad, de las organizaciones y de los individuos, hasta la previsión minuciosa del futuro.

Quiere decir que, en mi caso, las vivencias y las reflexiones propias se han mezclado con un aparato cultural relativamente ajeno, de procedencia europea occidental y de adaptación europea oriental, que se ha pretendido extender al mundo entero. Nos encontramos, una vez más, ubicados en la situación del neocolonizado, esta vez en el plano del pensamiento. Esta falta de correspondencia entre la vida y la cultura tuvo el carácter y la gravedad de un desgarramiento.

En Europa, después de la segunda guerra mundial, se acordó un pacto social entre la burguesía, los sectores medios y la mayoría del proletariado, para acomodarse ante una nueva fase de auge del capitalismo, de la que había que eliminar toda posibilidad revolucionaria. Por el contrario, para nuestros pueblos, el problema consistía en lograr exacerbar la hostilidad de los oprimidos, de los humillados, de los explotados y de los marginados, para derribar el régimen existente.

Entonces, teníamos que ser forzosamente herejes porque con menos no nos alcanzaba. Nuestra «evolución» no era suficiente para evolucionar. Desde el subdesarrollo, para plantear la liberación, no puede proponerse una transición hacia el socialismo, sino directamente hacia el comunismo, desde el primer día.

En lo personal, siempre he sido querido para estar organizado, por lo que me es natural el sentimiento de una pertenencia a una estructura, que aparece como superior al individuo, lo que está absolutamente legitimado por la necesidad objetiva. No obstante, esta afirmación que tuvo una validez axiomática durante décadas, parece estar cuestionada o en franca declinación.

Todos los procesos de cambio social han estado relacionados con la existencia de militancias. Las han exigido aquellas formas de conducta más totalizadoras, como los movimientos revolucionarios y las religiones. En el intento de perfeccionar la sociedad existente mediante la creación de una nueva cultura, se otorga, casi por definición, un lugar predominante a la sociedad que es considerada superior al individuo.

Si se parte del subdesarrollo, el socialismo a construir será necesariamente primitivo, pues hay un conjunto de tareas civilizatorias básicas que no pueden ser postergadas, en tanto procuran la satisfacción de necesidades elementales, como usar zapatos, hervir el agua y aprender a leer. El

estado de pobreza en que se encuentra la sociedad impone un continuo recorte al proyecto de liberación.

Y aun liberado del capitalismo, la transnacionalización de la economía y la homogeneización de los estilos de vida y consumo, impiden que un país pueda escapar del mercado mundial y de los mecanismos financieros y mercantiles. Y enfrentado a esa lucha agónica, para sobrevivir a pesar de la hostilidad de Estados Unidos, tiene que sacrificar una gran parte de la individualidad.

A pesar de que existe un consenso activo para acceder al requerimiento social, esa circunstancia conduce a una limitación del desarrollo de los individuos. Y, a su vez, por esa falta de desarrollo no adquieren la capacidad suficiente para ejercer efectivamente un control sobre el aparato.

Tampoco hemos logrado en Cuba crear los mecanismos para que la gente sea capaz de dirigir por sí misma los procesos, aunque sí hemos creado un campo cultural favorable, con un desarrollo político notable que le permite, por un lado, exigir resultados, y por el otro, situarse comprensivamente ante las dimensiones del enemigo que nos acosa y de la escasez que nos aprieta. Tanto la dirección como el control populares sobre el aparato deberán esperar mejores circunstancias.

Partiendo de la afirmación de que el capitalismo no es una propuesta para el desarrollo de los individuos, la pregunta que cabe plantearse es cómo hacer para que el socialismo configure una propuesta así. Pues, parafraseando a Sartre, podría decirse que el marxismo sólo ha podido surgir y desarrollarse en los poros del capitalismo.

Aurelio Alonso. La pregunta clave consiste en cómo va a ser posible levantar la bandera del socialismo si no se proyecta al individuo hacia adelante. Porque el individuo libre ¿está realmente en la antípoda del individuo organizado?

Las transformaciones en Cuba no pueden desconectarse del fenómeno global, están muy ligadas al derrumbe del socialismo mundial. Una de las cosas de las que hay que beneficiarse es la demostración del vacío ideológico, que trasciende al marxismo soviético, pues no está vinculado con un dogma determinado, sino con el fenómeno de la dogmatización. No se trata de pensar que, si en lugar de copiar un dogma ajeno, desarrolláramos el dogma autóctono, nos iba a ir mejor.

El marxismo y el pensamiento revolucionario tienen que rebasar el esquema metodológico de la dogmatización, que impulsa siempre a

reproducir una hermenéutica, apoyado en el principio de que la interpretación es siempre de menos valor que el argumento. Esto bloquea psicológicamente toda posibilidad de que la libertad individual juegue un rol, incorporándose a una disciplina social.

Recuerdo un discurso pintoresco de José López Portillo, el ex presidente de México, en el que describía a dos sociedades, en una de las cuales había justicia sin libertad, mientras que en la otra la libertad carecía de justicia. El juego retórico apuntaba a señalar una verdad: que la justicia social supone una cuota de renuncia a ciertos niveles de libertad. Lo que no puede aceptarse, en el marco de este planteo, es que la libertad individual desaparezca o se diluya en una supuesta libertad globalizada, pues no existe tal expresión global de la libertad.

El socialismo tiene por delante un largo camino a recorrer y el derrumbe del paradigma estimula a ponerse a reflexionar. Las respuestas no serán encontradas en los clásicos olvidados ni en ninguna vertiente histórica. Las respuestas serán tarea de las generaciones que empiezan a enfrentarse con esta realidad y con este vacío.

Esther Pérez. Ustedes nos alentaban a no referirnos exclusivamente a las cuestiones internas de Cuba, pero nos resulta bastante difícil pensar el problema por fuera de nuestra cotidianeidad, que nos modela desde hace treinta años.

En los cuatro temas, planteaban la antinomia individuo-condiciones objetivas. Me parece que esta antinomia forma parte de una determinada manera de considerar el problema, desde una lógica que no coincide con la que nos imponen nuestras condiciones concretas. De aquí deriva una determinada concepción de la libertad del individuo, que está inserta en una determinada sociedad y en un determinado pensamiento. La imposibilidad de trascender esas condiciones concretas complejiza la consideración del problema.

Cuando tienes la necesidad de insertarte en el mercado capitalista, debes producir de determinadas maneras y, desde las condiciones del subdesarrollo, no puedes eliminar la enajenación del trabajo, no puedes evitar la monotonía repetitiva de tareas incapaces de motivar a nadie que las realice, especialmente si has elevado la capacidad mental de la población. Entonces tienes que apelar a motivaciones extra laborales, para lograr que la gente se realice en su trabajo, que incluyen desde la coerción social hasta la motivación política. Se recurre, entonces, a la promoción del trabajo voluntario y a la estimulación del sacrificio por el bien común. Por

supuesto, estas motivaciones sólo surten efecto durante cierto tiempo y en ciertas circunstancias. De aquí la preocupación de Ernesto *Che* Guevara por elucidar la pertinencia de los estímulos morales y de los materiales, cuando soñaba con «el hombre trabajando como si jugara».

Cuando tienes que asumir las labores de la defensa no te queda más remedio que regimentar a las personas, porque los ejércitos tienen que obedecer a las voces de mando y, por tanto, hay también una cesión de libertad, de individualidad, de posibilidad de expresión.

Tenemos que regimentar a las personas, motivarlas y ejercer una cierta dosis de coerción sobre ellas, en función de una contradicción que se nos está planteando desde afuera, no se nos está planteando desde el interior del sistema de nuestra organización y de nuestra sociedad.

Una nueva sociedad no surge del mero cambio de una forma económica, de un modo de producir y distribuir. Sin un cambio en los individuos no habrá una nueva sociedad. ¿Pero cómo se obtienen individuos cambiados? La Revolución cubana se lo ha planteado desde épocas muy tempranas, sabiendo que no podría cambiar demasiado las maneras de producir, pues contaba en su sociedad con personas vivas que habían sido esclavas e imperaba en el saber popular la consigna de «aquí lo que no hay es que morirse», alentando el trabajo a desgano, ya que cuando el trabajo es obligación, la liberación es el no trabajo.

Jorge Luis Acanda. ¿En qué consiste crear una sociedad de transición, que es lo que estamos tratando de realizar desde 1959? Fernando decía, con razón, que el experimento cubano tiene una proyección universal, como universal fue la proyección del experimento soviético de 1917. Aislados en nuestra soledad, tratamos de responder preguntas que en algún momento todo el mundo tendrá que hacerse. ¿Conviene esperar la revolución mundial o, a partir de lo que tenemos, tratamos de seguir salvando el proyecto?

Proponemos un modelo de desarrollo que, evidentemente, no es capitalista, pero cabe preguntar hasta qué punto puede ser socialista en un territorio de ciento diez mil kilómetros cuadrados, diez millones de habitantes y un subdesarrollo atroz. Corresponde pensar, necesariamente, en un proyecto de transición hacia el socialismo, que es una cosa distinta.

En Cuba coexisten distintos modos de producción, lo que tiene determinados efectos sobre la sociedad, sobre la superestructura y sobre el ser humano. Antes nos insertábamos en un supuesto mercado mundial socialista y ahora estamos buscando la inserción en un mercado mundial

capitalista. Aquella coexistencia de modos de producción distintos va a ser reforzada, a partir de esta nueva inserción, por una división internacional del trabajo en un mercado mundial.

Cuando hablamos de modos de producción, no nos referimos exclusivamente a la producción de mercancías, sino también a la producción y reproducción de relaciones sociales y de modos de vida. Por otro lado, la inserción en un mercado mundial de mercancías, implica la inserción en un mercado mundial de ideas, costumbres y estilos. Y lo más doloroso es la coexistencia en Cuba de distintos modos de producir, satisfacer y valorar las necesidades. Es urgente proceder a un análisis real de la estructura de clases y de grupos sociales en Cuba. Precisamente, la alternancia de distintos modos de producción hace que nuestra estructura social sea muy compleja.

El individuo emergente de estos encontrados modos de vida de nuestra sociedad, es, obligadamente, un individuo de transición. Un cubano héroe de Angola que, invitado a la República Democrática de Alemania, fue capaz de robarse un pollo, es un individuo donde, dentro suyo, se están reproduciendo distintos modos de vida. Existen, pues, determinados marcos objetivos que condicionan el surgimiento y el despliegue de la subjetividad en nuestro país.

Existe un atraso de la teoría marxista con respecto a las interrogantes y problemáticas que la actual *praxis* histórico social de la humanidad plantea. Atraso tanto más preocupante, cuanto que coincide con una crisis de valores en el tiempo socialista.

Muchas de las viejas figuras teóricas han demostrado su inconsistencia, o al menos su pérdida de vigencia, pero no están conformados plenamente los nuevos instrumentos intelectivos. Formulaciones que parecían incontestables, no sólo son rebasadas por los acontecimientos, sino que éstos han demostrado que aquéllas nunca fueron ciertas. -

Vivimos una etapa de cuestionamiento de muchos aspectos de nuestra teoría y de búsqueda de nuevos instrumentos cognoscitivos. Búsqueda urgente, a la que la existencia real de un sistema capitalista en ofensiva y que puede aún manejar sus contradicciones internas, toma de un apremio dramático. Es una búsqueda teórica que tiene que realizarse juntamente con necesarias transformaciones y ensayos en la realidad concreta, con todo el riesgo de errores que ello conlleva y las consecuencias que estos errores pueden acarrear.

Lo que ha entrado en crisis es el marxismo dogmático, el marxismo entendido como sistema de fórmulas fijas, establecidas de una vez y para siempre, el marxismo de la autocomplacencia y del dogma.

Materialismo es, para Marx y Engels, la aceptación del carácter primario de la materia y, junto con ello, una forma de enfocar la relación sujeto-objeto. Es un materialismo de la subjetividad, una forma de entender la asunción teórica de los objetos por el sujeto y las posibilidades, para éste, de transformar y recrear la objetividad. Es una unión de método y sistema, sin que ninguno de ambos momentos prevalezca sobre el otro.

No entender al materialismo marxista como un materialismo de la subjetividad, conllevó a la ilusión de la existencia de una filosofía marxista -el materialismo dialéctico- que tendría como objeto explicarnos el mundo, rebajando al materialismo histórico al ámbito más particular de la sociedad. Entonces, la filosofía marxista dejó de ocuparse del ser humano, perdió su perspectiva humanista, de la que se apoderaron los ideólogos de la burguesía, quienes durante decenios prácticamente monopolizaron el tratamiento de estos temas.

Padecemos de una alarmante ausencia de investigaciones, sobre los problemas filosóficos del proceso de estructuración del socialismo. A la filosofía se la relega al estudio de fenómenos que, de tan generales, se convierten en abstracciones vacías. Como resultado, no sólo carecemos de una teoría suficientemente desarrollada de la permanencia de la enajenación en el socialismo y de las vías para su total eliminación, sino que todavía discutimos, entre nosotros, si la enajenación existe o no en nuestras sociedades, mientras que las pruebas de su existencia real llenan los titulares de los periódicos.

El socialismo tiene que consistir y la revolución no puede ser otra cosa que el desarrollo de la subjetividad. Esa subjetividad no va a ser nunca libérrima, pero sí sustancialmente libre. En aras de la unidad y en aras del desarrollo del proceso revolucionario se debe sacrificar una parte de esa individualidad. El problema estriba en qué parte de la individualidad es la que cada individuo está dispuesto a sacrificar.

El desarrollo de un proyecto de transición hacia el socialismo sólo es posible en la medida en que se logre, de una manera sostenida y rítmica, un desarrollo ascendente de la individualidad y de la capacidad de autonomía del sujeto. Gramsci consideraba que no sería posible construir el socialismo, mientras algunos permanecieran como educadores y otros como educandos y que esta construcción debía implicar una práctica comunista, que tendría que ir por delante de la propia realidad. La práctica comunista debe avanzar, precisamente, en el sentido del desarrollo de las potencialidades del sujeto. De tal modo, como insistía Marx, que el Estado socialista debe pensar, desde el principio, en su extinción, para ir dando márgenes cada vez más amplios al desarrollo de aquella autonomía.

El capitalismo ha logrado, a través de muy duras y prolongadas luchas, la posibilidad de que los distintos grupos de la clase dominante encuentren vías para expresar sus respectivos intereses y luchar por ellos, a la vez que ha cerrado toda vía de expresión de sus intereses a los grupos que no son dominantes.

Nuestras formas de asumir la democracia nada tienen que ver con las que nos quiere vender la ideología capitalista. Pero también ellas deben posibilitar una interacción contrapuesta de intereses, dentro de los marcos estrictos de la revolución, porque nuestra sociedad, como otra cualquiera, no es ni puede llegar a ser nunca homogénea. La posibilidad de desarrollar la subjetividad del individuo tiene que estar basada en su actividad política. Por primera vez empieza a hablarse, en Cuba, de la conveniencia de elegir representantes y mandatarios, no sobre la base de sus biografías, sino sobre la base de los programas que defienden, lo que significa promover la lucha de ideas.

Cuando, como está resuelto, una buena parte de nuestra economía se convierta en economía mixta, surgirá un sector de trabajadores, que volcarán su lealtad hacia el capitalista, en lugar de hacia el Estado cubano y un sector de consumidores, que adoptarán como propias las necesidades artificiales que se induzcan desde afuera. Esto traerá repercusiones importantes en la estructura de clases. El único instrumento eficaz, para contrarrestar esta influencia en la sociedad, será una práctica comunista que promueva el desarrollo de la subjetividad del individuo, para que, por las vías de la capacidad de discusión y reflexión, del ejercicio de sus derechos y de la búsqueda de mecanismos de socialización, desemboque en una personalidad con capacidad crítica.

Estos caminos, increíblemente, están aún inexplorados por los experimentos de construcción socialista: la familia, el círculo infantil, la escuela, la información, la capacitación intelectual. A veces se han adoptado políticas suicidas en estos campos sustentadores de la personalidad. Hay que brindarle toda la información a la gente y capacitarla para que la reciba críticamente. El futuro y la seguridad del proyecto social no dependen solamente de los tanques, cañones y trincheras, sino también de los cuadernos, libros y escuelas, y de la productiva lucha ideológica.

Esther Pérez. Antes de culminar la globalización planetaria que ha provocado el desarrollo del modo de producción capitalista, se produjo una lucha -que fue angustiada en virtud de las insuficiencias y las incapacidades- en procura de la universalización de la ideología marxista,

que había surgido en una Europa madura y se difundió en países como los nuestros.

Las utopías han sido formuladas por pensamientos ajenos a los lugares donde se intentaron las revoluciones. Se discute hacia dónde se debe caminar en el futuro, en lugares donde no hay necesidad de discutir cómo caminar el acuciante presente. No sabemos cómo articular aquellos pensamientos, con las posibilidades concretas de los lugares donde abunda la gente dispuesta a caminar utopías.

Desamarrándonos de la concreta problemática cubana, creo que hay un escalonamiento de preguntas a dilucidar. ¿Toda organización niega al individuo? Si existiera esta antinomia organización-individuo, ¿es en sí misma insoluble? Si no lo fuera ¿qué condiciones son necesarias para solucionarla?

En primer lugar, hay que lograr un desarrollo en los individuos de su proceso civilizatorio y de determinadas capacidades de intelección, de análisis, de discusión, de reflexión, de iniciativa, de creatividad y de responsabilidad. Este indispensable desarrollo de los individuos se ha tornado inviable, en cualquier parte del planeta, en la fase actual de desarrollo del modo de producción capitalista, en virtud de la transnacionalización productiva, la concepción de la ciudad capitalista y el propio concepto de progreso capitalista.

La utopía marxista del siglo XIX se planteaba construir un socialismo que fuera, al mismo tiempo, una continuación y una superación del capitalismo. Nos preguntamos, en cambio, si no será necesario plantearnos un proyecto socialista que implique «un paso atrás», que haga menos ancha la separación entre el productor y su producto, que retome la proximidad que existía entre el artesano y su obra, entre la iniciativa individual y su fruto material.

Fernando Martínez. La revolución cubana constituyó una doble ruptura, con el sistema de dominación capitalista neocolonial y con el reformismo de origen proletario socialista. Los militantes nos encontramos con el comunismo como proyecto, pero hubiéramos podido ser anarquistas. El sentido libertario de nuestro proceso le dio profundidad a la liberación individual. En Cuba, la gente es como «muy persona». Los planteos revolucionarios echaron raíces en la población, se autenticaron, lo que hizo posible que los individuos desarrollaran relaciones libertarias con la sociedad y con la organización política.

Pero este tipo de relaciones, al cabo de los años, ha enseñado cuáles

son sus límites, que solicitan, para ser superados, el concurso de un marco revolucionario mundial protector. Fracasamos en los variados intentos que ensayamos para expansionar el campo revolucionario internacional. No hemos sido la pequeña avanzadilla de la revolución latinoamericana, que formaría parte, a su vez, de la revolución mundial.

Tampoco pudimos ser nosotros quienes cambiáramos el sentido de la relación del ser humano con su trabajo, convirtiéndolo en algo más cercano al juego, pese al desarrollo avanzado de ideas liberadoras, que trascendían la mezquindad, en tanto meta exclusiva, del crecimiento de las fuerzas productivas, del incremento incesante del consumo diversificado y del aumento permanente de la productividad del trabajo. El propósito último, siempre presente, consistió en la liberación del trabajo y no en su incremento.

Nos hemos visto en la necesidad de recortar el proyecto y empobrecerlo, ante el imperio de realidades inflexibles. No hemos sido capaces de producir riquezas en cantidades suficientes, para enfrentar los retos internacionales y, simultáneamente, para repartir procurando una correcta satisfacción de las necesidades. Lo que hay para repartir no es mucho, la posibilidad de seguir repartiendo es azarosa y acabamos de convocar a toda la sociedad a plazos mucho más largos de esfuerzo y abnegación.

Tenemos que encarar y resolver una relación contradictoria entre el proyecto revolucionario y la defensa del poder conquistado. Por un lado, el ejercicio material del poder sobre la economía, sobre la política y sobre la vida social tiende, en su propia dinámica, a hacerse permanente, a corporizarse en grupos y a legitimar su dominación, excluyendo a los demás.

Pero por otro lado, al conservar el poder, estamos contribuyendo a conservar el proyecto para los demás pueblos latinoamericanos, quienes deberán perdonar a esta primitiva pieza de museo que es Cuba, el único socialismo que hemos sido capaces de construir.

Aurelio Alonso. Es preciso destacar la sustantiva importancia de no perder la dimensión de utopía, presente ya en el proyecto inicial del marxismo e insuflada mediante la forma panfletaria de su difusión, a través de los mismos escritos científicos de los clásicos.

Este país hace treinta años que viene sufriendo reveses revolucionarios y remontando situaciones críticas con sentido límite, que han llegado a comprometer hasta la misma subsistencia. Y hoy, todavía, su población,

al ser convocada, sigue siendo capaz de movilizarse en cientos de miles. Esto se explica por la conservación de ese ingrediente panfletario, que se conecta en forma directa con la utopía, como si fuera su traductor, su decodificador. Pienso que actualmente existe, además, una capacidad de reflexión crítica sobre la conducción del proyecto que, si logra articularse dialécticamente con aquella capacidad de traducir la utopía, jugará un papel significativo en esta pervivencia, en la capacidad subjetiva de resistir.

La posibilidad de que se logre, en una perspectiva histórica, la correlación entre el individuo libre y el individuo organizado, y que el precio de esta correlación no implique un sacrificio de la individualidad, constituye un reto que trasciende al reto presente. La única solución que posibilitará la subsistencia económica consiste en la reinserción de la economía cubana en un orden internacional, que es único y que es capitalista.

Pero al encarar este reto inmediato, dentro suyo, debemos preparar las condiciones para el reto del futuro. El costo en esfuerzo y austeridad será dramático para esta generación. Lo que hace valer la pena al sacrificio es la garantía de que los frutos estarán asegurados para las generaciones venideras. Y esto no suele suceder así, pues constituye un hecho objetivo la mala memoria histórica que suelen padecer los pueblos.

Es pues necesario preocuparse desde ya por la correcta trasmisión de esta experiencia, para que los cubanos que aún no han nacido sean capaces de concretar el diseño material de la utopía, procurando la realización plena del individuo libre en un tipo nuevo de sociedad.

Esther Pérez. No hemos sabido conectar estas prácticas con los pensamientos derivados de ellas. Nosotros hemos practicado, con todas nuestras limitaciones, algunas posibilidades del poder revolucionario, para caminar en la dirección de esa liberación total incluida en el proyecto cubano. Ustedes, en el Sur, han desarrollado una práctica que fue prematuramente frustrada por la derrota, planteándose también la aspiración a esa liberación total.

Los puntos de partida influyen mucho en las opiniones que cada uno podamos dar, porque a nosotros nos implica poderosamente el día a día que estamos viviendo, que nos promueve a remontar la emergencia que padecemos grupalmente como una necesidad inmediata. Estamos tratando, también, de remontar las urgencias de un poder que necesitamos mantener, para continuar la práctica de repartición de riqueza y de justicia social. Poder que, al mismo tiempo, se ha ido convirtiendo en un referente

latinoamericano. Mientras que ustedes parten de la necesidad de remontar las derrotas y comprender sus causas. Esto hace que, a veces, se nos enreden los lenguajes.

El individuo del que estamos hablando, ¿es el del punto de partida del proceso o el del punto de llegada? En el punto de partida, ¿a qué tipo de individuo, de la diversa heterogeneidad social, nos estamos refiriendo? Esto forma parte de las dificultades de comunicación y de reflexión que derivan del nivel de abstracción en el que ustedes nos convocaron a situarnos.

Fernando Martínez. En el Cono Sur se produjo una acumulación cultural mucho más avanzada y crecida que en el resto de América Latina. Fueron proverbiales el desarrollo de la clase obrera argentina y de la cultura política uruguaya. Se trata, también de pueblos relativamente importados, que debieron procurar una esquiwa nacionalidad autóctona.

Los cubanos lucharon su revolución con la aspiración manifiesta de que el esfuerzo continuara expandiéndose por toda América Latina, pero sobre todo, muy al sur de América Latina. Este fue el verdadero sentido de la expedición del *Che* a Bolivia. Al ser derrotados los intentos revolucionarios político militares del Cono Sur, pienso que es necesario ayudarnos, unos a otros, concertarnos para recuperar el argumento del pensamiento más avanzado, para enfrentar los problemas que cada vez son más graves.

Tenemos que producir un pensamiento, que será una superación del pensamiento del capitalismo y del pensamiento del marxismo, y que sólo en América Latina va a ser posible. Y será también diverso. Es el tiempo de acumular una nueva enciclopedia que prepare una revolución, en la que tenemos que recuperar algunas cosas y que inventar otras

Jorge Luis Acanda. Los conceptos tienen el valor que tiene la persona que los utiliza y tienen un valor establecido socialmente. Cuando un concepto puede ser utilizado indiscriminadamente por dos grupos que se enfrentan, pasa a ser sospechoso. Lo más probable es que los grupos estén hablando de cosas distintas y que la comunicación se establezca sobre bases falsas.

La dimensión utópica actualmente tiene dos caras y hay gente que la está utilizando de mala fé.

La juventud cubana, actualmente, es muy poco proclive a soñar y exige reflexiones con los pies puestos sobre la tierra, en base a un análisis concreto.

Todo proyecto revolucionario debe ser bello y real, porque si es solamente bello aparejará la desilusión y la consiguiente interrupción de la comunicación con quienes inicialmente fueron receptivos. Pero en aras de la realidad, no puede dejar de ser bello. Y en el proyecto cubano, en muchos aspectos, faltó la belleza. Faltó la referencia al ser humano, al individuo, a la subjetividad, descuidando la concepción de Marx de que la principal fuerza productiva es, precisamente, el ser humano y que el desarrollo de las fuerzas productivas consiste en el desarrollo de la capacidad productiva multilateral del ser humano.

El marxista es un sujeto que permanentemente quiere violentar la historia, pero ello sólo es realizable en determinados momentos, en que las circunstancias reales lo permiten.

La historia de la revolución es la historia de las oportunidades desaprovechadas. En momentos de debilidad del capitalismo, como la derrota en Girón en 1961 o la ofensiva del Tet en 1968, el socialismo real se impuso obstáculos que le impidieron violentar la historia, como el muro de Berlín en 1961 y la invasión de Checoslovaquia en 1968.

Sin ponerme a soñar y sin recurrir a la dimensión utópica, quiero afirmar mi opinión, sobre la importancia crucial del problema de la relación de los individuos con los mecanismos de poder.

Y estoy de acuerdo con que es necesario definir sobre qué individuo estamos hablando, porque el concepto de ser humano medio carece de sentido y debe hacerse un análisis diferenciado del individuo.

Esther Pérez. No existe ningún lugar tan contradictorio en el mundo como América Latina para la determinación del individuo. Hay una diferenciación de los individuos derivada de una complicación extraordinaria de la vida. Se registra una restricción de las clases medias que convive con una ideología, proveniente del pasado y de referentes extra latinoamericanos, que postula una ampliación de las clases medias, mientras que lo que crece no es el proletariado, sino grupos amorfos, retirados de la producción.

Entonces, ¿de qué individuo estamos hablando?

David Cámpora. Dentro de cada ser humano se libra una permanente contienda entre la cabeza y la mano, entre el pensar y el hacer, entre la teoría y la práctica. La contienda misma constituye su ser y no la predominancia, aunque sea circunstancial y provisoria, de cualquiera de ellas sobre la otra.

Me llevo la impresión de que tienen ustedes, los cubanos, la mano tan ocupada, desde hace tantos años, en la construcción y defensa de esta maravilla social -parcial e incompleta- que han logrado traer a la realidad, que no tienen más remedio que pensar por la mano. Extremo que constituye una plena garantía de honestidad intelectual, porque los que argumentan -a favor y en contra- de sus dichos, son sus hechos. Podremos, entonces, discrepar conclusiones, pero en ningún caso, diferenciar propósitos o distanciar concepciones. Pero extremo que, al mismo tiempo, afiebra los ojos focalizados en la angustia inmediata, en las urgencias perentorias, frustrando aquel indispensable vuelo de mortero que aspira a adivinar la curva al horizonte.

Cuando les planteábamos nuestras inquietudes, respecto a la problemática del individuo frente al grupo, frente a la estructura, frente al trabajo y dentro de la sociedad, nos extendimos en la descripción para no guardarnos ningún as replicativo en la manga y para no interrumpir la exposición de las ideas de ustedes. Por lo tanto, cuando ustedes terminaron de decir, nosotros terminamos de alegar. Lo que resta, creo, es identificar, ante ustedes y con precisión, las principales discrepancias y responder a la pregunta que ha quedado planteada.

Se ha argumentado que el estado de pobreza ha obligado a recortar el proyecto de liberación. Cabe plantearse, entonces, qué características debe tener un proyecto revolucionario para los países del Tercer Mundo y si ellas coinciden con las aspiraciones genuinas de su población. Y, si no coincidieran, de qué índole serían los recursos a emplear para obtener su participación protagónica en la lucha.

Se ha argumentado que el retraso civilizatorio de la población posterga el necesario desarrollo de los individuos y que su insuficiente desarrollo, a su vez, los incapacita para ejercer el control directo de la conducción del proceso. Cabe plantearse, entonces, si es correcto que los propios conductores, que deben ser controlados, tengan el arbitrio de interpretar cuáles son los niveles de civilización y de desarrollo suficientes en los individuos, para que estos puedan empezar a desarrollarse y a controlar.

Se ha argumentado que la relación entre el individuo y la organización se torna antinómica como resultado exclusivo de presiones externas y que la superación de la contradicción debe supeditarse al cese de dichas presiones. Cabe plantearse, entonces, cómo se puede estar seguro de que la contradicción es superable, si fue precisamente para enfrentar las presiones externas que los individuos se organizaron.

Esther preguntaba, ¿de qué individuo estamos hablando?, ¿el del punto

de partida del proceso o el del punto de llegada? Pienso que esta pregunta refleja, en profundidad, la diferencia con nuestro enfoque.

Según lo vemos, se trata siempre del mismo individuo, al principio y al final del proceso. Un individuo que será «nuevo» al final, pero que debió ser «libre» desde el principio. Y que, desde el principio, debió integrar, participar, gestionar, dirigir y resolver «colectivamente» sus propios asuntos. De donde deriva, que cada proyecto debe tener la estatura de los seres humanos que lo elaboran y lo ejecutan, porque precisamente, es en su exclusivo beneficio que se promueve.

Porque la primera consideración de una revolución debe ser, en todo momento y sin dilaciones, el ser humano, real y concreto: cada individuo. El punto de partida del proceso se inaugura con el comienzo del desarrollo de los individuos. Este desarrollo, en una situación revolucionaria, por definición, no es postergable. Es simultáneo y se solapa con el proceso civilizatorio. El uno se apoya en el otro y la revolución, en ambos.

¿De qué individuo estamos hablando? De un ser vivo, sujeto, productor y cooperador. De nadie más y de nada menos. Un ser vivo que es sí mismo, en todo momento y en cualquier circunstancia. Y que para prosperar «en su unidad» se ensimisma, se diferencia, se conserva y se reproduce. Y que como sí mismo «en la sociedad» se ve en otros y como a sí los ama, los protege y los prefiere. Es uno y muchos, necesariamente. Intentar separarlos los destruye a ambos, pues entonces el individuo es nadie y los muchos, rebaño.

Hablamos de un ser vivo que adquirió la capacidad de separarse, aislarse y diferenciarse de lo demás y de vincularse con lo demás, en tanto objeto de su subjetividad. De un ser vivo cuyo medio ambiente está integrado por los otros seres de su misma especie y, en función de tal ambiente, se comunica y agrega con ellos, sin dejar nunca de ser sí mismo.

Estamos hablando del individuo biológico, celular, de «esto que estoy dentro de mí mismo», protegido y comunicado, originado y procreador, único e irrepetible, solidario y plural.

Cuando los individuos integran un grupo «y no se integran» en él, pues el grupo no es nada más que los individuos «que se caracteriza esencialmente por no contener contradicciones antagónicas «sea «natural» o «evolucionado» el propio grupo se ensimisma, se aísla y diferencia del exterior desordenado y caótico, antagonizado. De la membrana grupal hacia adentro, cada individuo, no obstante su integración funcional con los demás, mantiene y cultiva su diferenciación personal. De la membrana grupal hacia afuera, los individuos, no obstante las numerosas diferencias

que los distinguen entre sí, se agregan y equiparan en íntima cooperación funcional.

Si logramos volver a amarrar el marxismo a la materia -plataforma que nunca debió haber abandonado- corresponderá postular la utopía comunista en términos del perfeccionamiento progresivo de las membranas del ser humano. Propondremos asumir en forma consciente el control del desarrollo de aquéllas, que la evolución cultural ha puesto bajo nuestra responsabilidad social: la idea, el trabajo y la ideología. Reconoceremos, como finalidad última y esencial de la vida humana misma, la -apropiación- y la -asimilación- del medio ambiente de nuestro hábitat, de tal manera que logremos, en tanto especie, la suficiencia en la producción de nuestros nutrientes, la regulación en la reproducción de nuestra vida y el reconocimiento de los límites naturales de nuestro entorno. Habremos prosperado, entonces, encontrándonos reunidos, cohesionados e identificados, albergados y protegidos, por una membrana común, característica de la especie.

VII. LA UTOPIA

Gaby Weber. En los países desarrollados, el modelo capitalista de crecimiento, pese a la expoliación del resto del mundo, no ha sido capaz de conquistar la felicidad para sus pueblos.

La felicidad humana consiste en un estado de serena plenitud, que deriva de la satisfacción de los requerimientos básicos de la vida y que se manifiesta en sentimientos de seguridad y realización personales. En los pueblos pobres, resulta sencillo encontrar estadísticas que reflejen con claridad su infelicidad, constituyendo una de las más contundentes el impulso a emigrar, que se expresa en mareas de seres que huyen del territorio del sufrimiento.

Pero no es tan sencillo el intento de medir la felicidad de los pueblos ricos, pues la nutrición y la seguridad social no bastan para alcanzar plenitud y serenidad personales, siendo indispensables para ello, además, el disfrute del ocio y de la libertad.

En el último informe del PNUD¹ tratando de delinear el perfil del sufrimiento humano, se procuró medir la libertad a través de la posibilidad de viajar, asociarse, informarse y defenderse de las violaciones a los derechos humanos; de rechazar el trabajo forzado, la pena capital, la religión y la ideología estatales; de contar con protección para las minorías étnicas, con sindicatos y con tribunales independientes y de ejercer la igualdad entre los sexos, el voto secreto, la homosexualidad entre adultos, cualquier rito religioso y la determinación del número de sus hijos.

Pienso que los desajustes emocionales derivados de un estado de infelicidad, entre los pueblos ricos, pueden ser evaluados a través de la estadística sobre conductas que connotan la huida de la propia vida y que arrojan cifras alarmantes en casos de suicidio, drogadicción, alcoholismo y violencia.

En Estados Unidos, el deterioro del sistema social abruma a la población de ingresos medios y bajos, hundiéndola en la desesperación. El salario real descendió al nivel de los años cincuenta y fuerza al doble

empleo a cada integrante de la pareja, las escuelas privadas son sumamente caras y las públicas muy peligrosas, el analfabetismo crece y se retroalimenta con la delincuencia, la juventud desocupada busca consuelo en una botella o en una aguja hipodérmica y las grandes ciudades exhiben sin pudor basura, prostitución y crimen. En la omnipotente Nueva York del mito posmoderno, la mortalidad infantil es mayor que en Shanghai y los varones mayores de cuarenta años en Bangladesh tienen mayor expectativa de vida que en Harlem.²

En Japón, la isla de la *high tech*, el estrés laboral subordina dramáticamente la vida doméstica, siendo el «matrimonio» con la empresa más íntimo que con la pareja. La empresa domina hasta el último resquicio de la vida del trabajador y se apodera de su identidad, siendo permanente el requerimiento compulsivo al incremento de la productividad. Los japoneses trabajan dos mil ciento sesenta y cinco horas al año, mientras que los norteamericanos lo hacen mil ochocientos cuarenta y siete y los alemanes, mil quinientos seis.³ Los gerentes se someten periódicamente a cursos de perfeccionamiento, a los efectos de desarrollar su «agresividad bélica» en el arte de vender, en los que son sometidos a situaciones límite de malestar, violencia física y vejación, al extremo de haberse registrado recientemente la «muerte a golpes» de un alto ejecutivo. Las remuneraciones son relativamente modestas y las jubilaciones, miserables. Un anciano, luego de toda una vida de trabajo, depende de sus descendientes para su manutención. Son inusualmente altas las estadísticas de muertes por infarto y por suicidio.

En Alemania, reunificada y sin muros, cunde la inseguridad. El descomunal endeudamiento del Estado -costo de la absorción oriental- impedirá al sector público realizar inversiones durante un largo tiempo, mientras que los empresarios occidentales incumplieron sus henchidas promesas de inversión masiva «durante dos años continuados». La lógica del capitalista no coincide con la lógica del capitalismo. El alemán occidental, triunfador y prepotente, no termina de comprender la situación: se «dispararon» la inflación, los impuestos y los alquileres, mientras disminuye el ingreso. El «milagro económico» se encuentra en recesión. El alemán oriental, deprimido y sin perspectivas, sobrelleva una cesantía récord de casi el cuarenta por ciento, y sufre un arraigado complejo de inferioridad que le impide protestar, al darse cuenta que ha tolerado un nuevo engaño.

En el Norte plétórico, los gestos elementales del individuo se descomponen. La vida carece de espesor, imperan la soledad y la tristeza, el

tiempo personal se comprime obsesivamente programado y los seres humanos ya no saben que «el tiempo se habita, como se habita la tierra».⁴

El *fast food* no alimenta, pero llena. La maduración sin sol deroga el sabor a la verdura y un tomate holandés de invernadero, intensamente rojo, de armoniosas curvas simétricas, sabe simplemente a agua. En el pescado puede encontrarse gusanos y los huevos generalmente son pequeños y con yema diminuta. A pesar de la variedad accesible de los vistosos contraceptivos, el temor al Sida enturbia la confianza amorosa y la relación sexual se torna cada vez menos libre y satisfactoria, al tiempo que aumentan las violaciones y la pornografía dura. El tiempo libre provoca pánico y el ocio aburre y pervierte, adocenando recursos hipnóticamente repetitivos, como la síncopa estridente y la iluminación láser, mientras la tontería *yuppy* almidona las relaciones sociales. El temor a lo distinto envenena la convivencia y se convierte en odio de xenofobia y racismo. La libertad ciudadana, trofeo tradicional en las proclamas capitalistas, es disecada y clasificada en numerosos archivos, que persiguen al individuo indefenso desde la cuna hasta el ataúd, por alegadas razones de burocracia y seguridad.

No obstante, desde los países pobres, insensatamente se admira, envidia y anhela este estilo y calidad de vida. Algunos gobernantes, aduladores nativos del modelo de crecimiento que frustró el desarrollo de sus pueblos, tienen el descaro de anunciar la «buena nueva» del inminente arribo de la felicidad al Tercer Mundo. El aumento de la miseria es un buen augurio, pues dicen que les han dicho que la pauperización es un costo natural del progreso, por lo que «estamos mal, pero vamos bien», como proclamó con entusiasmo el presidente Carlos Menem. Estos insólitos profetas reniegan en su tierra de la evidencia del hambre, resignan el decoro y la dignidad de la nación y justifican los «pecadillos» del vasallaje y el despojo. Aspiran, como recompensa, a ser admitidos en el Primer Mundo, mientras ensayan gestos mundanos, cultivan sus modales y emperifollan su lucir.

Por su parte, el modelo socialista de crecimiento, prestigiado durante la confrontación como la exclusiva alternativa real al capitalismo, ha dejado tras su derrumbe una planicie de decepción, incredulidad y desafecto. Las máscaras dirigentes de comisuras austeras y ceños responsables, que fueran expuestas al mundo durante décadas, yacen abandonadas entre los escombros de sociedades que gastaron el coraje de atreverse a soñar. Porque el sueño ha despertado en pesadilla. La fraterna solidaridad y la justicia social, intemporales sillares de la condición humana que

fueran banderas de los pueblos socialistas, son hoy puestos a un lado y abandonados en la banquina, como fardos inútiles, pasados de moda y bastante ridículos. En el Este, la esperanza ha muerto y nadie se anima a enterrarla.

Hasta que de allende los mares, suspendida entre la tierra y el cielo, la inefable ciudad de los prodigios comenzó a tañer sus campanas, que doblan a muerto. El Departamento de Estado norteamericano encomendó a uno de sus monjes de clausura, Francis Fukuyama⁵, anunciar a los mortales el advenimiento de una nueva era.

«El siglo está cerca de cerrar el círculo -sentenció el monje oscuro- con la desembozada victoria del liberalismo económico y político. El triunfo de la idea occidental es evidente, antes que nada, en el total agotamiento de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental, pero puede verse también en la extensión irresistible de la cultura occidental de consumo. Estamos siendo testigos del fin de la historia como tal; esto es, el punto final de la historia ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental, como la forma final de gobierno humano. La victoria del liberalismo ha ocurrido principalmente en el reino de las ideas o las conciencias. Este ideal será el que gobierne el mundo material en el largo plazo. El fin de la historia será un tiempo muy triste. No habrá arte ni filosofía, simplemente la perpetua vigilancia del museo de la historia humana.»

Y los nuevos apóstoles recorrieron los pueblos, inundando la tierra de semillas heladas. La ideología posmoderna -de acuerdo al análisis crítico de Juan Carlos Venturini- ⁶ postula, por un lado, el fracaso del proyecto histórico que proclamaba la creciente autonomía del individuo y el progreso de la libertad humana, y por otro, la caída de los «relatos totalizadores», que ofrecían una explicación global de la sociedad y de la naturaleza.

Con ello, deroga las categorías de «sujeto» y de «totalidad», pudiendo entonces alegar la esterilidad de cualquier propósito de transformación del mundo y de la sociedad, ya que el presente resulta inmodificable, la historia ha finalizado y el futuro consiste en una definitiva reiteración de lo mismo.

Implanta así una ideología de la futilidad y la evasión, aconsejando una postura pesimista y pasiva frente al mundo y una reclusión individual en la vida privada, para desarrollar una cultura *light*, permisiva, festiva, incoherente y disonante.

Jean Baudrillard ⁷ uno de los ideólogos del posmodernismo, trata de

convencernos de que todas las finalidades de la liberación están ya superadas y que sólo resta disfrutar de los escenarios, en un estado de «utopía realizada». Las cosas han entrado en una autorreproducción al infinito y continúan funcionando en una total indiferencia de su propio contenido. Se esfumó la gran aventura de la sexualidad y todas las disciplinas -política, economía y estética- perdieron su carácter específico y entraron en un proceso «viral» de indistinción, que se propaga en forma aleatoria e insensata. Se desvaneció la posibilidad de la metáfora, porque ya no existen campos diferenciados ni objetos distintos, después de la «contaminación» de todas las disciplinas, por la confusión elemental de la «epidemia». Y, precisamente, nuestra melancolía se ha instalado sobre la desilusión de la metáfora. Propone, entonces, como representativa imagen contemporánea del ser humano, la de un hombre harto y contemplando, un día de huelga, su pantalla de televisión vacía.

Luis Mattini. El socialismo real, es decir, el «que fue posible construir», ha sido un hijo crítico de su época, pero no lo suficientemente rebelde como para desprenderse y renegar de ella. El derrumbe de aquél forma parte de una declinación mayor, de índole civilizatoria y está señalando la proximidad del fin de la «Epoca del ser humano», de la modernidad. La dimensión de la crisis, en profundidad y extensión, provoca una universal sensación de angustia y desamparo ante el futuro incierto, como probablemente nunca se haya experimentado desde que existe la civilización.

A determinada altura de la historia económica de los seres humanos, surgió una protagonista de enorme vitalidad y gran poder de activación, que, bajo la apariencia de «liberar» al ser humano de la «necesidad», vehiculizó la libertad del individuo y afirmó la conciencia de la subjetividad, para luego disputarle la conducción del proceso social, esclavizando la individualidad a la imperiosa racionalidad del sistema.

La mercancía fue analizada sistemáticamente por Marx, quien logró develar el minucioso desenvolvimiento de su lógica interna, aproximándose incluso a explicar su poder «fetichizante» sobre la psicología humana. Pero el eficaz instrumento de análisis en que se constituyó el marxismo no fue competente para completar su crítica a la modernidad, en tanto reino de quinientos años de la dinámica transformadora de la mercancía, avanzando hacia la hegemonización mundial. Esta incapacidad del marxismo posiblemente haya derivado del intento de subordinar -acatando el espíritu de la época- al ser humano a un sistema, en lugar de elevarse a la pretensión de crear un sistema para el ser humano. Y resulta particular-

mente significativo, que la derrota de la experiencia socialista haya cabalgado sobre la base material de la mercancía y sobre el discurso ideológico de la libertad.

Actualmente, la crítica a la modernidad es vanguardizada por esa ideología posmoderna, de orientación profundamente conservadora. Esta corriente se apoya en una visión del reino estático de la mercancía, que considera alcanzada la hegemonía universal y propone la administración de la fase de decadencia. Se trata de una lectura pertinente de la realidad para un capitalismo que carece de propuesta para el futuro, ya que, ante la limitación de los recursos naturales, procura conservar la apropiación de las reservas por parte de las clases dominantes, mediante una «cultura de la exclusión». El reino estático de la mercancía refleja la tendencia del modo de producción a su autorregulación, para asegurarse una «vez tranquilizada» mediante la administración de las existencias, renunciando al rasgo de permanente desarrollo que le fuera peculiar y adoptando en sustitución el de preservación del «estado posible». El fin de la historia consiste, en términos crudos, en el fin del crecimiento y del desarrollo.

La nueva formulación de una propuesta de emancipación social, sólo podrá ser revolucionaria y superadora de la experiencia anterior, en la medida en que ajuste cuentas con los conceptos de la modernidad. Afirmamos que no es posible construir una sociedad solidaria de seres humanos libres, en un reino donde impere el libre albedrío de la mercancía. Pero el ser humano no ha podido concebir aún, en términos funcionales, una asociación de libres productores, sin mercancías.

Pienso que recorreremos todavía un larguísimo camino en convivencia con la mercancía y la reconstrucción de la utopía deberá realizarse dentro de esa obligada convivencia. Será necesario investigar, más a fondo y desde nuevos ángulos, la relación del ser humano con la mercancía, buscando mayores grados de libertad y la inversión del condicionamiento. Postulamos un desarrollo social, colectivo e individual, que coloque a la conciencia y a la subjetividad «por delante» del desarrollo mismo, habilitándolas para «ponerlo bajo control». La época que se abre debe caracterizarse, no tanto por la irremediable dictadura de las condiciones objetivas, como por la capacidad de los seres humanos para ejercer su libertad. El futuro no está escrito, pero está en nuestras manos.

Gaby Weber. El socialismo, que puede llegar a erigirse en necesidad histórica a condición de constituir una necesidad ética, siempre ha integrado en su seno los conceptos de utopía y revolución. La utopía forma parte

intrínseca de la condición humana y ha sido siempre el factor orientador, por su capacidad anticipadora, e iniciador de los grandes movimientos sociales, porque «imaginar el futuro es siempre la primigenia forma de empezar a construirlo».⁹

Thomas More creó el vocablo para dar título a su obra *Sobre la mejor condición del Estado y sobre la nueva isla Utopía*, editada en latín en 1516, en la que criticaba el orden social de la Inglaterra de Enrique VIII y proponía la edificación de una nueva sociedad, inexistente pero posible, basada en un sistema económico socialista. Fue amigo íntimo del ético Desiderius Erasmus nacido en Rotterdam y admirador del sabio italiano Giovanni Pico della Mirandola, quienes cosecharon crecida fama e influyeron incisivamente en la sociedad de la época. A pesar de su índole tolerante y de su sereno reformismo, el espíritu crítico y el coraje de expresarlo lo condujeron al patíbulo donde murió decapitado.

Mejor suerte tuvo el clérigo calabrés Tommaso Campanella a quien soltaron de la prisión al creer que estaba loco y publicó, en 1602, su primera versión de *Ciudad del Sol*, obra que retocaría después incansablemente a lo largo de veinte años. Fue además un práctico, ya que pretendió llevar sus ideas a la realidad, proponiendo un comunismo radical de bienes y de mujeres.

En la sociedad que describían idealmente estos utopistas, no existían la miseria ni la explotación, la propiedad privada había sido derogada y desterrados sus vicios inmanentes, el agricultor se encontraba hermanado con el albañil y ambos se afanaban tan sólo seis horas diarias en su labor, los niños eran educados colectivamente y los productos se repartían de acuerdo a las necesidades personales de los consumidores.

Un largo camino había recorrido la humanidad en la capacidad de perfeccionar sus sueños, desde la reaccionaria utopía propuesta por Platón en *La República* con el comunismo aristocrático de una sociedad jerarquizada, donde nadie debía carecer de un jefe, o desde la de Agustín de Hipona, considerado santo, con su *Ciudad de Dios*, que imponía la rígida separación de los rangos y el principio divino de la subordinación.

Se estaba inaugurando una época que, en claro contraste con la precedente, sería agudamente crítica. El Renacimiento humanista, disipando las oscuridades medievales, vino a afirmar el derecho del ser humano a realizarse en el mundo, como protagonista de la historia y dueño de sus fuerzas y a restaurar su necesidad de manifestarse a través de las artes y las ciencias. Es el momento del ascenso de la burguesía, que irrumpe con fuerza y modela un nuevo concepto del ser humano. Se trata

ahora de individuos nacidos iguales y detentadores de iguales derechos, tanto para el voto como para el consumo, apegados a la riqueza e inclinados hacia el mundo de los sentidos. Expresiones todas adecuadas al surgimiento impetuoso de una sociedad de mercado y de una economía monetaria, que estructuraron a la población en torno a la condición económica, en sustitución del linaje familiar, y que colocaron al capitalista -comerciante, banquero e industrial- en el centro de todas las cosas.

Doscientos años más tarde, Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon, obsesionado por asegurar a los seres humanos el desarrollo más libre de sus facultades, anuncia que «la edad de oro de la humanidad no está detrás de nosotros, está por venir y se encontrará en el perfeccionamiento del orden social. Nuestros padres no la vieron, nuestros hijos la contemplarán algún día. Tenemos el deber de prepararles el camino». ⁹

Este espíritu crítico y la correspondiente proyección anticipadora se acentuarían en el siglo XIX, con Charles Fourier, que pretendía superar con su falansterio de *El nuevo Mundo Amoroso* la lúgubre, sucia e insalubre organización urbana de su tiempo, y con Robert Owen, fabricante textil, preocupado por aplicar las medidas más justas posibles en los centros de trabajo que dirigía, quien auguraba que «procurar la felicidad será la única religión del hombre, el culto divino consistirá en la práctica de la industria útil, en la adquisición de ciencia, en hablar invariablemente el lenguaje de la verdad, y en la expresión del alegre sentimiento que seguramente ha de producir una vida que esté de acuerdo con la naturaleza». ¹⁰

Pero el socialismo real decapitó los sueños -y quizá, con ellos, también las ideas- decretando con ignaro rasero «el fin de la utopía que pierde en el socialismo su dimensión como tal». ¹¹

Y, por su parte, el capitalismo del fin de la historia necesita denigrar la utopía, para poder adormecer a las masas en la resignación de un estado inmodificable de miseria, desconvocando a la lucha.

El modo de producción, en su decadencia, se apresura a «formar sus nuevos ideólogos, reciclando desechos de canteras ajenas. Treinta años atrás, existía una hegemonía cultural de los sectores progresistas y un robusto y comprometido pensamiento de izquierda nutría con numerosos «intelectuales orgánicos» a las luchas sociales de los distintos países. Algunos de ellos, desencantados y corrompidos, recitan actualmente orientaciones opuestas.

«Con la caída del muro de Berlín, finalizó una guerra filosófica que duró dos siglos: la guerra de la cultura del muro. ¿Cómo surgió esa cultura? De una motivación generosa, de la idea de procurar el bien. Desde Platón,

queriendo construir una nueva Grecia...y fracasando en Siracusa, hasta el fracaso de Europa oriental...incluyendo todos los crímenes del siglo XX se cometieron en función de ideologías. ¿Y qué postulaban las ideologías? El bien. Cada una proponía luchar en el nombre de la clase universal o de la raza o de la nación, es decir, en el nombre del bien. Ahora ha quedado cuestionada la capacidad de matar a otra persona en el nombre del bien. Y es muy correcto que sea así», expresa el filósofo francés, André Glucksmann.

Durante la guerra del golfo, muchos intelectuales europeos considerados progresistas, como Hans Magnus Enzensberger, elogiaron encendidamente a Bush por el genocidio que arrojó el heroico saldo de cientos de miles de civiles muertos, fabulando una lucha anti fascista contra un «Saddam igual que Hitler».

Para articular dócilmente con el nuevo orden mundial, Enzensberger ha acuñado una improvisada visión del concepto «utopía». «El pensamiento utópico no es, de ninguna manera, un valor antropológico constante. Abandonando la utopía, uno no traiciona sus deseos. Sólo deja de lado los momentos funestos del pensamiento utópico: la megalomanía proyectiva, la reivindicación de la totalidad, lo definitivo y la novedad.»

Andrés Pascal. En la historia hay una reaparición constante de la utopía socialista, que refleja la permanente búsqueda del ser humano para superar toda forma de explotación, de dominio y de autoritarismo, a través de sueños con sociedades mejores entre individuos libres, iguales y solidarios. Esos sueños no constituyen fantasías irrealizables, sino que se alimentan de remotas experiencias exitosas de otras sociedades, irrepetibles, pero indicativas de la viabilidad de la propuesta. Nuestra propia historia latinoamericana registra la memoria de grupos que no utilizaron el dinero, cuyos individuos trabajaban colectivamente, con apropiación colectiva de una gran porción del producto del trabajo y que convivían en términos de igualdad. Es decir, desplegando los componentes de una utopía socialista.

Hoy día se vive una exacerbación de las formas capitalistas y de las respectivas concepciones del Estado y de la democracia. El advenimiento del capitalismo cuantificó al ser humano en tanto fuerza de trabajo y originó una sociedad que consideró que todos los individuos, en su estado natural, estaban en iguales condiciones y que, a través de su trabajo, irían adquiriendo riquezas. Como todos dispondrían supuestamente de las mismas posibilidades, la solidaridad y la responsabilidad colectiva carecerían de significado.

La crisis del socialismo, por su lado, llevó a la pérdida de aquel optimismo histórico que padecimos. Recuerdo el último discurso de Miguel Enríquez afirmando que «a nuestro favor trabajan las fuerzas de la historia», como una ciega mano mágica que haría avanzar irremediablemente a la humanidad hacia el socialismo. En nuestras consideraciones, tampoco hacíamos pesar los factores subjetivos, que son los que definen el carácter que llegará a realizar esa anhelada utopía socialista. No nos percatábamos que, al intervenir en la realidad en procura de ese objetivo final, ya estábamos influyendo sobre ella. Generábamos un resultado inmediato, una conciencia distinta, un cambio de relación en la sociedad. Estábamos actualizando la utopía, en distintos grados, a medida que actuábamos.

Nuestro pensamiento revolucionario, a pesar de registrar algún avance respecto a la izquierda tradicional, en cuanto a la recuperación de cierta visión nacional, no dejó de ser enormemente eurocéntrico en su dependencia ideológica. Dimos demasiado peso al factor orgánico, porque teníamos una concepción orgánica de la política e incluso una concepción «molecular» del crecimiento revolucionario. Todo nuestro quehacer era instrumental para llegar a un objetivo: la conquista del poder para la construcción de una sociedad socialista. Considerábamos una irrupción desde afuera de la sociedad, mediante la constitución acumulativa de una fuerza externa, para conquistar el dominio sobre un territorio, una sociedad y un Estado. Se iría, así, construyendo un poder dual. Considerábamos un programa mínimo reivindicativo y un programa máximo socialista, planteándonos imitar el ejemplo constructivo de la Unión Soviética, Cuba o China.

Hoy no tenemos hacia dónde mirar. Por un lado, vivimos en un mundo que se ha hecho más chico, donde las vinculaciones son más estrechas, incluso en el pensamiento y en las relaciones políticas. Y por otro, vivimos una realidad que nos obliga a rescatar más lo particular, lo propio, lo histórico, para poder entender factores que influyen en la lucha revolucionaria y que superan, a veces, los esquemas clasistas mecánicos.

Antes hablábamos de una estrategia de conquista del poder y, quizá, se trate ahora del problema de la construcción del poder. La acumulación de fuerzas debe darse dentro de la sociedad, incluso en lo programático. La izquierda tiene que mostrarse mejor que las otras fuerzas, en torno a los problemas reales, concretos que se plantean cada día. Como no tenemos un socialismo real para mostrar, debemos mostrar lo que vamos haciendo ahora. Ante la inexistencia de referentes ajenos, no podemos señalar un

ejemplo concreto de la utopía que proponemos. La utopía, entonces, no puede más que irse construyendo.

Tanto en lo utópico como en lo programático debemos ser autorreferentes. Una ideología es la forma en que una sociedad logra verse a sí misma. Se trata, entonces, de proporcionarle un nuevo espejo a la sociedad. Tenemos que reconstruir el espejo popular revolucionario, lo que implica la necesidad de la reinterpretación de la historia, recuperar la tradición y lo particular como factor explicativo y legitimador.

Eduardo Galeano. La utopía de Thomas More viene de América. El la creó a partir de los relatos de los marineros de Amerigo Vespucci, quienes le narraron en las tabernas europeas sus aventuras americanas, testimoniando la existencia real de comunidades indígenas. La utopía proviene de la comunidad, no sólo en tanto motivo de la obra famosa de Thomas More, sino principalmente como origen de una esperanza posible, para las sufridas tierras americanas en nuestros días. Siendo la comunidad la más remota de nuestras tradiciones, es también la más porfiada de todas, la que ha sabido sobrevivir a cinco siglos de persecución y desprecio.

Ha sido negada, golpeada y acribillada desde los viejos tiempos coloniales, pasando por la época de los próceres de la Independencia y sus Constituciones, hasta el período de los gobiernos positivistas, a fines de siglo, que reimplantaron algunos de los métodos coloniales más repulsivos, como el peonaje obligatorio y el trabajo forzado. Así ocurrió en Guatemala, en la época de Justo Rufino Barrios, a quien se celebra como un gobernante liberal. Todos los gobiernos que iniciaron la transformación capitalista modernizadora de sus economías, como el de Porfirio Díaz en México, fueron enemigos de las comunidades indígenas y las dañaron enormemente. Sin embargo, de algún modo, mal que bien y muy maltrechas, sobrevivieron hasta nuestros días. Sobrevivieron, incluso, a un decreto de Augusto Pinochet, que forzaba a los Mapuche a partir sus tierras en lotes privados.

Tendrían que zarpar de esa memoria histórica, que no es un puerto de llegada sino un puerto de partida, los navegantes que no tengan miedo de los vientos del mundo y del tiempo. La única posibilidad de que la historia cumpla una función fecunda, consiste en que el pasado deje de funcionar como una coartada para el presente y se convierta en una suerte de catapulta hacia el futuro.

Suponer que la historia ha terminado significa, para los pueblos cuyo mundo parece ser el infierno de otro planeta, tener que aceptar el tiempo

presente como un destino, aceptar la idea de que mañana es otro nombre de hoy. La vida cotidiana para la mayoría de la gente no se desarrolla en la casa, sino en un campo de concentración. ¿Y ese horror tiene que ser aceptado como si fuera el único futuro posible? Creo, por el contrario, que hoy es más que nunca necesaria la utopía y necesaria la certeza de que este tiempo de la infamia no es el único tiempo posible. La historia no se detiene y tampoco se repite ni estamos condenados a aceptarla. Podemos hacerla y podemos cambiarla, porque la historia es fabricada por la gente y no por los dioses, como algunos mienten, ni por los diablos, como otros muestran.

El pasado como memoria muerta, no me interesa, me aburre; soy el peor de los visitantes de los museos, allí me duermo. Me apasiona la historia como memoria viva de otra realidad posible. Y la historia americana contiene, en su pasado más remoto, algunas voces que nos ayudan a creer que el tiempo presente no es el destino nuestro, sino nuestra penitencia. Me refiero a la herencia indígena más antigua, que se remonta a miles de años, la tradición de comunidad.

En mi infancia, me lo enseñaban las maestras en las escuelas, lo escuchaba en la radio y lo leía en los diarios: el socialismo y el comunismo eran ideas foráneas. Tuvieron que pasar muchos años para que pudiera descubrir que el socialismo y el comunismo, en tierras americanas, son las menos foráneas de todas las ideas. Foránea es aquí la propiedad privada, que fue un producto de exportación que llegó de Europa como la viruela, las caries y la gripe.

En América no había propiedad privada, ni había formas privadas de apropiación de la riqueza, porque aquellos imperios verticales que tenían su centro en México y el Cuzco, tenían derecho a soñar. Recuerdo un discurso del dirigente negro norteamericano, Jesse Jackson, en el que reivindicaba el derecho a soñar, como un derecho inalienable de su pueblo. Me pregunto qué sería de la esperanza humana, condenada a la desesperanza, si no pudiera beber de las fuentes de la fantasía.

Un gran amigo mío, un pintor de Venezuela, carpintero analfabeto que se llamaba Vargas, vivía en un pueblo que había sido arrasado por el petróleo. Era uno de los centros de abastecimiento de petróleo a Occidente, que durante años de años tanta riqueza envió a Estados Unidos y Europa, que había quedado reducido a una nada negra. Todo allí era negro. Negra el agua, contaminada y sin peces; negros los campos devastados, donde no brotaba una sola planta; ciudades negras y grises con el color del petróleo. Donde el petróleo fue, hubo aquel esplendor de

prosperidad pasajera, de gloria fugaz y de riqueza súbita, que se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar tras de sí más que nostalgias, fantasmas y rencores. Este hombre, nacido y crecido en medio de aquella negrura triste, pintó los cuadros más vivos, más enloquecidos de color, cuadros borrachos de color. Nunca había visto una pintura tan celebradora de los colores del mundo, como la lograda por este hombre, que no los veía, pero que los necesitaba

La realidad no es sólo lo que es, sino también lo que se necesita que sea. La realidad contiene su propia negación y esa negación es otra realidad, que habita a la realidad aparente. Lo que sucede es que estamos sordos para escuchar las voces que la anuncian, que a veces son solamente susurros. Y estamos ciegos para ver sus colores. Pero, en ocasiones, abrimos los ojos por la vía del sueño, de la fantasía, de la esperanza. Y cuando la esperanza se deja crecer y se deja ser nos deslumbran esos colores, que fulguran como en un cuadro del carpintero Vargas.

Europa celebra su propia prosperidad, como si fuera el fruto de una lotería. Me refiero no sólo al bienestar material, sino también a la difusión entre la gente de ese bienestar, pues las distancias que separan a las clases sociales son infinitamente menores que las del Tercer Mundo. Se olvida que es el resultado, por un lado, de largos años de lucha social, de la mucha gente que sacrificó su vida por los ideales colectivos. Y, por el otro, es el producto del despojo del resto del mundo.

Ese proceso viene de muy lejos y ha convertido a Europa en una suerte de vitrina envidiada por el resto del planeta, el escaparate del paraíso. El mapa del mundo es hoy como un mar de dos orillas: en el Norte hay pocos con mucho y en el Sur hay muchos con poco. Hay un Este que quiere ser Norte, pero topa en las puertas del paraíso con un cartel que dice «Completo». El *apartheid*, que nació en Africa del Sur, para que los negros no pudieran invadir su propio país, ha terminado siendo un sistema practicado contra todos los pobres del mundo, democráticamente, sea cual fuere el color de su piel.

La conquista nacida en Europa alcanza sus cumbres, en la realidad actual, en Europa, Japón y Estados Unidos, en una suerte de culminación de la civilización de la codicia, que tiene con la naturaleza una relación diametralmente opuesta a la que caracterizó a la economía de las Américas en el período precolombino. No sólo a la economía de las comunidades nómadas, recolectoras de los frutos silvestres, sino también a las economías agrícolas rudimentarias y a las de los imperios organizados en torno de un Estado poderoso, como los de México y Perú. En el imperio

de los Inca se producían y almacenaban inmensas cantidades de alimentos, sin que ello implicara una agresión contra la tierra. Tanto es así, que todavía hoy la comparación humilla a la tecnología moderna de avanzada, pues los menores índices de productividad son compensados largamente por la perpetuación de la fuente de la riqueza, que es la tierra.

En todos los casos, en América existía, como rasgo común, una relación de comunión con la naturaleza, que impedía la puesta en práctica de mecanismos de devastación. Existía una razón cultural primordial: la tierra no podía ser violada porque la tierra era la madre de todos. El principio fundamental de la cultura indígena consistía en la idea -expresada por el cacique Seattle, de la costa occidental de Estados Unidos, hace ya un siglo y medio- de que los seres humanos sólo somos un hilo más en la extensa telaraña de la vida. El hombre es hijo de la tierra, como son hijos de la tierra las plantas y los animales. Y la tierra que no es violable, ¿cómo podría entonces venderse o rentarse?

Desde que América fue descubierta hasta la actualidad, la economía latinoamericana se ha visto forzada a volcarse hacia afuera, atendiendo las necesidades de otros, lo que provocó verdaderas catástrofes ecológicas. El caso más clamoroso es el del nordeste de Brasil, que fue en otros tiempos una zona fértil y, devastada por el azúcar de exportación, se ha convertido hoy en un espacio de sequía, de tormento para sus habitantes, obligados a desterrarse perseguidos por el hambre. La cultura de exportación, la idea de que hay que extraerle a la tierra el mejor provecho en el menor tiempo posible, es la idea dominante en una cultura que trata a la tierra como un recurso económico, como un factor de producción sin límites, subordinado a los fines de la maximización de la ganancia. La cantidad enorme de fertilizantes y pesticidas, muchos de ellos prohibidos en el Norte pulcro, son distribuidos aquí por las grandes empresas extranjeras, como la Bayer o la Dow Chemical. El resultado es una progresiva erosión del suelo y el envenenamiento de los ríos.

Sin duda, en América existían imperios verticales, como el Azteca y el Inca, vertebrados sobre sociedades de siervos y señores, con castas dominantes. Ellos constituyeron una base propiciatoria de la caída, por el rencor que difundían entre los pueblos sometidos, humillados y obligados a un intercambio desigual. De otro modo sería inexplicable la conquista de América. Sin esa furia acumulada en la masa indígena comunitaria, contra un sistema de poder en el que no se reconocían, sería inexplicable que Francisco Pizarro y Hernán Cortés pudieran derrumbar imperios poderosos, fundadores de ciudades como Tenochtitlán, una de las más avanzadas

de la época. Los españoles lograron entrar en ella y finalmente conquistarla, gracias al arma decisiva de la traición, la perfidia y la mentira. La existencia de la pólvora y del caballo, que los indígenas no conocían, y la eficacia guerrera del Renacimiento europeo, no alcanzan a explicar el desplome estrepitoso -como el de Europa del Este- de los dos grandes estados totalitarios, que tenían sus centros en el Cuzco y en México.

En el resto de América la historia fue distinta, ejemplificada por la exitosa lucha de los democráticos Mapuche, que duró siglos. Cuando los españoles asomaron en el horizonte a fines del siglo XV, en toda América las culturas indígenas desarrollaban formas de democracia como jamás hemos conocido. Los Iroqueses en Canadá y Estados Unidos y los Guaraníes, hasta nuestros días, han podido preservar por lo menos una parte de la memoria histórica de democracia y de libertad, que los conquistadores encontraron y no respetaron. En estas etnias, la mujer tenía igualdad de derechos, a la hora de las decisiones en las asambleas. Los Iroqueses utilizaban un Consejo de Matronas que elegía a los jefes varones. Los Guaraníes, elegían sus jefes mediante asambleas de ambos sexos, que tenían también la facultad de destitución. El cacique Nicaragua, al recibir a los conquistadores españoles les preguntaba, con auténtico asombro: ¿cómo era posible que el Papa de Roma hubiese regalado esas tierras, que no eran suyas, a un rey que no vivía allí, ni fue elegido por asamblea alguna?

En América tampoco era hereditaria la esclavitud. En los mercados de México se vendían esclavos provenientes de los pueblos vencidos, pero en ningún caso el hijo de esclavo nacía esclavo. Es Europa la que introduce la esclavitud hereditaria, resucitando la institución greco romana, en función de la necesidad europea de acumulación de capital.

En Panamá, los homosexuales podían disfrutar de su sexualidad libremente sin ser condenados por los demás. Toda el área del mar Caribe, actualmente enferma de machismo y con un tremendo prejuicio contra la sexualidad diferente, era el territorio de la libertad sexual más plena que América jamás conoció. Tan libre era, que un par de días antes de descubrir el océano Pacífico, el conquistador Vasco Núñez de Balboa narraba en su *Relación de la Conquista* que había «aperreado» a más de cincuenta indios homosexuales de Panamá. «Aperrear» consistía en echar a los perros, para que se los comieran, en ceremonias siniestras a la luz de las antorchas, toda esa carne pecadora de los hijos de Sodoma, a quienes «para ser mujeres les faltan tetas y parir».

Quizás América se ignora tanto a sí misma que todavía no sabe que,

cuando el conquistador llegó, ella contenía formas de democracia, de libertad, de convivencia y de respeto al prójimo, que Europa bien podía haber envidiado, en lugar de aniquilar. Desde la conquista, nuestros pueblos han sido entrenados para la bobería. Nos han forzado a no sabernos, a ignorarnos a nosotros mismos. No podemos saber lo que somos, porque no nos dejan saber lo que fuimos. Y difícilmente podemos, entonces, llegar a averiguar qué es lo que podemos ser. La dominación durante quinientos años implicó, no sólo la usurpación de los recursos materiales -el despojo del oro, la plata, el cacao, el café, el azúcar y el petróleo- sino también la usurpación de la memoria y la expropiación cultural. Cualquier aventura colonial tiene una necesidad de coartadas ideológicas, presentándose como civilizadora o evangelizadora. Procede brutalmente al vaciamiento de la conciencia del colonizado, quien termina «comprando» las coartadas que justifican su propio despojo y mirándose con los ojos de quien lo desprecia. Este es nuestro espejo roto, espejo en el que América toda no pudo todavía encontrar su verdadera cara.

David Càmpora. La utopía -cuando es genuina- se alimenta, como el sueño -cuando no está enfermo- exclusivamente de realidad. Enlaza y anuda en su seno tres momentos de un tiempo concreto, que es vivido por un grupo humano determinado.

Por un lado, un momento pasado, que se integra con la suma armoniosa de numerosas experiencias ancestrales, que tienen en común el haber consistido en una prolongada práctica social y en un placentero aprendizaje exitoso. Aquella conducta colectiva, que resultaba útil y era eficaz y costaba poco esfuerzo, fue adoptada y mantenida durante todo el tiempo que las circunstancias permitieron. Y cuando ya no fue posible, porque las condiciones objetivas de la vida habían cambiado, las sucesivas generaciones mantuvieron subjetivamente actualizados, en calidad de gratificante recuerdo grupal, la memoria prolija y el encanto nostálgico de «los buenos tiempos pasados», cuando todo era un poco más sencillo, porque más «sencillo» era el grupo.

El ser humano, en el seno de su grupo, recompone fácilmente las vivencias personales de su propio ayer y también las que le fueron transmitidas por sus familiares, sus amigos y sus colegas. Es capaz de «revivirlas», reproducirlas y narrarlas, identificando precisamente los protagonistas, las acciones y las circunstancias. El volumen de tiempo abarcado, en su relato minucioso, es capaz de comprimir doscientos años de vida completa, de las tres generaciones narradoras convivientes.

Con un grado decreciente de nitidez, respecto a los actores y a las ocasiones, pero conservando con firmeza la impronta de la actuación, el mismo individuo reproduce socialmente las experiencias de numerosas generaciones antecedentes de su grupo. De tal manera, cada vez más desvaídas, se escriben las historias, se asientan las tradiciones, se encantan las sagas y se absurdizan las supersticiones.

Así, el ser humano, que se hermana en la identidad celular con todos los individuos de su especie que habitan su mundo, con todos los que lo han habitado desde el inicio de los tiempos y con todos los que lo habitarán hasta la extinción, se «re encuentra» con evocaciones tan tenues como el aire de altura, tan primitivas como el erizamiento y tan poderosas como la alegría, que provienen, seguramente, de la felicidad de contemplar el fuego en la caverna.

Son aromas de pan horneado y ramas quemadas, son rumores de floresta, de insecto y manantial, son sabores de carne y sangre y fruta madura, son armonías y colores del bisonte de Altamira. Todo es nuestro y contemporáneo, el placer, la emoción y la memoria. La realidad vivida quedó atrás nuestro, imposible de reiterar, disuelta y mezclada en la tierra que nos sustenta. No sabemos discernirla, pero sabemos apreciarla. Y como inconscientes eslabones de una cadena, cada generación la transporta hasta la siguiente.

El momento pasado que enlaza nuestra utopía, recoge, fundamentalmente, los beneficios grupales disfrutados durante dos millones de años por nuestros ancestros nómadas que cazaban y recolectaban. Esto es, la libertad del individuo, sostenida y prestigiada por la igualdad y la solidaridad entre los miembros del grupo, ajeno aún a la institución de la propiedad privada individual. Si fue posible -en un momento irrepetible- y si permaneció tanto tiempo asociando a los seres humanos -en circunstancias definitivamente modificadas- no cabe oponer argumento válido alguno a la rotunda afirmación, de que la propuesta utópica proviene de la realidad y ha demostrado su viabilidad.

La utopía enlaza también un momento presente de nuestro tiempo grupal, que es originado por la inevitabilidad ética de la conducta humana y por la necesidad inexcusable de la responsabilidad individual, componentes psicológicos inherentes y característicos de la especie, que se articulan socialmente a través de la conciencia crítica de la realidad.

El análisis vivencial de la actualidad es realizado por cada individuo, a través del tamiz estructurado de su subjetividad, determinado en última instancia por su actividad productiva e inserto en su medio social. Y es

promovido -en acatamiento a la condicionante indagación finalista del ser humano, que interroga sobre el «para qué» de determinada conducta- por la aspiración natural al bienestar material y al desarrollo de la personalidad, logros que se conceptualizan como «felicidad».

El momento futuro que enlaza la utopía recibe el diseño anticipador de una realidad mejorada, en la que se encuentran ya superadas las carencias del presente. Los individuos asociados, que comparten ideológicamente una misma cosmovisión racional y objetiva, a partir de la toma de conciencia de la realidad defectuosa, proyectan con fantasiosa sensatez los resultados aproximados que podrían derivar, en la calidad y estilo de vida de la comunidad, de un eventual salto cualitativo del actual modo de producción.

La utopía anuda los tres momentos enlazados del tiempo concreto, con la vida de los seres humanos, en un movimiento único que se perfecciona dialécticamente en dos etapas: la conciencia de la necesidad del cambio y el esfuerzo práctico para provocarlo. La concreción material de la perspectiva utópica es conocida con el nombre de revolución.

El anudamiento -el propio nudo, tal vez- está constituido por la convicción profunda, avalada por la memoria histórica, de que es posible mejorar la vida. En el desenvolvimiento dialéctico del ciclo en espiral, es posible rastrear el itinerario del tránsito del comunismo primitivo al comunismo evolucionado -del reino de la «necesidad» al reino de la «libertad»- donde comenzará una nueva historia del ser humano, con la plena conciencia de su actividad productiva. Recién entonces podrá ufanarse de haber aprendido a comer, es decir, a ser.

Todo el proceso evolutivo entre ambos extremos transcurre a través del perfeccionamiento progresivo de los modos de producción y de reproducción y del manejo del entorno, con las consecuencias estructurales y superestructurales respectivas. El ser humano progresa hacia este segundo estadio «natural», acompañado por la nostalgia inevitable de las virtudes «naturales» contenidas en el momento primitivo y por la esperanza estimulante de reasumirlas en el punto de arribo. Trayecto que las religiones han mitificado en un «valle de lágrimas» atravesado entre un «paraíso perdido» y una «ascensión al cielo».

Durante este tránsito, prolongado y azaroso, se corre el riesgo cierto y frecuente de fracasar biológicamente, tal como fracasa una semilla que no cuaja en fruto. Y la especie humana, pensamos, afronta en la actualidad el desafío de un estadio evolutivo particularmente difícil, encontrándose en una situación especialmente frágil.

Con la intención de colaborar -en la escasa dimensión de nuestras capacidades, pero con crecida esperanza política- en el intento de promover la apertura de espacios, que viabilicen el cambio revolucionario, queremos sugerir algunos postulados con carácter de conjetura.

Teniendo presente, en primer lugar, que la evolución mantiene cambios progresivos por rumbos definidos, a lo largo de períodos más o menos prolongados, pero que estos rumbos pueden no ser rectos y conducir a desenlaces inesperados. En segundo término, que las tendencias evolutivas se detienen o cambian de dirección cuando dejan de ser ventajosas. Y por último, que la especialización, cualquiera sea su grado, puede fracasar al afrontar la prueba práctica de la supervivencia.

Podría, entonces, postularse como conjetura, que la especie humana transita, en la actualidad, un momento de salto cualitativo en su evolución. Una instancia de cambio en la situación de la existencia -de la integración organismo-medio- que requiere un cambio adaptativo del organismo. Una instancia en que la especialización es crítica en un período crítico. Instancia en que, la vertiginosidad con que se producen los desajustes impide al grupo percibir las tendencias de sí mismo, extremo que, a su vez, inhibe su capacidad de elaborar gradualmente estrategias opcionales de sobrevivencia. Instancia semejante a la mayor parte de aquellas que han ocasionado la extinción de la casi totalidad de las especies. La respuesta queda a cargo, en forma exclusiva, del organismo comprometido en la situación. Si es capaz de realizar el cambio adaptativo, prosperará en su proceso evolutivo mediante una nueva articulación con el medio ambiente. Si no es capaz de ello, se estancará su evolución y la especie irá declinando hasta su extinción.

Podría también postularse, que el momento de salto cualitativo es producto de una acumulación cuantitativa del instrumental tecnológico, factor integrante de las fuerzas productivas. La sensación subjetiva de «inminencia del desastre» puede estar indicando, en forma indirecta, la verdadera dimensión de la acumulación cuantitativa y el grado de inadecuación e inelasticidad de la superestructura.

Podría postularse, asimismo, que la orientación de la evolución cultural, en este momento de salto, alienada, cubre y oprime la orientación de la evolución biológica, impidiendo que ésta sea asumida mediante un discernimiento racional y consciente. Hay un desvío o un apartamiento, en la conciencia de los seres humanos, del nivel cultural respecto del nivel biológico. La cultura no ayuda a la vida.

Se ha perdido el sentido común, la sensatez en la aplicación de la

energía ambiente para la perduración y la multiplicación de la vida de los individuos que conforman la especie. La producción y la reproducción de la vida han quedado fuera de control, porque se encuentran, en agudísima alienación, fuera de la conciencia. Y esto sucede por defecto de la evolución cultural. El consumo y, por ende, la producción, mediante una perversión de índole cultural, se han tornado irracionales y destructivos desde el punto de vista de la especie. El producto -o medio de vida- resulta perverso para la vida -cuyos fines son la perduración y la multiplicación óptimas- desde los puntos de vista de su calidad, cantidad y distribución. El individuo no logra aún, conscientemente, sentirse parte del todo orgánico social de la especie humana, quedando limitada su conciencia social a la realidad del grupo reducido que lo rodea. Y, sin embargo, la realidad objetiva señala que la especie es la verdadera unidad de vida.

La solución de la contradicción pasa, en primer lugar, por una toma de conciencia, un «darse cuenta» de la realidad, por parte del agente social promotor de los cambios. Marx afirma que «la conciencia de los seres humanos se revoluciona, más o menos rápidamente, al cambiar la base económica por la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las trabas de las relaciones de producción».¹²

Esta revolución de la conciencia deberá tender a recuperar la noción ecológica de la evolución de la especie humana. La especie debe, nuevamente, en este tramo de la espiral, aprehender la lógica de la vida, a través de la conciencia colectiva, en beneficio de la propia especie.

Consistirá en la corrección o rectificación del nivel cultural, mediante la toma de conciencia sobre el nivel orgánico o biológico. Implicará una corrección o rectificación de la ideología -la superación de los «espejos rotos»- que se tomará menos engañosa, más transparente, mediante el conocimiento científico.

El salto cualitativo caerá primero en la conciencia y luego, consecuentemente, en la práctica. La acción dependerá de dos procesos, estrechamente ligados entre sí: el planteamiento del objetivo, que dimana del conocimiento, y la programación de la actividad, que debe conducir a realizar el objetivo.

NOTAS

NOTAS A LA PRESENTACIÓN

1. Weber, Gaby, *Die Guerilla zieht Bilanz. Lateinamerikanische Guerilla-Führer sprechen über Fehler, Strategien und Konzeptionen. Gespräche, aufgezeichnet in Argentinien, Bolivien, Chile und Uruguay*, Focus Verlag, Giessen, 1989
2. Gramsci, Antonio, "Los intelectuales y la organización de la cultura", p. 3, en: *Jean-Marc Pliette, El pensamiento político de Antonio Gramsci*, Cuadernos de Cultura Revolucionaria, Buenos Aires, 1973, P. 16

NOTAS AL CAPÍTULO I

1. Gramsci, Antonio, *Contra el pesimismo. Previsión y perspectiva*, Ediciones Roca, México, DF 1973, p. 69
2. Gramsci, Antonio, «Pasado y presente», Turín 1954, en: Altvater, Elmar, *Die Zukunft des Marktes*, Verlag Westfälisches Dampfboot, Münster, 1991, p. 51
3. Paggi, Leonardo, *La teoría general del marxismo en Gramsci*, Ediciones Pasado y Presente, México DF, 1987, p. 81
4. Marx, Karl y Engels, Friedrich, «Manuscritos matemáticos», en: *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1975, p. 153
5. Konstantinov, F.V., *Fundamentos de filosofía marxista leninista*, Grijalbo, México DF, 1971
6. Engels, Friedrich, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 447
7. Marx, Karl, y Engels, Friedrich, *Correspondencia*, Carta N°158, De Engels a Marx del 30 mayo 1873, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1987, p. 265
8. Simpson, George Gaylord, *El sentido de la evolución*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1951, p. 257 y 258
9. Marx K. y Engels F., *Correspondencia*, Carta N°40, De Engels a Marx del 14 julio 1858, p. 100
10. Marx, Karl, *Manuscritos económico filosóficos*, Marx-Engels Verlag, Berlín 1932, Fondo de Cultura Económica, México, DF 1987, p. 134
11. Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1976
12. Macfarlane Burnet, F., *El mamífero dominante. La biología del destino humano*, Alianza Editorial, Madrid, 1973
13. Engels, Friedrich, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Prefacio a la primera edición 1884, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 471

14. Engels, Friedrich, *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie*, Marx-Engels II Studienausgabe Politische Ökonomie, Fischer Verlag, Frankfurt/Main 1966, p. 29
15. Borón, Atilio, «La pregunta de Rousseau», *Página 12*, Buenos Aires, 8 julio 1990
16. Engels F., *Del socialismo utópico...*, p. 436 a 441
17. Kromka, Franz y Kreul, Walter, *Unternehmen Entwicklungshilfe. Samariterdienst oder die Verwaltung des Elends?*, Edition Interfrom, Zürich-Osnabrück, 1991, p. 77
18. Engels F., *Del socialismo utópico...*, p. 439
19. Ayala, Francisco J., *Origen y evolución del hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 214
20. Engels F., *Del socialismo utópico...*, p. 425

NOTAS AL CAPÍTULO II

1. Mao Tse-tung, *Sobre la práctica*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1968, p. 328
2. Taylor, John G., *La nueva física*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 13
3. Schrödinger, Erwin, *Ciencia y humanismo*, Tusquets Editores, Barcelona, 1985, p. 38
4. Gortari, Elí de, *El método dialéctico*, Editorial Grijalbo, México DF 1970, p. 16
5. Luria, Salvador E., *La vida, experimento inacabado*, Alianza Editorial, Madrid 1975, p. 160
6. Gortari, E. *El método dialéctico*, p. 16
7. Marx K. y Engels F., *Correspondencia*, Carta N°229, De Engels a H. Starkenburg del 25 enero 1894, p. 411
8. Marx, Karl, *Antología*. Edición de Jacobo Muñoz, Ediciones Península, Barcelona, 1988, p. 368
9. Taylor Y., *ibid*, p. 18
10. Engels F., *Del socialismo utópico...*, p. 426
11. Gortari E., *El método dialéctico*, p. 131
12. Engels, Friedrich, *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 357
13. Gortari E., *El método dialéctico*, p. 131
14. Gortari, Elí de, *Lógica general*, Editorial Grijalbo, México, DF 1965, p. 11
15. Hawking, Stephen W., *Historia del tiempo. Del big-bang a los agujeros negros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1988, p. 29
16. Lipovetsky, Gilles, *L'ère du vide*, Gallimard, París, 1983, p. 95 a 98
17. Engels, F., *Del socialismo utópico...*, p. 427

18. Touraine, Alain, «Plädoyer für die Rettung des Sozialen», en: *World Media N° 1*, Tageszeitung, Berlín, 1991
19. Gramsci, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1984, p. 30
20. Sánchez Linares, Felipe, *¿Es ciencia la filosofía?*, Editora Política, La Habana 1990, p. 73
21. Caño-Guiral, Jesús, *Las ideologías: dinámica y leyes*, Editorial Amesur, Montevideo, 1986, p. 8
22. Engels, F., *Del socialismo utópico...*, p. 420 y 421
23. Engels, F., *Del socialismo utópico...*, p. 429
24. Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Filosofía del Derecho*, (Prefacio) - Editorial Pablos México DF
25. Marx K. y Engels F., *Correspondencia*, Carta N°213, De Engels a Joseph Bloch del 21 setiembre 1890, p. 381
26. Marx K. y Engels F., *Correspondencia*, Carta N°227, De Engels a Mehring del 14 julio 1893, p. 407
27. Marx, K., *Manuscritos económico filosóficos*, p. 103 y siguientes
28. Ollmann, Bertell, *Alienación. Marx y su concepción del hombre en la sociedad capitalista*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975, p. 107
29. Marx, Karl, *Tesis sobre Feuerbach*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 25
30. Berger, Peter y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1986, p. 224
31. Marx, Karl, *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 182
32. Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Die deutsche Ideologie. Kritik der neuesten deutschen Philosophie in ihren Repräsentanten Feuerbach, B. Bauer und Stirner und des deutschen Sozialismus in seinen verschiedenen Propheten*, Druck Verlags Vertriebs Kooperative, Frankfurt, 1971, p. 16
33. Monod, Jacques, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Ediciones Orbis, Madrid, 1985, p. 112 y 113
34. Ayala, F. *ibíd.* p. 24 y 61
35. Simpson, G. *ibíd.* p. 54
36. Harris, Marvin, *El materialismo cultural*, Alianza Editorial, Madrid 1982, p. 83
37. Simpson, G. *ibíd.* p. 77
38. Macfarlane Burnet F., *ibíd.* p. 12 y 20
39. Luria, S., *ibíd.* p. 168
40. Bunge, Mario, *El problema mente-cerebro. Un enfoque psico-biológico*, Editorial Tecnos, Madrid, 1988, p. 194

41. Marx, K. *Manuscritos económico filosóficos*, p. 103 y siguientes
42. Ollmann, B., *ibíd.* p. 114
43. Marx, K. y Engels, F., *Die deutsche Ideologie*, p. 24
44. Selezniav, M., *Problemas fundamentales del materialismo histórico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 55
45. Ayala, F., *ibíd.* p. 157
46. Harris, M., *ibíd.* p. 83
47. Marx y Engels, *Correspondencia*, Carta N°213, De Engels a Joseph Bloch del 21 setiembre 1890, p. 379
48. Marx y Engels, *Correspondencia*, Carta N°229, De Engels a H. Starkenburg de 25 enero 1894, p. 411
49. Marx, K. y Engels F., *Die deutsche Ideologie*, p. 28
50. Cohen, Mark Nathan, *La crisis alimentaria. La superpoblación y los orígenes de la agricultura*, Alianza Editorial, Madrid 1987, p. 26 y siguientes
51. Harris, M., *ibíd.* p. 96 y siguientes
52. Lee, Richard, "Kung Bushman subsistence: an imput-output analysis", en *Ecological studies in cultural anthropology*, Natural History Press, Nueva York, 1969, p. 47 a 79
53. Harris, M., *ibíd.* p. 84
54. Luria, S., *ibíd.* p. 165
55. Ayala, F., *ibíd.* p. 84
56. Barnett, S.A., *La conducta de los animales y del hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 132
57. Harris, M., *ibíd.* p. 85
58. Marx K. y Engels F., *Die deutsche Ideologie*, p. 26
59. Ollmann, B., *ibíd.* p. 131
60. Marx, K., *Contribución a la crítica de la economía política*, p. 21
61. Marx y Engels, *Correspondencia*, Carta N°213, De Engels a Joseph Bloch del 21 setiembre 1890, p. 379
62. Marx, K., *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*, p. 182
63. Caño-Guiral, J., *Ibid.* p. 38
64. Owen, Robert, *A new view of society, or Essays on the principle of the formation of the human character*, Londres, 1813
65. Marx K., y Engels F., *Die deutsche Ideologie*, p. 36
66. Marx, Karl y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 43
67. Lenin, Vladimir Illich, *Materialismo y empiriocriticismo, Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria*, Editorial Progreso, Moscú, 1981

68. Marx, Karl, *Crítica del Programa de Gotha. Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 334
69. Lenin, Vladimir Illich, *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*, Obras escogidas, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1981, p. 364

NOTAS AL CAPÍTULO III

1. Marx, K. y Engels, F., *Correspondencia*, Carta N°40, De Engels a Marx del 14 julio 1858, p. 99
2. Marx, K. y Engels, F., *Correspondencia*, Carta N°49, De Marx a Lassalle del 16 enero 1861, p. 110
3. Marx, K. y Engels, F., *Correspondencia*, Carta N°82, De Engels a F. A. Lange del 29 marzo 1865, p. 168
4. Marx, K. y Engels, F., *Correspondencia*, Carta N°96, De Engels a Marx del 16 junio 1867, p. 186
5. Orgel, L. E., *Los orígenes de la vida*, Alianza Editorial, Madrid 1975, p. 41 y 71
6. Hoyle, Fred y Wickramasinghe, Chandra, *La nube de la vida. Los orígenes de la vida en el universo*, Editorial Grijalbo, México DF, 1990, p. 56
7. Laborit, Henri, *Biología y estructura*, Editorial Tiempo Nuevo, Caracas 1970, p. 46
8. Monod, J., *ibíd.* p. 181
9. Hawking, S., *ibíd.* p. 192
10. Cairns-Smith, Graham, *Siete pistas sobre el origen de la vida. Una historia científica en clave detectivesca*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 134 y siguientes
11. Luria, S., *ibíd.* p. 132
12. Cairns-Smith, G., *ibíd.* p. 183
13. Hoyle, F., y Wickramasinghe, C., *ibíd.* p. 13
14. Orgel, L. E., *ibíd.* p. 176
15. Luria, S., *ibíd.* p. 77
16. Luria, S., *ibíd.* p. 134
17. Luria, S., *ibíd.* p. 119
18. Ayala, F., *ibíd.* p. 130
19. Ayala, F., *ibíd.* p. 122
20. Simpson, G., *ibíd.* p. 118
21. Barnett, S. A., *ibíd.* p. 268
22. Ayala, F., *ibíd.* p. 127

23. Simpson, G., *ibíd.* p. 223
24. Wald, George, Citado en Fred Hoyle y Chandra Wickramasinghe, *La nube de la vida*, p. 172
25. Macfarlane Burnet, F., *ibíd.* p. 184 y Luria, S., *ibíd.* p. 168
26. Ardrey, Robert, *African genesis: A personal investigation into the animal origins and nature of man*, Collins, Londres, 1961
27. Macfarlane Burnet, F., *ibíd.* p. 76
28. Harris, M., *ibíd.*, p. 97 y siguientes
29. *La República*, Montevideo 2 abril 1991
30. *La República*, Montevideo 13 marzo 1991
31. *La República*, Montevideo 7 abril 1991
32. *Página 12*, Buenos Aires 11 enero 1991
33. *La República*, Montevideo 30 abril 1991
34. *Clarín*, Buenos Aires 15 agosto 1991
35. *Página 12*, Buenos Aires 11 enero 1991
36. *La República*, Montevideo 30 abril 1991
37. *La República*, Montevideo 22 agosto 1991
38. *La República*, Montevideo 13 enero 1991
39. *La República*, Montevideo 10 abril 1990
40. *La República*, Montevideo 29 junio 1991
41. Mooney, Pat y Fowley, Cary, *La siembra del hambre*
42. *Clarín*, Buenos Aires 26 agosto 1991
43. *Clarín*, Buenos Aires 15 abril 1991
44. *Clarín*, Buenos Aires 3 junio 1991

NOTAS AL CAPÍTULO IV

1. Marx, Karl, *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 453 y siguientes
2. Marx, K., *El capital*, Tomo I, p. 4 y siguientes
3. Robbins, Lionel, en: *Altwater, Die Zukunft des Marktes*, p. 83
4. Fröbel, Folker; Heinrichs, Jürgen y Kreye, Otto, *Umbruch in der Weltwirtschaft. Die globale Strategie: Verbilligung der Arbeitskraft, Flexibilisierung der Arbeit, Neue Technologien*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, Hamburgo, 1986, p. 21
5. Dirmoser, Dietmar, «Mythos Entwicklung, eine Polemik», en: *Dirmoser, Gronemeyer, Rakelmann (Hrsg.), Mythos Entwicklungshilfe. Entwicklungsruinen: Analysen und Dossiers zu einem Irrweg*, Focus Verlag, Giessen, 1991, p. 23

6. *Weltwirtschaft in Zahlen*, The Economist Books, Londres 1991
7. Womack, James P.; Jones, Daniel T. y Roos, Daniel, *The machine that changed the world*, Rawson Associates Macmillan Publishing Company, Nueva York, 1990
8. Piltz, Klaus, (Presidente del Directorio de VEBA AG), «Die Kohle reicht für 300 Jahre», en: *Deutsches Allgemeines Sonntagsblatt*, Hamburgo, 13 diciembre 1991
9. Hondl, Matthias, *Wachstum und internationaler Handel mit erschöpfbaren Ressourcen*, Verlag René F. Wilfer, Spardorf, 1986, p. 2
10. Grawe, Joachim, (Gerente Principal de la Asociación de Empresas Alemanas de Electricidad), «Dritte Säule im Deutschen Energiemix», en *Deutsches Allgemeines Sonntagsblatt*, Hamburgo, 13 diciembre 1991
11. *La República*, Montevideo, 25 abril 1991
12. *Página 12*, Buenos Aires, 26 enero 1992
13. *Página 12*, Buenos Aires, 31 marzo 1991
14. *La República*, Montevideo, 1 febrero 1992

NOTAS AL CAPÍTULO V

1. *Página 12*, Buenos Aires, 30 enero 1992
2. *Página 12*, Buenos Aires, 25 enero 1992
3. *Página 12*, Buenos Aires, 13 febrero 1992
4. *Página 12*, Buenos Aires, 14 febrero 1992
5. *Página 12*, Buenos Aires, 15 febrero 1992
6. Dirmoser, D., *ibíd.* p. 13
7. Rama, Angel, «Profecía de América», *Marcha N° 1071*, Montevideo, 18 agosto 1961, p. 29
8. *GEO*, Sprengstoff Mensch, Hamburgo, 17 diciembre 1990
9. Bräutigam, Harald, «Sterben für die Umwelt», *Die Zeit*, Hamburgo, 12 octubre 1990
10. Luger, Lisa, «Norplant, die Pille geht unter die Haut», en: *Lateinamerika-Nachrichten*, Berlín, febrero 1992
11. Leake, C. D., «Ethicogenesis», *Sci. Monthly* N°60, 1945, p. 245
12. Harris, M., *ibíd.* p. 110 y siguientes
13. Geremek, Bronislaw, *Geschichte der Armut. Elend und Barmherzigkeit in Europa*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 1988, p. 29
14. Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*, Planeta-Artemisa, México DF, 1985, p. 126
15. Engels, Friedrich, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1983, p. 651

16. Harris, M., *ibíd.* p. 129
17. Marx, K. y Engels, F., *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 60
18. Marx, K., *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*, p. 183
19. Sendic, Raúl, «Por la tierra y contra la pobreza», Carta dirigida a la población, que fuera leída por Eleuterio Fernández Huidobro, en la apertura de la conferencia de prensa citada por el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), realizada en el Colegio de los Padres Conventuales de Montevideo, el 14 de marzo de 1985

NOTAS AL CAPÍTULO VI

1. Simpson, G., *ibíd.* p. 262 y siguientes
2. Dirmoser, D., *ibíd.* p. 20

NOTAS AL CAPÍTULO VII

1. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Desarrollo humano: Informe 1991*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, tabla 27
2. Petras, James , «Nueva York y el mito», en: *Punto Final*, Santiago de Chile, febrero 1992, p. 22
3. *Der Spiegel* N°4/46, Hamburgo, 20 enero 1992, p. 95
4. Chesneaux, Jean, «El tiempo de la modernidad», *Brecha*, Montevideo, 31 enero 1992, p. 21
5. Fukuyama, Francis, (Director delegado del Cuerpo de Planeamiento de Política del Departamento de Estado norteamericano), «El fin de la historia», *La República*, Montevideo, 8 julio 1990
6. Venturini, Juan Carlos, «Escalera hacia ninguna parte», *Brecha*, Montevideo, 15 noviembre 1991, p. 19
7. Baudrillard, Jean, «La transparence du Mal. Después de la orgía», *Brecha*, Montevideo, 3 mayo 1991, p. 21
8. Vilar, Sergio, *El viaje y la eutopía. Iniciación a la teoría y a la práctica anticipadoras*, Editorial Laia, Barcelona, 1985, p. 7
9. Idem, *ibíd.*, p. 79
10. Idem, *ibíd.*, p. 111
11. Klaus, Georg y Buhr, Manfred, *Marxistisch-leninistisches Wörterbuch der Philosophie*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, Hamburgo, 1972, p. 1113
12. Marx, K., *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*, p. 182

Gaby Weber - David Cámpora

Los espejos rotos

Reflexión conjunta sobre la actual crisis civilizatoria

Dirigiéndose a los jóvenes, a los militantes y a los intelectuales, este libro -revulsivo y provocador- propone el desafío de abrir una instancia de reflexión conjunta sobre la realidad actual, a partir del análisis de los signos que anuncian una crisis civilizatoria.

Fundamenta, asimismo, la apremiante necesidad de perfeccionar la cosmovisión y de utilizar las ciencias naturales en el diseño de un nuevo proyecto político para los seres humanos.

La experiencia guerrillera del Cono Sur aporta sus consideraciones actuales, a través de Luis Mattini del PRT-ERP, Mario De León del MLN(T) y Andrés Pascal Allende del MIR. Mientras que Eduardo Galeano, Pedro Vuskovic y René Dreifuss ofrecen sus visiones desde Uruguay, Chile y Brasil respectivamente; Aurelio Alonso, Fernando Martínez, Esther Pérez y Jorge Luis Acanda desde Cuba y desde Alemania Elmar Altvater.

GABY WEBER. Nacida en 1954 en Stuttgart (RFA), periodista, reside en Montevideo desde 1986, donde trabaja para medios europeos y del Cono Sur. Es Master en Periodismo y Romanística y doctorada en Filosofía en Berlín. Ha publicado *El programa de la CIA para lavado del cerebro* (1981, Libertäre Assoziation Verlag); *Los «krauts» conquistan el mundo. El imperialismo alemán en Sudamérica* (1982, Libertäre Assoziation Verlag); *El pasado que no terminó. Abuso del poder, negocio y violación de la Constitución en el escándalo judicial Brühne-Ferbach* con otros autores (1985, Focus Verlag) y *La guerrilla hace su balance* (1989, Focus Verlag).

DAVID CÁMPORA. Nacido en 1934 en Paysandú (Uruguay), contador, militante del MLN (Tupamaros) desde 1968, estuvo en prisión nueve años y cinco exiliado en Alemania. Su relato sobre la experiencia carcelaria sirvió de base para el libro *Las manos en el fuego* de Ernesto González Bermejo (1985, EBO). Traducido al alemán *Hände im Feuer. Ein Tupamaro blickt zurück* (1986, Focus Verlag).